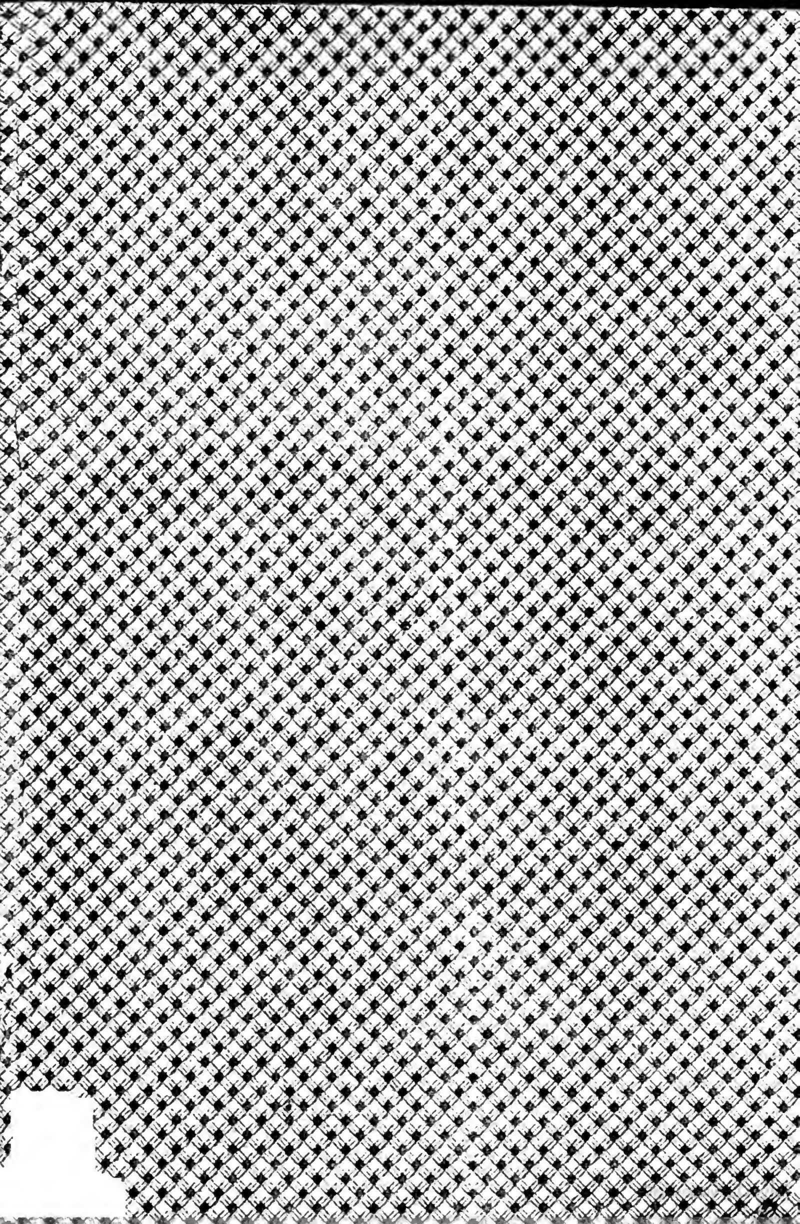



Ex-Libris Biblioteca Central
de la Diputación Provincial de Barcelona



LA MARAVILLA.

SEGUNDA SÉRIE.

SECCION RECREATIVA.



LOS

PIRATAS DEL MISSISSIPÍ.



¡HUYAMOS! ¡HUYAMOS! ¡ESTAMOS CERCADOS!

LOS

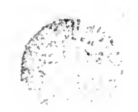
PIRATAS DEL MISSISSIPÍ.

POR

F. GERSTAECKER.

TRADUCCION

de D. Juan Subirá.



MADRID.

D. ANTONIO DE SAN MARTIN, C. VICTORIA, 9. | D. EMILIO FONT, C. RELATORES, 12 Y 14.

HABANA: LIBRERÍA ENCICLOPÉDICA, C. O-REYLLI. | MONTEVIDEO: LIBRERÍA NUEVA, C. DEL 15 DE MAYO.

BARCELONA.

LIBRERÍA DEL PLUS ULTRA, RAMBLA DEL CENTRO, 15.

1860.

Barcelona.—Imp. de Narciso Ramirez, Escudillers 40, piso 1.°—1860.

LOS
PIRATAS DEL MISSISSIPÍ.

I.

Una tumba en el desierto.

Entre negruzcos y escarpados riscos, en medio de fértiles llanuras, ó al silencioso amparo de umbrosas selvas, corren tranquilas las cristalinas aguas del rio Wabash, que se junta con el Ohio, despues de haber atravesado el Illinois y la Indianía. Serpentea dicho rio, siguiendo las mil revueltas que trazan su curso, á la vista de las plantas silvestres y de los sauces, deslizándose mansamente sobre un lecho desembarazado ó pedregoso, hasta que se precipita con ímpetu en el Ohio, donde se confunden ambas corrientes, disolviéndose, al estrepitoso choque de las opuestas olas, la espuma dorada por los rayos del sol.

En la primavera del año 18..... hallábanse dos hombres descansando al pié de una colina, cubierta de espeso follaje, teniendo sus escopetas echadas á su lado sobre la yerba. Sobre veinte y cuatro años parecia tener el mas jóven, cuyo traje era mas propio de un marino que de un cazador. Un sombrerito charolado, de baja copa, adornado con una larga cinta, se sentaba con cierta coquetería sobre sus rubios y rizados cabellos; una chaqueta azul de marinero cubria sus espaldas, que el mismo Hércules habria envidiado; y un pantalon blanco de lienzo se hallaba sujeto á la cintura por

una estrecha faja, de la que pendia un cuchillo de ancha hoja, oculta dentro de una vaina de cuero. Una camisa de lana encarnada y una corbata de seda negra completaban el traje de este jóven. Por lo demás, las abarcas bordadas, que, sujetas con largas tiras de corteza de árbol, cubrian sus piés, dejaban conocer claramente en él mayor inclinacion á andar por los bosques, que entre los puentes de un navío.

Cerca de este individuo yacia sin vida, sobre la yerba teñida de sangre, un osesno, en el cual tenia clavados los ojos, con satisfaccion y coraje, un corpulento galgo, de pelo negruzco, cuya respiracion fatigada, no menos que una larga herida en la espalda de la que brotaba aun la sangre, atestiguaban que la persecucion habia sido asaz porfiada, y que la victoria obtenida sobre tan poderoso enemigo habia sido pagada á buen precio.

Era el otro cazador un hombre que aparentaba tener sesenta años próximamente. Aunque menos alto y robusto que su compañero, nada anunciaba en él sin embargo la vejez. Brillaban sus ojos con el fuego de la juventud, al mismo tiempo que la salud mas perfecta se veia retratada en sus rosadas mejillas. Su traje era el de un campesino. Consistia en una especie de túnica de algodon, á propósito para la caza, pantalones de pana y zapatos de gruesas suelas. En lugar del cuchillo que se veia en la faja de su compañero, llevaba el viejo cazador un machete de larga y afilada hoja. Tenia en fin tirada á la espalda una manta rollada, que no podia dejar de serle de mucha utilidad al hallarse, como entonces, en despoblado. Conocíase desde luego que aquellos dos hombres se habian echado sobre la yerba para descansar de las fatigas de la caza.

—No conviene, Tom, detenernos demasiado: el sol vá á desaparecer del horizonte, y creo nos hallamos á gran distancia del rio.

—No os dé esto cuidado, Edgeword, contestó el jóven, estirándose cuan largo era, y mirando la azulada bóveda por entre las ramas: el Wabash pasa por donde veis ahora aquel punto luminoso, y desde aquí hay, á lo mas, mil metros. A pesar de todos los esfuerzos, es imposible que el barco esté hoy á la vista. Al cerrar la noche, veránse obligados los que han quedado á bordo á desembarcar ó echar el ancla, porque el rio está lleno de rocas y troncos, y seria sumamente aventurado navegar á oscuras. Además de que cuando nos hemos separado de ellos, les faltaban todavia

quince millas para ir siguiendo todas las revueltas y llegar á esta direccion.

—Parece que conoceis perfectamente el terreno?

—Y tanto, respondió Tom sonriendo. He cazado durante dos años por estos alrededores, y por lo mismo encontraria á ojos cerrados cualquier árbol ó cualquier arroyo. Vine á este sitio antes de conocer á Dickson y de embarcarme en su schooner para el Brasil. ¡Pobre diablo! cuán léjos estaba entonces de presumir el triste fin que le aguardaba.

—Nunca me habeis contado circunstanciadamente este desgraciado suceso.

—Esta noche mismo, si quereis, puedo satisfacer vuestra curiosidad; pero antes será preciso cortar leña y preparar nuestro campo; al amanecer nos dirigiremos á la orilla y aguardaremos el barco.

—Y cómo lo hacemos para llevarnos al difunto? La distancia, segun decís, no es larga; pero de todos modos harto difícil será trasladarle hasta allí.

—Entonces que se quede ahí, contestó Tom levantándose y componiéndose la faja. Si los compañeros de viaje quieren comer carne de oso, vendrán ellos mismos á buscársela.

—Pero, y si no se detuviesen para aguardarnos? añadió Edgeworth.

—No creais tal cosa: Bill sabe donde debe esperar si antes no nos hemos reunido, y no hay cuidado de que el buque marche sin su capitan.

—Vamos, pues; todo está bien del modo que lo habeis dispuesto, dijo el anciano, levantándose para seguir á su compañero. Pero antes voy á sacar algunas provisiones del cuerpo de nuestra víctima, y ver por ahí si podré despues colgarlo en cualquiera parte. Bravo, ya está; tendremos de que cenar esta noche: y ahora, querido Tom, doblemos un poco á la izquierda. Segun indican los árboles que nos rodean, hemos de encontrar en esta direccion un arroyo, y tengo gran necesidad de beber antes que anochezca.

Apretaron efectivamente el paso á fin de aprovechar las últimas horas del dia. Andado cierto trecho, presentóse á su vista el arroyo, y no léjos de él un gran monton de hojas y ramas secas, con las cuales encendieron un excelente fuego, cuyas ascuas sirvieron para asar las suculentas tajadas de carne de oso. Mientras se preparaba

asi la cena, los cazadores, tendidos sobre sus mantas, contemplaban en silencio las oscilaciones de la chispeante llama, saboreando con satisfaccion el grato reposo de que á la sazon disfrutaban.

Pertenecian los dos individuos cuya conversacion acabamos de referir, á la tripulacion de uno de los barcos chatos que hacen el comercio con Nueva Orleans. Conducia dicha embarcacion whisky, cebollas, manzanas, venado ahumado, jamones, pesca salada y maiz. Este cargamento procedia de las propiedades del anciano Edgeworth, que poseia en las márgenes del Wabash, en la Indianía, un extenso cortijo que explotaba con mucha habilidad, vendiendo sus productos ya en Nueva Orleans, ya en las demás poblaciones del litoral del Mississipí.

Llevaba además Edgeworth una considerable suma, que pensaba invertir en la compra de varios artículos que le era difícil procurarse en el país donde residia. Habia en otro tiempo vivido el anciano campesino en Miamí, en el estado del Ohio, y solo hacia dos años que se hallaba establecido en las márgenes del Wabash. Su objeto era huir de la civilizacion, pues preferia la vida campestre, la caza y la pesca sin trabas ni restricciones de ningun género, á la vecindad y trato de especuladores quisquillosos, que miraban con envidia la prosperidad de los demás.

Tom era huérfano y pariente lejano de Edgeworth. Algunos años antes de la época en que tiene principio nuestra historia, le habia dado la tentacion de fijar su residencia á orillas del Wabash; pero mudó de parecer despues de una conversacion tenida con un marinero llamado Dickson, antiguo amigo de su padre. Estaba por aquel entonces Dickson en vísperas de emprender un viaje, y Tom resolvió acompañarle.

Embarcáronse en efecto en Cincinnati, á bordo del schooner que Dickson acababa de construir, cargado de frutos del Norte con destino á Nueva Orleans. Despues de haber vendido este cargamento, salieron los nuevos asociados con un buen flete para la Habana; desde cuyo puerto, siguiendo las costas de la América del Sur, llegaron al Brasil, donde fué Dickson traidoramente asesinado.

Al regresar Tom de este largo viaje, parecia gustarle muy poco permanecer en su casa; lo cierto es que puso grande empeño en acompañar á Edgeworth en su excursion por el Mississipí.

El viejo campesino habia meneado la cabeza con señales de dis-

gusto al observar que su pariente miraba con tanta indiferencia su porvenir, pues le parecia ya hora de que Tom renunciase á su vida errante, se despidiese de sus nómadas camaradas, y llegase á ser un hombre respetable y digno de consideracion.

Edgeworth y Tom, cansados de la monotonía del viaje, habian desembarcado en un sitio donde por una feliz casualidad tuvieron la fortuna de matar un magnífico oso. En el entretanto, el barco, impelido por cinco vigorosos remeros, adelantaba con lentitud por entre las innumerables revueltas del gigante rio de la América del Norte.

—¡Oh! qué hermosa es la vida del bosque, exclamó Tom despues de un largo silencio, incorporándose sobre su manta, como para admirar mejor el ligero movimiento de las hojas á la luz de la vacilante llama: nada mas bello que una temperatura sin lluvias, un tiempo seco y una tajada de oso asado! En verdad que nada habria desmerecido nuestra cena, sazonada con un poco de manteca; aunque es bastante sabrosa esta carne para poder comerse sin aderezo alguno. Cuantas veces, tendido en la cubierta de un buque, de la misma manera que lo estoy ahora debajo de estos árboles, he contemplado las brillantes estrellas del firmamento, suspirando al recuerdo de mi patria. ¡Oh! cuánto se sufre entonces, Edgeworth: os ha sucedido alguna vez?

—No: contestó el anciano, cubriendo con su corbata la llave de su escopeta, despues de haberla cuidadosamente cargado. Luego, colocándola otra vez á su lado, continuó: Oh! mucho mas crueles son los cuidados que me atormentan! Pero bah: no vayamos á entristecer nuestra velada con semejantes recuerdos; mejor será que me conteis lo que sucedió en el Brasil á vuestro amigo Dickson.

—Con mucho gusto, si creeis que esto puede distraeros. Todos los hombres son iguales. Prefieren siempre el relato de tristes acontecimientos á una entretenida conversacion sobre cosas alegres ó indiferentes. Bien que mi historia no será larga. Remontábamos una tarde el pequeño rio de San José con la idea de vender á los plantadores y á los insulares nuestro cargamento de whisky, trigo, cebollas y hoja de lata, cuando vimos que nos era imposible llegar, antes de la noche, á una de las plantaciones. Resolvimos por lo tanto amarrar nuestra reducida embarcacion en el tronco de una

palmera que habia á corta distancia de la playa. Cenamos tranquilamente y nos acostamos debajo de nuestros mosquiteros, sin tomar la menor precaucion, ni cuidando siquiera de dejar ningun vigilante. Un árbol caido, cuya cima, extendiéndose hasta el agua, nos obligaba á mantenernos alejados de la costa, parecia resguardarnos de todo peligro. Al cabo de algun tiempo, Dickson, que se hallaba acostado á mi lado, me tocó ligeramente, preguntándome si habia oido algun ruido. Desperté sobresaltado, contestándole con alguna aspereza; pero sin hacer caso de mi mal humor, volvió Dickson á empujarme con mayor fuerza, diciéndome en voz baja:

—Alerta, Tom; conviene no dormir; paréceme haber oido algun ruido muy cerca de nosotros.

—Bien podrá ser, contestéle en seguida, ocurriéndoseme por la vez primera que tambien por aquellos países campeaban partidas de criminales con los mismos hábitos é instintos que los salvajes de nuestras comarcas.

Pusímonos ambos á escuchar con atencion, cuando de repente gritó Dickson:

—Arriba, muchachos! Vedles ahí á esos miserables! y al mismo tiempo se adelantó, mientras yo buscaba mi cuchillo, que con la precipitacion no pude encontrar.

Sin duda se enredó Dickson los piés en los mosquiteros, porque oí el golpe de una caida sobre la cubierta, viendo luego dos sombras que, deslizándose silenciosas á lo largo del schooner, se precipitaron sobre mi camarada. En aquel momento tropezó mi mano con un espeque; toméle resueltamente pues era la mejor arma de que me podia servir, mandé á nuestra gente cortar el cable que nos retenia en aquel punto (habia á bordo tres marineros y un grumete), y descargando terribles golpes sobre la cabeza de aquellos dos miserables, obliguéles á echarse al rio, donde seguramente perecerian, pues por la mañana encontré mi espeque lleno de sangre y con algunos pedacitos de cerebro. Mientras acababan de levantarse los marineros, el grumete tuvo el suficiente valor para coger una hacha y cortar el cable, alejándose en seguida nuestro schooner, impelido por la corriente. Dos de los marineros, Meiers y Hawits, dijeron haber visto cinco de aquellos desalmados abalanzarse á uno de los costados del buque: ignoro si seria verdad. En cuanto al pobre Dickson, encontrámosle cadáver sobre la cubierta: una lan-

za le habia atravesado el pecho, y una pesada maza aplastado la cabeza.

—¿Y qué hicisteis del cargamento?

—Lo vendí aquella misma semana, y volví á cargar la Carlota (este era el nombre del schooner) de artículos que tuviesen fácil salida en nuestro país. Cuatro meses despues, llegué sin novedad á Charleston, en donde vivia la viuda de Dickson. La pobre lloró por algun tiempo á su marido, aunque, á decir verdad, el dinero que la entregué contribuyó bastante á consolarla. Pero, apenas trascurridas ocho semanas, se casó con uno de los plantadores de las cercanías. ¡Así va el mundo!

—A lo menos, á ella le consta de una manera positiva que su marido no existe, murmuró el anciano hablando consigo mismo; ella sabe dónde y cómo ha muerto, mientras que muchos pobres padres ignoran por espacio de meses y años cuál ha sido la suerte de sus hijos. Se les figura á cada paso reconocer en el semblante del extranjero que encuentran por el camino, ó del viajero que se detiene por la noche á su puerta pidiendo hospitalidad, las facciones animadas del que con tanta impaciencia están aguardando. Pero forzoso les es al fin convencerse de que la persona tan ansiosamente esperada no existe, de que han sido despedazados sus miembros y roidos sus huesos por hambrientos lobos.

—Bah, dijo Tom atizando el fuego, todo esto son cuentos de viejas, Edgeworth. No hay duda que muchos han encontrado la muerte en la soledad de nuestros desiertos; que otros han perecido en el rio: pero raras veces, ó quizás nunca, han dejado de saber sus amigos lo que ha sido de ellos.....! ¡Cuán insegura es la vida de los hombres! ¡Cuántos miles de marinos se ha tragado el mar!... Ya se ve que esto no tiene remedio... Por lo que á mí toca, lo digo sin vanidad; son muchos los peligros á que he tenido que hacer frente, pero jamás el temor de la muerte ha entibiado mi valor.

—Y sin embargo, prosigió el anciano con acento menos lúgubre, acontece algunas veces que los que se creian perdidos para siempre se presentan cuando menos se les espera. Un dia se oye llamar á la puerta, y los desconsolados padres vierten lágrimas de gozo al estrechar entre sus brazos al hijo pródigo, al hijo querido, al hijo por tanto tiempo llorado.

—Este será un caso muy raro, dijo Tom con aire de duda, por-

que trás una larga ausencia..... pero ¿por qué dejais vuestra manta?... Cierto que no hace frio ; pero de todos modos es una imprudencia acostarse sobre la tierra húmeda.

—No le hace, contestó maquinalmente Edgeworth, abismado al parecer en tétricas reflexiones.

—Vamos, no seais bobo, Edgeworth; servios de vuestra manta ya que la habeis llevado.

—Es que habrá sin duda ahí donde la hemos extendido troncos ó piedras; pues sentia debajo de mis espaldas alguna cosa dura y por esto he cambiado de sitio.

—Pronto lo vamos á ver, repuso Tom; mas, sea como fuere, siempre será mejor arreglar un lecho de hojas secas, que permanecer de este modo sobre el duro suelo. Dejadme hacer ; yo os prometo teneros dentro de un instante preparada una buena cama.

Edgeworth, que se habia levantado á estas palabras, aproximóse al fuego, mientras Tom levantaba la manta y examinaba el terreno.

—A fe mia, exclamó este muy luego, no me admira que os encontraseis tan mal sobre estos colchones. No son troncos ni piedras lo que hay aquí, sino huesos de ciervo. ¿Cómo no habiamos reparado en ello? Y hablando así, arrojó algunos huesos hácia el lado donde se hallaba Edgeworth. Fué amontonando en seguida todas las hojas secas que pudo encontrar, extendiendo otra vez la manta encima, arrimó bastante leña al fuego para que no se apagase en toda la noche, y despues de haberse quitado el calzado y desnudádose la chaqueta para cubrirse con ella, se acostó con la confianza de dormir dos ó tres horas aguardando la llegada del buque.

Edgeworth, que habia cogido uno de los huesos, lo examinaba entretanto con mayor atencion de la que parecia merecer un objeto tan insignificante.

—Tom, exclamó al cabo de un rato, inclinándose hácia la lumbre con el hueso en la mano para verlo de mas cerca; este hueso no es de ciervo.

—Nó?.... será pues de lobo ó de oso, murmuró Tom ya medio dormido.

—De oso, tal vez; mas con todo me parece, amigo, que estoy mirando un hueso humano.

—Si es así, tened cuidado que no se llegue á él el perro.....

¡Voto á sanes!.... Creo que tendreis razon, añadió el jóven levantándose con prontitud y abriendo extremadamente sus grandes ojos, buscando á su alrededor con ansiedad.

—Pero qué teneis? le preguntó Edgeworth sobresaltado: qué buscais?

—Estais seguro de que este es un hueso humano? repuso Tom volviendo á calzarse los zapatos.

—Tan seguro, que os añadiré que es un fémur. Y sino, mirad: este hueso es demasiado grueso para ser de un ciervo, y demasiado largo para ser de un oso. Pero, qué teneis, amigo mio?

—Si es realmente un hueso humano, prosiguió Tom, ya sé el hombre á quien perteneció. Cuando encontramos su cadáver, yo mismo lo oculté entre la maleza; y hé aquí porqué hemos visto por estas inmediaciones tantas ramas medio podridas. Ahí está..... ahí..... al pié de esta encina..... ved aun la cruz que tracé con mi cuchillo.

—Pero, quién era este hombre, y de qué manera murió? preguntó Edgeworth.

—No podré satisfacer todas vuestras preguntas: sin embargo, recuerdo muy bien que fué asesinado de la manera mas horrible por un barquero, cuya chalupa se hallaba amarrada precisamente en el mismo punto donde tiene que aguardarnos mañana nuestra embarcacion. El infame fué acechándole como un lobo, para robarle algunos miserables dollars.

—Oh! esto es horroroso, dijo el anciano, tendiéndose de nuevo sobre la manta y conservando junto á sí el hueso.

Tom, que se habia sentado en su puesto, apoyada la cabeza en su mano derecha, como para ordenar sus recuerdos, prosiguió:

—Perseguíamos un enjambre de abejas, que se presentó á nuestra vista luego de haber entrado en el bosque, cuando Bill.....

—Quién? el barquero?

—Nó; el pobre muchacho que fué asesinado.

—Ah! qué otro nombre tenia?

—No sé, apenas hacia cuatro dias que le conocia, pero me parece que venia del Ohio. Bill cometió la imprudencia de enseñar á aquel pícaro marinero el dinero que llevaba, lo cual bastó para que este resolviese apropiárselo de cualquier modo que fuese. Como primer ensayo, instóle por la noche para que jugase con él, mien-



tras los demás estábamos sentados al rededor de la lumbre. Bill no quiso, y esto pareció incomodar mucho á aquel miserable. A la noche siguiente, pudo persuadirle á que fuese á dormir con él á bordo de la chalupa. Nosotros estábamos acampados junto al barranco donde hemos visto esta mañana el oso, pues hasta allí fuimos en persecucion de las abejas, atravesando aquella pequeña llanura. Por la mañana no comparecieron uno ni otro, y contad cuál seria nuestra sorpresa, cuando llegando, al caer la tarde, á la orilla del rio, no encontramos el barco. Tuvimos pues que pasar la noche por estos alrededores..... precisamente aquí..... lo tengo bien presente..... junto á este frondoso olmo encendimos nuestro fuego. Al amanecer nos dirigíamos á esta colina inmediata, cuando descubrimos un considerable número de buitres que volaban todos en una misma direccion.

—¿Qué significa esto? observó uno de nuestros compañeros, excelente cazador del Kentucky; apostaria que ese condenado de barquero ha asesinado al *Saltarin.*

—¡*Saltarin*! exclamó Edgeworth, interrumpiendo á Tom. Y por qué le dabais ese apodo?

—Porque su pierna izquierda era algo mas corta que la derecha, por cuyo motivo, á cada paso que andaba, tenia que dar un saltito. Al llegar á lo alto del collado..... oh!.... jamás podria olvidar, aunque viviera mil años, el espectáculo que se ofreció á nuestra vista. El cadáver y los buitres... Pero qué teneis, Edgeworth? os poneis pálido...

—Decidme: Bill, ó *el Saltarin*, como vosotros le llamabais, tenia una cicatriz en la frente?

—Sí, una larga cicatriz encarnada. ¿Le conociais?

Apenas hubo Tom pronunciado estas palabras, el pobre anciano, llevándose las manos á la cabeza, hizose atrás con un movimiento convulsivo, dejando escapar un gran grito.

—Qué es esto, Edgeworth?... Por Dios, contestadme! exclamó Tom sumamente alarmado: serenaos. Quién era pues ese muchacho?...

—Era mi hijo! mi querido hijo! murmuró el anciano, cubriéndose con sus crispados dedos los ojos centelleantes, en los que no se veia sin embargo asomar una sola lágrima.

—Ah! pobre padre! Dios os asista!

—Mas, segun veo, no le enterrasteis? preguntó Edgeworth despues de un largo silencio.

—Hicimos todo lo que nos fué posible; dímosle sepultura de cazador, contestó Tom reprimiendo su emocion; podíamos tan solo disponer de nuestros cuchillos, y la tierra estaba demasiado seca... Pero á qué enumerar todos estos detalles que os dañan?

—No, no! replicó el anciano con voz suplicante: hablad, hablad por Dios; deseo saberlo todo.

—Colocamos el cadáver, como os he dicho, al pié de esta encina, y lo cubrimos amontonando sobre él todas las ramas y troncos que pudimos reunir: pareciónos imposible que ningun animal, cualquiera que fuese su fuerza, llegase nunca á descubrirlo; además de que no ignorais que los osos no tocan jamás los cadáveres. Al separarnos de él, tracé con mi cuchillo la pequeña cruz que se vé aun en el tronco de la encina.

Mientras Tom estuvo refiriendo todos estos pormenores, Edgeworth permaneció inmóvil, pálido como la muerte, fijos los ojos en el suelo. Concluida tan desgarradora relacion, levantóse el campesino, y despues de contemplar en silencio los tristes objetos que le rodeaban, exclamó con voz temblorosa: «Guiados por la Providencia, hemos venido á descansar sobre tu tumba!... O mi querido Williams!.... qué fin mas desastroso, gran Dios! Pero yo no permitiré que tus huesos se hallen por mas tiempo expuestos al sol y á la tempestad .... Vos me ayudareis á enterrarlos, no es verdad, Tom?

—De muy buena gana; pero nos faltarán los útiles al efecto indispensables.

—En el barco hay picos y azadones; los marineros nos ayudarán tambien; quiero tributar á mi hijo los honores del sepulcro. Ay! es cuanto puedo hacer por él.

—Vamos, vamos, mi pobre Edgeworth; dad entretanto tregua á vuestro dolor: venid á acostaros á mi lado, aquí, á la otra parte del fuego.

—Por qué, Tom? Creeis acaso que deseo apartarme del sitio donde se hallan esparcidas las cenizas de mi pobre hijo? Pensais que quiero separar mi vista de este espectáculo, por muy triste que él sea?... Cuando abrigaba todavía la dulce esperanza de estrechar otra vez á mi hijo sobre mi corazon, encuentro hoy sus huesos dispersos

en medio de un desierto!... Pero, basta ya, amigo Tom, buenas noches; la fatiga os tiene rendido, y no puede ser otra cosa despues de lo mucho que hemos andado... dormid; yo voy á hacer otro tanto, á fin de que apenas amanezca podamos emprender nuestro trabajo. Y al mismo tiempo, para que su jóven compañero se entregase al sueño, el pobre hombre tendióse tambien sobre la manta y cerró los ojos; si bien la dolorosa emocion que le dominaba le tuvo despierto toda la noche.

Apenas la suave brisa de la mañana empezó á agitar las cimas de los árboles, levantóse Edgeworth y avivó el fuego, que despidió muy luego una vivísima llama. Iluminado por ella, empezó á reunir los huesos esparcidos acá y acullá. Tom, que se habia dispertado al ruido de los pasos de su compañero, levantóse tambien y se puso á ayudarle en silencio. Acercóse casualmente donde se hallaba echado el perro Wolf, y observó con extrañeza que este le recibia con un prolongado gruñido.

—Qué es esto, Wolf?... Duermes aun, viejo perezoso?... Hola!.... con que te atreves á enseñarme los dientes?

Pero el perro no parecia dispuesto á dejarse persuadir por esta amistosa reconvencion; manifestóse por el contrario mas enfurecido meneando al mismo tiempo la cola, como queriendo significar: ya sé que eres amigo; pero á pesar de esto no quiero que te me acerques.

Ante esta incomprensible resistencia, paróse Tom, diciendo á Edgeworth:

—Ved lo que tiene el perro, pues no quiere permitir que me aproxime; sin duda hay alguna cosa en el zarzal; qué diantres podrá ser?

Dirigióse á él resueltamente Edgeworth, y obligándole á levantarse á pesar de sus sordos gruñidos, encontró entre sus patas el cráneo de su hijo. Recogió suspirando los restos de aquella cabeza querida, mientras Wolf dejaba oir un lastimero aullido.

—El pobre animal conoce que es una preciosa reliquia; observó el jóven marino.

—No es bien claro que conoce estos despojos humanos? Aquí, Wolf, aquí, mi buen perro; verdad que te acuerdas de tu difunto amo?

Agachóse Wolf á estas palabras, mirando fijamente al anciano y aullando de una manera tan dolorida, que no pudiendo Edge-

worth resistir por mas tiempo su emocion, cayó de rodillas delante del perro, y pasando los brazos al rededor de su cuello, empezó á derramar abundantes lágrimas. Wolf entretanto no dejaba de lamer la frente y las mejillas de su amo, esforzándose en alargar la pata sobre su hombro.

—Esto parece increible! dijo Tom, conmovido por la conducta del perro.

—No hay duda: el pobre animal ha conocido á su amo, contestó Edgeworth enjugando sus lágrimas; y levantándose penosamente, añadió: Oh! cuánto me consuela el ver que ese buen Wolf conserva la memoria de mi William! Excelente animal! Deja que te acaricie con todo el afecto que te mereces.

En aquel instante un tiro, disparado á la orilla del rio, vino á interrumpir su conversacion.

—Ahí está el buque: han tenido que andar toda la noche para llegar tan de madrugada.

—Tened la bondad de ir á avisar la tripulacion, querido Tom, apresuróse á decir el campesino.

—Voy corriendo; aunque mejor será que vayamos juntos: seria para vos harto doloroso quedaros solo en este lugar.

—No lo creais; id, Tom, á vuestro regreso habré concluido ya mis preparativos.

Tomó Tom, sin replicar, la escopeta, y se dirigió á la ribera; mientras que arrodillándose Edgeworth al pié de la encina, cuyas ramas habian, durante tantos años, extendido su sombra sobre el cadáver de su hijo, estuvo orando hasta que distinguió las voces de los que llegaban. Levantóse entonces, y con paso firme y resuelto fué á su encuentro, afectando una completa calma.

Como Tom habia ya contado á los marineros todo lo que habia pasado, enterándoles igualmente de los piadosos deseos de Edgeworth, empezaron desde luego, sin proferir palabra, á abrir una profunda hoya, donde fueron depositando los huesos del infortunado jóven. Despues de haberlos cubierto, rellenando la hoya, colocaron un montoncito de tierra sobre ella, dirigiéndose luego otra vez al buque, en medio del mismo silencio, conduciendo el oso muerto por Tom y su compañero.

—Magnífico! gritó al divisarles el que se habia quedado á bordo hombre grosero, de aspecto feroz, picado de viruelas, con sus

negros y cerdosos cabellos desarreglados); excelente arbitrio para refrescar las provisiones. Vamos, pronto, camaradas; estamos perdiendo un tiempo precioso, pues el rio va bajando.

—Es que tenemos que volver á tierra, dijo uno de los marineros.

—Y eso ? qué os habeis dejado olvidado ?

—Nada: venimos á buscar ladrillos para construir un mausoleo del mejor modo que nos sea posible.

—Y dónde vamos á guisar despues si destruís de este modo la cocina?

— En Vincennes encontraremos ladrillos, contestó Tom; no os apureis por esto... mejor seria que vinieseis tambien á ayudarnos.

— Yo me he contratado como piloto, y no como albañil, refunfuñó el tal hombre, tendiéndose desdeñosamente sobre la cubierta. Vaya una ocurrencia! desenterrar un esqueleto humano, que harto se habria consumido por sí solo, sin necesidad de que lo tocaseis.

Nadie contestó á estas palabras del grosero piloto, y despues de haber cargado sobre sus hombros los ladrillos que habian venido á buscar, volvieron los marineros á subir la escarpada costa del Mississipi. En muy poco tiempo construyeron un pequeño monumento, sumamente sencillo, sobre la tumba del cazador asesinado, arrancando despues toda la yerba que ocultaba la cruz incrustada en el árbol.

Edgeworth, que hasta entonces habia permanecido absorto en sus tristes meditaciones, levantóse de repente, cual si despertase de un profundo sueño; estrechó la mano á cada uno de los marineros, dándoles á todas las gracias por la parte que acababan de tomar en el cumplimiento de un deber para él sagrado, y volviendo á tomar la escopeta, dirigióse con paso seguro hácia el rio, seguido de todos los demás.

Media hora despues, impelido por los esfuerzos de la tripulacion y ayudado por la corriente, flotaba el ligero buque en medio del rio. Dejando entonces los remos, sentáronse tranquilamente los marineros, para contemplar los primeros rayos del sol, que asomaba en todo su esplendor tras la majestuosa espesura del bosque. Reclinado en la popa Edgeworth, teniendo el perro á su lado, se alejaba con dolor del solitario sitio que guardaba los restos mortales de su hijo: pero pronto, al doblar uno de los recodos del rio,

una elevada roca que, á manera de tupido telon, priva la vista del horizonte, cambia totalmente el aspecto del paisaje. Entrando á dicha altura el Mississipí en un largo canal de piedra, aumenta considerablemente la velocidad de su curso; deslizándose de esta suerte, rápido sobre las aguas, el ligero buque del anciano campesino del Wabash.

II.

Capitulacion honrosa.

Grande era el bullicio y agitacion que se notaba en Helena, ciudad principal del Arkansas, situada á orillas del Mississipi. No parecia sino que todos los habitantes de las cercanías se habian reunido en ella. La conversacion era muy animada en los grupos, distinguiéndose entre los que los formaban, vestidos en su mayor parte como de costumbre, algunos con túnicas de pieles de gamo, adornadas con cintas de diversos colores, por el estilo de las que usan los peoneros del desierto. Los violentos ademanes y descompasadas voces de los interlocutores daban claramente á entender que la atencion de la muchedumbre se hallaba excitada por alguna causa extraordinaria.

El grupo mas numeroso se habia situado frente la posada de la Union, que era la mas concurrida de la ciudad, y el posadero, hombre de elevada estatura, extremadamente flaco, de pelo desgreñado, nariz aguileña y ojos azules llenos de bondad, contemplaba aquella frenética turba, que al cabo de un rato vió con gran satisfaccion pararse delante de su puerta. No quedaba por esto desatendido el servicio de la posada; pues la vigilante dueña, auxiliada de sus criados y de un negro, no cesaba de preparar lo que iban pidiendo los numerosos parroquianos, y disponer cuartos y camas para los que, por vivir á mucha distancia de Helena, no podian volver á sus casas aquella misma noche. El calor de la disputa y las reiteradas libaciones habian exaltado á los oradores: salian de todas partes amenazadores gritos y blasfemias; viendo por último el posadero que no se habia equivocado en sus vaticinios, puesto que de los in-

sultos se habia pasado ya á las vias de hecho. De pié, en el dintel de la puerta, con las manos en la faltriquera, parecia gozarse en una escena que él ya habia previsto, y que probablemente llenaba todos sus deseos.

El primero en apelar á tan contundentes razones fué un irlandés, visco y regordete, que se distinguia además por sus cabellos y barba de un color rojo muy subido. Llevaba un pantalon de mahon, desabrochada la camisa, y recogidas las mangas, presentando desnudos sus fornidos brazos. Pero si su exterior era tan descuidado, en cambio era Patrick O'Toole, en todas sus cosas, hombre muy formal y resuelto. Bastaban unas cuantas gotas de whisky para que la cosa mas pueril del mundo le pareciese motivo bastante para entablar lo que él llamaba una «razonable discusion,» y aun cuando no era de carácter quisquilloso, era siempre el último en abandonar el campo, mientras contaba con la mas remota probabilidad de batirse.

Sin embargo, por buena que fuese en aquella ocasion la causa de Patrick, ó de Pat, como comunmente se le llamaba, debia por necesidad llevar la peor parte; pues tan luego hubo derribado sobre el polvo á su adversario, muchos de los que hasta entonces no habian tomado parte en la disputa se declararon contra él, manifestando la intencion de vengar á su compañero.

—Atrás, canalla! gritó el irlandés, repartiendo á diestro y á siniestro sendos puñetazos para defenderse de los que tan bruscamente le acometian.

—Plaza! plaza! seguia gritando, recogiendo mas y mas las mangas de su camisa; seamos hombres. Uno contra uno, dos contra uno, tres contra uno si quereis; pero no vayais á echaros ocho ó nueve contra mí. Batíos en regla; y yo me encargo de poner vuestros cráneos tan blandos como los cerebros que cubren.

—Plaza! repitió otro de los amotinados, esforzándose en abrirse paso por entre la apiñada multitud. En medio de tanto barullo, pudo por fin volver á levantarse el primer combatiente. Cubriendo con su mano izquierda el ojo que se resentia aun de la anterior refriega, sacó con la derecha un cuchillo de debajo de su chaqueta, blandiólo con terrible furia, abalanzándose hácia el irlandés y despidiendo un grito salvaje.

O'Toole le esperó á pié firme; paró el golpe hábilmente asestado por su enemigo, deteniendo con una mano el brazo que iba á he-

rirle, y empujándole con la otra con toda su fuerza, obligóle otra vez á medir el suelo. Apeló en seguida á la lealtad de los circunstantes, para librarse de otro ataque semejante; pero el populacho, léjos de atender su justa observacion, retiró al vencido del campo de batalla, precipitándose luego contra él con mayor furor.

—Muera este perro irlandés! Atreverse á poner la mano sobre un ciudadano de los Estados Unidos! Así paga nuestra hospitalidad ese extranjerote! Muera! muera!

—Echadle al agua! gritó un hombre colosal, de pálido semblante, á quien una profunda cicatriz, que desde el labio inferior se extendia hasta detrás de la oreja, daba un aspecto repugnante. Estos pícaros de alemanes é irlandeses vienen á robar el salario á nuestros pobres obreros. Regaladlo á los cangrejos que se crian entre las rocas del Mississipí. Y hablando así, arremetió con tanta furia contra el irlandés, que este se vió precisado á retroceder. No se daba sin embargo por vencido, si no hubiesen llegado nuevos combatientes en auxilio de los primeros. La lucha era demasiado desigual para que O'Toole no tuviese al fin que sucumbir.

—Al agua! al agua! gritaba aquella multitud furiosa. Atadle las manos á la espalda, y que vuelva á Irlanda á nado!

Las personas pacíficas, que hubieran querido evitar que una simple disputa tuviese tan serios resultados, fueron rechazadas por los mas furibundos; no pudiendo por consiguiente impedir que el populacho arrastrase á su víctima hácia el rio, en medio de una espantosa gritería.

Muy crítica era la posicion de O'Toole, quien, como no ignoraba la desfavorable prevencion con que era mirado por los habitantes de Helena, veia segura su muerte, pues el número de sus enemigos no permitia la menor resistencia, y la proximidad del agua favorecia por otra parte sus detestables designios. En aquel momento, un hombre solo se coloca entre la víctima y sus perseguidores. Su presencia contuvo á la multitud, y aprovechándose de esta primera impresion, toma á O'Toole por el brazo, y se lo lleva consigo. Este hombre no era otro que el digno posadero Jonathan Smart.

—Basta! esto es ya demasiado! dijo en tono imperioso y con todo el aplomo de un verdadero magistrado.

Repuestos empero los alborotadores de aquella momentánea

sorpresa, resolvieron rescatar la presa que tan inesperadamente acababa de arrancárseles de las manos.

—Cuidado, Smart! Dejad á este hombre! gritaban de todas partes entre imprecaciones y amenazas. Pero á pesar de todo, Smart insistia en llevarse á O'Toole, protestando que nadie tocaria un solo pelo de su cabeza.

—Toma, pues, que así lo quieres; dijo uno de los mas desesperados, sacando de su bolsillo una pistola y apuntándola á Smart.

Afortunadamente no salió el tiro: pero el honrado Yanque, que no se hallaba de humor para tolerar semejante ultraje, desenvainó su machete, que hasta entonces no habia dejado ver, descargando sobre el agresor una cuchillada capaz de partirle el cráneo. Pudo este evitar el golpe, huyendo el cuerpo tan á tiempo, que rozándole la espalda la punta del machete, le abrió la manga hasta el codo.

No quedaba por consiguiente la menor duda acerca de las verdaderas intenciones de Smart, cuya mirada revelaba además una decision tal, que obligó, aun á los mas atrevidos, á abandonar al irlandés. Luego que este se vió libre, intentó, lleno de cólera, volver hácia sus enemigos en actitud de renovar el combate. Pero Smart no lo consintió, sino que cogiéndole violentamente por el brazo, le llevó casi arrastrando hasta su casa, cerrando inmediatamente la puerta, mientras la multitud, contenida por el instrumento de muerte que veia brillar en sus manos, se mantenia á cierta distancia.

Mas cuando, con la desaparicion, dejó de influir en su ánimo este persuasivo medio, dió rienda suelta á su reprimido furor, olvidando al que hasta entonces habia sido objeto de sus iras, para dirigirse exclusivamente contra su generoso libertador.

El de la cicatriz fué el primero en romper el silencio, gritando con todas sus fuerzas;

—Con qué hemos de sufrir semejante insulto? Quién es ese tunante de Yanque para atreverse á dictar leyes á los honrados ciudadanos del Arkansas? Incendiemos su casa, y asémosle dentro con su mujer y sus criados!

—Aprobado! exclamaron mil voces á un tiempo. Vamos, muchachos, tomemos el fuego en su misma cocina, y destruyamos el figon.

La plebe, dispuesta siempre á cometer un crímen, se precipitó,

como un torrente desbordado hácia la casa, é iba sin duda á entregarse á los mas repugnantes excesos, cuando se presentó un hombre con demostraciones las mas amistosas, y levantando los brazos, pidió con voz clara que le escuchasen un momento.

Este hombre, alto y delgado, tenia una frente espaciosa, ojos y cabello negros, y unos labios de forma notablemente agraciada. Su aspecto revelaba á la vez el mando y la persuasion. Por su porte, no menos que por sus finas maneras, dejaba conocer desde luego que pertenecia á las clases superiores de la sociedad. Era en efecto hombre de ciencia y representante de la ley; pues sobre ser uno de los médicos mas reputados de la comarca, cuyo profundo saber y amable trato le habian granjeado una numerosa clientela, á pesar de no contar mas que un año de residencia en el país, acababa de merecer la honra de ser nombrado juez de la ciudad y del condado.

—Señores, dijo á aquellos furiosos, reflexionad lo que vais á hacer; todos nos hallamos sujetos á las leyes de los Estados Unidos, y así como los tribunales están siempre dispuestos á defenderos contra la violencia, con igual celo protegen á los oprimidos contra los ataques de los mas fuertes. M. Smart no os ha insultado: muy al contrario, privándoos de cometer un delito, cuyas consecuencias os habrian sido funestas, os ha hecho un señalado favor. Bien de otra suerte deberiais, en verdad, probarle vuestro reconocimiento. M. Smart es además, bajo todos conceptos, un hombre muy honrado.

—Honrado!... reconocimiento!..... contestó el que habia sacado la pistola contra Smart. Será sin duda por haber querido partirme en dos mitades como una manzana. Nada, nada: es preciso entregar su casa á las llamas; esta es mi opinion, y creo que es la mejor.

—Señores, repuso el juez, si M. Smart os ha insultado, no dudo que estará pronto á daros todas las excusas y satisfacciones apetecibles. Vamos á encontrarle pacíficamente, hablémosle en tono amistoso y conciliador, y me parece que él, en obsequio á la buena armonía, se someterá gustoso á una contribucion de whisky. Bajo estas bases será fácil transigir el negocio. ¿Las aceptais?

—Sí, apresuróse á contestar el de la cicatriz; pero si otra vez vuelve á atravesarse en mi camino, sabré poner á su disposicion nueve pulgadas de acero.

—Ea, muchachos, á la posada! á la posada! y si quiere ha-

cerse el tacaño, tiempo tendremos despues para destruir su barraca.

Encamináronse efectivamente á la casa los amotinados, dejando oir aun malignas y amenazadoras chocarrerías. Indudablemente el medio de conciliacion propuesto por el juez habria causado un nuevo conflicto, á no conocer tambien M. Smart la gente con quien se las habia. Si en el estado en que se hallaban los ánimos hubiese permitido que aquella turba entrase en su casa, se habria entregado á su disposicion, sin serle posible resistir de modo alguno todas sus exigencias y desmanes. Trató por lo tanto de impedirlo, y á este fin, luego que les vió cerca de la puerta, presentóse en el umbral, armado con su carabina en ademan de disparar contra el primero que se atreviese á adelantar un solo paso.

Imponente era tal amenaza en boca de Smart, que era reputado por uno de los mejores tiradores de aquel pais; así que, bastó ella sola para que todos hiciesen alto, sorprendidos por la resuelta actitud del posadero. Intervino nuevamente el juez, haciéndole presente que aquellos hombres ninguna intencion hostil abrigaban, y suplicándole desistiese tambien por su parte de todo acto ó demostracion de resistencia.

—Dadles, añadió, cinco ó seis botellas de whisky para que beban á vuestra salud. ¿No es preferible vivir en buena armonia con los vecinos, en vez de estar de este modo enemistados y en continua pugna?

Tranquilizado con estas pacíficas observaciones, que manifestaba la plebe aceptar con su silencio, levantó Smart el cañon de su carabina diciendo:

—En verdad os honran mucho, M. Dayton, los generosos esfuerzos que acabais de hacer para evitar la efusion de sangre. No se habrian tomado á buen seguro tanto trabajo la mayor parte de vuestros colegas. Para probaros pues mi reconocimiento, y á fin de que esta buena gente se persuada de que no les guardo el menor rencor, y que deseo vivir en buena amistad con todo el mundo, les ofrezco un barril entero de whisky, que podrán beber ahí enfrente, junto al rio. Hay señoras en la posada, y se me figura que estos caballeros preferirán por lo mismo celebrar nuestra reconci llacion al aire libre, sin la embarazosa presencia del bello sexo.

—Sí, pero antes estipulemos con la debida claridad las condi-

ciones, dijo el de la cicatriz. ¿Consentís en darnos un barril entero de coñac, y en declarar que olvidais para siempre todo lo que ha pasado?

—Consiento, contestó Smart con desdeñosa sonrisa; voy á llenar el barril del mejor aguardiente que haya en mi bódega. ¿Están estos señores contentos?

—Sí, sí, respondieron á un tiempo mil voces; venga el coñac: cuando hay faldas en una casa, no pueden los hombres beber y divertirse á sus anchas. Despachad pronto, M. Smart; por fortuna nos hallais hoy de buen humor, mas con todo no nos hagais esperar demasiado.

Cinco minutos despues, apareció en el dintel un negro alto, de anchas espaldas, pelo lanoso y facciones perfectamente amoldadas al tipo casi invariable que presenta la raza africana, llevando debajo de su brazo izquierdo un inmenso jarro, lleno hasta el borde, y en la mano derecha algunos pequeños vasos de hoja de lata. Dirigió con desconfianza la vista hácia la multitud, que le recibió con estrepitosas aclamaciones. Adelantáronse entonces los mas inteligentes en la materia para examinar la clase y calidad del licor; y luego que, por su informe favorable, quedaron, sobre este punto, satisfechos los demás, dirigiéronse alegremente hácia el rio, en cuya orilla estuvieron bebiendo y solazándose hasta una hora muy avanzada de la noche. El doctor Dayton les contemplaba cuando se alejaban, en tregado á una profunda meditacion. Vino á distraerle de ella Smart, para darle las gracias por el eficaz auxilio que le habia prestado.

—Con toda mi alma, le dijo, os agradezco, señor, los esfuerzos que habeis hecho en mi ayuda: no podiais elegir momento mas oportuno para salvarme.

—No he hecho mas que cumplir mi deber; pero es preciso conocer que una sola palabra ó demostracion de rigor produce muchas veces grandes desastres; mientras que un hombre resuelto, sabiendo manejarse de una manera conveniente, hará siempre lo que que quiera de estos infelices.

—No sé si es esto bastante exacto, repuso Smart con aire de duda dirigiendo la vista hácia el rio. No es tan fácil, como creeis, tener á raya á esta gentuza con halagos, y á veces ni con amenazas. Generalmente estos brutos solo tienen la vida para perder, y como por lo comun les es poco grata, la arriesgan por cualquier cosa. De

todos modos estoy muy contento de haber salido tan bien librado; no soy amigo de derramar sangre, sobre todo por semejantes bagatelas. Entrad, doctor, descansareis un rato; entretanto, voy á encontrar á mi esposa en la cocina, para darle algunas órdenes importantes.

—Gracias, M. Smart: tengo que ir á mi casa, pues me conviene contestar algunas cartas que he recibido por el último correo. Si quereis darme gusto, venid luego á verme con vuestra buena señora; sí, venid, pues necesito hablaros de diferentes asuntos.

—La señora no puede acompañarme, habiendo tanta gente en la posada; y á fe mia lo siento, pues hace un siglo que no hemos visto á mistress Dayton. Y decidme, doctor, ¿si mas tarde estos miserables volvian á las andadas?...

—No lo creo: son insolentes, bulliciosos, groseros; pero no les considero capaces de causar un mal con premeditacion. Durante la efervescencia, no habrian reparado en incendiar vuestra casa; mas ahora, calmada completamente su furia, nada está seguramente mas distante de su ánimo que perjudicaros en lo mas mínimo.

—Tanto mejor: aunque, á deciros verdad, no les temo. Scipion vigilará mientras me halle ausente, y desde cualquier punto de Helena donde me encuentre, oiré el aviso que me dé con su corneta. Vamos, pues, ya está resuelto; contad conmigo dentro de media hora.

Separáronse los dos interlocutores, alejándose el juez á lo largo de la calle, y volviendo Smart á entrar en su casa en busca de la «mejor mitad de sí mismo,» como él la llamaba. La posadera se hallaba de un humor insoportable, no solo á causa de los sucesos que acababan de tener lugar, si que tambien por el excesivo trabajo que la abrumaba. No tenia costumbre de hacerse la menor violencia para disimular su cólera; antes bien, cualquiera que fuese el motivo, habia siempre de estallar de una manera patente y agresiva. Con tan excelentes disposiciones, luego que oyó los pasos de su marido, que se dirigió á la cocina, echóse atrás el sombrero que resguardaba su cabeza de la abrasadora impresion de las llamas, y apoyando ambas manos en las caderas, le recibió con ceñudo semblante, diciendo:

—Y bien: ¿qué gloriosa hazaña ha llevado hoy á cabo el caballero? Vamos, ya está visto: siempre que á cualquier pelele se le antoje promover un escándalo en las calles de Helena, no hay cuida-

do de que deje de asomar por allí sus narices M. Smart, acabando por ser el protagonista de la funcion.

—Mistress Smart, contestó el marido, cuya calma no era capaz de alterar ni aun el carácter atribiliario de su cara mitad, hoy he salvado la vida de un hombre, y me parece que...

—Vaya una gran razon! habeis salvado la vida de un hombre!... Y quién os manda meteros en camisa de once varas? Mas regular seria que os interesaseis por vuestra esposa. Poco os importa que reviente de cansancio: vos regalais por esto nuestro mejor aguardiente, como si os lo hubieseis encontrado en medio de la calle; mientras que yo he de atender con el sudor de mi rostro á todas las obligaciones de la casa y á las necesidades de la familia.

—...Y me parece que no lo he conseguido á gran precio, prosiguió tranquilamente Smart, concluyendo así la frase cortada por la brusca interrupcion de su consorte.

— Ya se vé; pero á mí me parece tambien que el objeto preferente de toda esta ridícula filantropía deberia ser vuestra propia sangre. Nuestro Felipe es ya casi un hombre, y sin embargo poco, ó nada, os inquietais por su suerte. Bajo vuestra direccion nuestros negocios amenazan ruina, y cuando el pobre muchacho llegue á mayor edad, no tendrá ni siquiera donde reclinar la cabeza. Oh! qué padre mas desnaturalizado!

— El padre desnaturalizado de quien hablais, repuso Smart sonriendo y frotándose las manos, tampoco tenia, cuando era casi hombre, ni siquiera donde reclinar su cabeza; pero M. Smart, padre, habia dado muy buena educacion á su hijo, y M. Smart, jóven, habia sabido tan bien aprovecharse de ella, que al cabo de algunos años se encontró en disposicion de adquirir la mejor posada de Helena. Hoy el viejo Smart no existe, y el jóven Smart ha pasado á ser el viejo Smart. De manera que, segun el curso natural de las cosas, el jóven Smart...

— Insufrible sois con vuestras impertinencias y necedades, sobre el jóven y el viejo Smart. Dejadme en paz, é id á vuestros quehaceres; ved si falta algo á los caballos, y mandadme á Scipion, pues necesito que vaya por las judías al huerto y por azúcar al almacen. Ah! M. Smart, vuestra ligereza ha de acabarme la vida!

— Decia que el jóven Smart seguirá los consejos del viejo Smart,

del mismo modo que este habia seguido los de su padre; continuó el posadero sin inmutarse, por lo que es probable que el jóven Smart sabrá á su vez ganarse la vida bien y honradamente.

—Mandadme á Scipion, gritó mistress Smart pateando de rabia y golpeando la mesa con el cucharon. Lo oís? mandad á Scipion y dejadme, á menos que querais hacerme desesperar... Si no os vais usaré de «mi derecho de cocina.» Y al decir esto, cogió un enorme cucharon de hierro, y lo metió en una caldera de agua hirviendo.

No ignoraba Smart que la violencia de su esposa jamás llegaba á vias de hecho, así como ella conocia demasiado el carácter de su marido para atreverse á tanto; con todo, deseando calmar á su atribulada mitad, que era por otra parte una excelente compañera, se dispuso á salir, preguntándole antes, desde la puerta, si tenia algo que encargarle.

Bastó este tácito reconocimiento de su autoridad, para desarmar á la posadera. Dejó el cucharon sobre la mesa, y enjugándose el rostro con el delantal, contestó con voz menos áspera:

—Si vuestros negocios os obligan á salir de casa, razon teneis para no cuidaros de los mios. Por consiguiente los caballos...

—Tienen ya todo cuanto necesitan.

—Bueno, pero el azúcar...

—Está en el mostrador.

—Y las judías...

—Hace media hora que Scipion las ha traido.

—Sí, pero los dos cuartos para los viajeros que acaban de llegar?.....

—Se hallan tambien arreglados. Scipion y yo lo hemos dejado todo corriente: ¿se os ofrece aun alguna otra cosa, mistress Smart?

Contrariada esta al ver que no tenia pretexto alguno para quejarse, se puso á atizar y remover el fuego con tal fuerza, que su rostro estaba hecho una ascua. Viendo despues Smart que hacia inútiles esfuerzos para levantar una grande olla de hierro, corrió á su auxilio, y cogiendo con ambas manos la olla, la colocó en el sitio conveniente. Volvióse luego con una sonrisa hácia su consorte, é imprimiendo dos fuertes besos en sus encendidas mejillas, tomó la puerta, poniéndose las manos en la faltriquera, y silbando el famoso aire nacional del *Yankee Doodle.*

III.

Los parroquianos de la posada de la Union.

Las posadas públicas de los Estados Unidos son establecimientos únicos en su género, por lo mucho que se diferencian de las que se encuentran en cualquiera otra parte del mundo. Aseméjanse, en primer lugar, unas á otras, tanto como se parecen entre sí las estaciones de un camino de hierro. Sobre el mostrador, cubierto de mármol y rodeado de una barandilla de madera, vense constantemente botellas llenas de esencia de menta ó de vermuth, canastillos con naranjas y limones, grandes jarros de vino y aguardiente, y diferentes frascos con sencillos y vistosos adornos.

A menos de alojarse en una casa particular, no puede prometerse estar bien asistido el que visite los Estados Unidos; pues de seguro distará mucho de satisfacerle el servicio de cualquier establecimiento público, llámese fonda, posada, meson, ó casa de huéspedes.

Por lo comun, solo hay sillas al rededor del fuego. No deja de ser notable, que lo mismo en invierno, que en el mayor rigor del verano cuando no se enciende la lumbre, todo el mundo se sienta frente la chimenea, revolviendo mil veces inútilmente las cenizas para encender un cigarro. Nadie se permitiria allí media hora de sobremesa, conversando con un amigo y apurando una botella; nadie se atreveria tampoco á instalarse cómodamente en su asiento para descansar, distrayendo su vista con los que van entrando y saliendo. La costumbre es ir sirviendo por tandas: cambíanse algunas palabras mientras se aguarda y despacha lo que se ha pedido en la cocina; desocúpanse de un sorbo los vasos, y despues de haber echado una ojeada á algun periódico, sale cada cual para sus ocupaciones ó tareas.

La posada de la Union, en la ciudad de Helena, en nada se separaba de esta regla general. Detrás del mostrador, colocado frente la puerta, habia un jóven que parecia muy ocupado. Aunque por lo regular no era mucho el despacho, habia en aquel dia aumentado tan considerablemente la concurrencia, que apenas podia aten-

der á todos. Veíase la chimenea á la derecha de la sala principal, desde cuyas ventanas se descubria el rio y el desembarcadero de los buques de vapor y barcos de trasporte. Encima de una mesa cuadrada, puesta en medio de la sala, estaban los periódicos *State gazette, Cherokee advocate* y *Boletin de Nueva Orleans*. Un pequeño espejo de Nuremberg, un reloj de péndulo colgado al lado de la chimenea, y una docena de sillas completaban el mueblaje de este aposento, que era de grandes dimensiones.

Los que en aquel entonces se hallaban reunidos presentaban mayor animacion que de costumbre. Solo dos personas estaban sentadas; y tal era la inmovilidad con que permanecian en sus sillas, en ademan de calentarse en la chimenea, dando la espalda á los demás circunstantes, que podian fácilmente tomarse por dos figuras de adorno. Conversaban los otros con bastante calor, sobre todo en un grupo formado por un abogado de Helena, llamado Robias, un campesino de las cercanías de Little-Rock, un jóven de baja estatura que se conocia ser marino, á pesar de su sombrero negro raido, y su blusa de lana azul, y el conductor de la balija de Helena á la inmediata estafeta de Strong, cerca del rio de San Francisco.

Giró la conversacion sobre los sucesos que acabamos de referir en el precedente capítulo, los cuales habian presenciado los interlocutores desde las ventanas de la posada. El encargado de la correspondencia, hombre pequeño y flaco, de unos veinte y cinco años, se manifestaba en gran manera admirado de que tantísimas personas vigorosas y decididas, se hubiesen dejado vencer por una sola, y renunciasen luego á su justa venganza por las palabras de otra.

—Gentlemen, decia (repitiendo muy á menudo esta palabra, como para persuadir á su auditorio que él pertenecia tambien á esta clase privilegiada de la sociedad) gentlemen, la raza humana degenera en el Arkansas, el principio democrático se pierde, y nos van invadiendo de dia en dia las ideas monárquicas del Este. Gentlemen, no me parece lejana la época en que veremos coronar un rey en la buena ciudad de Washington, y este rey será..... el general Scott.

—Scott?... qué disparate! contestó el campesino desdeñosamente. Si tal sucediese, harian muy bien los habitantes del Norte de guardarse para sí semejante regalo; porque os aseguro que el tal

rey no llegaria nunca á atravesar jamás el Mississipi. Nuestros padres, que perecieron para conquistar la libertad, se levantarian airados de sus tumbas, echando en cara á sus descendientes, que han multiplicado por millones, la cobardia de no saber conservar la independencia que ellos valerosamente alcanzaron, siendo en tan corto número. Los extranjeros son los que propalan en nuestro país estas ideas ridículas. Acostumbrados á la esclavitud, no pueden concebir estos intrusos que existe una nacion sin un príncipe que la tiranice. Yo he leido hace poco un libro que contiene curiosos detalles acerca de lo que pasa en algunas córtes, al otro lado de los mares. Ah! si por desgracia se atreviese á penetrar en el Arkansas alguno de esos tiranos, le daríamos la caza con el auxilio de nuestros perros.

—Bravo! dijo riendo el abogado. Entusiasmado está hoy Flowits! Pero, decidme, virtuoso ciudadano, no tenemos acaso la constitucion para protegernos?

—Bah! la constitucion: si nosotros mismos no nos defendemos, no será la constitucion, ni los abogados, quienes nos salven. Se pisotearia el testamento de nuestro inmortal Washington, y no faltarian traidores que se apresurasen á ofrecer sus servicios al nuevo gobierno. No, no! El labrador es el mas firme apoyo de un estado, y la propiedad seria la primera víctima bajo un gobierno absoluto. El labrador hace producir la tierra, contribuyendo de este modo a desarrollo de la industria; los campos solo le dan frutos regándolos con sus sudores, y sin embargo jamás le oireis hablar de sus fatigas, ni de sus pérdidas. Los labradores, ó por mejor decir el pueblo, es pues quien hace prosperar un estado; no la constitucion. Un país habitado por espíritus débiles no prosperará jamás, cualquiera que sea la constitucion que lo rija.

—Este es tambien mi parecer, repuso con voz melosa el dependiente de correos, sin haber comprendido la opinion emitida por el campesino. Hé aquí por que extraño que toda esa gente se haya dejado imponer la ley por un solo hombre. Si yo hubiese estado allí (y al pronunciar estas palabras, miraba por todas partes á fin de asegurarse de que el posadero no podia oirlas), si yo hubiese estado allí, habria enseñado á ese Yankee lo que es entrometerse en los asuntos de un ciudadano libre de los Estados Unidos.

—Pues yo, contestó friamente el campesino, me alegro mucho

de que el pueblo haya dado esta prueba de buen juicio. Por lo que me habian contado de Helena, creia á vuestra ciudad sumamente revoltosa é ingobernable. Celebro volver á mi casa con una opinion bien distinta. Cuando los mal intencionados tratan de promover desórdenes, es muy justo que se les obligue á respetar la ley y la autoridad.

—Buen cuidado le da á esa canalla el órden público! replicó el de la blusa azul. Han empezado por un barril de aguardiente, y milagro será que no concluyan por querer una cuba entera. Oid la gritería y algazara que mueven.

—Pero, cómo ha principiado el alboroto? preguntó el campesino: cuando he llegado, he visto ya al irlandés entre la multitud, y al volver de dejar la maleta en el cuarto, se dirigia tambien hácia ellos M. Smart. ¿Ha sido hoy dia de audiencia?

—Nó, respondió el de la blusa, otro era el motivo de la reunion. Hánse vendido á pública subasta la casa y las tierras de Holk.

—¿Será posible? exclamó Flowits admirado. ¿La casa del rico Holk?.... Yo estuve aquí la última semana, y nada se decia sobre el particular.

—Es verdad, pero desde entonces todo ha cambiado. Holk habia salido, como sabeis, para Nueva Orleans, en un barco chato; y sin duda él y sus compañeros encontrarian algun escollo, pues todos han perecido. Cinco ó seis dias atrás llegó solo el hijo de Holk, y.....

—¿Cómo? ¿Holk tenia un hijo? Pero, si no estaba casado.

—Lo tuvo allá en sus mocedades. El jóven Holk deseaba en gran manera fijar aquí su residencia; mas habiéndole atacado las calenturas, cobró tanta aversion á este país, que al tercer dia de su llegada determinó vender todos sus bienes. Esta mañana ha tenido lugar el remate, y él ha marchado con el vapor que ha llegado este medio dia.

—¡Cáspita! vaya un muchacho mas activo. Con que, ha vendido á buen precio su patrimonio? preguntó el conductor de la balija.

—Nó á fe mia, contestó el abogado, porque la casa es el edificio mas hermoso que hay en Helena, y aunque ha tenido bastantes pretendientes, no se ha sacado de ella todo lo que vale. Yo he asistido á la subasta, y desde un principio se ha conocido el empeño

que tenia el juez Dayton en quedarse con las fincas; pero á última hora se ha presentado el dueño de esta posada, ha hecho la postura mas ventajosa, y se han librado á su favor; pagando el precio, en el acto, en buenas monedas de oro. ¡Oh! maese Smart hace muy buenos negocios en Helena.

—Es muy extraño, seguia murmurando el campesino: recuerdo perfectamente que Holk me dijo un dia que no tenia hijos ni parientes en América, y que su intencion era vender todos sus bienes y regresar á Alemania.

—Sí, sí; contestó el de la blusa azul: se daba el aire de un mozalvete, y queria que le llamasen señorito. ¿Conoceis la viudita que vive cerca de la casa de Dayton?... Y acompañó esta pregunta con un gesto que completó la maliciosa significacion de su sardónica sonrisa.

—¡Ah! la pobre mujer! exclamó un jóven mercader, que al oir estas últimas palabras vino á juntarse con los que sostenian dicha conversacion: su rostro es mas pálido que el de la muerte,..... parece que era muy amiga de Holk.

—Dícese que tenian firmados sus esponsales, añadió el abogado, y que debia celebrarse el matrimonio á su llegada de Nueva Orleans. Pero el hombre propone y Dios dispone: á estas horas tiene Holk por tálamo nupcial las aguas del Mississipí, y su barco por ataud.

—Es extraordinario el número de barcos chatos que se han perdido en poco tiempo, observó el campesino como hablando consigo mismo. En este momento me vienen á la memoria tres, salidos de Little-Rock, que no han llegado á su destino. El gobierno deberia atender con mas cuidado á la limpia para hacer desaparecer los escollos y estorbos que hacen tan peligrosa la navegacion por el rio. ¡Cuántas personas han encontrado la muerte de esta manera, aun prescindiendo de los inmensos valores, en frutos y efectos, enterrados en el Mississipí!

—De la mayor parte de tales desgracias se tienen la culpa los mismos viajeros, replicó con viveza el de la blusa azul. Y sino, reparad lo que pasa todos los dias. Se propone uno, que en su vida ha estado embarcado, ir á vender acá ó acullá sus frutos, ó sus géneros: manda construir un barco chato, ó compra uno ya medio carcomido; introduce en él su cargamento, y se coloca tan satisfecho en el timon, creyendo que la corriente por sí sola vá á condu-

cirle donde desea ir. Al principio todo marcha bien; pero de repente tropieza con un escollo... va á precipitarse en él... Oh! Dios mio!... entonces ya es tarde. Es menester desengañarse: el Mississipi tiene malas bromas. ¡Cuántas riquezas, y sobre todo cuántas personas han sido sacrificadas á la mezquina mira de ahorrar cuarenta ó cincuenta dollars, que habrian podido darse á un piloto experimentado!

—Corriente; pero no siempre sucede como vos contais. Por lo que hace á los tres barcos salidos de Little-Rock, puedo aseguraros que navegaban bajo la direccion de pilotos que afirmaron haber llevado á feliz término muchisimas de estas expediciones por el Mississipi en el trascurso de catorce ó quince años. No obstante, es muy difícil leer en el corazon de los hombres. Muchos hay que se dán el nombre de pilotos, y solo cuentan con la casualidad para dirigir una embarcacion. Si la suerte les es propicia, pasan por inteligentes y ganan un buen salario; si sobreviene un fracaso, como generalmente son buenos nadadores, no se cuidan mas que de sí mismos, y ponen á salvo su pellejo.

—Tal vez los hombres de quienes hablais, contestó desdeñosamente el de la blusa, habrán efectivamente navegado, durante tan largo tiempo, á bordo de algun vapor, en clase de fogonistas, ó mozos de cocina; porque bien conoceis que un piloto de tanta experiencia no querria encargarse de un barco chato, que no podria prometerle mas que un reducido estipendio.

—¿Hablan ustedes del piloto que ha sido últimamente arrojado á la playa? preguntó un hombrecillo de rostro macilento y arrugado, y cabellos blancos como la nieve, cuyos ojos azules se agitaban debajo de los párpados, como lo harian dos diablillos dentro de una pila de agua bendita. En verdad que el tal piloto, prosiguió el vejete, que se habia separado de otro grupo para tomar parte en la conversacion que vamos refiriendo, en verdad que el tal piloto habria sido una preciosa adquisicion para el facultativo que desee dedicarse especialmente al estudio y curacion de fracturas. Tenia hundidas cuatro costillas del lado izquierdo, el hueso del brazo habia atravesado su levita, la parte posterior del cráneo se hallaba totalmente aplastada, y sin embargo no habia aun espirado. Yo estuve batallando una hora entera para conservarle la vida; pero al fin me vi precisado á renunciar á mi propósito, porque, al tocarle, daba unos gritos espantosos.

—Mas humano habria sido rematarle de un solo golpe, dijo el campesino que se habia estremecido al oir semejante relato: ¿y cómo tuvo lugar tan sensible desgracia?

—La caldera del vapor *General Brown* reventó, contestestó el abogado, y segun me han contado, la explosion costó la vida á quince personas.

—Así es en efecto; pero no hubo ninguna otra herida notable, añadió el doctor liliputiense. A dos negros se les llevó la cabeza, es decir, la del uno se veia aun pendiente de un nervio y un pedazo de piel; á una mujer.....

—Oh! amigo mio, prescindid de tan minuciosos detalles, sino quereis que se nos indisponga la comida, exclamó el campesino volviendo la cara con disgusto.

—Perdonad, pero estos detalles son interesantes para la ciencia; y es bien cierto que las orillas del Mississipi son el mejor anfiteatro anatómico del mundo para quien se proponga estudiar los cadáveres y observar las mas curiosas heridas. Antes del terrible accidente ocurrido en Fourche-la-Fave, permanecí casi tres semanas en Victoria, frente al sitio donde se juntan los dos rios; y allí, cada dos dias por lo menos, teniamos nuevos cadáveres en la playa. Uno de ellos, precisamente debajo el hueso de la cadera derecha...

—Lléveos el diablo con vuestros huesos y fracturas! gritó enfurecido el de la blusa azul..... Esto es ya demasiado!.... He visto á menudo correr la sangre, y no me ha faltado el valor: pero, por Dios, que se necesita ser de bronce para oir sin repugnancia estos fastidiosos pormenores.

—Bueno! bueno! contestó, lleno de despecho, el viejecito: no quiero perder el tiempo hablando á personas que así desprecian la ciencia; á personas que de sus semejantes solo conocen la epidérmis, sin tomarse el trabajo de pensar si debajo de ella hay carne ó lana; á personas, en fin, con quienes un hombre instruido no puede sostener una conversacion séria.

Y sin aguardar contestacion, ni dignarse mirar á ninguno de los presentes, tomó con furia su viejo paraguas de algodon encarnado, y colocándolo debajo del brazo, salió precipitadamente de la posada.

—Gracias á Dios, ya se ha ido ese bárbaro, dijo el de la blusa

azul: es mucho lo que me hace sufrir cada vez que tengo la desgracia de oirle.

—Reside en Helena ese doctor? preguntó el campesino muy satisfecho tambien de verse libre de su presencia.

—Si no es doctor, ni cosa que lo valga; repuso el de la blusa: se le da este nombre, porque siempre habla de heridas, de cadáveres y operaciones quirúrgicas. De vez en cuando algun extranjero comete la indiscrecion de entregarse á sus manos; y en tal caso, tamaña imprudencia es siempre fatal para el pobre paciente.

—De manera que nunca hay necesidad de recurrir á él por segunda vez, observó el campesino con socarronería.

—No por cierto; contestó el de la blusa sonriendo con marcada intencion. Los pocos enfermos que visita, son siempre extranjeros ó emigrados, á quienes dejan de ser muy luego necesarios sus auxilios; y no hay cuidado que ninguno de ellos se atreva á referir que ha sido asistido por el doctor Munro. Con los cadáveres que de este modo se procura, preparados con espíritu de vino, ó yo no sé con qué otros ingredientes, va completando lo que él llama su gabinete. Así es que con mucha frecuencia se queda solo en su casa, sin tener quién quiera cuidarle. Una buena mujer, que habia entrado últimamente á su servicio, se fué horrorizada al verle comparecer, cierta noche, con una cabeza humana, que le dijo, á la mañana siguiente, habia ido á robar en un cementerio. El desgraciado á cuyo cuerpo pertenecia, formaba parte de una caravana de emigrados que atravesaba el país; y habiendo sucumbido, víctima de la fiebre, sus compañeros, despues de haberle dado sepultura, prosiguieron su camino.

—Parece increible que un hombre pueda tener aficion á tan horribles cosas; exclamó el campesino estremeciéndose.

—Oh! lo que es en él ha llegado á ser una verdadera manía, repuso el abogado. Algun tiempo atrás, habiendo sabido el doctor Munro que en Fourche-la-Fave se habia aplicado la ley de Leynch, y que fué quemado vivo un predicador metodista, alquiló á toda prisa un caballo para llegar á tiempo de recoger los restos calcinados de la víctima. Su casa está situada en medio del bosque, á las inmediaciones de Helena; y á excepcion de los lobos y los buitres, ningun ser viviente se acerca á aquel antro infernal. De mi

sé deciros, que nada del mundo bastaria á decidirme á penetrar en aquella espantosa morada.

—Pues yo he entrado una vez, dijo el de la blusa azul; pero os aseguro que lo que vi es capaz de helar la sangre en las venas.

—Y será cierto lo que dicen sobre el encuentro de los Reguladores con los bandidos? preguntó el campesino dando otro giro á la conversacion. Segun noticias, parece que han logrado escaparse.

—Efectivamente, contestó el abogado: los habitantes de Fourche-la-Fave se han dado por contentos con haberles precisado á abandonar la comarca. Al cabo de una semana de haber sido asesinado Heathcoke, capitan de los Reguladores, reuniéronse estos en Hot-spring, para emprender una batida general en persecucion de los malhechores, que habian llegado á hacerse temibles. Fueron desde aquel momento tan activas y acertadas las disposiciones que se tomaron, que no quedaba á los bandidos otro medio de salvacion que la fuga: y como Cotton es perro viejo, ha desaparecido con toda su cuadrilla, y sin duda á estas horas se halla al otro lado del Mississipí.

—Así lo creo, añadió el de la blusa azul, y aun hay quien asegura que se ha dejado ver en Victoria; pero, sea como fuera, mucho tiempo ha de pasar antes de atreverse á probar nueva fortuna en el Arkansas.

—Pero los Reguladores han realmente llegado hasta el extremo de quemar vivo al predicador metodista? preguntó el mercader: lo he leido en casi todos los periódicos; y sin embargo no puedo decidirme á creerlo. Las autoridades constituidas serian indignas de este nombre, si dejasen impunes tamaños desafueros.

—Bah! exclamó el de la blusa; toda la fuerza represiva de nuestros magistrados será siempre impotente contra hombres que saben tomarse la justicia por su mano. Las leyes se han hecho para proteger á las viejas y á los niños; y el que no sea capaz de defenderse por sí mismo, poco auxilio tiene que esperar en este país de los agentes del poder público.

—No soy de vuestro parecer, replicó el campesino: precisamente á las leyes deben los Estados Unidos la posicion que ocupan en la actualidad, y deber es de todo buen ciudadano reconocer y respetar á las autoridades constituidas. No faltan por desgracia co-

marcas á las cuales, por el estado de atraso é incivilizacion en que viven, llega muy debilitada la bienhechora accion de la ley; siendo por lo mismo indispensable apelar algunas veces á medidas extraordinarias de violencia y de rigor. Mas para los ciudadanos de la Union nada debe haber mas sagrado que la ley, porque ella garantiza nuestras libertades. Vaya, señores, buenas tardes; empieza á ser adelantada la hora, y deseo llegar á Colby antes que anochezca.

Dirigiéndose luego al mercader, añadió:

—Volveré dentro de muy pocos dias, y veremos si logramos terminar el negocio de que hemos hablado. Aun cuando tengo que hacer algun pago al llegar á mi casa, confio me quedará lo bastante para atender á nuestro asunto.

Sacaron en el entretanto la maleta del campesino; quien, despues de haberla sujetado convenientemente detrás de la silla, montó su caballería, que manifestaba, hacia rato, la mayor impaciencia, y salió al trote por la calle de Elm, saludando de nuevo á sus amigos al pasar por delante de las ventanas de la posada.

Ya fuera de Helena, dirigióse hácia el bosque que se encuentra al norte de dicha ciudad.

IV.

Una velada en familia.

Luego que el Squire, ó el doctor Dayton (pues con ambos nombres se le designaba indistintamente) hubo dejado á Jonathan Smart, encaminóse hácia el otro extremo de la ciudad, donde se hallaba situada su casa. Era esta una deliciosa habitacion, á la cual se llegaba por un espacioso sendero abierto al través de la espesa arboleda que la circuia. El color verde de las celosías contrastaba agradablemente con la blancura de las paredes, y á la claridad de la luna, que reflejaba en los cristales de una ventana abierta en el primer piso, observábase en el interior un lujo poco comun en los países del oeste.

Notábase á primera vista una perfecta armonía entre el buen órden interior y el risueño aspecto que exteriormente presentaba esta encantadora mansion. El mueblaje de caoba maciza, los cortinajes

blancos como la nieve, las sillas y sofás elásticos cubiertos de damasco carmesí, todo en una palabra atestiguaba, sino la opulencia, la buena posicion, al menos, de los que la habitaban. Las hermosas figuritas de porcelana que se veian encima de las consolas, diferentes labores confusas y revueltas sobre un costurero, y un canastillo lleno de dibujos y bordados, daban á aquel aposento cierto aire embelesador, que acostumbra ser el resultado ordinario de la presencia de señoras en una casa.

Una alegre reunion rodeaba la mesa del té colocada en medio del salon, de la que salió una estrepitosa carcajada en el mismo momento en que el Squire llamaba á la puerta de la calle. Al distinguir este festivo ruido, alzó Dayton los ojos á la ventana con una expresion de tristeza y severidad.

A la risa sucedió de pronto la melodía de un vals aleman, ejecutado en el piano por dedos muy ejercitados; viéndose M. Dayton precisado á recurrir á la campanilla para hacerse oir de sus criados, que se habian reunido á lo alto de la escalera, á fin sin duda de percibir mejor las bellezas de la tocata.

Apenas entrado en su casa, recobró el Squire todo su buen humor; animáronse sus ojos, y subiendo precipitadamente la escalera, encontróse dentro muy breves instantes en medio de la reunion.

—Ahí le teneis por fin! exclamó la que estaba en el piano, corriendo á su encuentro; este padre tan rígido y puntual se ha hecho hoy aguardar de una manera imperdonable.

—De veras! mi graciosa y amable Adela se ha apercibido hoy de mi ausencia?

—Pues qué: ¿tan mal concepto tiene de mí formado nuestro respetable magistrado, contestó la jóven apartando de su rostro angelical sus sedosos bucles, que cree puedo estar mucho tiempo contenta sin verle? Además de que hoy existe otro motivo muy poderoso para alegrarme de vuestra llegada. Aquí está M. Lively, que hace mas de una hora que os aguarda, y que seguramente habrá de comunicaros algun importante y terrible secreto, pues desde que ha entrado no ha proferido ni una sola sílaba. Ved tambien á mistress Bradfort...

—Perdonad, amiguita, dijo al oir su nombre la señora aludida, que estaba esperando con visible impaciencia una coyuntura que le

permitiese tomar la palabra: no me ha dado Dios un carácter taciturno; este es tal vez mi costado flaco. Pero, como dice, en su bello lenguaje, nuestro ministro, el reverendo M. Lothorpe, «el que conoce sus propios defectos, está en camino de corregirse.» Mi querido difunto, que era un ángel de paciencia y de dulzura, sostenia continuamente lo contrario, esforzándose en probarme que cada dia iba en aumento mi verbosidad. Bradfort, le decia yo, no te apures por eso, yo me conozco perfectamente, quizás soy algo habladora contigo; pero mi conciencia me advierte que este es uno de mis defectos, y toda vez que lo conozco, debes contar segura la enmienda.

—Arrimaos mas á la mesa y tomareis otra taza de té, mi querida mistress Bradfort, resolvióse á decir mistress Dayton con la idea de atajar aquel flujo de palabras.

Aprovechóse Adela de esta pausa, que apenas duró un segundo, para volver al piano, ahogando de este modo los armónicos acentos la interminable disertacion de la señora Bradfort.

—¿Han traido la correspondencia? preguntó M. Dayton luego que enmudeció el sonoro instrumento.

—No, como no sea el portador M. Lively; contestó maliciosamente Adela, mirando al soslayo al jóven, que se hallaba sumamente turbado sin saber qué hacerse de su persona.

Lástima daba en efecto observar á James Lively revolviéndose en su asiento, como buscando una postura conveniente, que, por lo visto, no podia llegar á encontrar. Ora colocaba su pié derecho sobre la rodilla izquierda; ora estiraba de repente ambas piernas hasta el centro de la sala; ora, encorvado y cabizbajo, cruzaba los brazos en actitud de profunda meditacion; ora, erguido y con los ojos desmesuradamente abiertos, apoyaba las manos á los dos lados del asiento, como para mantener el equilibrio; ora, en fin, ladeándose á una ú otra parte, frotaba con fuerza el respaldo de la silla, cual habria podido hacerlo el mas afanado bruñidor. En tan angustiosa situacion, nada tenian que envidiarle el delfin que, tras una imprudente arremetida á flor de agua, se encuentra súbitamente en seco; ó el fogoso toro, tendido por el primer resbalon sobre una superficie de hielo. Si en medio de su confusion se atrevia á dirigir casualmente la vista hácia el punto donde se hallaba en aquel instante Adela, la desviaba en seguida, desconcertado por el aire

zumbon de la jóven. Decidido estuvo en ciertos momentos á acabar aquel suplicio con la fuga, buscando para ello el sombrero debajo de la silla; pero la jóven mulata de mistress Dayton lo habia colocado disimuladamente detrás del piano, por expreso mandato de su señora.

No se crea sin embargo que era James Lively algun estúpido ó salvaje. Criado en el campo, era justamente reputado por uno de los mas inteligentes agrónomos y hábiles cazadores del país. Con la sencillez y libertad de la vida campestre, daba á conocer su buen carácter y conocimientos nada comunes; pero, extraño á las relaciones cultas de una ciudad, al verse delante de señoras, no se atrevia á abrir la boca. Tambien, al igual que mistress Bradfort, conocia él su costado flaco; pero tambien, como á esta, le era imposible corregirse, sacudiéndose aquella timidez que paralizaba todos sus miembros y mantenia atada su lengua. Nunca empero se habia visto en situacion tan comprometida como la de aquella noche, pues la jovialidad de Adela acababa de confundir al desventurado jóven.

Para infundirle algun aliento, preguntóle bondadosamente M. Dayton por su padre, su madre, los perros y el estado de los trabajos del campo Estas benévolas palabras sobre los objetos de sus naturales afecciones, produjeron un efecto mágico en el ánimo del aldeano, quien, levantándose de la silla y estrechando la mano que le tendia el Squire, contestó con viva emocion:

—Gracias, querido doctor; no hay la menor novedad en mi familia; la vaca negra se puso ayer mala, y por esto he venido á la ciudad..... es decir, este es á lo menos uno de los motivos de mi viaje..... Detúvose para examinar furtivamente si las señoras le miraban, y sonrojándose extraordinariamente quiso proseguir...... Por lo tanto..... quisiera... yo... si...

—¿Teneis que comunicarme alguna cosa reservadamente? preguntó de nuevo M. Dayton para sacarle de su embarazo.

—En tal caso haced como si no estuviésemos presentes, contestó inmediatamente mistress Bradfort: no vayais á figuraros que, porque somos mujeres, no sabremos guardar un secreto; muy al contrario. En cuanto á mí, bien sé que tengo fama de ser algo habladorcilla, es en efecto una de mis debilidades, aun cuando, bien mirado, ¿por qué tiene uno la lengua sino para servirse de ella? pero, á pesar de todo, cuando se trata de secretos soy completa-

mente muda. Mi querido difunto solia decirme muy á menudo: Luisa eres en verdad un modelo de discrecion. Ni diez inquisidores juntos serian capaces de obligarte á descubrir una cosa que tú te propusieses ocultar. Antes que soltar una palabra, te morderias la lengua y te la cortarias en diez mil pedazos.

Preciso fué que Adela recurriese otra vez al piano para cortar la nueva plática de mistress Bradfort, proporcionando á James Lively el medio de cobrar aliento para contestar al Squire.

—Nó, doctor, dijo por fin; nada tengo que comunicaros reservadamente. Y al dar esta contestacion, no sabiendo qué hacerse de las manos, escondiólas violentamente en los bolsillos; volviéndolas á retirar en seguida, con la misma rapidez que si le hubiese mordido una víbora, por considerar sin duda que semejante accion, que le era habitual en el campo, habia de ser una libertad intolerable en la ciudad. No, Squire, volvió á contestar; sino que mi madre habia pensado..... es decir..... mi padre habia propuesto.... que si era de vuestro gusto... y de las señoras... ó mejor, si os dignabais hacernos este obsequio... podriais venir á vernos y pasar en nuestra compañía algunos dias... ó algunas semanas... vamos... todo el tiempo que tuviereis por conveniente.... así es que mi madre decia que.....

Mientras Adela estaba aguardando la conclusion de este mensaje, que habia escuchado con mucha atencion, mistres Bradfort, que ni remotamente iba comprendida en la invitacion, adelantóse á contestar:

—Oh! cuán amable es mistress Lively! Ya se vé que la estacion presente es la menos á propósito para abandonar la ciudad; pues aprovechando la crecida del rio, es cuando afluye á ella mayor abundancia y variedad de géneros y artículos de toda clase: sin embargo, siempre es posible disponer de una ó dos semanas para visitar á los amigos de la vecindad. Razon sobrada tenia M. Bradfort para decirme: Luisa, no hay cosa mas agradable que vivir en paz y buena amistad con los vecinos. Contad pues conmigo la semana próxima,... allá sobre el lúnes ó el martes tendré el gusto de haceros una visita: entretanto saludad cordialmente de mi parte á vuestra madre.

Volvióse luego á sentar mistress Bradfort, disponiéndose á tomar su taza de té, tan tranquila y satisfecha como si tal cosa no hubiese ocurrido.

Por esta vez Adela experimentó tan gran sorpresa, que no se acordó de apelar al auxilio del piano.

Por su parte, James Lively, que sabia la mala reputacion de que gozaba mistress Bradfort en Helena, se quedó petrificado, no teniendo bien presente si la habia ó no comprendido en la invitacion. En el primer caso, forzoso le era resignarse; mas, viniéndole á la memoria lo que varias veces habia oido decir á su madre relativamente á dicha viuda, se desazonaba al considerar el disgusto que causaria á su familia la visita tan cortesmente prometida.

En esta cruel ansiedad, volvióse hácia mistres Dayton, pues nunca menos que entonces se habria atrevido á mirar á la festiva jóven, y comprendiendo la buena señora el motivo de su inquietud, le dijo con aire de proteccion :

—Sentaos, M. Lively... ahí á mi lado... y tomareis una taza de té. Servios asegurar á vuestra madre que le agradecemos la buena memoria que conserva de nosotros. Se la vé tan poco en Helena! Decidle que nos favorezca con su compañía algunos dias en la ciudad, y despues iremos con ella á disfrutar de las delicias del campo en medio de vuestra amable familia. Y que tál se encuentra vuestro padre?

—Gracias, señora, respondió James, que se sentia mas animado, porque daba la espalda á Adela. Mi padre sigue bastante mejorado. El otro dia fuimos juntos á la caza del oso; y por ahí podreis juzgar del estado actual de su salud.

—Pero continua andando siempre descalzo? preguntó Adela sentándose en el sofá, frente el desventurado James, que, con esta inesperada evolucion, perdió la poca serenidad que habia recobrado.

Iba con todo á contestarle, no sin haber antes dejado la taza que tenia en la mano, y afirmándose en su asiento; pero mistres Bradfort le ganó por la mano, diciendo :

—Ah! señorita, cuántas personas han perdido la salud, y hasta la vida, por la falta del cuidado necesario en abrigarse convenientemente los piés! Mi querido difunto.....

M. Dayton tuvo la buena idea de interrumpir á la impertinente vieja, privándola de amplificar, con su inagotable charlatanería y la cita obligada de *su querido difunto*, el nuevo tema de conversacion, suscitado por la última pregunta de Adela. Aprovechó James

esta tregua para reponerse; y como por una parte habia llegado á conocer la indulgente familiaridad con que le trataban el Squire y su bondadosa señora, y debia por otra limitarse á hablar de cosas que le interesaban muy de cerca; fué adquiriendo poco á poco la debida confianza, acabando por hallarse perfectamente tranquilo y animado.

—Es indudable, dijo M. Dayton, que la calentura que de vez en cuando postra á vuestro padre, á pesar de su completa robustez, no reconoce otra causa que la imprudente costumbre de ir siempre sin medias y zapatos. Mistress Lively deberia procurar por todos los medios posibles que su marido no descuidase esta medida higiénica, indispensable para la conservacion de la salud, especialmente en terrenos húmedos como el nuestro.

—Oh! poca cosa adelantaría con sus advertencias : mi padre es testarudo como él solo, y cuando se ha aferrado á una idea.... negocio concluido; es inútil cuanto se diga.

—Eso es, lo mismo que mi pobre Bradfort, añadió la incorregible viuda, adelantándose á M. Dayton. Y á fe que yo no cesaba de decirle: Bradfort, os estais perdiendo miserablemente, la humedad será la causa de vuestra muerte, poneos medias de lana. Creeis que por esto seguia mi consejo? nada de eso. Luisa, me contestaba, tú no conoces la influencia del hábito ; la constitucion de los hombres es.....

El auditorio de la impertérrita vieja hubo de renunciar por entonces á saber lo que su querido difunto opinaba sobre « la constitucion de los hombres;» porque en aquel mismo instante, y cuando Adela se preparaba á volver al piano, resonó la campanilla con tal fuerza, que, sobresaltada mistress Bradfort, se quedó inmovil con la boca abierta, mientras Adela y su madre volvian con inquietud a vista hácia la puerta. Solo el Squire se mantuvo indiferente, diciendo con calma :

—Será M. Smart, que me ha prometido venir esta noche. Si, él es; le conozco en el modo de andar.

—Es M. Smart, el dueño de la posada de la Union? preguntó Adela poniendo sobre la mesa otra taza para el recien llegado.

—El mismo, respondió el Squire; y héoslo aquí en cuerpo y alma.

Jonathan Smart entró con el sombrero puesto, pero inmediatamente se lo quitó, alargando la mano á todos, menos á mistress Bradfort, á quien saludó inclinando ligeramente la cabeza.

—A vuestras órdenes, mis buenas señoras; adios, mis queridos caballeros, dijo Smart tomando asiento: mucho celebro veros á todos tan bizarros. Oh! señorita, no quereis dejarme descansar antes de tomar el té; gracias miss Adela, gracias: yo no acostumbro á tomarlo con leche, prefiero, si es posible, algunas gotas de ron.

Hubo un corto silencio que no dejó de causar cierta extrañeza á M. Smart; por lo que, volviéndose á mistress Bradford, le dijo sonriendo:

—Perdonad, señora, tal vez habré venido á estorbar vuestra conversacion: si es así, lo siento infinitamente. Deberia en verdad haber llegado mas temprano, pero este buen doctor...

—Oh! no le hace, vos sois sobremanera atento, M. Smart, dijo interrumpiéndole mistress Bradfort: cabalmente estaba contando... qué es lo que decia?.. ah! ya sé... Mi memoria se va debilitando de un modo extraordinario, M. Smart. Bien pronosticado me lo tenia mi querido difunto. Luisa, me decia, tu inteligencia se halla muy fatigada; en tus primeros años te dedicaste con demasiado ardor al estudio, y en la flor de tu edad sentirás los naturales efectos del cansancio en tus facultades mentales: un arco excesivamente tirante llega al fin á romperse. Tales eran sus textuales palabras. Tienes razon, Bradfort, le contestaba yo; una buena memoria es un don del cielo.... y por consiguiente...

Conociendo M. Smart que la peroracion sobre la excelencia de la memoria llevaba trazas de no concluir tan fácilmente, interrumpió á su vez á mistress Bradfort para terminar la frase que esta con su conocido prurito de hablar le habia cortado.

—Pero este buen doctor, continuó tranquilamente, me ha invitado con tanta galanteria, que no me ha sido posible rehusar, sobre todo despues de lo que acababa de pasar.

—Qué ha sucedido pues? preguntó Adela con vivo interés: sin duda algun nuevo alboroto. Desde aquí hemos oido una gran griteria, pero ignorábamos la causa.

—Con que nada os ha contado el doctor? preguntó el posadero.

—Nada absolutamente! exclamaron las tres señoras á un tiempo.

—Pues sabed que me ha dispensado un servicio, que únicamente un verdadero amigo...

—Oh! mi querido Smart, no he hecho mas que cumplir mi deber, pues como magistrado de esta ciudad...

—Ello es que me ha salvado la vida, exponiéndose á perder la suya.

—No, vos exagerais, Smart; no es de suponer que los ilusos se hubiesen excedido hasta el extremo de.....

—Bah! ilusos decís? Lo que ellos son una manada de bribones, dispuestos siempre á cometer toda clase de crímenes. M. Dayton ha podido contenerlos, evitando que me asesinasen é incendiasen mi casa. Esta es la historia en pocas palabras.

—Pero olvidais decir, repuso el juez, que antes habiais vos salvado á un pobre irlandés, poniendo en grave peligro vuestra existencia; como que uno de aquellos bárbaros ha intentado dispararos un pistoletazo á quema ropa.....

—Cosas muy sérias ocurren en Helena, observó mistress Dayton visiblemente alarmada.

—No mas sérias hoy que los demás dias, repuso Smart encogiéndose de hombros; y bajo este punto dé vista, es realmente Helena un país privilegiado.

—Lo mismo pensaba mi pobre difunto. Luisa, me decia, luego que hayas cuidado de dar sepultura á mi cadáver, deja inmediatamente Helena. Tú eres demasiado delicada y pusilánime para soportar una vida agitada; y en este país no encontrarias jamás la quietud que tu conservacion reclama. Tan arraigada se hallaba en su ánimo esta idea, y tanto me la habia repetido, que en el lecho de muerte le prometí seguir puntualmente su consejo. Bradfort, le dije, muere en paz: tan pronto como haya puesto en órden mis cosas, abandonaré esta ciudad para trasladarme á uno de los mas lejanos puntos del Norte. Pero una mujer sola no puede siempre realizar lo que desea; es preciso procurarse los medios de subsistir, y esto es mas fácil en un país donde se tienen amigos y conocidos, que en otro donde se encuentre enteramente aislada. Felizmente he sido toda mi vida laboriosa en extremo; esto han tenido que reconocerlo hasta mis mayores enemigos. Tampoco se equivocaba en esta parte mi querido difunto: Luisa, acostumbraba á decirme con mucha frecuencia, parece no quieres tener presente que perteneces al sexo débil; este contínuo trabajo es superior á tus fuerzas, y vá minando lentamente tu salud. Luisa, cuando yo haya dejado de existir, conocerás, aunque tarde, la exactitud de mis observaciones. Ah! mistress Dayton, es en efecto sorprendente que un simple mor-

tal pudiese hasta tal punto preverlo y pronosticarlo todo ; mi marido tenia indudablemente el don de profecía !..

—Es regular, señora, dijo de improviso Jonathan Smart, que hayais dejado quien cuide de guardar vuestra casa ?

—Por qué esta pregunta ? exclamó mistress Bradfort levantándose precipitadamente, alarmada por el tono con que el posadero le acababa de dirigir la palabra. Pues á fe que no ha quedado en mi casa alma viviente, porque el criado aleman que habia tomado para las faenas mas pesadas, tuve que despedirle ayer mismo por impertinente y holgazan. Pero bien, ¿ qué hay ? En vuestro semblante me parece leer algun acontecimiento desagradable... Sin duda no será lo que... Oh ! M. Smart, sacadme de cuidado... hablad por Dios...

James Lively y el squire Dayton se vieron precisados á apartarse para abrir paso á mistress Bradfort, que se precipitó hácia Smart, presa de una violenta agitacion. El imperturbable posadero le contestó no obstante con la mayor sorna :

—No os alarmeis tan pronto ; quizás lo que yo he visto...

—Qué es pues lo que habeis visto ?

—Nada tan sério como, al parecer, se os figura.

—Pero qué ?.. explicaos... no me hagais desesperar..... gritó fuera de sí mistress Bradfort, calándose el sombrero y acercándose mas á Smart, á quien parecia querer sujetar cogiéndole por uno de los botones de su vestido. El flemático Jonathan, que ningun caso hacia de las preguntas, exclamaciones y aspavientos de mistress Bradfort, al ver que ésta, para hacer sin duda mas eficaces sus instancias, no se contentaba con la lengua; trató de ponerse á la defensiva, tomando cortesmente entre sus manos la de la atribulada viuda.

—Por todos los santos dèl paraiso ! hablad de una vez ! qué es lo que habeis visto ?

—Si he de hablaros con franqueza, nada puedo decir de positivo; pues muchas veces las apariencias engañan. Sino que al pasar, hará como un cuarto de hora, por delante de vuestra casa, he observado que habia alguien que llamaba con cierta precaucion á una de las ventanas traseras, como acostumbran hacerlo los que, para distraer la atencion de los transeuntes, se entretienen en llamar donde menos se proponen ser oidos.

—Y luego ese hombre?...

—He aguardado un rato, para ver lo que haria esta persona. Porque yo no os he dicho que fuese un hombre. Al contrario, era una mujer.

—Una mujer! repuso mistress Bradfort con indecible sorpresa.

—Como la ventana estaba cerrada, y se habrá probablemente apercibido de que yo espiaba sus movimientos, ha dado dicha mujer la vuelta á la casa con el mayor desembarazo. Ha llamado dos ó tres veces á la puerta, y no obteniendo contestacion, ha sacado un gran manojo de llaves que iba introduciendo, una tras otra, en la cerradura, en busca sin duda de la que debia abrir

—Oh! la bribonaza! y ha conseguido abrir la puerta?

—Siento vivamente no poder, sobre este punto, satisfacer vuestra justa curiosidad; porque habiendo en aquel mismo instante mirado la hora en mi reloj, al advertir que habian trascurrido con grande exceso los treinta minutos desde mi promesa á M. Dayton, he apretado el paso, sin cuidarme del resultado de aquella extraña visita.

—Virgen santa!... cuánto descaro!... ah! la infame!... exclamaba furiosa mistress Bradfort á medida que Smart iba completando su entretenido relato. Pero, por que, añadió mientras recogia la labor y tomaba su saco de mano, no la habeis mandado detener? Porque no habeis reclamado el auxilio necesario para prender á esa insolente ladrona, que así se atreve á penetrar de noche en el domicilio de una persona honrada? Por qué no habeis intentado, á lo menos, disuadirla de su criminal propósito?.. .. Y tirando sobre sus espaldas la manteleta, corria de un lado á otro de la sala con la mayor ansiedad.

—Qué buscais, mi querida mistress Bradfort? preguntó timidamente Adela: puedo seros útil en algo?

—Mi sombrero, niña, mi sombrero! dónde habrá ido á parar?

—Muy cerca de vos, señora; pues lo teneis sobre vuestra cabeza: contestó Smart, reprimiendo la risa.

—Buenas noches, mistress Dayton; buenas noches M. Lively. Oh! Squire, tendriais la bondad de venir conmigo? Sois el juez de la ciudad, y los ladrones y asesinos están bajo vuestra jurisdiccion...

El doctor se levantó inmediatamente para acompañar á mistress Bradfort; pero, sin que esta lo observase, le hizo Smart una

seña, que le decidió á sentarse de nuevo, diciendo á la afligida viuda:

—Iria gustoso con vos, querida vecina; pero tengo que arreglar con M. Lively ciertas cuentas, que no admiten la menor dilacion. Os acompañará sin embargo mi criado; y si fuese necesario, hareis llamar en mi nombre al constable, y al primer aviso que me deis, os prometo venir corriendo.

Sin aguardar las últimas palabras del Squire, cogióse mistress Bradfort al brazo del jóven mulato, empujándole hácia la puerta; pero este permanecia inmóvil, hasta que, á una señal de su amo, se dejó conducir por su impaciente compañera.

—Pero, M. Smart; por qué no habeis tratado de impedir, de un modo ú otro, que abrieran la casa de esta pobre señora? dijo mistress Dayton en tono de compasion, arrimándose á la ventana para ver como se iba alejando.

—Difícil me habria sido, contestó el posadero, riendo á mas y mejor y restregándose las manos. Mistress Bradfort va á caza de una ave de rapiña que no podrá alcanzar; es decir, que mucho tendria que hacer para encontrar una persona que no existe.

—Cómo que no existe? preguntó Adela sumamente admirada, mientras James, que desde largo tiempo tenia bien conocido el yanque, reia tambien de corazon.

—Ni en la calle, ni en la puerta, ni en parte alguna he visto persona humana, repuso Jonathan sentándose de nuevo con la misma tranquilidad que si nada hubiese sucedido, y alargando la taza á mistress Dayton para que volviese á llenarla de té.

—Pues entonces, aquella mujer con el manojo de llaves... preguntó el Squire sonriendo.

—Es la mejor invencion que me ha ocurrido en toda mi vida, contestó el yanque con la mima calma. Sin este recurso, mistress Bradfort nos habria estado aburriendo toda la noche con las arengas y pláticas de su querido difunto.

Si la estrepitosa carcajada con que fué acogida esta explicacion hubiese podido llegar á oidos de la engañada tertuliana, temible habria sido la explosion de su resentimiento. Bien distante estaba empero de detenerse á escuchar la conversacion de los demás, pues luego que se hubo despedido de ellos, fué corriendo á su casa, hablando consigo misma y arrastrando en su veloz carrera al desventurado mulato.

En el entretanto, desembarazados los que quedaban de su enojosa presencia, volvieron á tomar asiento al rededor de la mesa, prosiguiendo su conversacion con la mayor familiaridad y buen humor. Hasta el mismo James, á quien la hilaridad general habia acabado de animar, hablaba con mas confianza; manifestando, con su natural sencillez, la extraordinaria sorpresa que le habia causado la franqueza y libertad de mistress Bradfort al comprenderse en la invitacion dirigida exclusivamente á las señoras de la casa.

—Y á fe mia, añadió, que si ella cumple su promesa, no dejará de dar un buen disgusto á toda nuestra familia; porque son tantas y tan poco honrosas las cosas que se cuentan de esa mujer.....

—Yo no he podido comprender aun á quien debemos agradecer que ella nos obsequie con sus visitas, repuso mistress Dayton. Hace cinco ó seis noches que, sin que nadie la haya invitado, se presenta á pasar las veladas hasta una hora muy avanzada. Qué puedo yo hacer para evitarlo? Llega, se sienta, nos cuenta sus interminables historias; y al despedirse la faltan siempre algunas frioleras, agujas, pedacitos de seda ó tela, ó cualquiera de los artículos de cocina que nos pide la facilitemos hasta el dia siguiente, y que, por supuesto, olvida siempre devolver.

—No os ocultaré, dijo Smart, la extrañeza que he experimentado al encontrarla aquí. Su mala reputacion es universalmente conocida en Helena por no hablar de las cercanías. Todas las personas decentes de este país, no solo han dejado dé visitarla, sino que hasta le han cerrado la puerta. Mi esposa tuvo con ella, cierto dia, una conversacion sobradamente animada, y que no pudo por cierto serla muy agradable. Durante la disputa, los muchachos de Helena, pilluelos y andrajosos como los veis, formaron corro al rededor de mistress Bradfort, que se mantenia firme en su puesto, con el rostro encendido y apoyadas ambas manos en las caderas. Al fin separé á mi esposa, cogiéndola por el brazo y haciéndola entrar. á pesar de su viva resistencia. Desde entonces no se ha atrevido mistress Bradfort á poner los piés en nuestra casa. Sin embargo, parece que no me guarda rencor, pues esta noche habreis observado que me trataba con cierta condescendencia y afabilidad.

—Aunque no me acomoda demasiado el trato con esa mujer, creo que se la juzga con bastante injusticia. No ignoro los rumores que circulan sobre su conducta; pero yo la he vigilado y mandado

vigilar muy de cerca, y hasta ahora nada se ha averiguado digno de censura. Sé que se la acusa de vender ocultamente géneros y efectos de sospechosa procedencia. Si esto pudiese probarse de una manera clara, yo sabria cumplir mi deber de magistrado, imponiéndola el correspondiente castigo, libre igualmente mi ánimo de la amistad y de la antipatía. A la verdad, yo preferiria que se abstuviese de visitarnos; pero bien sabeis de que manera se procede en el Arkansas. Si yo me resolviese á despedirla bruscamente, toda la ciudad lo atribuiria á orgullo y á deseos de darme importancia en mi actual posicion. Prefiero por este motivo sufrir la pequeña mortificacion que todas las noches nos causa su presencia, antes que exponerme á ver interpretadas mis intenciones de un modo desfavorable á la mesura y circunspeccion, que deben constantemente brillar en los actos todos de un verdadero juez.

—No hay duda, replicó James haciendo un esfuerzo sobre sí mismo para aventurar su opinion delante de señoras, que las personas que ocupan cierto rango en una ciudad deben guardar miramientos y consideraciones de que nos hallamos dispensados los habitantes del campo. Nosotros, sin temor alguno á la murmuracion, ponemos de nuestra parte todos los medios para mantenernos alejados de la gente de dudosa reputacion.

—Tiene razon M. Lively, añadió Adela con calor: ningun reparo tendria en cortar toda clase de relaciones con mistress Bradfort: pues, de qué podria con razon criticársenos si nos negásemos á recibirla, siendo, como es, pública su mala fama? Además de que es el único medio de salvar un grave compromiso; porque, de otra suerte, tal vez se arrepienta M. Lively de habernos invitado para ir á su casa.

—Miss Adela, balbuceó James revolviéndose en la silla cual si se preparase para hacerse sacar una muela, mi madre será... esto no podeis dudarlo... no, os aseguro que... ó sino, venid y conocereis... aunque no encontrareis en mi casa ninguna flor tan hermosa como..... vos, queria sin duda añadir, pero espiró la voz en su garganta.

—Como aquí? preguntó maliciosamente Adela para completar de una manera conveniente la frase. En verdad que os equivocais grandemente, M. Lively; pues nuestras flores apenas abiertas, se marchitan y secan; los alrededores de Helena son áridos y

sombríos, y los árboles que en ellos crecen manifiestan su repugnancia á vivir en medio del vapor, del humo y del ruido. Fuera de la ciudad, la campiña se presenta risueña y despejada, respirándose con entera libertad al suave contacto de un aire puro, que esparce por el ambiente el grato perfume de innumerables flores llenas de vida y lozanía.

—Oh! señorita, si supieseis cuán encantador es nuestro país, exclamó Lively exaltado por el entusiasmo con que Adela ensalzaba las delicias de la vida campestre. Nada en el mundo es comparable á la dichosa tranquilidad que se disfruta en el campo. El espectáculo que, al despertar, ofrece á nuestra vista la verde llanura, cubierta por el rocío, es preferible á todo cuanto puede llamar la atencion, durante un año, en la mas populosa y opulenta ciudad. Allá, en lo mas recóndito de la espesura sorprendereis el nido que la solicitud maternal habia cuidadosamente preparado, para proteger y alimentar á los tiernos cachorros, creyendo tenerlos á salvo de la curiosidad humana: mas léjos os deteneis á contemplar un numeroso rebaño de mansos corderitos paciendo y jugueteando bajo la vigilante custodia de inteligentes mastines: por todas partes, en fin, os saludan alegres alados cantores, que embargan plácidamente vuestra alma al son de sus melodiosos acentos.

—Bravo! M. Libely, gritó el Squire tomando un polvo en una caja de plata; os volveis poeta: ¿habeis hecho alguna vez versos?

—Yo! contestó James ruborizándose al ver que todas las miradas se habian concentrado en él, oh! no, ni uno solo en mi vida.

—M. Smart es quien sabe hacer versos, añadió mistress Dayton, para sacar á James de aquel apuro.

Jonathan, despues de mirar al soslayo á la bondadosa dueña con una sonrisa de inteligencia, le contestó:

—Un yanque hacer versos! vaya una idea original! No, yo no me entretengo en esas niñerías que nada producen. Con todo, por muy extraño que os parezca, sabed que poco antes de mi matrimonio compuse efectivamente un poema en honor de mi futura consorte.

—Oh! por favor, M. Smart, dejadnos leer ese poema. Yo tengo una pasion por la poesía. ...

—Y particularmente por aquella que hace desternillar de risa;

no es verdad, señorita? Mas no importa; si conservase esa obra maestra, ninguna dificultad tendria en dárosla á leer. Yo mismo me he reido mas tarde de aquella tontería amorosa.

—La habeis pues destruido?

—Oh! no; sino que está en poder de la persona á quien iba dirigida.

—En poder de mistress Smart?

—Precisamente, á la cual le sirve en ciertas ocasiones de arma ofensiva y defensiva contra el autor.

—Hablais por enigma, repuso mistress Dayton.

—Oh! estos enigmas son muy fáciles de explicar. En un momento de loco entusiasmo tuve la debilidad de dedicar á una tal Rosalía Hender un poema, en el cual, segun la costumbre de los poetas, no solo ponderaba su hermosura sobrehumana, sino que me permitia tambien comparar cada una de sus gracias personales al alabastro, á las perlas, al marfil, al brillo de las estrellas, etc., etc. Terminaba este ditirambo con la mas humilde modestia, diciendo, sin premeditar las consecuencias, que me reconocia completamente indigno de poseer aquel precioso tesoro de perfeccion, y jurándole, rendido á sus plantas, eterna sumision, como el mas constante y apasionado de sus adoradores. Hasta entonces todo marchaba á pedir de boca: miss Rosalía no era insensible, y Jonathan Smart era un jóven bastante bien parecido, de una estatura de seis piés y dos pulgadas, sin tomar en cuenta las suelas de los zapatos. Nos casamos, y durante los primeros años vivimos con una armonía y tranquilidad envidiables. Por mi parte no me acordaba ya del poema ni de su contenido, cuando cierto dia.....

—Han traido esta carta para M. Dayton, dijo entrando en la sala Nancy y presentando el pliego en una bandejita.

—Quién la ha traido?

—El cartero, advirtiéndome que era muy urgente.

Abrió el Squire la carta, acercándose, para leerla, á una de las lámparas que ardian en el salon, mientras Smart proseguia en voz baja, á fin de no interrumpirle, su comenzado relato.

—Cierto dia, M. y mistress Smart tuvieron, como acontece comunmente entre marido y mujer, una ligera rencilla. El marido se permitió algunas observaciones un tanto bruscas, cuando hé aquí que su estimada mitad se presenta armada del malhadado poema

y empieza á leerle, con toda la majestad de una princesa ultrajada, los pasajes que mejor contradicen las apreciaciones del momento. La misma escena se ha repetido dos ó tres veces; por lo que, si á un hombre de experiencia se le puede dispensar que se entrometa á dar consejos á quien no se los pide, me atrevo á encargar al jóven James Lively, aquí presente, se abstenga de dedicar versos á su futura compañera, suponiendo, como debo suponer, que tiene ya hecha su eleccion.

Semejante suposicion, insidiosa é imprevista, dejó al pobre James clavado en su silla, sin encontrar una palabra que contestar al indiscreto Jonathan. Afortunadamente vino, esta vez tambien, á sacarlo de su compromiso M. Dayton, que volviendo á doblar la carta, dijo á su esposa:

—Es preciso que vaya al momento á visitar á una persona que se halla gravemente enferma.

—Algun vecino de Helena? preguntó mistress Dayton con inquietud.

—No, el paciente que reclama mis auxilios reside, nada menos que á diez millas de aquí; de manera que hasta mañana no me será posible estar de regreso. Nancy, avisad á César que ensille el caballo.

Mistress Dayton, procurando ahogar un suspiro, dijo á su esposo:

—Ah! Georges! el justo aprecio que se hace de vuestros conocimientos no deja verdaderamente de halagar mi amor propio, y sin embargo preferiria veros llevar una vida mas sosegada. Estas continuas excursiones, durante la noche, acabarán por destruir vuestra salud.

—No os dé cuidado, contestó el doctor, tomando el acolchado gaban que habia ido Adela á buscarle; con tan buen abrigo, no hay que temer la humedad de la noche. Tambien á mí me gustaria mas descansar tranquilamente de las fatigas del dia, en vez de emprender estos viajes nocturnos á tan larga distancia. Pero está acaso en mi mano el remediarlo? Seria lícito sacrificar á mi comodidad personal la salud, y quizás la existencia de los pobres enfermos que han depositado en mi su confianza? Puedo permitir que por un mezquino egoismo aumente aun el número de víctimas inmoladas diariamente por la impericia de esta cáfila de intrusos y charlatanes que infestan el pais?

—Realmente, repuso Jonathan, tales deben ser los sentimientos de un hombre que profesa la verdadera ciencia; porque es poco menos que milagroso poder consultar hoy un médico, digno de este nombre. Pero, aparte del interés general, que, sin disputa, merece ser preferentemente atendido, reniego de una profesion que á todas horas del dia y de la noche tiene al que la ejerce á merced del primero que guste hacerle salir de casa, y que no proporciona la merecida recompensa á tan penosos servicios. Y quién es el enfermo de tanta gravedad que á semejante hora reclama vuestra asistencia?

—Un aleman recien establecido en el país, contestó el doctor. Creo que se llama Brander, y probablemente tendrá algun acceso de fiebre intermitente. No es enfermedad que ofrezca gran peligro;... pero oigo ya relinchar el caballo. Adios, señores: venís, M. Lively, ú os quedais?

—No, contestó James, es ya algo tarde y aun me queda bastante que andar para llegar á mi casa. Seguís vos el mismo camino?

—Creo que no; yo me encamino directamente á Bailey, siguiendo luego el atajo que se encuentra á la derecha, por el que se adelanta un gran trecho.

—Ya sé, pero es necesario atravesar el barranco que corta el atajo, y no deja de ofrecer algun peligro aun en medio del dia.

—Oh! pues yo voy por este camino con la misma seguridad que por la calle principal de Helena. La última vez que atravesé el barranco, hasta me entretuve en cortar la maleza que obstruia el paso. Ea, pues, buenas noches: procuraré estar de regreso mañana á la hora del almuerzo.

—Señoras, dijo Lively, saludando profundamente á mistress Dayton sin atreverse á mirar de frente á Adela, ¿puedo prometer á mi madre que mañana ireis á visitarla?

—Podeis asegurárselo, respondió mistress Dayton tendiendo la mano al jóven, que se apresuró á tomarla entre las suyas, mientras estaba pensando en lo que podria decir á Adela. Adivinando la buena señora lo que en aquel momento preocupaba al ingénuo campesino, añadió en tono amistoso:

—Debo llevar conmigo á Adela?

A estas palabras estremecióse James, apretando la mano como con una fuerza convulsiva y balbuceando por último con la mayor

confusion: «Oh! tal vez á miss Adela le pareceria muy triste nuestra casa...

—Y por lo tanto, mejor será que me quede aqui en compañía de mistress Bradfort. Qué os parece?

—Oh! nó, señorita. Querriais... privarnos...

—Vamos, Lively, vuestro caballo se impacienta, gritó Smart desde la escalera, y M. Dayton os está aguardando.

—Hasta mañana, señoras, dijo entonces tímidamente preparándose á salir.

—Hasta mañana, M. Lively, repitió mistress Dayton; contad con nosotras sin falta alguna; y despues de haber buscado su sombrero, que Nancy corrió á presentarle, bajó precipitadamente, y de un salto se puso sobre su caballo.

Algunos minutos despues Dayton y Lively se separaron para seguir dos diferentes caminos.

En cuanto á Smart, hundiéndose el sombrero hasta las orejas y metidas las manos en la faltriquera, salió silbando su cancion favorita, dirigiéndose hácia la orilla del rio, donde se veian fuertemente amarrados, con gruesos cables, á las argollas de hierro clavadas en la playa, una docena de barcos chatos y otras embarcaciones de trasporte.

V.

La isla misteriosa.

Si en todas ocasiones tiene algo sorprendente el aspecto que presenta el Mississipi, es verdaderamente grandioso el espectáculo que ofrece durante las primeras horas de la noche á la silenciosa claridad de la luna. Extiéndense sus rayos sobre la undosa superficie, que á su contacto parece conmoverse, resistiéndose á permitir el paso hasta el fondo, donde guarda cuidadosamente sus secretos. Interrump n de vez en cuando esta lucha porfiada las nubes que asoman en el horizonte, y que deseosas de intervenir amigablemente, corren, en alas de un viento impetuoso, á interponerse entre los contendientes, ocultándoles á la vista y curiosidad de los

espectadores. Las aguas agitadas rugen sordamente al sentirse cortadas por la atrevida quilla, arrastrando en su corriente árboles seculares, que levantan sus gigantescos brazos en demanda de auxilio á sus compañeros, que se mantienen firmes en la orilla, desafiando los furores de su turbulento vecino.

Un profundo silencio reinaba en medio del rio, interrumpido tan solo por descomunales peces que se sumergian con estrépito, despues de haber sacado á relucir sus plateadas escamas. En cambio, á bordo de las embarcaciones amarradas á tierra, como igualmente dentro de un pequeño figon situado en la misma playa, oíase grande algazara, distinguiéndose á bastante distancia los cantos y bulliciosas demostraciones de los marineros.

Smart seguia andando con su acostumbrada calma por la orilla del rio, cuando al llegar junto al tronco de una encina, al que se hallaba fuertemente sujeto el cable de una pequeña embarcacion, distinguió á un hombre, que desde luego parecióle ser el irlandés, á quien habia salvado la vida pocas horas antes. Era en efecto O'Toole, ocupado en vigilar atentamente la playa, sin perder de vista al mismo tiempo las embarcaciones.

—Hola! amigo mio, díjole Smart al acercársele; por lo visto apreciais muy poco vuestro pellejo, ó teneis sobrada aficion al agua fria, cuando no hallais dificultad en exponeros con tanta imprudencia á un nuevo encuentro con los que, poco ha, querian ahogaros. Andaos con tiento; porque tal vez no me fuera posible salvaros por segunda vez.

El irlandés, que de pronto no habia conocido al que se llegaba á hablarle, llevó rapidamente la mano al cinto en busca sin duda de alguna arma oculta; pero tranquilizado á las primeras palabras del yanke, contestó con airada resolucion:

—Toda esa canalla pertenece á una cuadrilla organizada de ladrones y asesinos. Ah! M. Smart, creedme si quereis; pero que no pueda yo poner mas los piés en vuestra posada, si todos esos bribones no son mucho mas malvados de lo que vos y yo nos figuramos.

—Hablais de los marineros que se ven divagar por nuestra playa, y que han contribuido á daros tan mal rato? preguntó Smart desdeñosamente: á la verdad, les honrais mas de lo que se merecen, suponiéndoles capaces de subordinarse á una organizacion

que, cualquiera que fuese su objeto, exigiria siempre alguna discrecion, y sobre todo, una ciega obediencia. Lo que ellos son, una manada de vagos, poco menos que idiotas, cuyos pensamientos y aspiraciones se reducen á poder malgastar por la noche en la taberna lo que penosamente han ganado durante el dia.

—Oh! no es esto todo, añadió Pat meneando la cabeza en señal de incredulidad; no me queda duda de que se hallan estrechamente unidos y relacionados entre si, y que se reconocen y entienden por medio de signos misteriosos. Esta misma tarde, luego que aquel pillastron ha silbado de una manera particular, se han echado todos sobre mí, cual lo habrian hecho sobre el ciervo los perros de una jauría, al oir el sonido del cuerno de caza. Pero dejadme hacer, mis verdugos; yo he de espiar vuestros pasos hasta que se me ofrezca la ocasion de tomar un buen desquite.

—Brios tiene el que maneja los remos, dijo Smart, señalando una barquilla que adelantaba en medio del rio con extraordinaria velocidad. Un solo hombre iba dentro de ella; pero, atendida la gran distancia, era imposible distinguir sus facciones, ni sus vestidos.

—Es verdad!....... Dónde diablos irá ese hombre? murmuró O'Toole.

—Oh! repuso Smart, algun marino que, despues de haber perdido en el juego todo su dinero, va á alcanzar el buque de cuya tripulacion forma parte.

—En tal caso habrá tomado la delantera, porque hasta ahora no emprenden la marcha sus compañeros, replicó O'Toole, viendo que una de las embarcaciones, despues de recoger silenciosamente el cable, desplegaba las velas y se alejaba de la playa.

Este buque sin embargo parecia no seguir la direccion del primero, pues los esfuerzos de los que lo gobernaban, luchando con la corriente, hacian mas bien presumir la intencion de atravesar directamente el rio y desembarcar en la orilla opuesta.

—Vamos, ya está visto: esa gente desea ver á Wealthorpe, quien no dejará á buen seguro de agradecerles mucho la visita, dijo Smart.

—Que, creeis pues que realmente se dirigen á casa de Wealthorpe? preguntó el irlandés.

—A menos que prefieran andar cinco millas antes de encontrar

otra habitacion ; y no me parece muy cómodo viajar de este modo en medio de la noche, por un terreno sumamente pantanoso. En cuanto á mí, mucho mas quisiera recorrer doble trecho siguiendo la orilla del rio : á lo menos los mosquitos no me devorarian por completo, mientras que para penetrar por aquellos charcos es preciso resignarse á ser despedazado en carne y hueso.

—Bah! poca cosa perderiamos si á nuestros viajeros les aconteciese tal percance. Con que, buenas noches, M. Smart; es ya tarde y me voy á retiro. Os quedo grandemente obligado, porque sin vuestro auxilio estaria sepultado á estas horas en las aguas de este maldito rio. Pero, por el santo de mi nombre, os juro que algun dia he de probaros toda mi gratitud!

—Bueno, bueno, O'Toole, contestó riendo Smart y alargándole la mano : si yo os he defendido contra vuestros enemigos, ha sido por puro egoismo, porque en vos, perdia á uno de mis mejores parroquianos; pero dejémonos de piropos y escuchad un buen consejo : de hoy mas, apartaos enteramente de toda esa chusma, pues con semejante canalla siempre saldriais perdiendo.

Separáronse los dos interlocutores, tomando cada uno el camino de su casa. O'Toole se detenia de trecho en trecho para escuchar el ruido de los remos, que cada vez se hacia menos perceptible, y que acabó al fin por perderse del todo.

—Nada puede hacerse por esta noche, murmuró, pero lo mismo da ; mañana iré á ver á Vealthorpe y con las noticias que me dé empezaré á seguirles la pista.

Los que se habian dado á la vela adelantaban entretanto penosamente en la misma direccion, si bien nada se hallaba mas distante de su ánimo que desembarcar en la otra orilla, como se figuraban los que les habian visto partir. Al hallarse la embarcacion en medio del rio, junto á una masa negra que se divisaba fuera del agua, gritó el que ejercia las funciones de capitan, con áspera é imperiosa voz : «arriba los remos», é inmediatamente fueron estos dejados sobre la cubierta, procurando hacer el menor ruido posible.

El lector conoce ya al que acababa de dar esta órden, pues no era otro que el principal enemigo del irlandés, el hombre de la cicatriz; y sus nueve compañeros, que se veian entonces echados en el fondo del buque, habian todos tomado igualmente una parte muy directa en los sucesos explicados en el precedente capítulo.

A una nueva órden, dada con no menos acritud que la primera, empezó á virar poco á poco el buque, poniendo la proa en disposicion de seguir el curso de la corriente.

—Creo que mas nos valdria aproximarnos á la otra orilla, observó uno de los tripulantes levantando la cabeza para señalar el punto, hácia donde aconsejaba dirigirse.

—Y por qué? preguntó el de la cicatriz. En primer lugar, nos expondríamos á encallar en el banco de arena, y además podríamos llamar la atencion de los habitantes de la casa; cosas ambas que es indispensable evitar.

—Dejaremos la isla de Round-Willow á la derecha ó á la izquierda?

—A la izquierda.

—Es, efectivamente, el sitio donde tiene el agua mayor profundidad; pero...

—Oh! esta no es una gran razon, pues nuestro pequeño *Kangaroo* se mantendria á flote con solos dos dedos de agua. Además de que el rio está bastante crecido, como que hay á lo menos seis piés de profundidad al rededor de toda la isla.

—Hemos de navegar mucho tiempo de este modo?

—Nuestro asilo se halla situado á catorce millas de Helena. A un cuarto de legua de aquí, volveremos á tomar los remos, y de este modo confio llegar á él dentro hora y media, ó quizás antes. Entretanto manteneos quietos, sin hacer ruido alguno; pues hay muchas habitaciones en la costa.

Merced á esta recomendacion, iba deslizándose el ligero buque en medio del mayor silencio; cuando, á una señal del que lo mandaba, volvieron los marineros á tomar los remos con rumbo hácia el oeste. Con la distancia iban perdiéndose de vista las luces de las habitaciones, mientras adelantaba rápidamente el barco, tan cerca de la orilla, que desde él se distinguia perfectamente el canto del buo y la claridad de las luciérnagas desparramadas por la llanura.

Despues de haber andado una milla, fué preciso pasar frente de un pueblecito; por lo que, para disminuir en lo posibre el ruido de los remos, los envolvieron con trozos de vela de que al efecto se hallaban provistos. De repente escapó uno de ellos de entre las manos del que lo empuñaba; aun cuando fué bastante listo otro de los

marineros para recogerlo, no pudo hacerlo sin ruido, y como aconteció precisamente frente de una habitacion, parecieron al momento dos enormes perros, despertando con sus ladridos á los que se hallaban en el interior.

—Hola! oh del barco! gritó una voz, é inmediatamente dejóse ver un hombre entre las ramas de una encina que se extendia sobre el agua, agitando en su mano derecha un pañuelo en señal de que queria hablar.

No habia medio de eludir tan directa interpelacion; por lo que contestó desde luego el de la cicatriz con aparenta tranquilidad:

—Qué hay? qué se os ofrece?

Y diciendo estas palabras, dió vuelta al timon dirigiendo la proa hácia el árbol, á cuyas ramas se cogió uno de los marineros á fin de detener el barco.

—Cuidado con lo que vas á hacer, Niel, le dijo uno de sus camaradas sumamente alarmado; vas á meternos en la boca del lobo.

—Silencio! déjame hacer; es preciso desvanecer toda sospecha.

—A dónde os dirigís? preguntó el hombre desde el árbol.

—Iremos bajando por el rio hasta Montgomery-Point.

—Hay pasaje?

El de la cicatriz se hallaba indeciso sin saber qué contestar, murmurando para sus adentros: qué diablos querrá decir?

—Podeis admitir un pasajero? preguntó de nuevo la voz.

—Bravo! hé aquí un botin que se nos cae del cielo, dijo en voz baja uno de los marineros; decid que sí, Niel, este badulaque está sin duda cansado de vivir.

—No, contestó resueltamente Niel despreciando el consejo que se le daba. Somos ya muchos á bordo, y si encontrásemos algun steamer podria darnos que sentir. Dejadme hacer, añadió, sin inquietarse por las nuevas instancias de su camarada. Y sin mas explicaciones, volvió el *Kangaroo* á proseguir su marcha, interrumpida por un momento de una manera inesperada.

—Dónde teneis el juicio? dijo refunfuñando el primer interlocutor: se os viene á las manos una rica presa, y os haceis el melindroso para rehusarla, privándonos á todos de nuestras legítimas ganancias. Estoy cierto de que cuando el capitan lo sepa, se pondrá furioso.

—Hareis bien en guardaros vuestras observaciones, y no hablar

sino de aquello que entendais. Por una puerilidad hemos corrido un grave peligro en Helena: no faltaba sino otra aventura por el estilo para excitar sobre nosotros las mas vehementes sospechas. El asunto de Helena ha sido harto comprometido; y por cierto que á vos debemos agradecerlo. En fin, basta ya!... Sobrada desgracia ha sido que éste hombre nos haya visto y sepa donde nos dirigimos. Vamos, ánimo, muchachos! el capitan nos está aguardando; y, francamente, tengo curiosidad de saber cuál será nuestra próxima excursion, pues esta noche tiene que decidirse.

Adelantaba, en el ínterin, rápidamente el barco, impelido por cuatro vigorosos remeros, habiendo dado vista, al poco tiempo, á una isla en la que se divisaban infinitos árboles de largo y espeso follaje.

Las márgenes de este terreno de aluvion, al igual que todas las de las islas del Mississipí, se hallaban obstruidas por cañaverales, sauces y gigantescos algodoneros. Fuera de esto, nada particular presentaba la mencionada isla, que todas las cartas marítimas, lo mismo que los marinos del Mississipí, designaban con el número 61. Imposible habria sido dar un nombre distinto á las numerosas islas que se encuentran desde el Ohio hasta Nueva Orleans; pues no habria memoria humana capaz de retenerlos. Basta saber que en una extension de mil leguas, navegando por el Mississipí, se descubren ciento veinte y cinco islas, mas ó menos extensas, para reconocer la necesidad de la numeracion.

Por lo demás, la que nos ocupa raras veces era visitada por los buques que bajaban por el rio; pues era únicamente accesible á embarcaciones de gran porte, y se decia que habia sido destruida por un huracan. A su lado izquierdo parecia haber existido en otros tiempos un desembarcadero; mas en la época á que se refiere nuestra historia, los navegantes la evitaban cuidadosamente á causa de ciertos arrecifes peligrosos.

Muy comun era, en aquella direccion, oir continuas quejas contra el gobierno, á cuya apatía se atribuia generalmente la permanencia de tan temibles escollos. El buque que, por casualidad, se aproximaba algun dia demasiado á dicha isla, procuraba otra vez tomar distinto rumbo á fin de dejarla á la mayor distancia posible. Y esto que los navegantes no habian descubierto, detrás de la espesura, ciertas figuras siniestras que espiaban cautelosamente todos los movimientos; ni oido ciertas voces que proferian horribles

blasfemias al verles salir de aquel atolladero; ó que, cuando menos, se contentaban con dirigirles este afectuoso saludo :

—Por dichosos podeis daros de no haber atracado algo mas, pues vuestro sueño habria sin duda durado mas tiempo del que habriais podido desear.

Los navegantes sin embargo se daban por satisfechos con poder apartarse de esta sombría isla, sin sospechar que todos aquellos engañosos obstáculos y escollos eran ficticios. Nadie habia tenido la curiosidad de examinarlos de cerca; pues lo que desde alguna distancia se presentaba á la vista, bastaba para quitarles todo deseo de aproximarse.

Dicha isla, situada hácia la orilla izquierda del Mississipi, tenia como unas tres millas de circunferencia. Veíase en uno de sus extremos una especie de empalizada formada por frondosos árboles. Terminaba el otro en forma de cabo, á cuya inmediacion se extendia, casi á la longitud de una milla, un banco de arena, por el que se comunicaba con otra isla situada media milla mas léjos. Esta segunda isla era conocida y designada como parte de la número 61, porque el agua que cubria el banco de arena no tenia la profundidad necesaria, ni aun para los barcos chatos. Cuando el rio bajaba, el islote se veia enteramente separado de la isla; pero en el mes de julio, cuando la fuerza del sol derretia la nieve de las montañas, se hallaba casi siempre completamente sumergido. Los habitantes de la isla daban á este sitio el nombre de *Refugio*, porque, caso de ser descubiertos, tenian en él su última guarida.

Por el lado derecho estaba protegida la isla por un banco de arena bastante elevado, que se extendia á unos doscientos metros, y terminaba por una estrecha lengua de tierra, cuyo paso obstruian del todo innumerables sauces y algodoneros arrancados en su mayor parte con premeditada intencion.

Como se vé, las formidables precauciones tomadas en los dos puntos por los que era únicamente posible penetrar en la isla, la ponian á cubierto de toda sorpresa.

Considerada su situacion en el rio con relacion al curso que ordinariamente seguian los steamers y demás embarcaciones, quedaba siempre á la derecha, ó mejor al oeste. Una milla la separaba de la ribera correspondiente al estado del Arkansas, y media, por el lado opuesto, de la del estado del Mississipi.

Desde ambas orillas descubríanse en la isla dos especies de chozas muy bajas, parecidas á las que construyen los leñadores que proveen de combustible á los steamers á su paso por el rio. Eran dichas cabañas tan raramente frecuentadas, que podian muy bien creerse inhabitadas. El techo de la que miraba al lado del Arkansas se veia hundido, y las paredes parecian dispuestas á ceder al impulso del primer huracan para derrumbarse al fondo del rio. La que se divisaba por la parte del Mississipí habia sido mejor conservada, pero mas se asemejaba á una caballeriza que á una habitacion para personas, sobre todo si se paraba la atencion en las muchísimas pisadas de caballos impresas en el suelo.

Si, no obstante todas estas precauciones, se hubiese algun curioso aventurado á penetrar en la isla, á no tener la fortuna de encontrar, á los primeros pasos, el único sendero que conducia al interior, habríase visto obligado, durante largo trecho, á abrirse paso por entre malezas casi impenetrables. Un sin número de árboles, cortados de intento y atravesados acá y acullá con calculado abandono, ofrecian á cada instante nuevas é insuperables dificultades, que no era de esperar persistiese nadie en remover al encontrarse á poco de empezada su tarea, con los vestidos hechos jirones y las manos ensangrentadas.

Ocultábase allí no obstante una colonia entera, que con tal habilidad habia sabido prevenirse contra toda clase de pesquisas, que ni el ojo experimentado del mas hábil cazador habria acertado á descubrir señal alguna de su existencia. Contábanse en el interior hasta nueve habitaciones, un grande almacen, y cinco caballerizas, que se comunicaban entre sí.

Eran construidas dichas habitaciones á manera de ciudadelas indianas, es decir, dispuestas al rededor de un patio, de tal suerte, que en el caso de ser atacados podian sus moradores defenderse contra fuerzas inmensamente superiores. La del centro, inmediata al grande almacen, dejaba conocer, por su aspecto exterior, ser la principal. Las caballerizas que se extendian en forma de semicírculo por la parte del Este, frente el Estado del Mississipí, formaban por sí solas una muralla inexpugnable, aspillerada con suma inteligencia.

Por el lado del Oeste, que era el menos expuesto, una doble barrerra muy alta circuia todas las habitaciones. Un cañoncito de

bronce, colocado en el punto mas elevado sobre el almacen, completaba los medios de defensa con que contaban los habitantes de la isla, y que consideraban suficientes en caso necesario, y tal vez no sin motivo, para sembrar la confusion y la muerte en las filas de sus enemigos.

En el espacio que mediaba entre el almacen y la primera habitacion, tenia su residencia el capitan, á cuyo efecto habian sido en él cortados todos los árboles, y levantada una elegante tienda de campaña, de bastante capacidad. En las habitaciones mas apartadas vivian los individuos de esta respetable comunidad, que se hallaban casados. Una de ellas, mas grande que las demás, tenia el nombre de *Bachelor's hall* «casa de los célibes» y era el lugar destinado para la reunion. Los jefes celebraban sus sesiones en un pequeño aposento, destinado al efecto, en el centro del almacen, y sus decisiones eran luego sometidas á la aprobacion de la asamblea general.

Tal era el lugar que servia de refugio á los *caimanes*, que infestaban las aguas del Mississipí. Ejercia las funciones de capitan de esta cuadrilla de foragidos un hombre que tenia sobre ellos una autoridad suprema, debida á la notoria superioridad de su inteligencia, no menos que á su extraordinario valor para despreciar toda clase de peligros. ¡Cuántas veces habia dado á sus cómplices irrecusables pruebas de su ningun temor á la muerte! A la verdad, se le temia tanto como se le respetaba; y nadie se habria atrevido á pronunciar sin veneracion el nombre del capitan Kelly.

En medio de todas esas fortificaciones, en la apariencia naturales, solo habia dos senderos practibables para llegar á la caverna de los bandidos. El uno conducia desde la orilla hácia el centro de la isla, atravesando innumerables escollos artificiales: presentábase como muy frecuentado extendiéndose hacia la izquierda, pero el indiscreto que lo hubiese seguido, habríase precipitado en un profundo lago, donde habria encontrado infaliblemente la muerte. El verdadero sendero doblaba bruscamente á la derecha y se hallaba oculto entre zarzas y matorrales, terminando en el mismo patio junto á la primera caballeriza. El otro, en bastante buen estado, conducia, desde el lado Sureste del patio circular, á la parte Sur de la isla; en cuyo extremo se hallaban siempre amarradas algunas

embarcaciones, último recurso para una fuga precipitada. Calculaban probablemente que, en el caso de una sorpresa, la defensa del fuerte no seria necesaria mas que el tiempo preciso para llegar hasta la referida ensenada. Por otra parte la principal salvaguardia de estos malvados era el profundo misterio que rodeaba su existencia: tantas eran las incesantes y minuciosas precauciones que habian tomado, para que no llegase á descubrirse.

Los miembros de esta tenebrosa asociacion se hallaban ligados entre sí por los mas terribles juramentos. Sus relaciones permanecian de tal modo secretas, y las ramificaciones de sus atrevidas empresas eran hasta tal punto diversas, que aun cuando se hubiese propuesto alguno de los de la cuadrilla hacer traicion á sus cómplices, no habria sabido de quien fiarse; pues no pudiendo adivinar si el juez á quien con este objeto se dirigiese pertenecia tambien á la sociedad de los piratas, se exponia á que, descubierto su intento, fuese entregado á sus compañeros para que le diesen su merecido.

Ofrecia por lo tanto la isla seguro asilo á todos los criminales que se sustraian á la accion de la justicia. Una vez admitidos en el seno de tan ilustre corporacion, nada tenian que temer de sus perseguidores. Haciase circular el rumor de que el fugitivo habia emigrado á Tejas, mientras vivia con la mayor tranquilidad en el territorio de los Estados-Unidos. El jefe habia prudentemente prometido una fuerte recompensa á cualquiera de sus subordinados que previniese una traicion, asesinando por su mano al delator. El asesino debia recibir mil dollars en metálico, recompensa demasiado seductora para no mantener en extrema vigilancia á cada miembro en particular, suponiendo que su propia seguridad no le indujese á cumplir su deber.

El primer sábado de cada mes tenia lugar una asamblea general, que presidia personalmente el mismo capitan Kelly.

Con mayor frecuencia extendian los piratas sus correrías por el Estado del Mississipí que por el del Arkansas. Un hombre, colocado constantemente en la cima de un árbol, servia de vigía, como acostumbran hacerlo los marineros á lo alto de los palos de un buque. Este centinela, oculto en lo mas espeso del follaje, vigilaba á la vez las dos riberas, y tenia la consigna de observar los señales convenidos, ó de correr al auxilio de un camarada que se viese en cualquier apuro.

Para salvar á los fugitivos, habia constantemente á la punta Noroeste de la isla, detrás del banco de arena, un barco tripulado por cuatro marineros, dispuestos siempre á emprender la marcha. Solo los iniciados conocian el sendero que conducia á este embarcadero. Hallábase dicho barco enteramente á descubierto; pero la poca profundidad del rio en aquella parte obligaba á las grandes embarcaciones á alejarse todo lo posible, y por consiguiente era por aquel lado imposible toda sorpresa.

VI.

Los piratas y su capitan.

Todo era bullicio y diversion en la gran sala de la «casa de los célibes,» en la cual, aun en medio del verano, no faltaba el fuego encendido en la chimenea. Los que en ella estaban reunidos habian seguramente entretenido las primeras horas de la velada conversando, fumando y bebiendo, pues se veia una docena de hombres robustos, echados perezosamente en el suelo con las pipas al alcance de sus manos.

Vestian todos por el estilo de los barqueros del Mississipí, sin que se les viese arma de ninguna clase. Alrededor de la sala, colgaban de las paredes largas carabinas americanas, trabucos alemanes, escopetas francesas, pistolas, machetes y puñales españoles, harpones, hachas y demás instrumentos de destruccion y de muerte. Las hamacas, que pendian del techo, atestiguaban que, hasta en la tierra firme, seguian los bandoleros sus costumbres marítimas. Cantaban los unos á media voz groseras canciones amorosas, mientras otros se ocupaban en despachar una tajada de venado y varios trozos de patos silvestres. La mayor parte se entretenia siguiendo estrepitosamente con los piés el compás de una tocata que un negro muy alto ejecutaba con admirable precision en un detestable violin.

Abrióse de repente la puerta para dar paso á un hombre que penetró en la sala. Era un individuo alto y robusto, quien, con penetrante mirada, fué examinando uno por uno á todos los que com-

ponian la reunion. Traia, calado hasta los ojos, un sombrero de castor negro con anchas alas, y todo su traje se componia de un holgado chaqueton de piloto y pantalon de marinero.

Era el capitan Ricardo Kelly, principal jefe de la banda de los piratas.

Aunque eran estos naturalmente salvajes é insolentes, interrumpieron todos á su vista sus respectivas ocupaciones, y ya fuese porque realmente le temiesen, ya por cualquier otra causa, se dieron por muy contentos con el ligero signo de cabeza por medio del que se dignó Kelly contestar á sus respetuosos saludos. Los piratas contemplaban en silencio á su jefe, mientras éste, acercándose á la chimenea, se detuvo algunos instantes contemplando las ascuas, que despidieron muy luego una vivísima llama. Púsose en seguida á pasear precipitadamente desde uno al otro extremo de la sala, cruzadas las manos á la espalda.

—Ha llegado ya de Helena el barco? preguntó por fin á un bandido que apareció á la puerta de la sala.

—Todavía no, mi capatan; pero estando de centinela en los arrecifes, me ha parecido distinguir ruido de remos, y por esto he venido á preguntaros, antes de que el barco atraque, si hay novedad en la ribera izquierda del Mississipí.

—Decid de mi parte á Niel que se mantenga al pairo hasta nueva órden, no léjos de la ensenada, contestó Kelly, dejándose caer sobre una silla, que se le habia preparado delante de la chiminea. Los caballos han de llegar esta noche del Arkansas; Jones los ha prometido sin falta, y es preciso por lo tanto salir á recibirlos. Que vayan pues tres individuos á auxiliar el desembarque, y luego que hayan descansado lo puramente indispensable, cuidad de que salgan para Wicksburgo. El constable Brook comunicará allí al que los acompañe mis órdenes é instrucciones.

—Sorprende verdaderamente que hasta tal punto hayamos podido enredar en nuestros negocios á los honorables representantes de la ley en todas estas cercanías, exclamó uno de los bandidos soltando una estrepitosa carcajada: con dificultad se encontraria en todo el Oeste una sola ciudad donde no contemos por cómplice, ó asociado, al constable, ó al carcelero, cuando no sea al procurador, ó al mismo juez. Por esto, tanto en el Arkansas como en el Mississipi, al ver entrar en la cárcel alguno de los nuéstros, bien

puede asegurarse que no se hallará en ella al dia siguiente. Creereis, capitan, que en la última semana los ciudadanos de Pinkville han nombrado á Toby, el tuerto, procurador del gobierno? Por vida mia! curioso seria oir alguna de sus arengas!

Una ligera sonrisa contrajo el labio del capitan, quien, volviéndose hácia el orador, le dijo:

—Venid conmigo, Blackfoot; tengo algo que comunicaros. Y sin aguardar su contestacion, salió Kelly dirigiéndose á la ensenada donde se hallaban surtas las embarcaciones.

La luna ostentaba á la sazon toda su claridad.

—Blackfoot, dijo Kelly á su subordinado, nuestros negocios marchan bien, y sin embargo no nos hallamos bastante garantidos contra un golpe de mano. Nuestro secreto es conocido de un gran número de personas, y si bien es cierto que la traicion es un juego difícil y peligroso, no es con todo imposible.

—Ya se ve: pero, qué podremos hacer para procurarnos mayor seguridad? Suponiendo que llegue á descubrirse nuestro refugio, no seria tampoco empresa muy fácil la de cogernos vivos.

—Es empero este el único peligro que nos amenaza? Tambien creo que, aun en caso extremo, no seria difícil escapar con vida; pero de todos modos, seria para nosotros una gran desgracia, porque una vez descubierto nuestro escondrijo, imposible seria encontrar otro igual en todos los Estados-Unidos. Oh! Blackfoot, no nos durmamos en una fatal confianza; semejante golpe seria irreparable y mucho mas fatal que la misma cárcel. De ella escapa uno á lo mejor con el auxilio de los amigos; al paso que, si algun dia se fija la atencion de nuestros vecinos en esta isla, que hasta ahora se ha creido abandonada, no podremos prescindir de renunciar para siempre á la segura proteccion que nos ofrece. Será lo que sea; mas, importa tomar con tiempo nuestras precauciones á fin de hacer frente á todos los contratiempos.

—Os parecen pues insuficientes los elementos con que contamos? Olvidais que con las fortificaciones de la isla, el refugio que nos proporciona el islote, al cual nadie podria seguirnos sin conocer el sendero, constantemente sumergido, y los barcos que tenemos siempre á nuestra disposicion tenemos perfectamente asegurada nuestra retirada?

—Si, sí, pero todo esto no basta, replicó Kelly quitándose el

sombrero y componiéndose con la mano sus cabellos humedecidos por el rocío.

El capitan de los piratas, á quien no nos hemos cuidado aun de describir, era un apuesto caballero, cuyos rizados y negros cabellos flotaban en desórden sobre su frente, viéndose pintada en sus ojos una audacia sin igual, y por cuyo labio superior se deslizaba una sonrisa de desden, mientras que continuaba hablando, mejor consigo mismo, que con su compañero:

—No será poca la sorpresa de los que se imaginan cogernos vivos al ver que nos hemos escapado de sus manos. Ha! ha! ha! paréceme contemplar sus tristes semblantes al achacarse mútuamente su falta de prevision por no haber adivinado nuestros proyectos.

—Cuál es pues vuestro plan, capitan Kelly? tendreis reparo en comunicármelo? preguntó Blackfoot, que era en cuerpo y alma adictísimo á su jefe; en verdad no atino lo que pasa en vuestro interior.

—Sabed, contestó Kelly despues de una corta reflexion, que empiezo á dudar de nuestra seguridad.

—Cómo? hay tal vez algun traidor entre nosotros? sospechais de alguno de la banda? hablad! Quién es el infame.....

—No, no: replicó el capitan sonriendo al ver el pálido rostro de su compañero; el peligro ya pasó, pero es muy posible que se reproduzca otro dia en idénticas circunstancias. Bien sabeis que Rowson, creyéndose perdido, intentó, para salvarse, revelar nuestro secreto. Si no lo hizo, debemos agradecerlo en parte á la poca maña de los Reguladores, y principalmente á la prontitud con que el indiano le hundió el cráneo con su maza. Si aquel miserable hubiese podido llevar á cabo su intento, nuestra hermosa isla no seria hoy otra cosa que un monton de ruinas, sin contar con que, para ponernos precipitadamente á salvo, nos habríamos visto obligados á abandonarlo todo, perdiendo así completamente el fruto de tres años de luchas y fatigas. Por consiguiente, para cuando vuelva á presentarse semejante compromiso, es menester que nos encontremos mejor prevenidos.

—Y de qué modo podrá esto conseguirse?

—Por poca cosa os apurais, Blackfoot; vais á saber mi proyecto. Desde mañana, todas las presas procedentes de Nueva Orleans

no serán guardadas aquí, pues seria imprudente ir amontonando riquezas para los que, tarde ó temprano, vendrán á visitar nuestra morada. Tenemos fieles amigos en Houston y en Tejas; á ellos pues mandaremos nuestro botin. De este modo, si por ahí llegan á còmplicarse las cosas, tendremos allá capitales para empezar de nuevo el negocio. Pero no es esto todo. Si el enemigo nos cercase de tal manera que nos fuese imposible llegar á los barcos, ó si antes se apoderase de ellos, seria inminente el peligro de perder la vida; porque, aun cuando nos hallamos en disposicion de resistir por algun tiempo, seria locura creer que al fin y al cabo no tendríamos que sucumbir á fuerzas superiores.

—Es verdad! pues entonces qué hay que hacer? Tres años hace que nos hallamos aqui reunidos, y nadie en el Arkansas, ni en el Mississipí, ha llegado á sospechar la existencia de una sociedad secreta en medio de este pintoresco desierto.

—Precisamente la misma impunidad de que hemos gozado por espacio de tres años, es la que debe hacernos mas circunspectos. Tened en cuenta que, desde diez meses á esta parte, ha aumentado tan extraordinariamente el número de nuestros afiliados, que el secreto es ya de todo punto imposible. Tenemos agentes en todas las ciudades de los Estados-Unidos, y la mayor parte de ellos, como este maldito Rowson, serian capaces de cualquier cosa, á trueque de salvar su vida. Hé aquí el peligro contra que, con mayor cuidado, debemos precavernos. No faltan todavía medios para ponernos al abrigo de todas las persecuciones y despreciar todos los ataques.

—¿Cuáles son estos medios? preguntó Blackfoot en tono de incredulidad.

—Ante todo deberemos procurarnos un buque de vapor, contestó el jefe en voz baja, queriendo escudriñar, por la fisonomía de su camarada, el efecto producido por esta inesperada revelacion.

—Un steamer?... hé aqui una excelente idea! con él podríamos efectivamente navegar sin cuidado alguno, é internarnos hasta el golfo de Méjico. Oh! sí, sí! procurémonos un steamer; es un magnífico proyecto. Pero decidme, capitan; contais comprarlo, ó adquirirlo por otros medios? Y luego, cuando lo tengamos, cómo nos lo arreglamos para tenerlo siempre cerca de nosotros? porque bien conoceis que este es el punto que mas interesa. La idea es excelente sin duda alguna; pero temo que sea irrealizable.

—Todo esto es muy sencillo, Blackfoot; vos mismo sereis el capitan del vapor, que hará sus expediciones desde Memphis á Napoleon y vice versa; así daremos ocupacion á nuestros hombres, y tendremos un medio expedito para entendernos con nuestros diversos agentes, sin tener nunca á demasiada distancia este poderoso recurso. Por supuesto que, cuando así convenga, permanecerá anclado dias y semanas enteras; pues aun cuando sea visto por los demás buques que navegan por el rio, creerán que nuestro steamer ha querido tomar el rumbo hácia el este de la isla, á fin de dar vuelta á la misma. Pero, decidme, ¿los que han llegado de Helena han amarrado su embarcacion debajo de los sauces?

—Sí, capitan, y Bolivar está con ellos; habrán seguramente traido el puente para desembarcar los caballos.

—Desearia de todas veras que Pedro fuese algo mas prudente, añadió Kelly. Es valiente y activo, no hay duda; pero deberia reconocer que sus locuras pueden algun dia dar por resultado que aprieten el gaznate á sus camaradas, y aun á él mismo.

—El último chirlo con que le adornaron el rostro no fué ciertamente hecho con una paja. Pero volvamos á nuestro steamer: ¿dónde teneis intencion de comprarlo? ¿Podrá hacer frente nuestra caja á tan considerable gasto?

—Oh! no hay cuidado que nos falte dinero! Lo compraremos en Nueva-Orleans, ó mejor tal vez, en Cincinnati. He tenido aviso del salvaje Bill, quien nos conduce, desde las aguas del Wabash, un barco ricamente cargado, y en el que se encuentra además una fuerte suma en numerario. He recibido tambien cartas de Pittsburgo, Cincinnati, Louisville, Shawneetown, Padua, San Luis y Memphis, en las que me anuncian la próxima llegada de buenas presas. Conviene por lo tanto doblar los centinelas, á fin de que no se pierda ninguna señal; ¡las noches son cortas, y por lo mismo antes de que amanezca, ha de hallarse oculto el botin debajo de los sauces; de lo contrario nos expondriamos á ser descubiertos y denunciados por algun barco que á su paso nos observase.

—Y á quién pensais encargar el ajuste del steamer? Os proponeis pasar vos mismo á desempeñar esta comision á los Estados del Norte, ó preferís encargarla á alguno de nuestros agentes?

—Habria ido yo mismo en persona si en la actualidad no me detuviesen aquí asuntos de la mayor importancia. Probablemente

tendré muy pronto necesidad de emprender un corto viaje hácia el interior. A propósito: se ha recibido contestacion de Simpson?

—No, capitan, y á la verdad no deja de ser extraño que en tan largo tiempo ninguna noticia directa hayamos tenido de él. Parece que continúa aun en la Georgia, y los últimos avisos dándonos cuenta de su conducta eran bastante satisfactorios; mas desde entonces nada hemos vuelto á saber.

—Me consta que Simpson ha obrado con extraordinaria actividad en la Georgia. Se ha propuesto trabajar por su cuenta, prescindiendo de nuestro apoyo, que no conoce ha de serle aun por mucho tiempon ecesario. No tardará sin embargo á desengañarse, contribuyendo á ello los buenos consejos de nuestro abogado M. Broome con quien no dudo estará en íntimas relaciones.

—Os engañais, capitan; Broome habia salido de la Georgia cuatro semanas antes de que llegase allí Simpson.

—Bueno: haremos que vuelva. Mañana á primera hora os entregaré la carta de que debe ir provisto, y á fin de que no se me olvide, cuidad de mandarme alguien antes de que partan los caballos. Waterford tiene demasiado que hacer, para que pueda estar ya de vuelta. Han sido colocadas las tablas en el desembarcadero?

—Todas vuestras órdenes han sido cumplidas al pié de la letra, capitan. Y decidme: qué tal se arregló el negocio de la pública subasta en Helena? Fué efectivamente reconocido nuestro improvisado heredero?

—Perfectamente, contestó Kelly riendo; podríamos sin dificultad repetir la misma operacion: el plan habia sido hábilmente trazado, y por cierto que nos ha valido una crecida suma.

—De manera que nada absolutamente se ha llegado á sospechar? Todos han tenido la suficiente candidez para creer que Holk y todos los suyos habian perecido en el fondo del Mississipí? A la poca experiencia del piloto en aproximarse demasiado á los escollos que rodean nuestra isla ha sido atribuida su muerte ?

—Ciertamente! En vista de este resultado, casi me atreveria á hacer entender á tales gentes que el azul del cielo es un lienzo pintado al óleo, ú otra cualquiera majadería por el estilo.

—Bravo! ha! ha! Todo marcha á las mil maravillas: supongo se habrán vendido tambien los tres buques últimamente remitidos á

Nueva-Orleans? Se habia tomado la precaucion de pintarlos de nuevo?

—No, pero en lo sucesivo no dejaré jamás de hacerlo; ayer mismo hice traer las pinturas y demás útiles necesarios. El primer barco que caiga en nuestras manos será enviado á Nueva-Orleans despues de pintarlo de diferente color, con tal de que el cargamento nos indemnice del trabajo que hayamos de tomarnos. Tengo ya en mi poder las señas del comerciante á quien habrán de dirigirse los géneros.

—Y á quién confiareis su conduccion?

—A cualquiera de los nuestros, exceptuando el negro, cuyos servicios son de mayor provecho en la isla. Ah!... se me olvidaba... ayer llegó á Helena un hombre que se dirige á Little-Rock para comprar las tierras que lindan con las nuestras en el Arkansas. Mañana, muy de mañana, tiene que salir de Helena montado en un caballo gris.

—Vá solo?

—No, va con él el conductor de la correspondencia, quien se encargará de lo demás; caminarán juntos hasta el pueblo de Strong. El extranjero no quiere pasar allí la noche por temor de que le cueste demasiado caro, pero se detendrá en una venta distante tres millas del pueblo. Para encontrarla deberá buscarse una luz verde al lado derecho del camino, á dos millas de Strong. Lo teneis entendido?

—Perfectamente, y no creo que nos dé mucho que hacer semejante expedicion. Pero, hablando de otra cosa, qué haremos de esta jóven, que nuestra gente condujo aquí ayer? Me temo que habrá perdido el juicio.

—Cómo pudisteis permitir que esta jóven penetrase en la isla? gritó Kelly, dando una fuerte patada en el suelo. Yo habia mandado terminantemente al Kentukense que, de un modo ú otro, se desembarazase de ella; y segun veo, este bribon me ha desobedecido.

—A deciros verdad, no me inspira mucha confianza. Bolivar me ha hecho observar algunas cosas que no dejan de darme en qué pensar.

—El negro es un excelente vigilante; encargadle que no le pierda de vista y espie sus mas insignificantes movimientos. Han sido echados á pique los dos barcos descargados?

—Sí, á dos millas léjos de aquí, á fin de desorientar á cualquier curioso.

—Muy bien; solo falta ahora tener siempre á la vista, flotando por la superficie, algun casco inservible y desechos de algun buque para mantener á la debida distancia á los navegantes.

—Qué es pues lo que se resuelve á propósito del buque de vapor?

—Es imposible ocultar nuestro proyecto á los camaradas, contestó Kelly despues de haber reflexionado un buen rato, toda vez que el precio tiene que salir de la masa comun; así, lo mejor será hablar de ello á la reunion. Pero, ante todo, decidme: dónde está esa jóven?

—Habia sido encerrada en el número 2; pero mistress Kelly se ha compadecido de ella, y ha mandado trasladarla á su habitacion.

—De veras? Georgina ha querido tener á su lado á esa jóven? Pues no será porque ignore que esto habia de disgustarme! Nada, nada; es preciso desembazarse desde luego de esa idiota. Blackfoot, decid á Bolivar que se presente á recibir mis órdenes. Al considerar el gran número de mujeres que tenemos en la isla, estoy á cada momento temblando por nuestra seguridad. Segun nuestro reglamento, no deberia haber en ella mas que doce; y con esta van ya diez y ocho.

Hablando así, era manifiesta la agitacion que dominaba al capitan Kelly, que se mantenia inmóvil con los brazos cruzados y apretados los dientes.

En la sala continuaba oyéndose aun el violin y los cantos de los que en ella se hallaban reunidos.

En aquel instante vino á distraer la atencion de Kelly la llegada de los marineros de Helena, quienes fueron desfilando, uno tras otro, por el estrecho sendero, saludando respetuosamente á su jefe. Sin dignarse este contestar á tales muestras de sumision, preguntó bruscamente á uno de los recien llegados:

—Traeis la correspondencia?

—Aquí teneis esta carta, mi capitan, contestó Pedro, ó sea, el hombre de la cicatriz, bajo cuya denominacion le conoce el lector. Pocos momentos antes de nuestra salida ha venido á entregármela el cartero.

Tomó Kelly la carta encaminándose á grandes pasos hácia su habitacion. Pero antes de entrar en ella paróse, y dirigiéndose á Blackfoot, le dijo:

—No descuideis mis encargos; y si acaso llegasen los caballos del Arkansas durante la noche, dejadles descansar algunas horas. Mañana por la mañana procurad que se les lleve al baño y luego podrán salir con ellos dos hombres con direccion al sitio que os he designado. Ha llegado Sanders?

Al oir este nombre, adelantóse con paso inseguro y casi bamboleándose un jóven de esbelta talla, ojos azules y largos cabellos rubios cuidadosamente arreglados, cuya figura habria podido decirse elegante, si precisamente en aquel entonces no le hubiera dominado la embriaguez.

—Capitan Kelly, balbuceó,... tengo el honor... de...

—Basta, basta, Sanders; retiraos y procurad dormir bien; mañana muy temprano os necesitaré; con que, buenas noches. Y sin aguardar contestacion, dirigióse el capitan á su aposento, abriendo la puerta y volviendo á cerrarla tras sí por medio de un fuerte cerrojo.

Todavia continuaron por algun tiempo divirtiéndose los demás bandidos, mientras Sanders, apoyándose en la pared, iba articulando con dificultad estas entrecortadas palabras:

—Me gusta la frescura de M. Kelly! —Mañana, muy temprano os necesitaré!—Bueno, bueno, capitan! añadió, dirigiendo su mirada, ofuscada casi por la embriaguez, á una ventana trás la cual se veia arder una luz detrás de una gran cortina. De manera que segun veo, mañana necesitareis de mis buenos oficios: que me place! se tratará sin duda de trastornar la cabeza á alguna otra jóven: no es verdad? se necesita alguna nueva conquista? pues bien, dejadlo á mi cuidado; presentadme á la jóven, y lo demás corre por mi cuenta. Vaya un agradable pasatiempo! Hay momentos en que...

—Vamos, Sanders, dijo Blakfoot cogiéndole por el brazo sin ninguna ceremonia; todos nos hallamos muy cansados y necesitamos descansar. Mañana os encontraríais atontado, y las mujeres creerian que habiais pasado la noche en vela.

—Sí, teneis razon, querido Blakfoot, balbuceó el jóven dandy. Vamos pues, es hora ya de acostarnos. Nosotros, los que nos de-

dicamos á cazar corazones... ya se ve... muchas veces... Viva Cupido y todas las hermosas!.. todos los rostros angelicales! Creo no estareis incomodado conmigo, Blakfoot: pero, diablo! aun cuando me ofreciesen millones por el cambio, no querria llevar entre mis dos orejas una facha como la vuestra, ó la de Pedro.

—Bien, bien! refunfuñó Blakfoot con un gesto de desagrado que quiso disimular con una sonrisa. Todos no podemos tener vuestra hermosa estampa. Pero vámonos á dormir; estoy rendido, y mañana sin duda nos queda bastante que hacer.

De este modo acompañó Blakfoot á la cama á su compañero, no separándose de su lado hasta que le vió profundamente dormido, por temor de que volviese á beber y se inutilizase para el dia siguiente.

VII.

La bella Georgina.

Suplicamos al lector se tome la pena de seguirnos hasta el maravilloso aposento, dentro el cual vamos á penetrar juntos.

El que sorprendido por un sueño irresistible en medio de una naturaleza salvaje hubiese venido á despertar mas tarde en este aposento, habria podido creer, al contemplar la infinidad de objetos preciosos que se ofrecian á su vista, que su sueño duraba aun, y que, exaltada su imaginacion por recuerdos fantásticos, le trasportaba á regiones desconocidas, á inmensa distancia del Mississipi y del Arkansas. Todas las partes del mundo habian contribuido á adornar este aposento, que, con la sola décima parte de lo que contenia, se habria hallado suficientemente amueblado. En un reducido espacio hallábanse de tal modo amontonados objetos los mas raros y preciosos, que mejor parecia un almacen que una habitacion.

Las dos paredes laterales y la del fondo estaban cubiertas con un exquisito tapiz, notable sobre todo por los caprichosos arabescos bordados en plata, que en su fondo resaltaban, oculto casi tras los grandes espejos, cuadros, estátuas de bronce y de marfil, y candela-

bros brillantemente cincelados que adornaban profusamente aquella encantadora mansion.

La otra pared se hallaba igualmente decorada con un lujo y magnificencia inauditos; pero, al parecer, habia dominado la idea de imitar el golpe de vista que presenta la cámara de un buque, á juzgar, entre otras cosas, por la estructura y distribucion de las ventanitas, elegantemente cerradas con persianas de caoba. Entre ellas habian sido simétricamente colgadas un sin número de armas y vestiduras indianas que era preciso mirar por entre las ramas de los arbustos y plantas de los trópicos, que se elevaban hasta el techo. Finalmente, para completar esta descripcion, un espeso y suntuoso cortinaje impedia la entrada á la luz, extendiendo una melancólica oscuridad en el interior de tan curioso aposento. Este prodigioso esplendor, este exceso de magnificencia impresionaba no obstante desagradablemente la vista en vez de deleitarla.

En el centro veíase una jóven vestida de blanco, recostada, segun la costumbre oriental, en un rico sofá cubierto de muelles almohadas.

Junto á ella, sentada en un pequeño taburete, habia otra mujer que ocultaba el rostro entre sus manos, y manifestaba hallarse sumamente afligida.

—No lo creais, vive aun; dijo la del vestido blanco poniendo suavemente su graciosa mano sobre la cabeza de la afligida jóven. No ha muerto, yo os lo aseguro, calmaos; no os desconsoleis tan pronto. Tal vez en este mismo instante os anda buscando! Tal vez el eco repite en vano vuestro nombre querido!

—Oh! demasiado sé que ha muerto! exclamó con acento desesperado la jóven levantando hácia su protectora su rostro bañado en lágrimas. Jamás volveré á verle! jamás! No se halla por ventura en lo mas profundo del rio atravesado el pecho por la bala de un asesino? Yo misma le he visto caer; yo he oido el ruido de su cuerpo al sumergirse en el agua poco antes de desmayarme. Oh! es imposible que resista á tan tremendo golpe; y si lo que se representa ahora confusamente en mi memoria como un horrible sueño llegase á tener para mi algun dia la evidencia de la realidad, perderia el juicio, y mi corazon no podria soportar el recuerdo de tan espantosa escena!

Y al pronunciar estas palabras, la pobre jóven dejó caer la

cabeza sobre la almohada temblando convulsivamente de piés á cabeza.

Levantóse Georgina (pues tal era el nombre de la dueña de aquella habitacion) con un sentimiento mezclado de impaciencia y emocion.

—Veamos, dijo, alzando la cabeza de su protegida; veamos, María, referidme lo qué os ha sucedido, pues todo lo que yo sé hasta ahora es únicamente vuestro nombre. Desde que os arranqué de las manos de aquel bandido no habeis hecho mas que llorar. Yo me intereso por vos, y si deseais que pueda seros útil en algo, es preciso que me conteis de qué manera caisteis en poder de aquellos miserables.

—Ay! quereis pues renovar mis tormentos abriendo de nuevo mis sangrientas heridas? murmuró dolorosamente la infortunada jóven. Sea como vos deseais! me habeis protegido contra su violencia, y teneis, por este favor, derecho á saberlo todo! No podré deciros dónde me encuentro en este momento, añadió despues de un breve silencio, paseando con sorpresa su mirada por todo el aposento. Paréceme estar bajo una hechicera influencia, y casi llego á dudar si un sueño horrible cautiva mis sentidos. Y sin embargo, conozco bien que vivo y estoy despierta; veo arder la luz de esta lámpara, y siento la impresion de vuestro aliento en mi mejilla. Sí, tengo los ojos abiertos; pero la realidad de mi existencia me aterroriza! Poseer cuantas felicidades puede ofrecer el mundo, y perderlas todas en un solo instante! Ah! es una desgracia, que no tiene nombre bastante expresivo!... mas, vos os impacientais, señora, bien lo veo. Los breves instantes que tardo á informaros de mi infortunio os parecen siglos: qué deberán parecerme á mí que he de llorar esta irreparable desgracia hasta el sepulcro? Oh! mi razon se ofusca... soy demasiado egoista, pues me lamento únicamente de mis penas, olvidando que aquel á quien idolatraba y por quien querria conservar la vida ha sacrificado gustoso la suya en aras de mi felicidad!

Hará como cosa de seis meses que entró por la vez primera en la casa de mi padre. Habré de deciros de qué manera empezamos á conocernos y amarnos? Nó, sin duda no me comprenderiais, y aun quizás os burlariais de mí, porque vuestra mirada fija y severa me tiene helada. Ello es que muy luego nos encontramos

unidos por el amor; él me abrió su corazon con sinceridad, correspondiéndole yo con igual ternura y pasion. Era bueno, noble y prudente; pronto se captó el afecto de mis padres, quienes, por último, bendijeron nuestra union, y yo pude llamarme su esposa. Eduardo, este era el nombre de mi marido, habia muchas veces ponderado á mi padre la hermosura de las provincias del Sur, pintándole con vivos colores la felicidad de los habitantes de la Luisiana. Cautivado mi padre por tan seductora pintura, resolvió visitar aquel país, comprando en él Eduardo una posesion de un viejo criollo de Atchafalaga, que deseaba regresar á Filadelfia para acabar sus dias rodeado de sus amigos y parientes. Algunas semanas atrás llegaron á nuestra casa mi padre y Eduardo, altamente satisfechos de su adquisicion. Resolvimos entonces vender nuestra casa y todos los demás bienes, á fin de traladarnos con un barco chato, que habia mi padre mandado construir siguiendo el consejo de mi marido. Embarcámonos tan felices y contentos con la esperanza de llegar sin tropiezo á nuestra nueva habitacion. Queria mi padre tomar un piloto, pero aseguróle Eduardo que no era necesario, puesto que él conocia con toda exactitud los escollos y bancos de arena. Navegamos en efecto sin el menor accidente por el Wabash y el Ohio, desembocando por fin en el Mississipí. La mayor profundidad de este rio facilitaba extraordinariamente nuestro camino, por lo que sin duda mi pobre marido descuidó las minuciosas precauciones, que hasta entonces no habia cesado de tomar. Anteayer por la tarde nuestro barco iba á estrellarse contra la punta de una isla, cuando... Oh! me horrorizo aun al recordar aquella escena...

—Qué hizo en semejante apuro vuestro marido? preguntó Georgina, que, habiéndose levantado, se paseaba precipitadamente por el aposento. Qué fué de vuestros padres?

—Todos perecieron, señora, todos!

—Y vos? cómo.....

—Oh! Dios mio! no me pregunteis sobre el particular; no disipeis la oscuridad que ofusca mis pensamientos; dejad sobre mis ojos ese velo fatal que cubre mi memoria, y que es sin duda el precursor de la locura! Ah! prefiero morir mil veces, antes que creer... gran Dios! aun tengo ante mi vista aquella cabeza que tanto se parecia á la de mi Eduardo, levantándose por entre las olas, mientras

yo... extendiendo hácia ella los brazos .. sálvame... líbrame de los asesinos que me rodean... gritaba con desesperacion, en tanto que él... Oh! mi cabeza parece un volcan... Eduardo murió sin poder vengar á su esposa, ni protegerla en adelante contra el horror que le causan sus recuerdos!

Al concluir este triste relato, dejó caer maquinalmente los brazos, apoyando la cabeza sobre el sofá mientras corrian en abundancia sus lágrimas.

—Vos permanecereis á mi lado, María, la dijo por fin para consolarla, la orgullosa Georgina. Nadie podrá arrancaros de mis brazos! él no se atreverá, continuó hablando consigo misma, no se atreverá á contrariarme! pero si olvidando sus promesas y juramentos, intentase... No importa; en tal caso veriamos quién vence á quién!

—Tengo necesidad de dormir, dijo al cabo de un rato la jóven apartando con sus manos los cabellos que la cubrian el rostro. Un pesado sueño oprime mis párpados, la cabeza me duele, me siento enferma. Buenas noches, Georgina.

Púsose en pié María, dirigiéndose hácia la puerta; pero Georgina tuvo que correr á ayudarla, pues la infeliz podia apenas sostenerse. Condujo Georgina á su protegida á un pequeño cuarto interior, y apenas habia tenido tiempo para correr el mosquitero, cuando entró Kelly, hundido el sombrero hasta las sienes. Al oir Georgina el ruido de sus pasos, salió con precipitacion al primer aposento para recibir al capitan, que era su marido.

—Dónde está la extranjera? dijo este con acento que revelaba un disgusto mal disimulado.

—Así saluda hoy Ricardo á su Georgina? preguntó esta en tono de amistoso reproche. Será que los ojos de mi Ricardo, cansados de ver á su esposa, desean fijarse en la extranjera?

—No, Georgina, contestó Kelly, cuya severidad desapareció con una sonrisa. Mis ojos serán siempre vuestros esclavos, añadió tomándola la mano con cariño. Buenas noches, mi hermosa Georgina, díjole en voz baja imprimiendo un beso en sus labios. Decidme ahora dónde está esa jóven? Habeis hecho mal en mandarla trasladar aquí.

—Ricardo, contestó Georgina, pasando los brazos alrededor del cuello de su marido, dejadme esta pobre criatura. Vos sabeis que

las mujeres de la isla son muy groseras y mal educadas; no ignorais que de ningun modo me conviene, ni puede satisfacerme, el trato con ellas, que por lo mismo me odian, porque procuro evitar todo roce y comunicacion. María, aunque hija de un campesino, revela en sus maneras una educacion esmerada. Será pues mi compañera, y de este modo irá consolándose de las desgracias que la afligen.

—Querida amiga, contestó Kelly dejándose caer en una otomana; vos sabeis las disposiciones que sobre este punto contiene nuestro reglamento; por lo que aun cuando deseo vivamente complaceros, me es imposible permitir que tenga el menor conocimiento de negocios en que se juegan tantas cabezas.

—Está visto, Ricardo, repuso la jóven; es inútil que os pida jamás gracia alguna, pues nada sois capaz de sacrificar á mi amor. Por insignificante que sea lo que me atreva á suplicaros, nunca os han de faltar excusas para negarlo. Recordad sino, que aun no he podido conseguir ir, una vez siquiera, á Helena en vuestra compañía.

—Bien sabeis que casi ni yo mismo me atrevo á presentarme en dicha ciudad.

—Corriente: entonces, á lo menos, concededme la compañía de una persona á quien pueda mirar sin repugnancia.

—No olvideis que seria sumamente aventurado; contestó Kelly con resolucion.

—Sois insufrible esta noche, repuso Georgina.

—Vamos, hermosa mia, no os empeñeis, añadió Kelly con calma; sed razonable... Esta mujer no puede permanecer aquí; un dia ú otro veria á Sanders, y entonces...

—Con que este miserable.....

—No le trateis tan duramente; seriais mas moderada en vuestras calificaciones si supierais que él es el único que puede secundar nuestros proyectos; la última presa que ha sabido preparar tan hábilmente, nos ha valido una crecidísima suma, que me permite por fin acceder á vuestros deseos. Nuestra posicion en esta isla va siendo de dia en dia mas peligrosa; nuestro secreto ha dejado ya de serlo, y á cada momento que pasa me extraño mas de que no hayamos sido aun descubiertos. Emigraremos por lo tanto á Houston, y desde allí al interior de Méjico. Estad pues pronta para cuando se presente la oportunidad.

—Y qué harán vuestros compañeros?

—Buscarse un nuevo jefe.

—Pero consentirán en que así les dejeis abandonados?

—Tal vez prefieran seguirme, contestó Kelly evidentemente confuso. Mas sea como fuere, esta mujer no puede continuar aquí: en estos críticos momentos una traicion nos perderia á todos.

—Y qué será de ella si consiento en dejarla partir? preguntó Georgina con inquietud.

—Bolivar la conducirá á Natchez. ¿Estais satisfecha?

—Tambien hoy es preciso obedeceros! murmuró Georgina frunciendo las cejas. Oh! vuestro amor es muy diferente del de otro tiempo: antes solo encontrabais la dicha á mi lado, y bastaba que yo insinuase el mas leve capricho para que expusieseis mil veces vuestra vida para satisfacerlo.... al paso que hoy.....

—No disparateis, por Dios, Georgina, repuso Kelly con amabilidad. Pensad que nuestra seguridad, y hasta nuestra vida, no permiten exponernos á las indiscreciones de una jóven medio loca. Si yo pudiese estar continuamente aquí, no tendria reparo en complaceros, pues mi vigilancia lo supliria todo; pero ya veis que esto es imposible.

—Cómo? ¿Teneis que marchar otra vez?

—Es claro: un negocio importante exige mi presencia mañana á primera hora en Montgomery-point, y tal vez tendré necesidad de continuar mi viaje hasta Wisksburgo.

Sin dejar concluir á Ricardo, Georgina puso su hermosa mano sobre el hombro de su marido, y fijando en él su penetrante mirada, le dijo:

—Por qué os separais tan á menudo de mí, Ricardo? Oh! si llegase á saber que me sois infiel.....

—Qué disparate, ángel mio! La extranjera os habrá sin duda pegado su enfermedad.

—La creeis pues loca? murmuró tristemente Georgina. Ah! no extrañeis su justo dolor, Ricardo, pues la infeliz ha sido víctima de una infame traicion. Oh! si algun dia llegase yo á sospechar que habeis sido perjuro conmigo, vos, á quien he sacrificado, no solamente mi vida, sino tambien la de mis padres, os juro por el espíritu de las tinieblas que habia de tomar una venganza que ninguna mujer ha tomado hasta ahora! Seria, yo os lo afirmo, la que se mereceria vuestro inaudito crímen!

—Georgina, dijo Kelly rodeando con sus brazos la cintura de la jóven, estais furiosamente celosa! y á fe que ningun motivo teneis para estarlo! ¿Por quién trabajo yo con tanto ardor? ¿por quién me resigno á vivir en abierta rebelion con la ley? ¿por quién derramé, por la vez primera, la sangre de mis semejantes? Solo puedo perdonaros vuestros celos porque me atestiguan vuestro amor. Mas, creed que sois cruelmente injusta conmigo. No me compareis con los miserables que están á mis órdenes: si fuese como ellos un hombre vulgar, de seguro habria sido indigno de vuestro amor. Debeis tener entera confianza en mis palabras, y convenceros de las graves razones que me privan hoy de daros gusto.

—Enhorabuena, contestó Georgina, tendré en vos completa confianza; pero dejadme ver el mundo una sola vez, dejadme conocer á vuestros amigos, y despues os seguiré tranquila y sumisa donde quiera que se os antoje llevarme. Concededme lo que os pido, si no quereis despertar en mi ánimo desgarradoras sospechas.

—Esta exigencia es mas seria de lo que os imaginais!

—Entonces os negais á hacerlo?

—No he dicho tal, contestó Kelly mirándola atentamente. Ah! Georgina, esta desconfianza me dá mucho en que pensar; entre nosotros existe alguna persona extraña; hay un tercero entre vos y mi amor.

—Ricardo!

—Bueno: supongamos que sea una ilusion.... lo cierto es que sois muy otra de lo que erais! decidme: ¿qué estaba haciendo el mulato en la ribera? le he encontrado allí cuando he desembarcado, é inmediatamente se ha dirigido hácia aquí. ¿Le habriais acaso encargado que espiase mis pasos?

—Y aun cuando así fuese?...

—Es pues evidente que no teneis confianza en mí! Podreis, pobre niña, procuraros las pruebas que deseais: os permito enviar vuestro emisario dónde y cuándo mejor os plazca; podrá viajar con toda libertad, y daros exacta cuenta del resultado de sus pesquisas. Vamos, estais contenta ahora?

—¿Cuál es pues vuestra resolucion acerca de esta pobre jóven?

—Sanders ha de acompañarme en mi viaje; por consiguiente no hay dificultad en que permanezca aquí hasta que regrese Blackfoot. Pero entonces, espero no os opondreis á la observancia de un

reglamento, formado tanto para vuestra seguridad como la de los demás. Vamos, querida Georgina, estais aun incomodada conmigo?

—Amigo mio, como quereis que lo esté, siendo vos tan amable? contestó Georgina, extendiendo sus brazos alrededor del cuello de su marido.

—Deseo que todos nuestros recelos y desconfianzas terminen con este beso. Bastantes disgustos puede acarrearnos la comprometida posicion en que actualmente nos hallamos para que vayamos á atormentarnos con mútuas recriminaciones. Vivamos en paz, y reservemos toda la actividad de que seamos capaces para el momento decisivo que habrá de asegurar nuestra felicidad.

Mientras tenia lugar este animado coloquio en el interior del aposento, estaban dos hombres conversando frente la puerta: eran Blackfoot y el negro Bolivar.

—Paciencia, muchacho, no hay mas que aguardar como yo lo hago. El capitan se halla en conversacion con su esposa, y sabido es, que los asuntos no se arreglan tan fácilmente con señoras como entre hombres. No hay duda, harto lo conozco, la conferencia vá haciéndose algo larga. Si á lo menos pudiese uno conocer sus intenciones.....

—No es cosa lo que pedis: el capitan Kelly dice únicamente lo que quiere decir; pero, á pesar de esto, yo adivino siempre sus pensamientos. Cuando manifiesta que se dirige hácia el este, para mí no tiene duda que se encamina al oeste; y si, segun sus palabras, sale para el Arkansas, el Arkansas seria el último lugar del mundo donde iria Bolivar á buscarle.

Blackfoot lanzó al negro una mirada escudriñadora, y metiendo sus manos en la faltriquera, empezó á pasearse por delante de la habitacion.

—¿Habeis alguna vez acompañado al capitan en sus viajes á Helena? preguntó Blackfoot despues de un corto silencio.

Miró fijamente Bolivar á su compañero, haciéndole con la cabeza una señal afirmativa.

—Sabeis, pues, prosiguió Blackfoot, acercándose al negro, sabeis si.....

—Silencio! dijo en voz baja Bolivar dirigiendo con sobresalto sus miradas hácia la puerta; antes permitiria que me diesen garrote á presencia del juez y de massa Blackfoot que me acusase, que

soltar una sola palabra sobre los negocios de mi capitan. Tengo hecho juramento de guardar el mas profundo silencio, siempre y en todas partes, pues no he olvidado aun la manera con que fué tratado aquel español á quien mandó el capitan cortar la nariz, las orejas y los brazos, dejando despues el cadáver desnudo en medio del bosque. Oh! los blancos son mucho mas crueles que los negros.

Oyóse en aquel instante un agudo silbido en la cima del árbol bajo el cual se hallaban conversando, muy parecido al grito con que el ave de rapiña expresa, al remontar su vuelo, el mal éxito de sus tentativas.

—Otra! exclamó el africano: como si no tuviésemos ya bastante que hacer. Habrán llegado seguramente los caballos del Arkansas, y hé aquí un buen rato de diversion para esta noche; precisamente hoy que tanto deseaba descansar.

—Cómo ha de ser: mucho tiempo ha que estaba aguardando el capitan estos caballos.

—Y pasarán el rio todos á la vez?

—De ningun modo; los Reguladores están en acecho, y seguirian nuestros pasos. Los dos que pasarán primero serán conducidos por nuestro camarada Bowes al través de los bosques. Como conoce tan bien el terreno, podrá llegar fácilmente á Melville, donde nadie desconfia de él; los otros irán por el rio á Wicksburgo.

—Y qué pensará hacer de la mujer que ha llegado aquí últimamente?

—No sé; está muy adelantada la noche, y no es regular que nos necesite hasta la madrugada. Vamos pues á los arrecifes, y luego que hayan desembarcado los caballos y estén debidamente arreglados, podremos dormir algunas horas, porque preveo que mañana vamos á tener un dia muy ocupado.

—Ah! ah! ah! exclamó Bolivar riendo y haciendo los mas ridículos gestos; ved lo que está haciendo este bárbaro que dirige la barca; atraviesa el rio directamente, sin conocer que despues tendrá que romperse los brazos para dar la vuelta al banco de arena.

—No será esta su intencion, pues parece yá orzando hácia la punta de la isla.

—Sí, pero de todos modos no le faltará trabajo!... Ah! están nuestros camaradas! muy fatigados vendrán cuando anda el buque con tanta lentitud.

Corrió Blackfoot á la « casa de los célibes » para despertar á los que se hallaban allí durmiendo, cubiertos unos con sus mantas, y acostados los otros sobre pieles de bisonte. Levantáronse de muy mal humor, pues apenas acababan de conciliar el sueño; con todo, apresuráronse á auxiliar el desembarque de los caballos, terminando esta operacion con mayor prontitud de la que era de esperar, atendido lo escabroso del terreno y la oscuridad de la noche. En menos de una hora quedaron puestas y quitadas las tablas para el paso de los caballos; y conducidos estos á las caballerizas, por un jóven mulato, que proveyó abundantemente los pesebres de excelente heno, mientras Bolivar les preparaba un lecho de hojas y helechos. Los pobres animales se hallaban sin embargo mas fatigados que hambrientos; por lo que echáronse al entrar en la cuadra, dando así á conocer el largo viaje á que se les habia obligado sin procurarles el mas corto descanso.

—Jones, dijo Blackfoot, contemplando los caballos rendidos por la fatiga: seguramente habeis bañado estas pobres bestias; pues la humedad que las cubre no indica otra cosa.

—Sí, pero ha sido un baño seco: aun á riesgo de reventar mil veces, tenian que sacarme ileso; lo mas importante era evitar que me echasen el guante, contestó Jones; yo os prometo que son los últimos que vaya á buscar al Arkansas: al que me vea otra vez por allí, ya le dispenso que me coja por las orejas.

—Segun he oido contar, parece que hará como uno quince dias os sacudieron el polvo de una manera bastante... brutal.

—Es verdad: pero quien tal hizo descansa en el fondo del rio, con el cerebro fuera del cráneo; y hé aquí sus caballos en nuestras cuadras.

—Sus caballos?... Diablo! sois mas atrevido de lo que pensaba. Pero entonces, quién os perseguia?

—Quién? todos los habitantes del condado que se han levantado en masa. Casi me creia perdido, y solo pude escapar por milagro. Iban ya á cortarme el paso mis perseguidores; pero felizmente pude echarme en el barranco, y como conozco muy bien todas las revueltas, he podido tomarles la delantera. Oh! si el barco no hubiese sido puntual á la cita, no tenia otro medio de salvacion que abandonar los caballos. Ya me guardaré bien de exponerme de nuevo á caer en manos de estos furiosos.

—Lástima que Rowson haya sido preso! era un pobre diablo! mas cuándo se trataba de alguna empresa en que debiese emplearse la astucia, no tenia igual. Por esto confio aun que...

—El diablo confunda á vuestro Rowson! á no ser por el capitan, nos habia bien comprometido á todos. Yo le habia creido siempre un verdadero hombre, pero el bribon cantó como una mujerzuela. Si tal desgracia me sucediese algun dia, antes me arrancaria la lengua que descubrir.....

—Kelly se habia cambiado el nombre, no es verdad?

—Sí; se llamaba Wharton. Os acordais con cuánta habilidad se condujo aquel dia? Interpretó las cosas de tal suerte que el malvado no tuvo palabra que contestar. Pero quién es el que se acerca?

Aproximóse en efecto á los dos interlocutores un hombre envuelto en una gran capa.

Era el capitan.

Sin dignarse dirigir la palabra á Jones, ni mirarle siquiera, tomó por el brazo á Blackfoot, separándole algunos pasos, y despues de haberse asegurado de que nadie podia oirles, le dijo en voz baja:

—Georgina insiste en valerse del mulato para espiar mis pasos. La primera vez que le envie, Bolivar será quien se encarge de conducirle á la otra orilla; pero es preciso que no llegue á ella. Comprendeis?

—Hablais del mulato, no es verdad?

—Sí, dijo el capitan; las instrucciones de Sanders van dentro de este pliego, vos sabeis lo demás.

—Cuándo ha de llegar Bill?

—No puede tardar ya: segun sus cálculos, ayer debian los pasajeros llegar á Helena. Estad por consiguiente alerta, esperando la señal convenida.

—Bueno; pasará por frente de la isla, disparará un tiro, y luego embestirá por la parte de los arrecifes; no es esto?

—Exactamente. Ha sido cuidado mi caballo desde ayer noche?

—Sí, capitan, ha descansado dos dias, y me parece estará en disposicion de emprender un nuevo viaje. Qué haremos de la jóven loca?

—Encargadla al negro; sobre este punto yo mismo le comuni-

caré mis órdenes antes de partir. Buenas noches, Blackfoot, id á dormir, y no perdais de vista á este muchacho.

—Quién? Jones?

—Sí, hasta nueva órden no le dejeis salir de la isla.

—Pues yo le creo fiel y adicto.

—Tanto mejor para él, murmuró el capitan volviendo á entrar en su habitacion sin añadir otra palabra.

VIII.

Conversacion secreta entre dos viajeros.

Mas de hora y media hacia que el sol iluminaba el universo, cuando dos caballeros, perfectamente montados, atravesaban la llanura, medio sumergida, que se extiende á orillas del Missisipí, en una extension de muchas millas, frente la isla misteriosa.

En este gran pantano impiden constantemente las aguas estancadas descubrir camino ni vereda, ni se nota en él señal alguna de las que, aun en los mas apartados sitios, deja siempre la mano del hombre. Entre los árboles silvestres que crecen á una y otra parte de la laguna, cuyo espeso ramaje presenta una impenetrable muralla á los rayos del sol, cubre enteramente el suelo la maleza, dificultando mas y mas el paso. Ni aun la verdura del césped viene á distraer en parte alguna la cansada vista del viajero, percibiéndose únicamente el monótono zumbido de innumerables mosquitos que revolotean sin cesar al rededor de los charcos.

Seguramente conocerian nuestros viajeros todos los senderos de este desierto; puesto que iban internándose con la mayor confianza sin tomarse gran trabajo para elegir el mejor camino.

El de mas edad, que era tambien mas robusto, tenia una figura muy en armonía con la salvaje naturaleza en medio de la cual se encontraba, al paso que ofrecia el mas jóven un particular contraste con su compañero. Quien, ignorando su verdadera profesion, se hubiese encontrado en aquel sitio, habríase indudablemente sorprendido al ver un hermoso y elegante dandy montado en un caballo de excelente estampa y de la mejor raza del mundo, donde no

suele hallarse otro ser viviente que algun cazador de osos, atraido por su tentadora aficion. Una levita azul celeste, arreglada á la última moda francesa, un chaleco blanco de seda y un pantalon de cutí, hacian resaltar la graciosa figura del caballero, en cuyas piernas se veian, segun la costumbre de los habitantes del Oeste, una especie de botines de paño encarnado, destinados á resguardar los pantalones del barro del lago. Un sombrero negro finísimo, de forma la mas moderna, cubria la cabeza del viajero. Sin el pequeño bigote que sombreaba su labio superior, con sus ojos azules y su rubia y hermosa cabellera, se le habria sin dificultad tomado por una señorita disfrazada. Jamás empero han sido tan engañosas las apariencias; jamás, dentro un cuerpo humano, se ha albergado un alma tan perversa; porque, con el auxilio de su seductora exterioridad, granjeábase este miserable la confianza y aprecio de sencillas y honradas familias, fascinando á las incautas jóvenes á quienes se unia con sagrados vínculos, convirtiéndolas en principal instrumento de sus pérfidos designios.

El jóven de quien hablamos se habia introducido en la isla misteriosa bajo el nombre de Eduardo Sanders, y bien pronto su cinismo y refinada hipocresía dieron á conocer á los piratas todo el valor de semejante adquisicion. Nada se sabia de su pasado; pues como sobre este particular habia guardado siempre el mayor silencio, y ninguno de los demás bandidos podia tampoco enorgullecerse del suyo, nadie le habia hecho á este propósito pregunta de ningun género. Sanders se decia hijo de un labrador de Georgia, y la curiosidad de sus camaradas habia tenido que contentarse con esta sola noticia.

Por otra parte, el jóven bandido iba raras veces á la isla; y cuando permanecia en ella, conducíase con extremada reserva, no familiarizándose con otras personas que con el capitan y su esposa. Fundábase este retraimiento en la superioridad de su educacion, comparativamente con la de sus asociados. El único con quien de vez en cuando conversaba, era su actual compañero Blackfoot, quien sostenia que robar era una ocupacion como otra cualquiera, y que este «trabajo» habia llegado á ser para él una pasion igual á la que tienen, por ejemplo, los indianos á la caza del bisonte.

Blackfoot, muy adicto á su jefe, mostrábase tambien franco y abierto con sus compañeros, sintiéndose inclinado particularmente

á Sanders. Este, que habia muy bien sondeado el carácter de su amigo, fingia por él una grande admiracion, al mismo tiempo que se guardaba de confiarle cosa alguna de importancia.

Vestia Blackfoot al estilo de los hacendados del pais, sin olvidar la carabina y el machete. Haciase pasar por un rico propietario de uno de los cortijos situados á las márgenes del Mississipí, que iba en busca de una especulacion ventajosa en que emplear sus capitales. Dirigíanse los dos jinetes á Helena, en cuya ciudad tenia que desempeñar Sanders una importante y secreta comision.

—Vaya un camino mas detestable! Vaya una travesía infernal! exclamó por fin el último, rompiendo el silencio que, lo mismo que su compañero, habia guardado hasta entonces, ocupados ambos en vencer las dificultades que presentaba el terreno: tengo ya los huesos molidos, y lo peor es que el lodo salpica lindamente todos mis vestidos, llegándome hasta el rostro. Diantre! no hay duda que me hallo perfectamente ataviado para entrar en Helena! esto, suponiendo que no nos hayamos extraviado atravesando el lago y este maldito bosque. No os parece que debiamos haber doblado á la izquierda para encontrar el camino?

—No; hasta ahora seguimos por donde nos habiamos propuesto, pues el camino de Helena está ahi enfrente, á cosa de una milla de distancia. Es que no tomais en cuenta que hemos andado al paso y dando considerables rodeos, á fin de evitar los baches y charcos, que nos habrian impedido seguir adelante. Vamos pues, animáos, hemos salvado ya las mas sérias dificultades, y ahora ya no hay inconveniente en que marchemos el uno al lado del otro conversando amigablemente.

No satisfizo del todo á Sanders esta explicacion, pues se le oyó murmurar algunas palabras en tono de disgusto; pero poniéndose luego sobre sí, aparentó hallarse satisfecho haciendo marchar alegremente su caballo al lado del de su compañero, que seguia mirándole con aire burlon.

—Magnífico! exclamó este riendo estrepitosamente; vaya una linda figura! os hallais interesante por vida mia, cubierto de barro de piés á cabeza! Aunque, en verdad, lo teneis bien merecido, por vuestra terquedad en no cubriros con una manta como yo os aconsejaba.

—Gracias por tan buen consejo: ignorais sin duda que ni en

toda una semana podria quitarme el vellon que se habria pegado á mis vestidos; al paso que el lodo, dejándolo secar, fácilmente desaparece. Pero hablemos de otra cosa: con qué objeto pues se ha decidido la compra del steamer?

—Ya os he dicho que es una de las mas felices ideas que puedan jamás ocurrir á nuestro capitan Kelly. No van á llevar poco chasco nuestros vecinos, cuando al abrir los ojos, despues de tanto dormir, nos vean partir con todas nuestras riquezas en alas del vapor! Ah! la tranquilidad vale mas que el oro.

—Cierto; con un steamer nos hallamos en aptitud de dar mayor extension á nuestras operaciones, y de intentar alguna empresa digna de verdaderos piratas antes de dirigirnos á Méjico. Este plan tendria sobre todo un éxito felicísimo durante el verano, cuando las calmas reinan continuamente en el golfo. Apresariamos fácilmente cuantos schooners y buques de vela se presentasen á nuestra vista; y quién sabe si hasta podriamos atrevernos algun dia á probar fortuna contra algun steamer, procurándonos un rico botin? Pero antes de calcular lo qué haremos con el vapor, me parece necesario comprarlo.

—Pasado mañana se discutirá este punto en asamblea general. La semana próxima quedará ajustado; y dos dias despues lo vereis armado, equipado y conducido donde nosotros querremos.

—Por supuesto, será mandado y tripulado por los nuestros?

—Es claro; aunque convendrá señalar antes el empleo de cada uno, pues de no hacerlo, habria á cada momento disputas y cuchilladas. Todos querrian ser capitanes, y no se encontraria quien se prestase de buen grado á ser fogonista ó cocinero.

—Segun mis cuentas Kelly ha de tener en su poder una crecida suma en dinero contante; añadió Sanders pareciendo reflexionar, pues de poco tiempo acá hemos cogido muy buenas presas. Decidme, Blackfoot, cuánto tenemos en caja?

—Lo ignoro. El sábado próximo se presentarán seguramente las cuentas á la reunion. Lo que me consta únicamente es que Kelly ha remitido crecidas cantidades á Méjico, donde han sido empleadas en la compra de tierras.

—Y la sociedad le habia autorizado para hacerlo? preguntó Sanders volviéndose rápidamente hácia su compañero.

—No lo creo. Mas, por qué necesitaba semejante autorizacion?

Cuando él lo ha hecho, bien convencido estará de que así nos conviene á todos. Por lo que á mí toca, no tengo reparo en confesaros que, atendidos los rumores que circulan, y sobre todo la desgraciada aventura de Fourche-la-Fave, el Mississipí tiene á mis ojos muy poco atractivo. Tarde ó temprano seriamos todos víctimas de alguna traicion, y no me faltan motivos para creer que el capitan es de mi mismo dictámen. Por lo cual, la adquisicion de tierras en Méjico, como y tambien la compra de un vapor, son en mi concepto medidas muy acertadas.

—Efectivamente, con tal de que estas adquisiciones las haga el capitan con sus propios fondos. Si así no fuese, no podria dejar de desaprobar semejantes proyectos, que en último resultado absorberian todo nuestro capital, dejàndonos enteramente á merced de la Sociedad y de su jefe, quien nos tiraniza ya algo mas de lo justo. Figuraos si yo, que no tengo parientes ni amigos, podré prescindir de un steamer para trasportar todo mi caudal. Por lo tanto, os lo digo con formalidad, por mi parte no quiero contribuir, ni con un sueldo siquiera, á tales gastos: los demás hareis cada cual lo que mejor os parezca.

—Cuáles son pues vuestros proyectos? No me habeis dicho aun cuál es el asunto que os trae á Helena.

—Decid mejor cuáles son las órdenes que voy á ejecutar. Habria deseado descansar algunos dias en la isla; y á fe que bien lo necesitaba, despues de tan largas fatigas, pues no es cosa muy descansada dirigir un barco desde el Wabash, navegando por el Ohio y el Mississipí hasta la isla; sin contar aun el baño que me fué indispensable tomar al estrellarse el buque.... Pues á pesar de todo, ni un solo dia se me permite descansar, mandándome otra vez por estos malditos caminos que tengo poquísimas ganas de volver á pasar.

—Pero ¿ qué vais á hacer en Helena?

—Voy á enamorar una hermosa jóven.

—¿Será posible? Por una aventura amorosa Kelly os manda á dicha ciudad?

—Así es en efecto, pues parece hay en perspectiva una buena herencia.

—Una herencia? Y de quién?

—Oh! muy curioso es el hombre. En vano me he devanado los

sesos para adivinarlo: pues ni siquiera he conseguido descubrir dónde diablos se dirigió el capitan los últimos dias que estuvo ausente.

—Pues sino es mas que esto, fácilmente puedo yo satisfacer vuestra curiosidad: estuvo en la Georgia. Creeis pues que esta visita tiene alguna relacion con la herencia?

—Quien sabe? Simpson, no vive en la Georgia y se halla con él en continua correspondencia?

—Si, pero nada de esto me ha contado el capitan, repuso Blackfoot visiblemente sorprendido. Conoceis la jóven en cuya casa debeis presentaros?

—La he visto alguna vez en la Indianía, contestó Sanders bastante pensativo.

—Oh! entonces es un antiguo conocimiento, y teneis ya andada la mitad del camino. Sabeis cómo se llama?

—Traigo una carta de recomendacion para uno de sus parientes, en cuya casa vive; para un tal M. Dayton.

—M. Dayton es su pariente! exclamó Blackfoot con extrañeza, tirando la brida de su caballo con tanta violencia, que este se detuvo de repente encabritándose.

—Si, á él va dirigida la carta; en cuanto á la jóven, me conoce ya lo bastante para que vaya á encontrar por este lado sérias dificultades.

—Con franqueza, Sanders: no atinais cuáles puedan ser las intenciones de Kelly?

—No á fe mia; si bien que tampoco tengo interés en saberlas. Mis órdenes se reducen á que lleve en mi compañía á esta jóven, el sábado, ó cuanto antes mejor, al sitio que se me ha designado: procuraré cumplir este encargo, y asunto concluido; lo demás es cuenta del capitan. Por esta operacion, llevada á buen término, me ha prometido mil dollars de su bolsillo particular. Con que ya veis que bien vale la pena de que me esmere en complacerle. Y vos, Blackfoot, qué vais á hacer en Helena? Llevais alguna mision secreta? Aun cuando, á juzgar por lo muy remilgado que os presentais, tendreis sin duda tambien el encargo de...

—Qué disparate! A quién le ocurriria semejante locura? Pero, sí, realmente es como decis, añadió riendo el bandido; mi viaje tiene igualmente por objeto hacer una visita á una señora.

—Toma ! Demasiado lo he conocido! exclamó Sanders soltando una estrepitosa carcajada: Blackfoot visita tambien á las señoras; Blackfoot es un apasionado galan !

—No sé lo que veis en todo esto digno de risa ; y de seguro, cambiareis de tono cuando sepais quién es la beldad á quien me propongo hacer la corte; es nada menos que Luisa Bradford.

—Es posible ! exclamó Sanders petrificado ; todavía vive esta harpía? Guárdeme Dios, ó el diablo, de que me vea; pues no habria medio de quitármela de encima. En otro tiempo ayudóme, con su inteligente cooperacion, en Wicksburgo, á dar un soberbio golpe; y como, al parecer, no quedó satisfecha con la parte que le fué señalada, me ha guardado desde entonces rencor, y temo que si buenamente no podia conseguir lo que ella llama justa restitucion, seria capaz de cualquier tontería En aquella época era otro mi nombre; pero como mi fisonomía no ha cambiado, me reconoceria fácilmente y....

—Nada temais; estad firmemente persuadido de que se guardará muy bien de proferir una sola palabra capaz de comprometeros, pues nadie tiene mas necesidad que ella de que lo pasado quede sepultado en el olvido. No obstante, en el caso de que os dirigiese alguna amenaza, que es á todo lo que podria atreverse, preguntadle sencillamente si conserva aun alguno de aquellos clavos que M. Dawling le proporcionó algunos años atrás. Entendeis ? Sobre todo, no olvideis: Dawling, Dawling.

Por precaucion escribió Sanders este nombre en su cartera.

—Dawling, dijo, despues de meditar un buen rato ; Dawling, pues yo he oido pronunciar otras veces este nombre. Pero, qué relacion hay entre él y los clavos?

—Esto yá no os atañe: yo os doy el remedio, servíos de él, si es necesario, y dejaos de ulteriores averiguaciones. Mas, hénos aquí llegados á la carretera: apretemos los caballos ; sino, vamos á llegar muy tarde á Helena.

Y hablando asi, sea por no ponerse en contradiccion con sus palabras, sea para evitar nuevas preguntas de su compañero, puso Blackfoot su caballo al trote.

Siguióle Sanders, quien, á pesar de los saltos que le obligaba á dar su caballo, se entretenia en limpiarse con un cepillito las manchas de que se hallaban llenos sus vestidos, y sacando luego

un peine del bolsillo, arreglóse, lo mejor que pudo, su desordenada cabellera.

IX.

El doble lazo.

Mistress Dayton se hallaba resuelta á cumplir la promesa que habia hecho á su protegido; por lo que, al dia siguiente del en que tuvo lugar en su casa la reunion de que hemos hablado en uno de los antecedentes capítulos, empezó, desde la mañana, á hacer los preparativos necesarios, para ir á pasar algunos dias en el campo. M. Dayton habia vuelto á su casa á una hora bastante adelantada de la mañana; y como se sentia algo fatigado, resolvióse que, hasta despues de haber comido, no se pondrian en marcha para llegar antes de la noche á la granja de los Lively. Añadiremos de paso que estos honrados campesinos se contaban en el número de los antiguos amigos de la señora del Squire; pues, como ella, eran originarios de la Indianía.

M. Dayton, su esposa y la graciosa Adela acababan de levantarse de la mesa, cuando se oyeron en la entrada los pasos de un caballo. Apresuróse la jóven á mirar por la ventana.

— Ah! es M. Hawes! exclamó sorprendida.

— Quién es M. Hawes? preguntó el Squire Dayton riendo; no creo haber oido jamás semejante nombre, pero como, segun veo, vos le conoceis bastante, por vos sin duda vendrá á nuestra casa.

— Seguramente, contestó Adela sin manifestar el menor embarazo; su esposa era una de mis mejores amigas. Vos la habreis conocido tambien, es María Morris, la hija del anciano Morris. Pero qué es lo que habrá obligado á M. Hawes á venir al Arkansas? yo le creia retirado en sus posesiones de la Luisiana.

—Parece, sin embargo, que os habeis equivocado, pues vedle aquí. Nadie mejor que él mismo podrá resolver el problema, dijo el Squire oyendo el ruido de sus pasos en la escalera. En efecto, presentóse, al cabo de algunos instantes, el jóven que hemos dado á conocer ya al lector, aunque con distinto nombre, en el precedente capitulo.

—Buenas tardes, miss Adela, dijo adelantándose hácia ella y alargándola la mano; mucho celebro encontraros con tan buena salud. Tengo sin duda el honor de saludar á mister y mistress Dayton?

Los consortes se inclinaron, contestando M. Dayton muy cortesmente:

—Nuestra hermosa amiga os ha ya anunciado, M. Hawes; y sino me engaño, os conoceis desde mucho tiempo.

—Pues entonces, la carta que para vos traia es innecesaria; me la habia dado M. Porrell, que en la actualidad es abogado del gobierno de Sinkvilla; este digno magistrado ha tenido en ella la condescendencia de recomendaros mi insignificante persona.

—Una carta de M. Porrell! Cuánto lo celebro! Hace muchísimos años que no nos hemos visto.

—Esto no obstante, habla siempre de vos con estimacion y respeto; ha sido últimamente nombrado para el importante destino que desempeña, el cual no deja de ser tan lucrativo como honroso.

—Cómo sigue mistress Hawes? dónde se halla actualmente María? preguntó con impaciencia Adela al recien llegado. Nada me decís de ella, ni de sus padres; yo os creia á todos instalados ya en vuestra nueva posesion de la Luisiana.

—Si así fuese, no me encontraria yo aquí en este momento. No, no compramos aquella posesion, porque en Memphis, donde por casualidad nos detuvimos á nuestro regreso hácia el Sur, adquirimos noticias tan poco satisfactorias, que nos obligaron á dejarnos perder lo que, en concepto de arras, teniamos adelantado, antes que emplear considerables capitales en una mala adquisicion. Supímos al mismo tiempo que en el término de Sinkvilla, en el Estado del Mississipí, se hallaba en venta una gran propiedad; fuimos á verla, y pareciéndonos muy ventajosas las condiciones, procuramos terminar el negocio aquella misma semana.

—De manera que María vive ahora en Sinkvilla? preguntó alegremente Adela: Oh! cuanto me alegro! desde Helena á Sinkvilla habrá á lo mas seis millas; y por consiguiente será fácil vernos muy á menudo.

—Precisamente para inaugurar estas frecuentes visitas es por lo que he venido hoy á veros; pero es preciso que os resigneis á permanecer una larga temporada en nuestra compañía, pues María

no querrá otorgaros muy pronto la libertad. Son tantos los deseos que tiene de veros, que me ha encargado me esforzase todo lo posible para decidiros á venir conmigo. Como ignoraba si viviais en la misma ciudad, ó en las cercanías, he dejado mi cabriolé al otro lado del rio, y me he venido á caballo.

—Pero si os vais no podeis hacer la visita prometida á Lively, observó M. Dayton. Será por lo tanto indispensable aplazarla.

Adela sonrojándose, dirigió á mistress Dayton una mirada interrogadora.

—Oh! de ningun modo, contestó la señora del Squire; esto es imposible; ayer noche prometimos al jóven Lively ir hoy á visitarles, y no dudo que su madre nos estará aguardando, y que se daria por resentida si no cumpliésemos nuestra promesa. Quizás M. Hawes no tendrá inconveniente en acompañarnos, y de este modo podria mañana marchar Adela con él. Así todo se concilia, y M. Hawes no habrá hecho un viaje inútil.

—Toda vez que no hay otro medio, acepto vuestra proposicion, contestó el supuesto marido de María. Por uno ó dos dias, podrá mi padre vigilar á los trabajadores, porque, á pesar de su edad, se mantiene bastante robusto, y no creo que pueda esto perjudicar su salud. A nuestro regreso le diré que, como habia oido hacer en Sinkvilla tantos elogios del Squire Dayton, he querido aprovechar la ocasion de conocer á este caballero.

—Gracias, M. Hawes, contestó Dayton. Hoy no me es posible salir de Helena; pero confio tener el gusto de volveros á ver cuanto antes, y por algun tiempo. Ahí están los caballos; desde este instante pues, entrais, M. Hawes, en posesion de vuestras funciones de caballero y protector de estas señoras, y no dudo sabreis desempeñarlas mejor que mi viejo César.

—Vuestra confianza me honra mucho para que deje de esforzarme en probaros que la he merecido. Una sola dificultad se me presenta, y es que no conozco el camino.

—Oh! yo os lo enseñaré, contestó Adela con vivacidad.

—Por vida mia, que no tengo la menor dificultad en seguir tan hermoso guia, aunque sea hasta la muerte.

—Oh! oh! M. Hawes, dijo sonriendo el Squire, hé aquí una galantería algo atrevida en boca de un marido jóven: si vuestra esposa...

—María y yo sabemos lo que esto vale, contestó Adela con calma. M. Hawes es aficionado á hacer versos, y los poetas se hallan acostumbrados á la exageracion. Pero los caballos aguardan... Vamos pues, mi elegante caballero, voy á serviros de guia.

Y diciendo estas palabras, mientras Sanders se despedia del Squire, la jóven condujo á mistress Dayton hácia la puerta, y con la mayor ligereza saltó sobre la silla, sin dar á Sanders tiempo para ayudarla. El único servicio que pudo prestarla, fué colocar su pequeño pié en el estribo de terciopelo encarnado. Pusiéronse luego en marcha los tres viajeros, dirigiéndose, al galope, á la granja del anciano Lively.

Casi á la misma hora en que las dos señoras y su compañero desaparecian entre los árboles del bosque, un gran barco chato iba bajando por el rio. Además de los cinco marineros que bogaban con todas sus fuerzas, hallábanse á bordo dos de nuestros antiguos conocidos, Edgeworth y su digno amigo Tom Barnwell. A su lado veíase echado el perro observando de una manera muy particular las maniobras de los marineros, que procuraban ganar el desembarcadero. Con su natural penetracion, habia comprendido el pobre animal que despues de tan larga reclusion iba en fin á recobrar su libertad.

Uno solo de los que venian á bordo parecia descontento, y este era el piloto, de quien hemos tambien antes hablado. Con mil frívolos pretextos pretendia evitar el desembarque; mas obligado á obedecer las órdenes de Edgeworth, manifestaba su disgusto guardando el mas profundo silencio. Pronto sin embargo estalló su cólera, gritando con ronca voz:

—Es la mayor locura que puede imaginarse el detenernos aquí. Tendremos que trabajar como burros de reata cuando queramos volvernos, y el cargamento no se venderá á tan buen precio como en Wicksburgo ó en Montgomery's-Point.

—Quisiera saber, dijo Edgeworth, por qué teneis tanto empeño en ir á Montgomery's-Point. No parece sino que es una de las mejores plazas de comercio, ó un seguro puerto para los barcos chatos!

—Dónde se halla situado ese nuevo paraíso? preguntó Tom; yo he navegado muchísimas veces por el Mississipí, y jamás he oido hablar de vuestro Montgomery's-Point.

—Oh! Otros muchos puntos habrá de que no tendreis tampoco noticia, refunfuñó el piloto. Basta un año para cambiar el aspecto de las cosas; y sino ved lo que ha pasado en Helena sin ir mas léjos. Durante mis primeros viajes por el rio, Helena era tan solo un lugarcito de muy pocas casas, y en el dia es una ciudad. Cuatro años atrás, Montgomery era una cabaña construida á la orilla del rio, y en la actualidad la poblacion de que os hablo ha llegado á ser la llave del Oeste. Todos los steamers que bajan hasta el Arkansas siguen este camino que es mucho mas corto, y no hay cuidado de que pase ninguno por Montgomery's-Point sin detenerse en sus aguas. Un comerciante, recien establecido en dicha ciudad, compró hace poco por sí solo todo el cargamento de harina de un schoonner; y esto que no era dicho comerciante de los mas ricos de aquel punto.

—Bueno, contestó el anciano Edgeworth; ya que tan inclinado os veo á que me dirija al indicado sitio, no tengo reparo en que vayamos á él; pero antes quiero enterarme del estado de la plaza de Helena. Tengo mucha confianza en las personas de esta ciudad, y no veo motivo para privarme de vender en ella, si es posible, mi cargamento. Por lo tanto, bogad fuerte, muchachos, en pocos minutos habremos desembarcado, y tendreis toda la noche para divertiros.

Estimulados por esta promesa, bogaban los marineros con mayor fuerza, mientras Tom, de pié en la proa, teniendo en la mano una cuerda rollada, luego que el buque se encontró entre los demás barcos chatos que se hallaban amarrados, saltó al mas inmediato, desde él á tierra y ató el cable á una de las argollas de hierro. Asegurada así la embarcacion, dejando los marineros los remos y nombrados los dos que debian quedar á bordo para custodiar el cargamento, alejóse el anciano campesino de la playa en compañía de Tom, y seguido de su inseparable perro, dirigiéndose á la ciudad para informarse de los precios corrientes y ver si podria procurar la venta de sus frutos.

El piloto Bill, en vez de seguir á sus compañeros, quedóse en la playa hasta que los hubo perdido á todos de vista; encaminóse entonces, con paso acelerado, hácia la calle de Walnut, parándose frente de una casita aislada á cuya puerta llamó dando dos golpecitos.

Al instante mismo salió mistress Bradfort en unas de las ventanas del primer piso. Apenas hubo inclinado la vista á la calle y descubierto al extranjero, cuando la honrada matrona retiróse de la ventana dejando escapar una exclamacion de sorpresa, y quizás de alegría. Lo cierto es que corrió á abrir la puerta con una ligereza casi impropia de su edad, apresurándose á introducir en su casa al que iba tan inesperadamente á visitarla.

—Buenas tardes, Bill, ya me tenia inquieta vuestra tardanza, le dijo con la mayor franqueza, por lo que era fácil conocer que su intimidad databa de larga fecha. Tres dias hace que os estoy aguardando con ansiedad. Razon tenia mi querido difunto al decirme: Luisa...

—Bah! bah! dejémonos de estos discursos, dijo Bill en tono brusco y sin manifestar la menor cortedad para hablar en tales términos á una señora. Qué noticias teneis de la isla? Hay en este momento alguno de los nuestros en Helena?

—Vamos, tan salvaje como siempre, contestó la viuda con impaciencia; habíame figurado que modificariais vuestro carácter, aprendiendo el modo de conduciros en la buena sociedad durante vuestro viaje al Norte. Creia que, á vuestro regreso, sabriais á lo menos saludar á una persona, al entrar en su casa; porque habeis de saber que yo tengo sobrada experiencia y suficiente dignidad para hacer que se me respete y se me trate como tengo derecho á exigir, atendido mi sexo y demás circunstancias. Oh! si fuese posible que esto lo pronunciase mi querido difunto, razon tendria para repetir: Luisa... vos sois...

—Una buena y honrada mujer, añadió Bill, alargándola la mano, pues conocia demasiado á mistress Bradfort para querer por tan poca cosa descontentarla. Debia suponer, prosiguió, que despues de tan largo tiempo no extrañariais la natural aspereza de mi carácter. No he recido una educacion esmerada, es verdad; pero no ignorais que soy incapaz de ofender adrede á una señora tan amable y cumplida como vos. Vamos, mi querida mistress Bradfort, conversemos un poco si quereis. Qué tal van los negocios? cómo sigue el capitan? qué tal se hallan nuestros camaradas? Si por casualidad necesito auxilio, encontraré algunos de los nuestros en Helena?

—Tantos como podais necesitar, Bill; contestó una voz en lo

alto de la escalera. Qué hay pues de nuevo amigo mio? Hay algun buen golpe que dar? No podriais presentaros en mejor ocasion, sobre todo si se trata de alguna cosa importante.

—Diablo! es Blackfoot! exclamó el piloto de la *Tortuga*, subiendo precipitadamente la escalera. Qué feliz encuentro! vais á ayudarme para hacer salir de Helena á un bellaco que se ha puesto á la cabeza vender aquí sus géneros, á pesar de mi oposicion. El cargamento no es de mucha consideracion; pero en cambio ese tacaño viejo lleva á lo menos diez mil dollars en efectivo. Si por desgracia llega á realizar aqui la venta, se embarcará en seguida en el primer steamer que pase, y nos deja completamente burlados.

—Urge pues impedirlo á toda costa. Vamos á ver; tracemos nuestro plan.

—Bueno; pero podemos fiar bastante en la discrecion de la amable dueña?

—Ah! siempre las mismas groserías! contestó mistress Bradfort á quien irritaron en gran manera tales palabras. Blackfoot se halla aquí en su casa. Decidle pues cuanto querais, que yo tengo que hacer en la cocina; y por lo tanto, adios.

—Decidme ante todo si la isla prospera, preguntó Bill á su compañero, luego que se hubo retirado la vieja, vaciando al mismo tiempo en su vaso y en el de Blackfoot una botella de ron que habia sobre la mesa. Marcha todo bien por allá?

—A las mil maravillas; y debeis alegraros de haber llegado hoy, pues mañana por la noche tiene lugar la asamblea general en que habrán de tratarse asuntos de la mayor importancia. Kelly teme que un dia ú otro seríamos victimas de alguna traicion, y por lo mismo trata, para conjurar este peligro, de procurarse un buque de vapor. Otros asuntos muy graves someterá mañana á la aprobacion de la sociedad. Pero volvamos á vuestro hombre, á este á quien tratamos de impedir la venta de su cargamento: cuánto tiempo piensa estar aquí? Una hora? porque esto es muy importante, á fin de que llegueis á los arrecifes á una hora oportuna.

—Oh! todo esto es cierto, pero mucho me temo no poder decidir á mi viejo testarudo á salir antes de mañana. El confia llevar á cabo aquí muy buenos negocios.

—Decid: y si yo le comprase su cargamento? observó Blackfoot despues de reflexionar un buen rato.

—Vos? y de qué nos serviria? No es que falten compradores; lo que conviene es persuadirle que en Montgomery's-Point son mas altos los precios, pues si podemos hacerle tragar esta píldora, lo demás marcha por sí solo.

—Muy imbécil me suponeis, Bill. Es claro que si yo compro barco y cargamento, ha de ser con la precisa condicion de que se llegue el vendedor para recibir el precio á Montgomery's-Point, ó otro punto cualquiera, que señalaremos como el de mi residencia.

—Soberbia idea! exclamó Bill, descargando sobre la mesa un fuerte puñetazo, que hizo bambolear las botellas y vasos. Veamos: cerrais el trato, fingiéndoos un rico comerciante, y os embarcais con nosotros para dirigirnos juntos á vuestra casa, en busca del dinero. Para haceros menos sospechoso, direis que sois de Victoria, lo cual me servirá de pretexto para dejar la isla 61 á la derecha, y no á la izquierda, como se indica en el *Navegante fluvial*. Procurad hablar con desprecio de Mongomery's-Point y su comercio; de este modo creerá el viejo que yo me engañaba, y caerá mas fácilmente en el garlito. Es un majadero que me ha cobrado una grande aversion sin saber por qué; yo creo que es por instinto. No le acuso por esto, pues sobrado motivo tiene, y procuraré que mayor lo tenga.

—Y por qué tiene ya motivo para odiaros?

—Oh! yo me entiendo. Son cuentas añejas, contestó Bill, desocupando su vaso; cosas hay que ni al mejor amigo pueden confiarse. No tengo noticia de que el silencio haya hasta ahora perjudicado á nadie, al paso que mas de un pobre diablo ha debido su desastroso fin á una indiscrecion. Pero aquí tenemos á mistress Bradfort. Vamos, mi hermosa dueña, estais aun incomodada conmigo? Tenia muy mal humor cuando he llegado; pero ahora Blackfoot me ha alegrado con sus noticias.

Mistress Bradfort que no era mujer para guardar rencor á quien conocia podia serla útil, dejóse tomar la mano por el bandido, contestando con la mayor amabilidad:

—No hablemos mas de lo pasado, Bill; muy poco fino habeis estado conmigo, pero os lo dispenso porque sé que no ha habido malicia. Mas, dónde vais con esa barba tan crecida? esto os faltaba para presentar un aspecto terrible! de seguro que á vuestra vista echa-

rán á huir todas las criaturas. Haceos rasurar, por Dios; pues si á pesar de todos los cuidados y afeites jamás dejareis de ser feo, figuraos qué será con ese abandono y desaliño. Cuán diferente era mi querido difunto! Luisa, me decia, el hombre nunca debe descuidar el aseo..

—Querida mistress Bradfort, dijo interrumpiéndola Blackfoot, no olvideis lo que os tengo pedido, pues hace una hora que estoy aguardando. Hemos de partir muy luego; en primer lugar para no exponerme á las reprensiones de Kelly, y además porque Bill y yo hemos de arreglar antes aquí algunos importantes negocios que no admiten dilacion. Así pues, entregadme si os es posible...

—Mucha prisa llevais, contestó la viuda poniéndose á buscar alguna cosa envuelta sin duda en un gran paquete que sacó de un cofre cuidadosamente cerrado.

Fué separando con precipitacion los diferentes objetos que contenia dicho paquete, exclamando luego con espanto: ay! Dios mio! si me habrán robado!... Ah! no... aquí está, dijo por fin poniendo la mano sobre lo que estaba buscando y exhalando un profundo suspiro. Sacó luego de entre sus andrajos un saquito de cuero, con su correspondiente cerradura; y abriéndolo, empezó á contar billetes de banco y cartuchos de moneda.

—Tomad, bribonzuelo, que así venís á despojar á una pobre viuda de su último maravedí. Tomad, colector de impuestos forzosos, que, en vuestras visitas mensuales, pareceis seguir el curso de la luna; tomad y apoderaos, si quereis, de todas mis miserias!

—Oh! por supuesto que os seria mas grato, dijo Blackfoot riendo, disponer de los géneros que os remitimos, sin tener que darnos nunca cuenta del precio á que los habeis vendido. Mas, si bien lo pensais, no teneis el menor motivo de queja. En primer lugar vos os quedais con la mejor parte; y luego permaneceis en Helena muy descansada y segura, mientras nosotros trabajamos noche y dia exponiéndonos á mil peligros.

—Descansada y segura, decís! exclamó mistress Bradfort con enojo. Ni una cosa ni otra: pues las precauciones con que he de realizar mis ventas me dan muchísimo que hacer, y la responsabilidad de guardar vuestros fondos hasta que venís á recogerlos con las manos limpias, no me dejan un momento de tranquilidad. La

otra noche, por ejemplo, me llevé un susto terrible; mientras me hallaba de visita en una de las casas vecinas, no faltaron mal intencionados que quisieron introducirse en mi casa valiéndose de llaves falsas.

—Qué! estais segura de ello? dijo Blackfoot. En tal caso seria solamente un ladron.

—Solamente un ladron! me gusta la idea, M. Blackfoot! no sé qué querreis significar con esta palabra *solamente*: ¡ á no ser que pretendais que, para robarme, es necesario un ejército entero! Mi querido difunto solia repetir muy á menudo: Luisa, sois demasiado buena, demasiado confiada, y esto os causará mil disgustos. Os vereis engañada, insultada... Ay! cuánta razon tenia! bien que presumo, con algun fundamento, saber quien fué la infame que se atrevió á acercarse á mi puerta; y aun no me admiraria de verla entrar á lo mejor con su aire inocente y su rostro lastimoso diciéndome, sin la menor turbacion: «Buenos dias, mistress Bradfort;» mas, si tanto fuese su descaro, yo os aseguro que...

—Quién sospechais fuese la que intentó abrir vuestra puerta? preguntó Blackfoot.

—Eso es indiferente: yo sé bien dónde me aprieta el zapato. Lo que quiero dar á entender es únicamente que nadie tiene derecho á mezclarse en mis cosas. Yo soy una mujer honrada, que pago al contado todo lo que compro, y que á nadie engaño en la cantidad ni calidad de lo que vende. De dónde sacan sus géneros y mercancías los que me proveen, esto ya no me incumbe. Luisa, me decia mi querido difunto, cuidad de vuestros asuntos sin mezclaros jamás en los ajenos. Una mujer debe vivir muy recatada, esto es lo que hace mas interesante el bello sexo á la vista de los hombres, y á no ser por un solo defecto, del cual espero no obstante os ireis corrigiendo (tenia razon el pobre, si bien poco he cuidado de corregirme de él, porque al fin y al cabo no es ningun crímen) yo os presentaria como modelo de todas las mujeres. No os parece que, cuando así habla á solas un marido á su mujer, debe creerse que no es lisonja, sino la fiel expresion de su íntimo convencimiento?

Mientras así se despachaba á su placer la modesta viuda, Blackfoot se entretenia en contar tranquilamente el dinero que acababa de recibir, sin parar la menor atencion en aquel interminable flujo

de palabras. Bill se habia tambien levantado para acercarse á la ventana, desde la cual se descubria la playa. Volviéndose luego hácia su compañero, le dijo:

—No perdamos tiempo, Blackfoot, empecemos desde luego nuestros trabajos; de lo contrario va á escaparnos una buena ocasion. Si os proponeis terminar el negocio esta tarde, conviene no perder un solo instante: tal vez seria mejor guardarlo para mañana. Cuando nos hallemos entre la isla y la ribera izquierda, no hay cuidado de que nadie nos descubra, además de que, hablándoos con franqueza, no me parece muy buena señal un tiro en medio de la noche. Cuantos lo oigan tratarán naturalmente de averiguar dónde y por qué se ha disparado; al paso que, durante el dia, nadie parará en ello la atencion. Vamos por consiguiente desde luego á bordo, á fin de ver si podemos hacer tragar el anzuelo á ese maldito viejo. Es preciso no darle tiempo para encontrar un comprador; pues si tal sucediese nos habríamos lucido.

—Ya os sigo, contestó Blackfoot levantándose. Marchemos pues: adios, mistress Bradfort; acordaos de lo que os he dicho; el barco de que os he hablado llevará en la proa una bandera encarnada y verde; vos sabeis lo demás. Hasta la vista.

Y sin escuchar las observaciones de la dueña, que sentia en el alma ver partir á sus huéspedes sin haber podido enterarse de sus proyectos, salieron de la casa los dos cómplices, dirigiéndose á la orilla del rio.

Mientras esto pasaba, Edgeworth y Tom recorrian la ciudad, en tanto que bebian alegremente los marineros en una taberna. Informóse Edgeworth del precio que tenian las mercancías del Norte, convenciéndose muy pronto de que la venta era algo mas difícil de lo que se habia imaginado. Los comerciantes á quienes se dirigió manifestaron poquísimas ganas de entrar en tratos, á pretexto de que tenian aquellos géneros escasa demanda en el país, puesto que los habitantes de Helena se proveian de ellos, con mucha ventaja, en casa mistress Bradford; de manera que hasta llegaron á aconsejarle que se dirigiese á ella si deseaba realizar el cargamento.

—Ya vés, Tom, dijo el anciano á su pariente mientras regresaban al barco, las dificultades que se nos presentan; en verdad creia que la ciudad de Helena era muy diferente de lo que es. Estoy viendo que nada adelantaremos aquí. No tengo confianza alguna

en Bill; no sé por qué, pero no puedo mirarle sin experimentar un sentimiento de repulsion; y sin embargo, reconozco que no tengo motivo, toda vez que nos ha conducido perfectamente hasta aquí.

Habla sin embargo con tanto elogio de Montgomery's-Point, que casi estoy tentado á creer tendrá allí algun amigo ó pariente á quien se propondrá ofrecer la ocasion de hacer un buen negocio. A no ser que le mueva algun interés personal á aconsejarme como lo hace. De todos modos, tengo curiosidad de aclarar este misterio. Montgomery's-Point se halla á cincuenta millas de aquí, y desearia vender en dicho punto nuestro cargamento si posible fuese. Quieres tomar el bote y adelantarte sin separarte mucho de la costa? Hay innumerables poblaciones á lo largo del Mississipí, y aun cuando en ninguna de ellas encuentres proporcion de vender, estarás á lo menos enterado de los precios antes que yo llegue con el buque á Montgomery's-Point. Si aceptas mi proposicion, yo no saldré hasta mañana. Quiero hacer componer mi escopeta, que veo tiene el muelle roto, sin poder atinar cómo ha sucedido esto; pues sería una imprudencia ir desarmado por este país, además de que no me gusta tener un arma de que en caso necesario no pueda servirme.

—El muelle de vuestra escopeta se halla roto? preguntó Tom sorprendido; quisiera saber de qué manera ha podido romperse. ¿No matasteis á culatazos una serpiente en el bosque de Iron-banks?

—Sí, y sin duda entonces romperia el resorte. A lo menos es la única explicacion que se me ocurre. Pero hay un buen armero en Helena, á quien encargaré me la componga. Vamos, pues, amigo Tom, entendidos; manos á la obra. ¿Quieres llevar contigo dos hombres de la tripulacion, ó á lo menos uno, para que te ayude á bogar?

—No, yo solo soy suficiente; pero no os deis tanta prisa. Enviadme á Bob para que me ayude á arreglar el bote, y no olvideis entregarle uno de los barrilitos de whisky; cuando oscurezca, me hallaré ya á bastante distancia de aquí. Ah! otra advertencia: cuando llegueis á la vista de Montgomery's-Point, cerca de la isla número 67, advertidme vuestra llegada por medio de una señal cualquiera, un tiro, por ejemplo, ó una bandera á lo alto del palo: de este modo no tendré necesidad de remar una ó dos millas mas de lo que sea menester.

Estrechó Tom entre las suyas las manos de su anciano pariente, y dirigiéndose luego hácia la orilla se puso á arreglar el bote. Despues de colocar en él el barril de whisky que le trajo Bob, saludó afectuosamente á su amigo, alejándose de la playa al vigoroso impulso de los remos.

Estaba contemplando Edgeworth, de pié en la ribera, la partida de Tom, cuando, volviéndose al oir á sus espaldas algun ruido, vió junto á sí al piloto Bill.

—¿No es vuestro pariente Tom? preguntóle dirigiendo al bote su sorprendida mirada. Sí, no me equivoco; él es.

—Efectivamente, contestó Edgeworth.

—¿Y por qué se vá sin aguardarnos? ¿será que no le gusta nuestra compañía? Oh! lo peor es que se lleva el bote, y no nos pone en poco aprieto si por desgracia llegamos á necesitarlo!

—Bah! procuraremos no necesitarlo, contestó tranquilamente el anciano campesino. Pero, ya que tantos deseos teneis de saber hácia dónde se dirige mi pariente, os diré que toma la delantera para informarse, antes que nosotros lleguemos, de los precios corrientes en Montgomery's-Point. Héoslo aquí todo, y á fin de que nada ignoreis, os añadiré que mañana, á la primera hora, partiremos nosotros para ir á alcanzarle.

Preciso fué que el piloto hiciese un esfuerzo sobre sí mismo para ocultar la satisfaccion que le causaba esta buena noticia: limitóse empero á contestar:

—Acabo de encontrar en la posada de la Union un comerciante de Victoria, que, habiendo tenido noticia de nuestra llegada, me ha preguntado dónde podria encontraros. Me ha parecido muy bien dispuesto para comprar vuestro cargamento.

—Bien! ¿dónde se halla situada Victoria? preguntó Edgeworth.

—Victoria es una ciudad situada algo mas allá de Whitriver, á la otra orilla del Mississipí; desde Montgomery's-Point se descubre con toda claridad.

—¿Y cómo se llama el hombre que quiere tratar conmigo?

—Ignoro su nombre: lo único que podré deciros es que no tiene la traza de comerciante. Pero vos mismo podreis juzgar; id á verle, y podreis decidir lo que mejor os parezca.

Edgeworth tomó lentamente el camino de la posada de la Union,

mientras Bill, por cuyos labios vagaba una sonrisa infernal, se quedó en la playa murmurando:

—Anda! anda! mentecato! veremos si tus huesos se conservan tan bien, en el fondo del Mississipí, como los de tu hijo en los bosques del Wabash. Date prisa á arreglar este negocio; pues de seguro será el último que arregles en este mundo.

X.

La habitacion de los Lively.

La granja de los Lively se hallaba situada á seis millas de Helena, graciosamente sentada en medio de una verde selva, en la que se habia ocupado la mano del hombre en cortar las maderas necesarias para levantar una hermosa vivienda de doble fachada, espaciosa y elevada. Cercábala una especie de estacada, formada por altos zarzales, para defenderla de los imprevistos ataques de las fieras, ó de los mal intencionados. Nada, por otra parte, se echaba de menos en esta deliciosa mansion de cuanto pudiese desearse en un sitio tan apartado de toda sociedad.

En el tronco de un árbol, dispuesto en forma de banco, que se veia frente de la casa, hallábase sentado un hombre de blancos cabellos y completa robustez, á pesar de sus sesenta años, en cuyo rostro se veian pintados los colores de la salud, brillando aun en sus ojos el fuego de la juventud. Tenia descubierta la cabeza, cayendo las canas en sedosos rizos al rededor de su cuello tostado por el sol. Vestia este anciano un leviton de lana gris, pantalones del mismo color, chaleco azul y una camisa blanca como la nieve. No dejaba de llamar la atencion verle los piés enteramente desnudos, mientras con un pañuelo de seda carmesí, del que se servia á manera de abanico, iba ahuyentando los mosquitos que le atormentaban. A algunos pasos de él ocupábase un hombre, mucho mas jóven, en desollar un ciervo, teniendo á su lado un gran perro de Terranova, que parecia interesarse vivamente en aquella operacion. Resaltaba con el pelo negro, que cubria todo su cuerpo, la blancura de su pecho y patas, distinguiéndose algunas manchas

pardas en el hocico y debajo de los ojos, signo caracteristico de la raza americana en toda su pureza.

El traje de este jóven era el que acostumbran usar los cazadores del Oeste; sin duda, para dedicarse mas desembarazado á la faena que iba á emprender, se habia quitado la blusa de piel curtida que se veia colgada en un árbol. Sus ojos azules y rubios cabellos le asemejaban á un aleman; mas, por la letra y significacion de lo que cantaba al tiempo que iba trabajando, era fácil conocer que por orígen y educacion era americano.

Llamábase William Cook: era el yerno de Lively, llegado recientemente, con su esposa, de Fourche-la Fave, con la intencion de establecer un cortijo en aquellas cercanias. Interin iba construyendo su habitacion, vivia con su suegro ocupando una casita inmediata perteneciente á la misma granja.

Al cabo de un rato, se presentó una hermosa jóven, que no era otra que su cara mitad, llevando en brazos á un niño de teta. Seguíanla otros dos rollizos niños, de rosadas mejillas y rubia cabellera, que empezaron á correr por entre los árboles y flores del jardin, persiguiendo á las mariposas y queriendo cojer al gallo, rey de aquel gallinero, que cacareando con cólera iba apretando el paso con la intencion de escapar á las manos de sus perseguidores. Cansado en fin de su insistencia y deseando ponerse á salvo de aquella incesante persecucion, voló á lo alto de la estacada, desde donde, como burlándose de sus traviesos enemigos, empezó á batir las alas cantando con toda su fuerza.

El pequeñito que traia en brazos mistress Cook, al ver á sus hermanos, extendia hácia ellos sus brazos, agitando sus carnosas piernas para indicar á su madre que él deseaba tambien tomar parte en los juegos de los demás.

—Deja en el suelo á ese rapazuelo, Betsy, dijo riendo el marido á su jóven esposa, ¿no ves que quiere tambien mezclarse en los juegos de sus hermanitos?

—Podria lastimarse.

—¡Oh! no! deja que empiece sus ensayos: pónle en pié, á ver si sabe sostenerse.

Bajó la madre las dos gradas que habia en la puerta principal, dejando luego á su hijo en el suelo, quien, al verse libre, empezó á chillar con grande alegría. Poniéndose en seguida á andar

á gatas, dirigióse hácia su padre que le llamaba con los brazos abiertos.

Al verle el perro de Terranova, sacudiendo sus largas orejas y meneando su hermosa cola, se puso de un salto al lado del niño, queriendo cogerle, con todo cuidado, por la blusa á fin de llevarlo á su amo.

—Déjalo, *Lindo*, déjalo, gritóle el padre; te figuras acaso que mi hijo no podrá llegar hasta mí por sí solo? Déjalo! Ah! el picaron ha hecho caer al niño!

Así era en efecto; pero conociendo el perro que le prohibian tocarle con los dientes, empezó á saltar á su alrededor haciéndole mil caricias, hasta que le vió otra vez en pié. En lugar de llorar como hacen comunmente las criaturas, parecia el pequeñito encantado de los saltos de su compañero, riendo con todas sus fuerzas. Decidióse por fin á adelantar un pié, luego otro, continuando á andar hasta que corrió su padre á abrazarle á la mitad del camino.

—William, dijo el anciano á su yerno restregándose las manos, habeis muerto una magnífica pieza; este ciervo es muy largo y grueso; el lomo será excelente. No hariais mal en dar esta tarde una vuelta por el cerro; estoy seguro de que encontrarias abundante caza.

—Oh! tal vez os equivoqueis; además de que prefiero cazar con reclamo; es la manera mas descansada y divertida; mucho me gustaria llevar la vida de los indianos, si....

—Si tuvieseis quien os proveyese de maiz y patatas, no es verdad? preguntó el anciano. Sí, si. ¡Oh! comprendo muy bien cuán agradable ha de ser estarse todo el dia en el bosque sin hacer nada y retirarse por la noche cargado de caza. No me disgustaria tampoco semejante entretenimiento; pero esto es imposible. Qué seria hoy de mis hijos si su padre no hubiese hecho otra cosa que gastar pólvora? no, no; nuestra mision en la tierra es..... ¡Ah! malditos mosquitos, pican como avispas, añadió el anciano en forma de paréntesis frotándose un pié con otro. Nuestra mision en la tierra es ganar el pan con el sudor de nuestro rostro. Es decir, que es preciso trabajar para procurarnos el maiz y las patatas.

Cook pareció sorprendido de oir así hablar á su suegro; por lo que, volviéndose hácia él, le dijo:

—Muy buenos discursos echais hoy, padre; y á fe que no es esta vuestra costumbre.

—Corriente : pero de vez en cuando bueno es hacer algunas reflexiones á los jóvenes. Yo encuentro un gran placer en manifestar mi modo de pensar.

—De manera que os habeis propuesto predicar contra la caza.

—¡Oh! si, no solamente contra la caza, sí que tambien contra.... ¡Hola, alerta, *Lindo!* me parece que llegan nuestros amigos.

Levantóse el perro, y despues de haber olfateado en el aire por un momento, púsose á ladrar estrepitosamente, contestándole los demás perros que se hallaban echados á la sombra.

Muy luego una alegre exclamacion de James, que se adelantaba seguido de los perros, que saltaban ladrando á su alrededor, advirtió á los de la casa la llegada de la cabalgata, que se acababa de descubrir al pié del bosque, y que se dirigia al trote á la granja de los Lively.

Adelantóse Cook para abrir la barrera que cerraba el paso, pero antes que él, habia llegado James para franquear la entrada á los recien venidos. Sanders, que era buen jinete, se apeó á la parte exterior á fin de ayudar á Cook. «A un lado, caballeros,» gritó Adela en aquel mismo instante: y antes que pudiese mistress Dayton detenerla, aguijoneó su caballo y, salvando de un salto la barrera, se apeó sin auxilio de persona alguna.

Mistress Lively y mistress Cook recibieron á la jóven con la mayor alegría, reprendiéndola no obstante amistosamente su temeridad.

Abrió por último Cook la barrera para dar paso á mistress Dayton, viéndose pocos instantes despues instalada toda la sociedad á la sombra de un frondoso nogal, sentados los unos en bancos y los otros en toscas sillas que se habian traido de la casa. A pesar de su edad avanzada, no quiso mistress Lively confiar al cuidado de otra persona todo lo necesario para obsequiar dignamente á sus convidados; así que, sirvióles ella misma el café, cuidando de llenar las tazas á todos y cada uno de los presentes.

— Cómo se llama el caballero que acompaña á las señoras? preguntó en voz baja Cook al jóven Lively; me parece haber visto esta cara en alguna otra parte.

—Nada sé sobre este particular, contestó James echando so-

bre el extranjero una mirada al soslayo que nada tenia de amistosa; á ese no le habia yo convidado. Observo que habla á miss Adela con la misma familiaridad que si se hubiesen criado juntos; diríase que es una de sus hermanas, y sin embargo estoy seguro de que no hay nada de esto.

— Hermosos cabellos tiene, por vida mia, exclamó Cook.

— En efecto, hermosos cabellos, murmuró James con acento desdeñoso; no parece sino que se ha cubierto la cabeza con un manojo de hilaza. Y qué me decis de su rostro? es un verdadero plato de natilla que bastaria á quitaros el apetito si su presencia no os lo hubiese ya hecho perder antes.

Esta burlesca comparacion excitó la hilaridad de Cook, que no pudo contener la risa. Fácil era adivinar la causa del mal humor que en James se advertia, y sin duda apercibióse de ello Adela, puesto que, sin hacer el menor caso de Sanders, dirigió á James una penetrante mirada, sonriéndole al mismo tiempo con una gracia encantadora en la que se traslucia no obstante alguna señal de impaciencia. Convencida, empero, de que nada adelantaria con estos medios indirectos, atendida la natural cortedad del jóven campesino, no pudo resistir al deseo de llamarle.

En el entretanto, conversaba familiarmente mistress Dayton con los dueños de la granja, á propósito de la cerveza, el queso, los lechones y demás objetos que absorbian ordinariamente toda su atencion.

— M. James, dijo Adela fijando en él jóven sus hermosos ojos, lo cual le desconcertó completamente, á pesar de su resolucion de presentarse amable, y sin timidez, de modo que estrujó entre sus dedos el sombrero de paja para disimular su turbacion; M. James, me teneis prometido referirme lo qué os sucedió ultimamente con una pantera, cuya piel será probablemente la que se ve colgada en aquel árbol. M. Sanders sostiene que es imposible que un hombre solo, sin otra arma que un cuchillo, consiga dar muerte á una pantera.

James, á quien parecia irregular referir aventuras de caza delante de señoras, balbuceó timidamente:

—Tal vez... M. Sanders... creerá...

—Mas fácil atacar á una pantera que hablar de ella, continuó Sanders con ironía. Cuando se refiere alguna de tales hazañas, ol-

vida generalmente el cazador hablar de los perros que le acompañaban, y que, casi por si solos, decidieron la victoria; callando tambien que todo lo que hizo por su parte fué apuntar á una distancia conveniente, disparar con toda seguridad, y acercándose cuando se halla el animal sin vida, hundiéndole entonces dos ó tres veces el cuchillo entre las costillas, cuidando de no estropear demasiado la piel, á fin de dar á entender el gran peligro que ha ofrecido la lucha. ¡Oh! en cuanto á mi, conozco muy bien todas esas mañas.

Miró fijamente James á su interlocutor, temblando de rabia al verle casi tendido negligentemente al lado de la jóven, cerca de la cual apenas osaba él mantenerse sentado. Las primeras palabras de Sanders fueron algo oscuras para el campesino; pero, á medida que fué comprendiendo su verdadero sentido, encendióse su rostro, desapareció su timidez, y contestó apretando los dientes:

—Cuando yo afirmo haber muerto una pantera sin más auxilio que mi cuchillo, es porque no tenia en mi compañía perro alguno, ni me serví para nada de mi escopeta. Ignoro, caballero, dónde habreis oido contar las fanfarronadas por el estilo de la que acabais de hablarnos; pero tened entendido que tales farsas son desconocidas entre nosotros. James Lively, ni ninguno de los individuos de su familia, están acostumbrados á mentir!

—Oh! querido Lively, repuso Sanders despues de haber reflexionado que, empeñando una disputa, se exponia á desbaratar sus proyectos; permitidme os haga presente que nada de cuanto se diga con referencia á las aventuras de caza, será jamás considerado como una mentira. El cazador goza de los mismos privilegios que el poeta; y por consiguiente le es permitido, y aun algunas veces se le exige, amplificar sus relatos, inventando para ello lo que menester sea.

—Todo eso podrá ser exacto en otras partes; por lo que á mí hace, hasta ignoro lo que quereis significar cuando hablais de inventar aventuras de caza. Lo indudable es que en ella, nunca me sirvo de mi cuchillo sino en el último apuro. En cuanto á la muerte de esta pantera, Cook, que presenció el lance, podrá explicaros de qué manera obtuve la piel de este fiero animal.

—Este suceso, dijo el anciano Lively con la intencion de poner término á aquella especie de altercado, me recuerda lo que en cierta ocasion ocurrió á mi padre.

—No quereis pues sentaros cerca de mí, M. de Lively? dijole Adela retirando su silla para procurarle asiento en un banco que tenia á su lado.

Aceptando James el permiso que se le daba, y temiendo con todo aproximarse demasiado á su interesante vecina, se mantuvo á alguna distancia, sentándose en el tronco de un árbol que, aunque tosco é incómodo por demás, no habria cambiado por el mas mullido sillon de todos los Estados-Unidos.

—Decia pues que mi padre... prosiguió el anciano Lively.

—Vamos, amigo mio, dijo interrumpiéndole su esposa, podreis contarnos vuestra historia dentro de la casa. El sol va á desaparecer en su ocaso, la noche adelanta, y las señoras de las ciudades se constipan con mucha facilidad. Sentiria en el alma que mis buenas amigas enfermasen en nuestra casa.

—No temais, mistress Lively, contestó mistres Dayton; hace un tiempo mágnifico, y esta vista es tan pintoresca...

—Es verdad, repuso la digna dueña, pero mejor estaremos dentro de la habitacion. Vamos, James, ayúdame á retirar todo esto. Vos, Lively, llevad las tazas vacías. Venid, señoras, seguidme, y dentro de un instante nos hallaremos perfectamente alojados. Cuán grato es para una anciana verse rodeada de tantas personas queridas!

Y hablando así, púsose en marcha hácia la casa, seguida de los demás; hallándose al poco tiempo sentados todos alrededor de la mesa, que habian colocado en medio del aposento. El anciano Lively no se hizo de rogar para contar á sus huéspedes innumerables historias de caza y curiosas anécdotas, mientras que su esposa iba y venia para dar órdenes y disponer todo lo necesario. De vez en cuando interrumpia sus ocupaciones para expresar, en términos los mas halagueños, á mistress Dayton y á Adela, todo el placer que le causaba su visita; anunciándolas que no pensasen en recobrar su libertad antes de ocho dias. Sostenia con empeño que Adela no partiria al dia siguiente, para ir á visitar á su amiga, en el Estado del Missisipí, pues que, si tanto se esforzaba M. Hawes, quien, añadia de paso, era un huésped muy amable, en no diferir su marcha, ella intervendria á fin de disuadirle de llevarse consigo á su querida Adela.

Consoladoras en alto grado eran tales razones para el jóven James, cuyo corazon latia con mayor fuerza al oir los esfuerzos y proyectos de su madre.

—Hé aquí aclarado, decia para sus adentros, el proyecto de ese extranjero con su pico de oro. Pretende, segun he podido comprender, llevarse á Adela mañana por la mañana. Pero quién será este hombre? será tal vez un amante?

Este solo pensamiento hacia hervir la sangre del pobre jóven, que se hallaba extremadamente furioso.

—Mis Adela, dijo al fin con voz temblorosa, realmente teneis intencion de dejarnos mañana?

—Sí, M. Lively, contestó Adela sonriendo maliciosamente. Voy con M. Hawes á su nueva habitacion para hacer una visita á su hermana.

Si un rayo hubiese caido á sus piés, no se habria visto James Lively mas sorprendido y confuso á la idea de que tenia que ir la jóven en compañía de M. Hawes. Aun admitiendo que fuese cierto el motivo que se alegaba de hacer una visita á su hermana, le tenia inquieto y desazonado de una manera tan visible, que, para ocultar su emocion, levantóse súbitamente con ánimo de alejarse de aquel sitio.

—Dónde vais, James? le preguntó su padre.

—A entrar el ciervo, que ha quedado allí colgado, á fin de que no lo toquen los perros.

—Buen pensamiento, se me habia olvidado tomar esta precaucion. Oid, M. Hawes, voy á contaros una escena muy cómica ocurrida ahí cerca hará unos quince dias.

El supuesto Hawes, que habia comprendido con satisfaccion el motivo del disgusto é inquietud de James, fingió escuchar atentamente los minuciosos detalles que iba refiriendo el anciano; pero, en realidad, prestaba mayor atencion á las palabras de mistress Dayton, que tenia una conversacion muy animada con mistress Lively, hablando de una familia residente en la Georgia relacionada, por la mas íntima amistad, con mistres Dayton y Adela.

—No lo dudeis, mistress Dayton, es tal como os he dicho; ayer mismo recibió Lively una carta de persona fidedigna, comunicándole dichas noticias. El anciano Beavick ha sobrevivido únicamente tres dias á su consorte, y segun todas las probabilidades, el testamento ha debido abrirse el miércoles; por lo tanto debeis esperar de un momento á otro el oportuno aviso.

—Mi marido ha recibido dos cartas poco antes de salir noso-

tras; pero supongo que serian relativas á sus negocios, pues de lo contrario no dudo me habria dicho algo.

—¡Ah! La ley es siempre muy lenta en sus determinaciones, mi buena amiga; los tribunales no tienen prisa, en especial cuando se trata de entregar á su legítimo dueño los bienes de que han llegado á encargarse.

Estas palabras habian sido perfectamente entendidas por Sanders, que parecia reflexionar, olvidando la presencia de Adela; por lo que, viéndose esta abandonada á la vez por sus dos caballeros, fué á sentarse al lado de mistress Cook, que acababa de acostar á sus hijos. Ayudóla la jóven en el desempeño de estas atenciones maternales, con tanta actividad y buen deseo, que tomándola con efusion la mano la sencilla labriega, le dijo con admirable candidez:

—¡Ah! señorita, cuán feliz seria yo si llegase á veros casada con un honrado campesino, siendo una de nuestras vecinas. Este país es un deliciosísimo jardin, sobre todo durante la primavera y el verano, mientras á los que habitan las ciudades les ahogan en estas dos estaciones el polvo y el calor.

—Mucho me gusta la campiña, y nada encuentro comparable á la encantadora perspectiva que cautiva la vista desde la sombra de un frondoso árbol, contestó sonrojándose Adela; pero bien sabeis que, nosotras, las pobres jóvenes, debemos someternos á nuestro destino. Somos en realidad muy desgraciadas no pudiendo seguir el impulso de nuestro corazon!

—Extraña os parecerá quizás la felicidad de que os hablo. Mas cuando se conoce el verdadero amor, poco deben interesarnos las engañosas ilusiones que ofrece el mundo. Todo entonces os parece agradable, pues ciertos trabajos que podrian parecer penosos, suavizados por el amor, se convierten en un grato pasatiempo. Vienen luego los hijos, y en ellos se siente una renacer, al contemplar las gracias y al prodigarles caricias.

—Habreis sentido dejar vuestra antigua morada? preguntó Adela queriendo dar otro giro á la conversacion.

—No sé, á fe, qué contestaros; el terreno era excelente en Fourche-la-Fave; pero como mis padres y James viven aquí, y son tan buenos y amables, creimos con mi marido que lo mejor era venir á reunirnos con ellos y establecernos en estas cercanías. James en-

contrará quizás una jóven que le ame, y cuando él esté casado, formaremos todos una pequeña colonia. ¡Ah! miss Adela, cuánta seria mi satisfaccion si pudiese veros cerca de nosotros!

—Vamos, hijos mios, ya es hora de acostarnos, dijo finalmente el anciano Lively cansado de contar largas historias. Porque es necesario advertir que el campesino llevaba una vida sumamente arreglada.

En razon á lo reducido de los aposentos, habíase convenido que las señoras permanecerian en la casa de Lively, pasando los hombres á la de Cook.

Al levantarse Adela, observó á James que se hallaba á su lado, fijos los ojos en ella. Volvió el jóven repentinamente la vista, cual si hubiese sido sorprendido en fragante delito; pero Adela, temiendo haberle ofendido, le dijo en voz baja:

—¡Oh! M. Lively, estariais tal vez incomodàdo conmigo? Seriais capaz de imaginaros que no agradezco, como es debido, la afectuosa invitacion de vuestros padres? Tengo sí vivísimos deseos de ir á visitar á una amiga, á quien no he visto desde que está casada; sin embargo, á mi regreso, que será cuanto antes, si no es incomodar á mistress Lively, volveré aquí para permanecer en vuestra compañia... una larga temporada, pues me encuentro mucho mejor en la soledad de vuestras montañas, que en las bulliciosas calles de Helena.

—Sois muy amable, señorita, contestó James sin poder disimular su satisfaccion; cómo he de estar yo incomodado con vos? ¡Ah! si sufrieseis...

—Buenas noches, señoras, dijo Sanders adelantándose sin cumplimientos; buenas noches, miss Adela, procurad dormir bien, porque mañana nos toca andar un gran trecho.

Y tomando la mano de la jóven la llevó á sus labios, saliendo luego de la casa.

James se retiró el último, despidiéndose cortesmente de las señoras. Antes de salir, sin embargo, para dirigirse á la casa de su cuñado, tomó la escopeta y el frasco de pólvora que se hallaban colgados detrás de la puerta. Preguntóle su padre por qué llevaba consigo aquellos chismes, manifestando él por toda respuesta que le seria imposible conciliar el sueño sin tener á mano su *rifle*.

Instalado ya en el lugar que le habia sido destinado, colocó el

jóven cazador el frasco de pólvora en una silla, arrimando la escopeta á la pared, lo mas inmediato que pudo de su cama.

XI.

La Emboscada.

Las márgenes del Mississipí, particularmente por la parte que mira al oeste de este imponente rio, no son mas que una inmensa laguna, en la que crecen algunos espesos cañaverales y achaparrados algodones. En muchos puntos interceptan el paso profundos lagos y pantanos intransitables. Es sorprendente la fertilidad de su suelo; mas es tan baja su posicion geológica, que se halla continuamente inundado, no solo por el Mississipí y demás rios sus tributarios, si que tambien por las aguas pluviales, las cuales forman infinitos charcos, que únicamente el sol abrasador de agosto y setiembre puede llegar á secar. Miles y miles de leguas permanecen por consiguiente cubiertas por el agua, durante ocho ó nueve meses del año; y las exhalaciones que, en los tres restantes, se desprenden de estos focos pestilenciales, exponen á los habitantes á los terribles ataques de la fiebre amarilla.

El cultivo de las tierras, donde lo consiente la mayor elevacion del terreno, produce al agricultor europeo enormes beneficios, superiores en mucho á los que se hubiese podido imaginar en sus mas ambiciosos sueños. Esto no obstante, poco es comparativamente el terreno en explotacion, pues los campesinos prefieren dedicarse á la cria de ganados. Solo la prodigiosa feracidad de aquel suelo, puede decidirles á vivir rodeados de una atmosfera insalubre y peligrosa; procurando siempre, por lo mismo, edificar las casas en el punto mas elevado de su propiedad, á fin de resguardarse en lo posible de las pútridas emanaciones de aquella dilatada laguna.

A estas circunstancias debia su prosperidad Helena, cuyos alrededores eran muy poblados y esmeradamente cultivados; era el único punto que, por su elevacion, podia decirse bien situado entre San Luis y el golfo de Méjico, ó sea en una distancia de mil

trescientas millas. Los primeros colonos de aquel ingrato país habian fundado algunos pueblos en el interior, extendiéndose poco á poco, con su infatigable actividad, por la llanura, en la que iban construyendo habitaciones do quier les era posible penetrar, persiguiendo las innumerables manadas de bisontes que destruian impunemente los pastos.

Aun en nuestros dias hay entre los dos rios una extension de terreno pantanoso, tan dilatada é inaccesible, que apenas se atreven á internarse en él los peoneros. Vagan por este desierto los bisontes en tan considerable número, que no ha sido posible destruirlos, á pesar de la incesante persecucion de los colonos y cazadores.

La granja de los Lively levantábase, como hemos dicho, en la cima de una colina, á seis millas de Helena por la parte del Norte. Los edificios construidos al Sureste de la propiedad, se hallaban únicamente separados, al Este del bosque, por un corto espacio, en el cual se habian cortado los árboles. La alta barrera por la que se entraba habia sido colocada en el centro de un espeso soto de cerezos, laurel, zumaques y otros arbustos y plantas de hermosas y variadas flores. Corria á poca distancia de la puerta principal un riachuelo que media milla mas allá hácia el Norte iba á precipitarse en el Mississipi, á un tiro de fusil de Helena.

A la otra parte de la barrera, frente del edificio, á una distancia de doscientos metros, levantábase un antiguo monumento indiano, desde cuya cúspide se descubria toda la llanura. Lively habia formado el proyecto de construir allí una elegante glorieta, á cuyo fin se veian en el suelo las maderas necesarias.

Reflejábanse los plateados rayos de la luna en las rocas humedecidas por el rocio iluminando todo el paisaje, á excepcion de un reducido espacio, cercado de acebos y morales silvestres, que permanecia en la mas profunda oscuridad.

Este sitio no se hallaba sin embargo tan desierto como habria podido creer la alegre sociedad, que reunida á la sazon en la granja de Lively, se paseaba aun fuera de la casa, para disfrutar algunos instantes mas del embalsamado ambiente que les rodeaba, antes de retirarse cada uno al cuarto que se le habia destinado. Innumerables luciérnagas, esparcidas silenciosamente por la llanura, parecian haberla sembrado de diamantes en medio de las sombras de la noche.

Dos formas humanas ocultas detrás de los matorrales atisbaban los movimientos de los que se paseaban sin el menor recelo. Uno de estos dos hombres dijo por fin al otro en voz baja:

—Mala peste les aturda! Diríase que son franceses, ó mejor, verdaderos indianos! Me ois, Dan? Parece no nos hallamos muy seguros en este sitio. Habeis puesto tanto empeño en venir... y creo que lo vamos á pasar mal. Por mi alma! no puede ser otra cosa sino que todos los habitantes de la vecindad se han dado cita aquí con sus perros. Si uno de esos malditos sabuesos llega á descubrirnos, estamos perdidos sin remedio! y lo mas sensible es que nos exponemos tan imprudentemente por una bicoca.

Una desdeñosa sonrisa contrajo las sombrías facciones de su compañero, que contestó con la mayor calma:

—No hay para tanto, Cotton (este era el nombre del bandido). El rio pasa ahí cerca; de un salto nos ponemos á la otra parte, y con el viento que sopla puede apostarse diez contra uno á que perderán la pista. Tened mas ánimo, yo he hecho mil veces excursiones semejantes, y siempre con buen éxito. Os lo he prometido y sabré cumplirlo: tendreis una escopeta, yo os lo aseguro. Lo que á mí me da cuidado es el hambre que me atormenta.

—Todavía teneis hambre? Diablo! no pensais sino en comer. Pues yo, si llego á poseer la escopeta, me rio de todas las necesidades de mi estómago.

El mulato, pues era él, contestó bruscamente á su camarada:

—Cuándo y cómo he comido? por dos ó tres mazorcas de maíz que he querido coger en aquel cortijo, me ha disparado aquel condenado á las piernas, como que todavía guardo los perdigones entre la carne. No hace por ventura dos semanas que nos persiguen como fieras, y todo por vuestra culpa? Al cabo de algun tiempo, habrian olvidado nuestras fechorías, dejándonos continuar el viaje sin tropiezo. Pero en lugar de esto, se os antoja asaltar á un viajero en medio del camino! Y os admirais de que desde entonces vayan á nuestro alcance los habitantes de tres condados, y se hayan puesto en guardia las autoridades? Mas ya se vé: vos sois blanco y podeis, sin excitar sospechas, entrar en cualquiera casa y pedir algun refrigerio; al paso que yo, si me atreviese á asomar este rostro bronceado, me exigirian en seguida el correspondiente pasaporte, y como no gasto tales zarandajas, me veria al instante

en presencia del constable. ¡Ah! ya veis pues que no es posible prolongar por mucho tiempo tan apurada situacion: no estaré tranquilo hasta que haya dejado este pais de esclavos sentando mi planta en la bendita tierra del Canadá.

—Muc ho teneis que andar aun para conseguirlo, mi pobre Dan, esto sin contar con la extremada vigilacia que en el Missouri y en el Illinois se observa contra los cimarrones; de suerte que es punto menos que imposible sustraerse á la persecucion de los cazadores de esclavos.

—Demasiado lo sé, repuso el mulato con aire reflexivo; por esto he pensado mil veces que lo mejor seria volver á la isla, pues son en ella mas felices los perros, que nosotros con esta vida errante. Por lo demás es una cosa muy natural que un hombre, colocado en mi posicion, sea cada dia mas malvado, y que aprecie la vida de sus semejantes tanto como la de un lobo ó de una pantera.

—Hareis lo que mejor os parezca, Dan; pero yo no volveré á poner los piés en la isla mientras conserve la menor esperanza de salvacion. Tambien á mí me gustaria, como á vos, poder descansar tranquilamente y en seguridad; pero hice un juramento... y luego, allí se recompensa generosamente á los espías para que den cuenta de todas vuestras palabras, aun de aquellas que se os escaparán alguna vez por despecho y sin mala intencion. Francamente, tanta suspicacia me desagrada; además de que tarde ó temprano será descubierto el *Refugio*; y yo tengo ya bastante experiencia en esta clase de negocios, para conocer que en casos semejantes los que menos han danzado son los que pagan la música. Solo en el extremo de que no encontrásemos ningun barco para dejar burlados á nuestros perseguidores, pensaria en volver á la isla. Urge por consiguiente que nos adelantemos por la parte del Este, porque todo me hace presumir que no pensarán en buscarnos hácia aquella direccion. Proporcionadme un arma de fuego, y lo demás es cuenta mia; necesitamos dinero para el viaje, y sin armas no puedo procurármelo. En cuanto á vos, no tengais el menor cuidado; yendo, como vais, en compañía de un blanco, nadie tiene derecho á pediros el pasaporte. Ánimo, pues, que muy pronto habremos salvado las dos ó trescientas millas que nos separan del pais de la libertad.

—Si para llevar á cabo este hermoso plan no necesitais mas que un arma de fuego, contestó el mulato, esta misma noche la ten-

dreis, á no ser que, lo cual no es de esperar, no hubiese ni una sola escopeta en estas dos casas. No sé por qué; pero se me figura que ha de haber tres. Así pues, asunto concluido: si puedo, esta misma noche desempeñaré mi cometido; y en cuanto amanezca, nos habremos despedido del Arkansas.

—No olvideis las municiones, pues sin ellas tendria tan solo un trasto inútil.

—Tan imbécil me creeis? ¡Rayo de Dios! tendremos que aguardar muchas horas? parece que esta gente lleva trazas de no acostarse en toda la noche.

—Es verdaderamente admirable el silencio de los perros, dijo Cotton despues de algunos instantes; hay á lo menos una docena y ninguno ladra.

—Es muy fácil de explicar, repuso el mulato sonriendo. Detrás de la casa se halla colgado de un árbol el ciervo que, hace poco, hemos visto que retiraba uno de los hombres. Los perros de la granja están muy bien enseñados, y no hay cuidado que ninguno de ellos se atreva á tocar el ciervo, ni á permitir que lo toquen los demás. De manera que ahora están todos ocupados en vigilarse recíprocamente, y apuesto mi cabeza contra un sueldo que entraré y saldré de la casa sin llamar su atencion.

—Si no me engaño, esta es la habitacion de Cook, y bien sabeis que es hombre que no gusta de chanzas. Si llega á apercibirse de vuestra visita, no os arriendo la ganancia. Estais armado?

—Vaya una pregunta! contestó el mulato desenvainando un largo puñal, cuya hoja brilló en medio de la oscuridad. Un negro desarmado entre blancos! seria mas que temeridad, esto rayaria en locura. El que quiera cogerme, preciso es que se santigüe. Además de mi puñal, tengo en los bolsillos dos pistolas bien cargadas.

—Pero, si ladran los perros? añadió Cotton con ansiedad.

—Si tal sucede, escaparemos lo mejor que podamos para reunirnos en «los tres cipreses.»

—Y si nos interceptan el paso?

—No es probable: en tal caso, nos dirigiremos hácia la casa dónde estuvimos la noche pasada, y desde ella ganaremos fácilmente el Misissipí. ¡Ah! Cotton, si no hubieseis derramado sangre inútilmente, no hubiéramos tenido necesidad de internarnos en los Estados del Sur, y á estas horas estaríamos ya en el Canadá.

—¡Oh! basta de reflexiones: procuradme una escopeta, y lo demás os he dicho ya que es cuenta mia... Pero creeis que no se hallan todavía acostados?

—Me parece que sí; mas es preciso aguardar á que duerman profundamente.

Precisamente acababan entonces de entrar los hombres en la casa de Cook para arreglar las camas. No habia mas que dos en la habitacion; la una fué cedida al anciano Lively, y Cook partió la otra con Sanders. James y el hijo mayor de Cook, que tendria unos nueve años, debian dormir sobre una piel de oso en medio del cuarto.

El niño fué el último en acostarse, y al dejarse caer sobre la piel que le servia de colchon, despues de haber apagado la luz, preguntóle su padre si habia pasado el cerrojo á la puerta.

—No, padre, contestó el muchacho, los perros están ahí fuera...

—Sí, pero todos se hallan detrás de la casa sin perder de vista el ciervo que está colgado en el árbol.

—No creo que vengan á asaltarnos los ladrones, observó Sanders riendo; somos muchos y no nos faltan armas.

—¡Oh! no creais que esto sea tan imposible, dijo el anciano Lively, estirándose cuan largo era en la cama. Muchos robos se han cometido durante la última semana, y sin ir mas léjos anteayer fué atacado uno de mis amigos en su propia casa; no es verdad, James? No fuiste tú quien nos dió la noticia?

—Así es, contestó el jóven. Segun me han contado, los ladrones se dirigieron á la casa de nuestro vecino Bowles con la idea de apoderarse de su escopeta; mas afortunadamente este llegó á tiempo para obligarles á escapar mas que de prisa. Aquella misma noche se introdujeron, sin saber cómo ni por dónde, en la casa de Haswell, hiriendo gravemente al dueño en la cabeza, y llevándose todo cuanto encontraron á manos.

—Como iban con tanta precipitacion, añadió Lively, solo pudieron apoderarse de algunos vestidos, frioleras insignificantes, y una pistola.

—Sí, pero robaron tambien la cartera de Haswell, dijo Cook, y aunque no tenia en ella dinero, habia dentro papeles para él de mucha importancia. A lo menos así me lo ha contado Draper.

—Dónde habeis visto á Draper? preguntó James á su cuñado...

—En el bosque. Ha oido el tiro que he disparado, y ha venido en mi auxilio á poner sobre el caballo el ciervo que acababa de matar.

—Se dice quiénes sean los ladrones? preguntó Sanders.

—Se supone que son un blanco, llamado Cotton, y el viejo esclavo mulato de Atkens, contestó Cook. Hánme asegurado además que Cotton asesinó, pocos dias ha, un hombre en el condado de Poinset. Lo cierto es que los sheriffs y los constables andan en su busca.

—Y nó han descubierto aun la direccion de los asesinos? preguntó de nuevo Sanders.

—Todavía nó. Créese que su intencion es huir hácia el Norte, pues se sabe que, al salir de Fourche-la-Fave, han atravesado el Arkansas, tomando el camino que, desde el lago de S. Francisco, conduce á Memphis y Batesvilla. En él es donde han cometido el asesinato. Dada la señal de alarma, los colonos, que son todos excelentes tiradores, han emprendido una batida que sin duda ha obligado á los bandidos á retroceder.

—Difícil seria decir si los ladrones que infestan nuestro país forman parte de otra cuadrilla, ó si son los mismos que, acosados con tan larga persecucion, buscan por estas cercanías el momento favorable para atravesar el Mississipí. Pero sean estos ó aquellos, estamos igualmente decididos, á la primera noticia de que se aproximan, á levantarnos en masa para exterminar sin misericordia á semejante canalla.

—Tambien han robado algo en la granja de Heinze algunos dias atrás, prosiguió el anciano medio dormido.... Un par de zapatos... por lo que el viejo Heinze ...

—Cómo ha podido echar de menos sus zapatos preguntó Cook riendo.

—Qué?.... no..... murmuró el anciano.

Y el ruido de su sonora respiracion dió á entender á su hijo que se hallaba profundamente dormido.

Otro tanto hacian un cuarto de hora despues todos los campesinos y su huésped. Cook quiso aun articular dos ó tres palabras, pero al fin cerró los ojos, dejando oir un ronquido muy acompasado.

El mas profundo silencio reinaba pues en la granja de los Lively, interrumpido únicamente por el monótono canto de las ranas y

los graznidos de las zumayas y los buhos buscando alguna presa. La luna, oscurecida frecuentemente por ligeras nubes, despedia pálidos rayos.

De improviso una sombra silenciosa atravesó con precaucion el espacio que separaba el soto de las habitaciones, deteniéndose algunos instantes delante de la puerta que habian tenido la imprudencia de no cerrar. Aplicó esta sombra misteriosa el oido con visible inquietud; y abriendo luego la puerta con sumo cuidado, introdújose, sin hacer el menor ruido, en la habitacion.

XII.

La caza de los ladrones.

El mulato Dan, pues no era otra la misteriosa sombra de que acabamos de hablar, paróse prudentemente á la puerta, dispuesto á emprender la fuga en el caso de que velando alguno de los habitantes mientras los demás dormian se hubiese apercibido de su presencia y dado la voz de alarma. Duró tanto su indecision, que en su completa inmovilidad mas parecia una estátua de mármol que un ser humano.

Todo sin embargo era silencio y oscuridad, pues cansados los que allí se hallaban reunidos de los trabajos del dia, dormian profundamente y sin temor alguno. Su respiracion desigual y á veces entrecortada causóle no obstante mas de una vez terribles sustos, á juzgar por los violentos latidos de su corazon, que procuraba inútilmente reprimir apretando con fuerza la mano izquierda.

Logró finalmente sobreponerse á este temor, convencido de que ningun peligro inmediato le amenazaba. Extendiendo entonces la mano detrás de la puerta, que es el sitio donde acostumbran los campesinos dejar la escopeta, tropezó, con inexplicable satisfaccion, con la de Cook, quien ningun motivo habia tenido para ocultarla mejor. Faltábanle por lo tanto tan solo las municiones, que, segun la costumbre de los cazadores, debian hallarse junto á la escopeta.

Mas con grande extrañeza del mulato por esta vez no se habia se-

guido semejante costumbre. ¿Dónde iria pues á buscarlas? Un paso que diera en falso, ó un obstáculo cualquiera que se le interpusiese, descubriria su presencia, sin dejarle la menor esperanza de salvacion, pues no se le ocultaba que, apercibidos los habitantes de que se habia introducido en su casa una persona extraña, nó pararian hasta haberle dado alcance, acostumbrados, como se hallaban, con el auxilio de sus perros, á batir todo el terreno sin que escapara á su vigilancia el mas recóndito escondrijo.

Indeciso por consiguiente se hallaba Dan, pues si por una parte no dejaban de arredrarle sériamente todas esas eventualidades, sabia por otra que su compañero no podia dar un paso sin ir armado, perseguido como se veia por tantos y tan encarnizados enemigos. Apretando por último los dientes con desesperacion, y empuñando con la mano derecha su largo puñal, empezó á andar á tientas siguiendo á lo largo de la pared, con la esperanza de encontrar las municiones encima de alguna silla, ó junto á la chimenea.

Adelantando de esta manera, buscando con la mano izquierda en medio de la oscuridad, llegó á la cocina, cuya puerta se hallaba cerrada. Afortunadamente estaba la llave en la cerradura, lo cual hizo creer á Dan que nó faltarian allí algunas provisiones. No podia ocurrirle á mejor tiempo esta idea, pues el hambre le atormentaba de una manera irresistible, que pareció ir en aumento desde el instante en que llegó á entrever la posibilidad de acallarla. Grácias á este poderoso incentivo, olvidó Dan lo crítico de su situacion, abriendo sin mas ceremonia la puerta de la cocina, no sin procurar hacer el menor ruido posible.

Puso por de pronto la mano sobre un jarro lleno de leche, que llevó ávidamente á sus labios extremadamente secos, y buscando luego otro alimento mas sólido, fué recogiendo algunos pedazos de pan de maiz, y despues de haberlos puesto debajo de la blusa, llevó por segunda vez la taza á los labios.

—No la apureis, guardadme un poco para mí, dijo de improviso una voz al lado del mulato, cuyo susto fué tan grande que casi dejó escapar de sus manos el jarro. Temblaba el ladron de piés á cabeza; tuvo sin embargo la suficiente presencia de ánimo para mantenerse inmóvil y retener el aliento.

—M. Cook, repitió la misma voz, M. Cook.

—¿Quién me llama? preguntó este medio dormido. Detenedle, vá á saltar la barrera.....

—¿De quién hablais? preguntó Sanders con sorpresa.

—Del caballo negro... Vedle... prosiguió Cook.

—Vamos, está soñando; habla del caballo y de la barrera durmiendo. Os creia levantado, y aun me habia parecido que bebiais.

—Cómo? qué decís? repuso Cook despertando. No me habeis llamado?

—Sí, pues me abrasa la sed, y os pedia algo que beber. Dónde podria encontrar un poco de agua?

—Ahí fuera encontrareis la calabaza, sobre una mesita, á la izquierda de la puerta. Pero si preferís leche, encontrareis un jarro lleno en la cocina; bebed sin cuidado, pues es ordeñada de esta misma tarde.

El mulato, que no habia perdido ni una sola sílaba de esta conversacion, preparó el puñal resuelto á vender cara su vida. Era la única resolucion que podia tomar, pues harto convencido se hallaba de que le era imposible huir en medio de aquella oscuridad, pues ni aun le habria sido fácil encontrar la puerta.

—Gracias, contestó Sanders; prefiero agua. ¡Oh! diantre! es muy fácil que uno se estrelle contra la pared andando á oscuras.

—Apartad un poco la ceniza, y con las pajuelas que encontrareis ahí á la derecha, encended el hogar.

El mulato, al oir semejante consejo, decidió aprovecharse de la primera sorpresa cuando le descubriese, para abrirse paso con el puñal. Soplaba Sanders con toda su fuerza sin conseguir otra cosa que cubrirse la cara de ceniza; por lo que levantóse incomodado, diciendo que no encontraba lumbre ni pajuelas.

—Id pues á oscuras, díjole Cook! es imposible que dejeis de encontrar la calabaza; desde la puerta extended la mano á la derecha y tomadla.

—¿Qué hora es? preguntó James despertando tambien.

—No puede ser muy tarde, contestó Sanders. ¡Ay! acabo de tocar la llave de una escopeta. Qué es esto? la puerta está abierta! sin duda habrá entrado alguno de los perros. ¿Pero quién ha arrimado esta escopeta á la pared?

—Yo no, contestó Cook, pues he dejado la mia en el sitio acostumbrado antes de acostarme.

—Entonces habrá venido ella sola, repuso Sanders, pues impresa tengo en la pierna la señal que me ha hecho al tropezar.

—Tal vez mi hijo la haya cambiado de sitio. Eh! Bill, gritó el campesino.

—Oh! no le disperteis, dejad que duerma.

Dirigióse Sanders como pudo á la puerta, y habiendo efectivamente encontrado la calabaza, apagó su sed dejando oir el ruido del agua cayendo dentro su boca.

—Ah! fresquita está: cuando uno tiene verdadera sed, el agua es la mejor bebida.

—Pues yo prefiero mezclarle un poco de aguardiente, dijo Cook levantándose para ir tambien á beber. Pero dónde diablos se habrán metido los perros? He! Nik, Fly, Watch, aquí.

Los perros, que como hemos dicho se hallaban detrás de la casa, comparecieron al oir que se les llamaba saltando y acariciando de mil modos á su amo.

—Holgazanes! allá es vuestro puesto. Qué estais haciendo detrás de la casa? Uno solo basta para guardar el ciervo. Atrás, Watch; quita, *Lindo*; vamos, idos todos.

—Qué diablos tienen? preguntó James.

—Están empeñados en entrar y olfatean desesperadamente como si hubiese una zorra en la cima de un árbol.

A duras penas pudo Cook cerrar la puerta, porque los perros se esforzaban en penetrar dentro de la casa, mas volvió á acostarse tranquilamente á pesar de los incesantes ladridos que se oian en el patio.

Sanders volvió luego á reconciliar el sueño! pero Cook se mantenia despierto escuchando á los perros que cada vez ladraban con mayor fuerza, rascando la puerta y aullando detrás de la pared de la cocina. Uno de ellos probablemente *Lindo*, que conocia el terreno mejor que los demás hacia inútiles esfuerzos para introducirse por una pequeña rendija abierta entre las tablas que formaban la pared, repitiendo sus terribles aullidos.

—Hay para volverse loco! exclamó Cook saltando de la cama; si no se van en seguida, voy á matar uno. No parece sino que hay aquí dentro algun lobo; nunca los he visto tan furiosos.

—Qué podrá ser? preguntó Sanders, á quien el ruido habia otra vez dispertado. Ah! ya sé, como al acercarme á la puerta tenia en

la mano vuestra escopeta, se habrán figurado sin duda que íbamos á cazar.

Abrió Cook violentamente la puerta, echando mil imprecaciones inútiles contra la jauría que á su vista redobló los ladridos; por lo que empezó á tirarles con enojo cuantos objetos le vinieron á mano.

—Arre, brutos! si volveis á abrir la boca... atrás, *Lindo!* anda á guardar el ciervo, bribon! anda!

Obedecieron los perros no sin visible repugnancia, volviendo Cook á cerrar la puerta despues de haber visto que se alejaban.

—Qué oscuridad! dijo dirigiéndose á la cama; dónde me hallo? Ah! ahí está la cocina, he de volver á la derecha.

—Hácia aquí Cook, dijo Sanders á su compañero para indicarle el sitio hácia donde debia dirigirse.

—Allá voy, contestó Cook que se encontraba entonces á un metro del mulato, inmóvil contra la pared y con el puñal levantado. Un paso, un gesto del campesino bastaban para tropezar con él, y en semejante apuro no habria seguramente vacilado en deshacerse de su enemigo. El buen ángel de Cook le protegió sin duda, porque volvió á encontrar la cama sin ningun accidente, y bien pronto se halló sumergido en el mas profundo sueño.

Desde entonces el silencio fué únicamente interrumpido por los ronquidos de los que dormian. Tranquilizado el mulato, acabó de beber la leche que habia quedado en el jarro, dirigiéndose luego hácia la puerta. Tropezó su pié con una silla que habia dejado Cook en medio del cuarto, y con el ruido que hizo al caer cesaron al momento los ronquidos, lo que convenció al bandido de que dormian con cierto sobresalto. Detúvose procurando contener la respiracion, mas viendo que al cabo de un rato empezaban de nuevo los ronquidos, continuó su camino á fin de salir cuanto antes de la casa.

Al querer levantar de nuevo la silla que acababa de derribar, tocó con la mano una correa á cuyos extremos se hallaba sujeto el frasco de pólvora tan ardientemente deseado. Cogiólo el mulato sorprendiéndose no poco al encontrar en el suelo otro farsco. Cuál será el que yo busco? preguntóse interiormente.

Para zanjar la dificultad tomó Dan los dos frascos, y apoderándose de la escopeta que Sanders habia vuelto á colocar detrás de la puerta, descorrió suavemente el cerrojo.

—Sí los perros están aun en acecho, soy hombre perdido, dijose á sí propio; una jauría como la de este maldito, capaz de rendir y dar muerte á un oso de cinco años, me despedazaria muy fácilmente.

Latia el corazon del bandido con una fuerza tal, que parecia quererle salir del pecho; mas á la verdad la suerte le era propicia, pues todos los perros se habian retirado otra vez detrás de la casa.

—Si solo me dejan adelantar cincuenta pasos, estoy salvo.

Y decidiéndose á abrir con sumo cuidado la puerta, respiró por fin el aire libre.

—Sois vos, M. Sanders? preguntó James á quien acababa de despertar la corriente de aire que entraba en el cuarto. Sois vos, quién abre la puerta?

No recibiendo James contestacion alguna y viendo que todo continuaba en el mayor silencio, creyó que habia soñado.

El aire frio de la noche refrescó la frente del bandido, cubierta de un copioso sudor, y deslizándose entre la sombra, corrió á ocultarse en lo mas espeso del soto. Si puedo evitar que los perros me vean, pensaba, tenemos asegurada nuestra retirada.

Dirigióse Dan hácia la barrera, y al disponerse á saltarla, tropezó su pié izquierdo con un azadon que se hallaba en ella colgado haciendo al caer bastante ruido.

Ladró *Lindo*, contestóle Watch, y en un instante volvieron los perros á rodear la casa.

Sin dejar la escopeta, corrió el mulato á internarse en el bosque, y como la oscuridad no le permitia distinguir á su compañero, se contentó con gritarle: «Al agua! al agua!» La jauría entretanto iba siguiendo la pista, por lo que dirigiéndose sin perder tiempo hácia el rio, precipitóse en la corriente.

Hallábase apenas á una distancia de quince pasos de la márgen del rio, cuando llegaron los perros ladrando con furia y olfateando cuidadosamente el terreno. Mientras iban de este modo siguiendo sus pasos, uno de los mas jóvenes y menos experimentado dió la señal llamando á sus compañeros para perseguir algun venado, cuya pista acababa de encontrar. *Lindo* y Watch no hicieron por de pronto ningun caso de semejante aviso, pero luego contestaron á los ladridos del que les llamaba, tomando toda la jauría diferente direccion.

—Ah! ah! dijo el mulato al oir los perros; vais á desgañitaros inútilmente. Más el tiempo urge: Cotton, Cotton, dónde estais?

—Aquí, murmuró el otro bandido, acercándose al mulato. Por fin habeis salido! paréceme que de buena habeis escapado. Teneis la escopeta?

—¡Vaya! tomadla, y además dos frascos de municiones para cargarla: el uno está abundantemente provisto. No nos detengamos! Si hasta ahora el viento nos ha sido favorable, temo que va á cambiar, siéndonos extremadamente contrario.

—Ganemos la colina; de este modo evitaremos la persecucion de los perros.

—Vuestra idea es excelente, pero nos es preciso permanecer aun en el agua media hora á lo menos. Cook es un hábil cazador, y sus compañeros no lo son menos.

—Entonces démonos prisa, contestó Cotton introduciendo la baqueta en el cañon de la escopeta para ver si estaba cargada. A cada minuto aumentan nuestros peligros, y sin embargo teniendo en la mano este chisme, á nadie temo.

Sin mas conversacion, atravesaron los dos bandidos el rio que corre en este sitio entre dos escarpadas rocas, observando al salir del agua que la corriente les habia echado hácia el Oeste, contrariando su principal objeto que no era otro que abandonar el Arkansas.

Las dos riberas del Mississipi eran en aquel punto sumamente escarpadas: la de la derecha terminaba en una árida llanura, lindando la de la izquierda con terrenos cultivados.

Retrocedieron, pues, algun tanto los malhechores, siguiendo la orilla que debia conducirles á Helena.

Como eran enteramente desconocidos en dicha ciudad y sus alrededores, confiaban que si les era posible llegar á ella, podrian despues fácilmente atravesar el Mississipí.

—Vaya un ruido de mil demonios que hacen esta noche los perros, dijo James levantándose repentinamente; no hay medio de poder dormir. Ois como ladran?

—Qué hay? exclamó Cook despertándose sobresaltado. Con quién hablais, James?

—Qué diablos tienen pues vuestros perros? preguntó Sanders.

—Con quién hablo? contestó James restregándose los ojos. Qué

sé yo? He visto que abrian la puerta, y me figuraba que era alguno de vosotros que salia; mas como el sueño me tenia rendido, no he parado en ello la atencion. Poco despues los perros han dado aviso, y ahora...

—La puerta está abierta y mi escopeta ha desaparecido! exclamó Cook que habia saltado de nuevo de la cama.

—Es posible abrir por la parte de fuera? preguntó Sanders.

—Oh! no, de ningun modo, contestó Cook furioso: el cerrojo ha de haber sido descorrido por alguno que se hallaba dentro.

—Pero si nadie se ha meneado, añadió James.

—Entonces se habrá alguien escondido aquí! ahora comprendo porque los perros estaban tan furiosos cuando no les he dejado entrar. Topo de mí! que á pesar de tan claros y reiterados avisos no he sabido comprenderlos, favoreciendo con mi torpeza la fuga del ladron.

—No hay medio de encender lumbre? preguntó Sanders. Está esto tan oscuro, que uno no se atreve á dar un paso sin romperse las narices.

—Aguardad, dejadme hacer, dijo James. Pronto tendremos luz, ya sé yo donde están las pajuelas, dejadme, vos no las encontrariais.

Mientras así hablaba, Cook buscaba con ansiedad su frasco de pólvora.

—Bill! Bill! gritó finalmente. Ira de Dios, cómo duerme! Vamos, Bill, levanta; dónde has puesto la pólvora y las balas?

Incorporóse el niño sobre la piel al oir pronunciar su nombre; sin embargo nada parecia comprender de lo que le decian. Al oir á su cuñado, contestóle James desde la cocina, en que se hallaba soplando para descubrir alguna chispa:

—Anoche vi un frasco encima de una silla, á la izquierda, cerca de la puerta, y otro... Diablo! la ceniza me ahoga... sobre el banco, pero este es el mio.

—De qué silla hablais? preguntó Cook, poniéndose á examinar con ambas manos la primera que encontró.

—De la que está entre la puerta y la cocina.

—Pues en ella no hay tal frasco! gritó Cook rechinando los dientes, y tirando léjos de sí la silla, que fué á caer al lado de su hijo Bill, quien, con este nuevo aviso, se levantó con prontitud.

—¡Cómo! los dos frascos han desaparecido tambien? preguntó

James con asombro entrando con una pajuela encendida para alumbrar el aposento. El mio tampoco se encuentra? yo mismo lo habia puesto sobre este banco. La escopeta no está, la puerta se halla abierta! Vamos, no hay que darle vueltas; el ladron se habrá escondido aquí, y á estas horas se está sin duda riendo de nosotros.

Mientras los tres campesinos y Sanders se vestian precipitadamente, Bill encendió fuego, cuyas llamas extendian la mayor claridad. La rabia de Cook llegó á su colmo al encontrar el jarro vacío.

Qué podia hacerse en semejante situacion? A juzgar por la posicion de las estrellas, seria á lo mas la una de la madrugada. Era por consiguiente una locura intentar la persecucion de los ladrones, sin perros y en medio de la oscuridad; al paso que si antes de amanecer no se lograba descubrir la direccion tomada por los bandidos, era despues de todo punto inútil practicar diligencia alguna.

—Ahora no se oyen los perros, dijo James, despues de haber escuchado atentamente; lo mejor será que ensille mi caballo y vaya á registrar el bosque. Tal vez hayan seguido la verdadera pista, obligando á los ladrones á refugiarse en algun árbol, á cuyo pié nos están aguardando ladrando como demonios.

—¡Imposible! contestó el anciano Lively acabando de vestirse; si el ladron ha tomado la puerta cuando vos habeis llamado, poca será la delantera que lleve á los perros, y por consiguiente no habrá podido escapar. Los perros han perdido la pista, y Dios sabe cuando volverán.

—Si tocase el cuerno, tal vez no estén muy léjos y podrian oirme.

—Poco adelantaremos con esto; sin embargo podeis probarlo. Mucho celebraria que la jauría diese tan buena cuenta del malvado como dió dias atrás de aquel terrible oso!

—Podrá muy bien suceder; pero sea como fuere, repuso James con coraje, hay en el cañon de mi escopeta una bala con la que espero manifestar mi gratitud al que nos ha honrado esta noche con su visita. Bueno: esto faltaba, he perdido uno de mis zapatos.

—¡Oh! Dios mio! dónde están mis botas? exclamó Sanders; pues no habrá tenido poca carga si el ladron se ha llevado tambien todo nuestro calzado!

—Ahí fuera estarán, contestó Cook con acento brusco. Creo que

eran botas y zapatos lo que he tirado á los perros para hacerles callar.

—Me gusta! dijo Sanders obligado á andar descalzo; solo falta ahora que me clave alguna espina en el pié despues de la herida que he recibido en la pierna.

James vino en auxilio del supuesto Hawes, alumbrándole con una tea encendida, y uno y otro hubieron muy pronto reunido los objetos que buscaban.

Durante este tiempo Cook tocaba desesperadamente el cuerno de caza, y ya iba á renunciar á este medio, cuando un doloroso gemido le hizo volver la cabeza y vió cerca de sí á *Lindo* que, con la cola entre piernas, se le acercaba, cual si se hubiese propuesto demostrar por su humildad cuan afligido y avergonzado se hallaba de no haber sabido cumplir los deberes de un buen perro.

Pero Cook se hallaba demasiado contento con la llegada de aquel fiel animal para dirigirle el menor reproche. Contentóse con dos ó tres palabras algo bruscas, mientras *Lindo* arrimaba tímidamente el hocico en la mano de su amo.

—Bueno, bueno, *Lindo*, dejemos á los demás: contigo tengo bastante para seguir pronto la pista á ese miserable ladron. En cuanto amanezca, iremos descubriendo sus huellas, pues no creo se haya echado á volar.

—Corriente: pero hácia dónde vais á buscarlo? repuso James. No comprendo como se han extraviado los perros.

—El malvado se ha echado al agua, no lo dudeis, dijo el anciano Lively. El viento sopla en la direccion del rio, y esto es lo que ha engañado á los perros.

—Entonces el infame se habrá corrido hácia el Mississipí, replicó James, y si ha encontrado algun barco amarrado en el punto donde el rio es vadeable, se halla ahora sin duda enmedio del Mississipí, mientras nosotros andamos buscándolo por estas cercanías.

—Esto no es probable, porque ayer tarde no habia barco alguno á este lado del rio, y de ello no puede caberme la menor duda, añadió Cook, porque á eso de las cinco fuí yo con Teaner hasta la misma orilla. A la vuelta fuimos los dos registrando cuidadosamente todos los matorrales, que encontramos al paso.

—Y no distinguisteis en la playa huella alguna? preguntó el anciano.

—Ninguna : íbamos en busca de ostras, y por consiguiente habriamos mas fácilmente distinguido las pisadas de un hombre.

—Entonces los bandidos se hallarian ocultos en el monte, repuso Cook, y si, como es muy probable, es uno de ellos el mulato Dan, conviene que ensillemos nuestros caballos sin perder un instante.

—En mi sentir es completamente inútil perseguir á los ladrones durante la noche, dijo Sanders, que parecia reflexionar de pié junto á la lumbre. No seria mejor aguardar el dia y avisar el juez del distrito?

—Y qué adelantaremos con esto? dijo en tono desdeñoso el anciano esforzándose en vano para meter el brazo en la manga de su levita que se hallaba vuelta al revés. No, tiene razon James, es preciso perseguir al ladron sin perder momento. Bill irá á buscar los caballos, que por fortuna dejamos ayer atados á la otra parte del arroyo, donde si hubiese el mulato ido á buscarlos, los perros le habrian cortado el paso.

—Es lo mejor pensado, repuso Cook, mientras dure la oscuridad llevaremos los caballos del diestro, examinando las márgenes del arroyo. Lo mas importante es que *Lindo* llegue á comprender el servicio que de él aguardamos.

—Con un solo perro no es posible obtener un resultado seguro, contestó James. *Lindo* irá rastreando por una de las márgenes, y tal vez el ladron estará agachado á la otra, esto suponiendo que haya tomado este camino, lo cual tampoco sabemos.

—Ha debido tomarlo, dijo Cook resueltamente, de lo contrario los perros le habrian dado alcance: además de que de todos modos fuerza es averiguarlo. Si nos estamos aquí quietos, no es de suponer que venga á encontrarnos: me parece que sobre este punto estaremos de acuerdo. Vamos, Bill, anda á buscar los caballos. Sois de la partida, M. Sanders?

—Mucho que sí; pues aun cuando no soy muy buen cazador, espero poderos ser útil en algo. Pero, no seria mejor avisar al juez? cumplida esta formalidad podríamos...

—No nos sobra tiempo para perderlo en estas niñerías, contestó James; el ladron está armado, perfectamente armado, porque la escopeta de Cook es una de las mejores que se hayan fabricado, y aun suponiendo que nosotros no pudiésemos coger al mulato,

deberíamos á lo menos, por consideracion á nuestros vecinos, perseguirle sin descanso á fin de privarle de cometer nuevas fechorías.

—Ciertamente está bien armado, contestó Cook apretando los dientes, y ciñéndose su cinturon del que pendia un excelente cuchillo de caza. Si tengo la fortuna de encontrar á ese miserable, he de hundirle esta daga hasta el puño.

Y despues de estas amenazadoras palabras, salió corriendo para ayudar á su hijo á ensillar los caballos.

Poco á poco fueron volviendo los perros uno tras otro. Los Lively habian perdido en ellos toda confianza, por lo que despues de sacudirles algunos latigazos, les obligaron á quedarse en la casa, temerosos de que introdujesen la confusion en la jauría. Unicamente en *Lindo* confiaba completamente su amo, y aun así no se hallaba del todo seguro del éxito.

El anciano Lively fué á su casa á buscar una escopeta, que entregó á su yerno, quedándose él con otra de menos calibre, que le servia para tirar á las ardillas. Sanders tomó una carabina que tenia Cook ya retirada desde la adquisicion de su preciosa escopeta alemana. Preparados de esta suerte los campesinos y su huésped, emprendieron la marcha en persecucion del malhechor.

Lo mas interesante era poner al perro en disposicion de tomar el verdadero rastro desde la salida de la casa. Comprendiéndolo así con su maravilloso instinto el inteligente animal, fué guiando á su amo hasta el borde mismo del agua, donde desaparecian de repente todas las huellas. En vano se recorrieron detenidamente las dos riberas registrando palmo á palmo el terreno, pues al asomar el crepúsculo por entre las ondulantes cimas de los árboles, nuestros cazadores nada habian adelantado en sus pesquisas.

Persuadidos no obstante de que los fugitivos no habian tenido tiempo de atravesar el Mississipí, puesto que durante la noche no se habia aproximado á aquella parte embarcacion alguna, decidieron retroceder sin separarse de las márgenes del rio, para ver si con la escasa claridad del crepúsculo distinguirian algun indicio que pudiese servirles de guia.

—Lo único que nos falta, dijo Cook con marcada desconfianza, es registrar las colinas: empieza á amanecer y no tendremos

ya que andar á oscuras. Quién sabe si en su precipitacion habrá dejado nuestro ladron alguna señal que nos ponga en camino de descubrir la direccion que ha tomado? Bill, tú conducirás los caballos á la encrucijada que forma el segundo camino que atraviesa la montaña. Aguárdanos al pié del árbol en cuyas ramas encontramos anteayer aquella colmena. Si, como no lo dudo, necesitamos los caballos, tocaré el cuerno. Si nada descubrimos antes de llegar á aquel sitio, nos dispersaremos yendo cada uno por su lado á avisar á los vecinos que estén prevenidos. Es indispensable que ese malvado sea detenido, pues entrar furtivamente en la casa de un cazador para robarle su escopeta, es un crimen inaudito, es un atrevimiento que merece ejemplar castigo.

La actividad de los campesinos no dejó de contrariar á Sanders, que hubiera preferido quedarse en la casa. A decir verdad, sus finos vestidos eran muy poco á propósito para emprender una caza por entre bosques y zarzales. Pero sospechó desde un principio que el fugitivo pertenecia á la isla de los piratas, temiendo que al verse capturado hiciese peligrosas revelaciones. En tal caso su presencia, sino bastaba impedirlo, serviria á lo menos para desacreditar sus dichos. Además de que procuraria de todos modos favorecer la fuga del ladron.

No con otro objeto habia insistido en que se avisase al juez del condado, que sabia muy bien que con este paso aseguraba de antemano la inmediata libertad del que iban á perseguir.

XIII.

Captura del mulato Dan.

Remontaron, pues, el rio los cazadores sin descuidar la menor precaucion. El anciano Lively y Cook, precedidos de *Lindo*, marchaban por la orilla izquierda, es decir, por el lado del Oeste, mientras James y Sanders adelantaban por la derecha, que era la mas inmediata á la montaña. Á pesar de los frecuentes avisos con que procuraba animarle su amo, caminaba *Lindo* muy desalentado, sin dejar entrever la menor esperanza.

—Poco hay que esperar de este perro, dijo finalmente Sanders á James al llegar ambos á la cima de un collado bastante escabroso. Parece que está medio dormido.

—No lo creais! si llega á descubrir la mas ligera señal, ya vereis como despierta. Acaso no nos sucede lo mismo á nosotros? Cuando hemos andado mucho tiempo sin encontrar la caza que buscamos, el descontento se apodera de nosotros, y nos abandona la confianza; pero tan luego como se nos presenta la proporcion de hacer fuego, nos hallamos muy pronto reanimados, y en disposicion de andar hasta el fin del mundo: esto me ha sucedido á mi mismo mil veces en mis excursiones de caza.

—Así será, pero yo no me acierto á explicar cómo es posible aquí encontrar rastro alguno. Un ejército entero atravesaria estos peñascos sin dejar la menor huella.

—Estais equivocado, repuso James. Aunque no hay de que admirarse; pues los que habitan las ciudades se encuentran tan desorientados en los bosques...

—Como los que habitan en los bosques, se hallan en las ciudades, contestó Sanders sonriendo de una manera intencionada.

Sonrojóse James, porque conoció que la observacion de M. Hawes era sobradamente exacta. De repente señaló con el dedo á su compañero un monton de piedras que habia á su lado.

—¿Qué os parece esto? preguntóle.

—Qué? contestó Sanders inclinándose para examinar mejor aquel sitio. Veo algunas hojas, muchas piedras y bastantes yerbas esparcidas por acá y acullá.

—Pues bien! Hay á lo mas un cuarto de hora que ha pasado por aquí un ciervo.

—Cómo lo sabeis? nada veo que justifique vuestra suposicion.

—Nada? dijo James inclinándose tambien para examinarlo de mas cerca. ¿No observais que esta piedrecita ha sido separada del lugar en que antes se hallaba? Es muy fácil convencerse de ello con solo reparar que la cara que se hallaba en contacto con la tierra húmeda es la que se ofrece ahora á nuestra vista. Para ojos inexpertos esto pasaria desapercibido, pero son indicios mas que suficientes para un verdadero cazador.

—Mas, todo esto qué significa? repuso Sanders con extrañeza. ¿Qué encontrais de extraordinario en esta piedra? Aun cuando la

hubiese pisado mil veces el miserable á quien perseguimos, no sabria concebir cómo podria hallarse en ella señal alguna, á no ser que me digais que trae un cincel en la planta de los piés.

—James, habeis descubierto algo? gritó Cook á su cuñado.

—Acercaos, contestó el jóven, hay aquí alguna cosa que bien merece ser detenidamente examinada.

Apresuráronse suegro y yerno á reunirse con James, poniéndose juntos á examinar el terreno con la mas minuciosa atencion.

—¿Desde cuándo no ha llovido? preguntó James.

—Desde la tarde de anteayer, contestó su padre.

—Creeis pues que esta piedra ha podido conservar desde entonces la humedad que presenta? preguntó de nuevo James señalando el punto donde se hallaba mojada la piedra. ¿Creeis que en tan largo tiempo no la habria secado el viento?

—Me parece que os engañais, contestó Sanders, pues como ahí forma una hondonada.....

—No le hace, repuso el anciano Lively, ved que la piedra está inclinada, y por consiguiente el agua habria colado hasta el fondo, además de que todas las demás piedras están enteramente secas. No hay duda, hijos mios, hemos dado con el verdadero rastro!

—Indudablemente, exclamó Cook con la mayor alegría. Hé aquí el sitio donde el bandido ha salido del rio, ahí teneis sus huellas impresas que no han tenido aun tiempo de secarse.

—Esta es la idea que me ha ocurrido desde luego, contestó James: ahora vamos á ver si vuestro *Lindo* vale tanto como decís. Hasta ahora nos ha hecho perder la noche inútilmente; veremos si, con la claridad del dia, nos guia mejor.

—Aquí, *Lindo*, aquí, dijo Cook á su perro; qué piensas tú de todo esto? busca, cuidado, *Lindo*, busca!

Obedeció el animal, pero no parecia dispuesto á dar grande importancia á lo que tanto habia llamado la atencion de los cazadores. Acercóse perezosamente á la piedra, olfateó atentamente todo el monton, sin dar la menor señal de haber encontrado rastro.

—De poco nos servirá vuestro perro, Cook, dijo James con desagrado; vedle con cuanta lentitud é indiferencia va examinando el terreno; lo mejor será... ¡ah! parece que encuentra algo.

En efecto, de repente acababa el perro de cambiar de actitud. Púsose animado, levantando las orejas y mirando con impaciencia

á derecha é izquierda; volvió á olfatear la piedra, dió un grande aullido, y mirando fijamente á su amo, empezó á menear la cola.

—Vamos, es un lobo; dijo James con disgusto.

—Un lobo, ó un negro, contestó Cook; á los dos los señala de la misma manera.

—Un negro! será el mulato que se escapó de Fourche-la-Fave. El miserable no irá mas léjos! Tiempo es ya de poner término á sus crímenes! ¿Qué hace el perro?

Los ojos inteligentes de *Lindo* observaban los de su amo, quien le acarició pasándole la mano por el lomo. Volvió el fiel animal á menear la cola, y á una órden de Cook, dirigióse lentamente hácia la colina sin levantar nunca las narices del suelo.

Tocó Cook el cuerno de caza, que era la señal convenida con su hijo, y al momento se presentó este con los caballos. Montados ya, fueron siguiendo al perro que les guiaba, parándose de vez en cuando para aguardarles. Luego que el animal les vió á todos á caballo, dejó oir un ladrido sordo y prolongado, poniéndose á seguir la pista á un largo trote.

El bosque no era espeso en aquel punto, por lo que podian los caballos seguir al perro muy de cerca. *Lindo*, despues de haber andado en línea recta hasta la cima del cerro, volvió de repente á lo largo de un barranco, hácia el lado del Mississipí. Sanders quiso hacer nuevas observaciones, pretendiendo que el perro se equivocaba, por no ser creible que el fugitivo hubiese salido del bosque para dirigirse á la llanura precisamente por uno de los puntos mas frecuentados. Pero Cook le respondió sonriendo que dejase hacer al animal, pues él sabia los deseos de su amo y no habia temor de que por esta vez se hubiese engañado.

Los cazadores, á cuya vista nada escapaba, no tardaron en distinguir claramente las pisadas de un hombre impresas aun en aquel terreno pantanoso. No quedaba por consiguiente la menor duda de que á poca distancia iban siguiendo los pasos del fugitivo.

Detúvose *Lindo* de repente, mirando á su alrededor y aguardando á su amo.

Tratando Cook y sus compañeros de darse cuenta de esta súbita detencion, fueron examinando con cuidado, y encontraron en el mismo sitio donde se habia parado *Lindo* inequívocas señales de la reciente presencia de los fugitivos. El terreno se hallaba mas en-

juto y apretado de lo regular, y se conocia todavía que en él se habia encendido fuego, á pesar de las precauciones que despues se habian tomado para ocultarlo á la vista de los transeuntes. Algunas plumas y huesos esparcidos á poca distancia atestiguaban, á mayor abundamiento, que allí se habia cocido una ave silvestre, sirviendo al parecer de almuerzo á los que en aquel punto se habian detenido.

—¡Magnífico! dijo Cook riendo á sus anchuras; se conoce que el bandido no tiene prisa, pues se ha detenido aquí á almorzar con la mayor tranquilidad. Mas, cómo no hemos oido el tiro con que se ha proporcionado el ave?

—Es que sin duda nos llevaba una gran delantera, contestó James; y solo á su glotonería podremos agradecer haber llegado á tiempo. Se habrá figurado sin duda que nadie se tomaria la pena de perseguirle.

—Vamos, adelante! no perdamos en fruslerías un tiempo precioso! *Lindo* se impacienta.

Cook tenia razon; el perro no cesaba de mirar á su amo con animacion y meneando la cola, como si hubiese querido decirle: «despachemos, nada tenemos que hacer aquí.»

Cook, que se habia apeado y examinaba atentamente el terreno, exclamó de repente:

—Poco á poco: estas pisadas no son todas de un mismo hombre; los que perseguimos son dos. Las unas son hechas indudablemente con zapatos, y las otras, mucho menos profundas, son de abarcas. Los zapatos tienen tacones muy altos. Si encontramos las mismas huellas fuera del barranco, donde la marcha de los bandidos ha sido mas rápida, para nada necesitamos el perro, yo me encargo de dar caza al de los zapatos.

Llevado de esta idea, puesto otra vez sobre la silla, partió como el rayo, inclinado el cuerpo hácia delante para explorar mejor el camino, precedido de *Lindo*, que á todo escape le iba dirigiendo.

Podiase, por lo tanto, esperar confiadamente el mas feliz resultado. A pesar del descanso que habian hecho, los fugitivos no habian perdido mucho tiempo; de suerte que sus perseguidores tuvieron que andar mas de una hora antes de encontrar cosa alguna que mereciese especial atencion. Mas, finalmente, detuvose *Lindo*, levantando las orejas y meneando la cola, al mismo tiempo que de-

jaba oir un sordo gruñido: era, pues, evidente que acababa de descubrir alguna cosa importante.

Detuvieron al mismo tiempo los cazadores los caballos, extendiendo la vista por todas direcciones. Cook fué el primero que despues de una grande exclamacion, metió espuelas al caballo gritando á sus compañeros :

—Vedles como corren ! adelante, es necesario cogerlos vivos!

—A ellos! contestó James, voy, en fin, á recobrar mi frasco. Pero, ved como corren! Bravo! mi buen perro; esta es la mejor partida de caza en que puedas encontrarte.

Disparáronse los caballos con una velocidad sin igual. Sanders no estaba acostumbrado á este violento ejercicio, pero el caballo que montaba no le dejó tiempo para reflexionar, conduciéndole, en su rápida carrera, por un terreno escabrosísimo y sembrado de precipicios. Pronto los campesinos y su huésped se hallaron á corta distancia de los fugitivos.

Desde el momento en que hemos dejado á Dan y Cotton huyendo en la direccion del Mississipí, los dos bandidos, atormentados por el hambre, encontraron por casualidad una bandada de aves silvestres, y no pudieron resistir al deseo de hacerles fuego, logrando matar la que, como hemos visto antes, se habian detenido á comer.

Desde entonces, Cotton se creia casi seguro con el auxilio del arma que le habia proporcionado su atrevido compañero. En cuanto á él, podian uno y otro descansar sin cuidado despues de haber comido, pero acosado por las vivas instancias de Dan, tuvo que decidirse á continuar la marcha despues de un breve alto. La colina en cuya cima se encontraban los dos bandidos era la que dominaba la granja de Lively, y en su ignorancia de la topografía del país habian tomado el camino que conduce á la granja por el que debia llevarles á Helena. Este error, que reconocieron mas tarde, les obligó á retroceder, haciéndoles perder bastante tiempo.

Mejor orientados, tomaron por un sendero á cuyo extremo habia un extenso lago. El lado de la colina por el que iban marchando era muy escarpado y poblado de espesos zarzales. A la verdad, si no se les hubiese perseguido, el lago no habria sido para ellos un grande obstáculo, porque doblando hácia el Este, habrian llegado sin dificultad á orillas del Mississipí, que en aquel punto forma una

revuelta hácia el Oeste. Cotton creia seguir el verdadero camino de Helena, por lo que despues de concluido el almuerzo, armado con su escopeta, empezó á andar á buen paso, seguido del mulato, que, mucho mas desconfiado que él, volvia á cada momento la vista á todos lados, sin disimular la inquietud que le dominaba.

—Si enhorabuena hubieseis seguido mi consejo, dijo Dan á su camarada, nos habríamos apoderado de los caballos, y con ellos tiempo ha que estariamos en el Mississipi.

—Era en efecto el mejor medio para dejar á nuestras espaldas las mas visibles señales que nuestros enemigos habrian podido seguir aun en medio de la noche. No, no, mejor hemos ido á pié; además de que luego que hayamos atravesado el rio, no nos será difícil hacernos con un buen par de caballos. Pero qué teneis, Dan? sois hoy mas cobarde que una vieja! A cada paso os deteneis á escuchar, y vuestro semblante parece el de un cadáver. Qué sucede pues? contestad! gritó Cotton aterrorizado á su pesar por el aturdimiento que veia retratado en el rostro de su compañero.

—Nada ois, Massa Cotton?

—Qué he de oir? vamos! no seais tan pusilánime. Diablo! os zumban los oidos, y por esto seguramente creereis oir...

—Lo que yo oigo, y muy distintamente, es el trote de algunos caballos.

—Que majadería! contestó Cotton con aparente tranquilidad, pero palideciendo al mismo tiempo: y de qué lado viene el ruido?

El mulato, sin contestarle, aplicó el oido al suelo, y levantándose de improviso, gritó con desesperacion:

—Huyamos! huyamos! estamos cercados! y sin aguardar á su camarada, empezó á bajar la colina, corriendo á mas y mejor.

Siguióle Cotton, persuadiéndose muy luego de que las observaciones del mulato eran exactas, pues á cada instante se percibia el ruido mas distintamente.

En medio de su sorpresa, no dejó de reflexionar Cotton que el único recurso que le quedaba para escapar á sus perseguidores era dividir su atencion. Poco le importaba que cayese en su poder el negro, con tal de que pudiese él salvar su pellejo; así que, viendo que Dan le adelantaba de algunos pasos, dió un gran salto desde la cima de una peña bastante alta y escarpada, precipitándose por un estrecho sendero, oculto casi entre la espesura. Esperaba con

esta arriesgada evolucion desaparecer de la vista de sus enemigos, y tal vez lo habria conseguido, atendida la imposibilidad de seguirle á caballo por aquel despeñadero; pero de una sola ojeada habia Cook reconocido su escopeta, así como en el hombre que la llevaba al famoso Cotton. Tenia el campesino perfectamente conocido el terreno; por lo que retrocediendo algunos pasos, empezó á bajar tambien la colina con el objeto de cortarle la retirada.

Sanders, mas preocupado por la suerte del blanco, que por la de su compañero, siguió á Cook, bien que á alguna distancia, y con todas las precauciones posibles.

El camino que Cotton habia tomado, escabroso y resbaladizo por demás, parecia impracticable para cualquier jinete; pero tales dificultades en nada cambiaron la resolucion de Cook.

Acostumbrado desde sus primeros años á la caza del oso, adelantaba sin pararse en los peligros que le cercaban. Muy al contrario, Sanders hacia inútiles esfuerzos para detener la marcha de su caballo. El bravo animal, sin embargo, no quiso de modo alguno abandonar á su compañero, obligando, por lo tanto, al que lo montaba á tomar en aquel suceso mayor parte de la que probablemente deseaba.

La escabrosidad del terreno habia dado efectivamente á Cotton alguna ventaja, que los caballos se apresuraron no obstante á quitarle luego que lo permitió el camino. Desde aquel momento la captura del fugitivo parecia inevitable. Cook, tocándole casi con su caballo, le gritaba que se rindiese sin obligarle á recurrir á la violencia. *Lindo* por su parte queria tambien arrojarse sobre el bandido á pesar de las repetidas prohibiciones de su amo.

Cotton entretanto habia desenvainado su puñal haciendo temer á Cook á cada momento la muerte de su fiel perro si no lograba contener su impetuoso arranque. Sin embargo de que tenia el bandido en sus manos la escopeta de su perseguidor, no le ocurrió valerse de ella, persuadido de que disparar en la velocidad de su carrera era perder inútilmente el tiro. Decidió por lo tanto dar la cara á los que le perseguian, á fin de examinar su direccion y poder hacer fuego con alguna probabilidad de buen éxito.

Cotton era uno de los mas hábiles tiradores del Arkansas; por lo que, fiado en su destreza, paróse de repente, y apuntando á Cook, que iba delante, disparó su escopeta. No fué mala la puntería; pero

la velocidad de su carrera le habia alterado el pulso, el sudor iba cayendo gota á gota sobre sus párpados, oscureciéndole la vista. La bala rozó silbando la sien izquierda de Cook, yendo á atravesar el sombrero de Sanders.

Un grito de alegría, que dejó escapar el campesino, dió á entender al bandido el ningun resultado de su tentativa, obligándole á emprender de nuevo la fuga. Pero el momento decisivo habia llegado. Cook intentó disparar á su vez, mas conociendo que esto era imposible, cogió el arma por la extremidad del cañon, y levantándola en el aire, iba á descargar un terrible golpe sobre la cabeza del malhechor. Por desgracia el caballo de Cook enredando una de sus patas en una maleza que se hallaba al paso, tropezó, lanzando á su jinete precisamente á los piés de Cotton, que se habia hecho á un lado, para evitar el golpe que contra él se asestaba. Todo se habia vuelto de una manera fatal contra el valiente campesino. El miserable á cuyos piés se hallaba tendido, llevado de sus feroces instintos, se disponia á hundir el puñal en el cuerpo de su enemigo, á pesar de la desesperacion del perro, cuando oyó á Sanders que adelantaba hácia él.

Muy distante estaba este de abrigar las intenciones que le suponia el bandido, quien solo vió en él un nuevo enemigo; pero como sus fuerzas se hallaban extenuadas por la fatiga, y pudo en su ánimo mas el instinto de conservacion que el deseo de la venganza, tomando su escopeta descargada, la arrojó con toda su fuerza al perro, que se alejó aullando, y arrebatando en seguida el arma que tenia Cook en la mano, se precipitó de nuevo por la escarpada pendiente. Llegado al fondo del barranco, volvió atrás la vista, viendo con indecible satisfaccion que su segundo enemigo habia dejado de perseguirle. Cobró entonces alguna esperanza, y salvando á todo correr la otra colina, encontróse en el llano pantanoso.

La evolucion de Cotton habia disminuido la mitad el número de los que perseguian á Dan, dejando á este indeciso acerca de sí deberia seguir á su compañero, con quien no habian convenido previamente el punto de reunion, caso de que se viesen obligados á separarse. Poco tiempo tuvo sin embargo para reflexionar, porque muy pronto oyó cerca de sí la voz de James, que le gritaba:

—¡Ah! perro maldito! no te me escapas!

A estas palabras volvió el mulato á emprender la fuga. Algunos pinos caidos obstruian el paso, y aun cuando iba salvando dichos obstáculos, corriendo como un desesperado, los caballos adelantaban mas que él. El miserable se hallaba á solos veinte pasos de sus perseguidores. En este momento fué cuando oyó un tiro en lo alto del cerro. Creyó Dan que esto iba á decidir la victoria á favor de su compañero, lo cual era su última esperanza, pues, como habia visto que eran únicamente dos los que le seguian, no se daba por vencido aunque tuviese que luchar con ellos en el último extremo. Parándose pues detrás de un pino, sacó su pistola, gritándoles con voz temblorosa por la emocion y la fatiga:

—Alto, ó abraso al primero que se acerque.

Los Lively eran demasiado animosos para temer semejante amenaza; mas como conocian que la caza tocaba á su término, y que era imposible que el fugitivo les escapase, creyeron innecesario exponerse imprudentemente á la rabia del bandido. Acostumbrados á guerrear contra los indianos, siguieron la táctica empleada en tales escaramuzas. Al ver que el mulato se refugiaba detrás del árbol, apeáronse é hicieron otro tanto á fin de ponerse á cubierto de sus disparos, al mismo tiempo que, ocultos uno y otro detrás de los árboles, vigilaban sus menores movimientos.

Pensaba Dan salvarse emprendiendo otra vez la fuga; mas felizmente para él, antes de hacerlo miró por todas partes distinguiendo la escopeta del anciano Lively apuntada é inmóvil como si estuviese clavada entre los dos brazos del que la llevaba. El mulato echóse precipitadamente al suelo para evitar el tiro.

—James! gritó el anciano sin separarse del árbol, ese tunante va á hacernos perder la paciencia. Yo solo descubro su pistola: tírale tú á las piernas sin descubrir demasiado el cuerpo.

—No tengais cuidado, padre, no se atreverá á disparar. Estoy preparado, y si llego á descubrir una sola pulgada de su cuerpo, allí irá á clavarse mi bala.

Por bastante tiempo aun guardaron estos tres hombres sus respectivas posiciones. Los Lively habian oido el tiro, y antes de decidirse á obrar por su parte habrian deseado saber cuál era el resultado de la persecucion de Cook.

Lo mismo el padre que el hijo estaban convencidos de que era imposible que el mulato se les escapase. James llevó á sus labios

el cuerno de caza, y pronto pareció Sanders, cuyo caballo cubierto de espuma iba saltando á través de la espesura.

Al oir Dan el galope, inclinóse un poco para poder ver á su nuevo enemigo, y en aquel mismo instante disparó el anciano Lively, resonando en el bosque el ruido del tiro. El campesino habia apuntado al árbol llevándose la bala un pedazo de corteza con el objeto de intimidar al bandido, y obligarle á rendirse. Dan, creyendo evitar asi el peligro hízose á un lado, olvidando la presencia de su segundo enemigo; disparó entonces James con la prontitud del rayo, y el infortunado mulato, cuya pierna habia atravesado la bala, cayó exhalando profundos gemidos.

Habíase propuesto únicamente el jóven poner al fugitivo fuera de combate, y de ningun modo matarle. Este era el momento en que acababa de llegar Sanders á aquel sitio, con sus rubios cabellos puestos en desórden, y su fina levita hecha jirones. Dió un grito salvaje, y cogiendo su carabina, saltó del caballo, acercándose al herido con la resolucion de rematarle, disparando á quema ropa. Levantó el mulato el brazo para desviar el tiro, al mismo tiempo que James, deteniendo á su compañero, le dijo:

—Cómo se entiende, caballero! seriais capaz de asesinar á un hombre herido que no puede defenderse?

—Dejad que le despache, gritó Sanders con furor descargando al propio tiempo un terrible golpe, que parado tambien por el mulato, le lastimó terriblemente el brazo. Quereis perdonar á uno solo de estos miserables, cuando vuestro hermano yace exánime en el fondo del barranco?

—Cómo! Cook ha sido muerto? exclamó James soltando el brazo del falso M. Hawes.

Resuelto Sanders á acabar con el desgraciado mulato, levantó por tercera vez el arma para asestar de nuevo sobre su cabeza un golpe mortal; pero en aquel instante detúvole el anciano Lively, quien sin la menor ceremonia le arrancó la carabina de las manos arrojándola á larga distancia. Interponiéndose luego entre él y el mulato, que se habia desmayado, le gritó con cólera:

—Caballero, ya que os hallais entre gente honrada, portaos tambien como hombre honrado! Este infeliz es nuestro prisionero.

—Pero él ha asesinado á vuestro yerno.

—Os engañais, vedle que baja del cerro y se dirige hácia nosotros, contestó tranquilamente el anciano.

En efecto, Cook, que habia oido el tiro, pareció á pié, corriendo la sangre por su frente, y teniendo en la mano su escopeta que acababa de recobrar del bandido Cotton.

Con visible enojo preguntó á Sanders por qué no habia ido á auxiliarle despues de su caida, ó á lo menos por qué no habia hecho fuego contra el fugitivo; pero Sanders contestó que este se hallaba ya demasiado léjos, y que habia creido á Cook mortalmente herido.

—A fe, pues, que arguye sentimientos muy poco humanos dejarme así abandonado en medio de la maleza, contestó el campesino con despecho.

Refirió Cook en pocas palabras lo que le habia sucedido, lamentándose de que su caballo le hubiese tirado precisamente en el momento crítico. Por lo demás su parecer era que debian renunciar á proseguir la caza, porque *Lindo* rehusaria seguir la pista de un hombre blanco. Por otra parte, el golpe que habia recibido el pobre animal al querer arrojarse sobre el bandido, le habia causado una gran contusion que le permitia apenas andar.

Acordóse por lo tanto trasladar en seguida el mulato á la granja en razon de hallarse á demasiada distancia de Helena, y que una vez en su casa decidirian lo que debia hacerse.

La bala habia atravesado el muslo del mulato, por cuya herida chorreaba abundantemente la sangre. Sin embargo mayor gravedad tenia el golpe recibido en el brazo, pues se lo habia roto junto á la muñeca. El anciano Lively vendó las heridas lo mejor que pudo, continuando el mulato desmayado y dejando conocer que vivia tan solo por los débiles latidos de su corazon. Tomó las mantas de los caballos á fin de habilitar una camilla para trasladar al enfermo, y de este modo púsose en marcha la pequeña cabalgata volviendo á atravesar el terreno escabroso que habian antes tan precipitadamente recorrido.

James empero no podia conformarse con la idea de que Cotton dejase de ser perseguido, por lo que resolvió seguirle de nuevo la pista lo mas léjos que fuese posible. Encargó á su padre que le excusase con las señoras porque el asunto no admitia dilacion, y echándose al hombro la escopeta saltó sobre un caballo, continuan-

do la persecucion con toda la prudencia de un experimentado cazador.

Encontró á pocos pasos algunas gotas de sangre, de lo que dedujo naturalmente que Cotton estaria herido. Estas manchas seguian hasta una piedra, en la cual se habria detenido sin duda el fugitivo, creyéndose en seguridad para vendar su herida.

James comprendió entonces que era preciso poner en juego toda su habilidad para obtener un buen resultado en sus pesquisas, y presentarse victorioso á su casa.

XIV.

Orgía y fuga de María.

Casi á la misma hora que Tom Barnwell dejaba Helena para dirigirse á Montgomery's-Point, salia una barquilla por entre la verde llanura de la isla misteriosa, dirigiéndose hácia la orilla del Estado de Arkansas.

Solo dos personas iban en ella: el negro Bolivar y el mulato Olyo. Remaba el primero vigorosamente, mientras se mantenia el segundo de pié en el timon. Vestia Olyo una especie de librea de color gris, guarnecida con tiras encarnadas, teniendo á su lado un casquete del mismo color, y resguardando su cabeza de los ardientes rayos del sol con un sombrero de paja de anchas alas. Bolivar, al contrario de su camarada, parecia no sentir el calor, antes bien, habríase dicho que le recreaba, pues se habia desnudado de toda su ropa, dejando su cuerpo negro y vigoroso á la libre accion de un sol abrasador.

En el fondo de la barquilla, entre algunas barras de plomo, veíase una cosa parecida á un saco.

Ninguna simpatía existia entre ambos bandidos, por lo que mientras el negro bogaba con los ojos inclinados, sin dirigir palabra alguna á su compañero, Olyo silbaba una cancion de su país, afectando el mas indiferente desden.

Olyo, como hemos dicho, pertenecia á la raza mulata, esto es, circulaba por sus venas sangre española é indiana; siendo en la

América del Norte considerada esta variedad de la especie humana superior á la de los negros. Su bella protectora, la esposa del jefe, le trataba con todo el cariño de una madre, y á esto era debida la extremada arrogancia con que trataba el jóven á los piratas todos de la isla, aun á los que pertenecian á la raza blanca.

Bolivar, otro de los negros que formaban parte de la cuadrilla, se hallaba en una condicion inferior de mucho á la del jóven mulato, cuya insolente tiranía tenia que sufrir con frecuencia, sin obtener jamás justicia del capitan Kelly, y sin lograr siquiera que Georgina diese oido á sus quejas. No era extraño por lo tanto que abrigase contra el jóven un secreto deseo de venganza. Fijábanse de vez en cuando los ojos del negro en su compañero, revelándose en su semblante una expresion brutal de triunfo, que contrastaba con la hermosa figura del jóven, de rubios cabellos. La feroz sonrisa del negro nada de bueno presagiaba para el pobre Olyo.

Bolivar fué el primero en romper el silencio: apoyándose sobre los dos remos, dirigióle con altanería estas palabras:

—Poned derecho el timon; gracias á vuestra torpeza tengo que trabajar doble, y por mil diablos! que no es cosa de remar tan desesperadamente con este calor tropical.

—Bah! no hay cuidado de que el sol ponga mas negro vuestro pellejo! Desarmad vuestro remo de la derecha: me ois, Bolivar? Bogad solo con el de la izquierda, imbécil! Cada dia entendeis menos el modo de dirigir bien una embarcacion.

—El desembarcadero no está tan cerca como os figurais, contestó el negro; hay todavía bastante distancia, pues se halla junto á la arboleda que empezamos á descubrir. Mirad bien; es en aquel mismo sitio donde las cañas llegan hasta el agua; hay allí una pequeña bahía en la que podremos dejar la barquilla. Así pues, cuidado con el timon, y sino quitadlo y dejadlo ahí en el suelo.

—Hola! hola! viejo mal criado! desde cuándo tanto atrevimiento? vamos, remad fuerte: dónde encontraré mi caballo?

—Os lo diré cuando hayamos desembarcado.

—Sabeis el camino?

—Lo hallareis al oeste, quinientos pasos mas allá.

—Pero hay algun otro á derecha ó á izquierda?

—No, dijo secamente Bolivar, es imposible que os equivoqueis en el camino que vais á tomar.

Dióse Olyo por satisfecho, poniendo toda su atencion en dirigir la barquilla, mientras Bolivar miraba los barcos que se iban apartando de la costa. Hallábanse á la vista dos ó tres schooners remontando lentamente el rio. La barquilla seguia la corriente que era mas rápida al acercarse á la tierra, obligando á Bolivar á bogar con todas sus fuerzas.

—Poned el timon en el centro, gritó al mulato; así, bueno, mas aun, ó la corriente nos va á arrastrar al pié de aquel algodonero.

La marea sube, contestó Olyo contemplando la espumosa superficie del agua... Qué estais haciendo Bolivar! deteneos, maldito negro! me llevais por entre las ramas mojadas, gritó Olyo al ver que el negro daba la vuelta para introducir la barquilla en un estrecho paso, oculto casi por las cepas de la viña que tenia á ambos lados.

—Mas mojado te has de ver murmuró Bolivar entre dientes.

Un minuto despues de pronunciada esta amenaza, levantó el negro bruscamente los remos: la barquilla se hallaba en medio de una verdura encantadora, oculta á los ojos de todo el mundo.

Un grito agudo, sofocado casi instantáneamente, dejóse oir entre el follaje, distinguiéndose el ruido de una lucha desesperada. Agitáronse las altas cañas removiéndose el agua de la pequeña bahia como si un gran pez la hubiese alborotado con su formidable cola.

De repente cesó el ruido; recobraron los árboles su inmovilidad, el agua su calma, sucediendo el mas profundo silencio á aquella agitacion desconocida.

Pocos instantes despues la barquilla de la isla misteriosa abríase paso por entre el espeso ramaje.

El negro iba solo en ella.

Los ojos parecian saltarle de la cabeza; cubria un copioso sudor todo su rostro: enjugábase la frente procurando recobrar el aliento, mientras la barquilla adelantaba impelida por la corriente. Volvió luego á tomar los remos, dirigiéndose hácia la ribera del Arkansas.

Llegó por fin á la orilla, y acercándose á un árbol caido, sujetó á él la barquilla. Vistióse apresuradamente, cayéndole dos cartas que tenia en uno de sus bolsillos. Bolivar no sabia leer, y sin embargo estuvo examinando largo rato el sobrescrito de dichas cartas. Una de ellas estaba manchada de sangre. Procuró Bolivar borrar esta mancha aplicando sobre ella la punta de su dedo mojado y fro-

tando suavemente, pero solo consiguió extenderla mucho mas. Ocurrióle la idea de arrojar al agua este papel acusador, mas despues de alguna reflexion, decidióse á guárdar otra vez en su bolsillo aquellos dos pliegos.

Al salir el negro de la barquilla, dirigiendo una mirada al sitio que en ella habia ocupado Olyo, vió el casquete del mulato, que se apresuró á recoger. Buscaba despues alguna cosa que al parecer no encontraba. El plomo y el saco habian desaparecido; solo se veian en la barquilla los remos y el sombrero de Bolivar.

—Es preciso que me desembarace de todo esto sepultándolo en el fondo del agua, murmuró el negro; y sacando una gran navaja, abrióla diciendo: pocas hay que valgan tanto; pero no hay remedio! Y atravesando el casquete con la hoja arrojólo todo al rio.

Tomó entonces otra vez los remos, dirigiéndose tranquilamente á la isla de que habia poco antes salido.

Era aquel dia festivo para los bandidos.

Habian hecho durante la víspera una buena presa; esperaban dentro poco otra mejor y, para decirlo de una vez, los jefes se hallaban ausentes.

Con tan buenos auspicios, entregóse la cuadrilla á toda clase de excesos y locuras. Pedro, que era el único que conservaba la razon, hacia inútiles esfuerzos para contener á sus camaradas. En vano les recordaba las funestas consecuencias que podria acarrear aquella espantosa gritería, si por casualidad llegaba á oidos de los que navegaban por el rio; pues los bandidos nada atendian, contestando que no era la primera vez que se oia en la isla aquel ruido, y que nadie habia parado en él la atencion, por creer aquel sitio enteramente inhabitado. Además de que, añadian, estaban tomadas todas las medidas para hacer imposible el desembarque en la isla.

No sabiendo Pedro que partido tomar, habia ido varias veces á suplicar á la esposa del capitan se presentase en medio de los piratas, para restablecer el órden; mas Georgina se habia negado á hacerlo, persuadida de que Kelly estaria cuanto antes de vuelta.

Durante este tiempo Bolivar habia desembarcado, y despues de haber ocultado la barquilla, encaminóse á la «casa de los célibes,» donde fué recibido con estrepitosas aclamaciones. Por lo comun era Bolivar reservado, evitando en lo posible todo roce

con los blancos, que le despreciaban por su diferente raza; pero en el actual estado de su conciencia, aquella orgía llenaba completamente sus deseos. Brillaban sus ojos con un fuego salvaje, y dando una especie de grito de guerra, como si se hubiese encontrado en un campo de batalla en el Congo ó en Guinea, tomó el vaso lleno de aguardiente que le ofrecian, vaciándolo de un sorbo.

—¡Hurra! gritó uno de los bandidos natural del Illinois. ¡Hurra! ahí vá el famoso buitre! pero á ese paso vais á desocupar el tonel en pocos instantes. Descansad, ambulante cubo, hermoso copo de nieve, descansad y conversemos amigablemente.

—Prefiero vuestro aguardiente á vuestra conversacion, contestó el negro. Dame la botella. Este *brandy* es excelente; de qué país es? probablemente de algun estado del Norte.

—Ha! ha! este gentleman de color de chocolate tiene una nariz muy fina! contestó el ciudadano de Illinois; de un extremo al otro de la mesa huele el guisado. Como sabe que detuvimos á su paso por la isla un gran barco procedente del Norte, se imagina que este fino aguardiente pertenece á aquel cargamento. Pero, amigo mio, si quereis continuar bebiendo de este modo, habeis de ganar vuestra parte de presa.

—Dejaos de tonterias, Corny; dadme la botella, tengo sed.... no quereis? guardaosla pues: ya me arreglaré.

Bolivar volvió la espalda al bandido para dirigirse á su habitacion, situada al lado de la del capitan; pero Corny le cerró el paso, teniendo en la mano izquierda la botella de aguardiente, y cogiendo con la derecha el brazo del negro, le dijo con festivo acento:

—Poco á poco, mi bello Adonis de alabastro; no podeis esta tarde separaros de mí tan bruscamente. Cuando habeis llegado, estaba yo ponderando á nuestros camaradas la fuerza extraordinaria de vuestra cabeza, es decir, de vuestro cráneo, no de vuestro cerebro, mi pobre Bolivar, nada mas que del cráneo, y tengo empeño en probar la exactitud de mi aserto. Recordais, viejo cuervo, el dia en que de un solo golpe con vuestra frente partisteis en dos mitades un queso? pues sabed que estos imbéciles se resisten á creerlo! Yo he apostado veinte dollars que volvereis á hacerlo: quereis ayudarme á ganar la apuesta, hermoso copo de nieve? Si consentís nos partiremos la ganancia.

—No estoy de humor esta tarde para tales juegos, Corny; y sobre todo, por veinte miserables dollars! hoy llevo ya ganados muchos mas de los que cabrian en vuestro sombrero. Veinte dollars... ¡Bah!

Hablando así, hizo Bolivar un gesto de desprecio, disponiéndose á salir. El pirata Corny no era hombre de soltarlo tan fácilmente; así que continuó reteniéndole, y sacando de su faltriquera un magnífico puñal, le dijo:

—Mirad, Bolivar, qué os parece este hermoso puñal? consentís, para ganarlo, en hacer un favor á un amigo?

Los bandidos se habian levantado, formando corro al rededor de Bolivar, á quien procuraban unos animar, mientras afirmaban otros, riendo, que era imposible hacer lo que se le proponia, adelantándose algunos á sostener que Corny mentia como un bellaco.

Bolívar, sin hacer el menor caso de súplicas ni sarcasmos, tomó el puñal y empezó á examinar con curiosidad su brillante hoja. Era un yatagan turco, con puño de oro y plata, ricamente esmaltado. Un sultan habria estado orgulloso de poseer semejante arma.

Si Bolivar hubiese conservado entera su razon, á buen seguro no habria dejado de sospechar, al ver que Corny le ofrecia un objeto tan precioso en cambio de servicio tan frívolo; mas, los reiterados sorbos de aguardiente, no menos que el recuerdo de que se hallaba desarmado por haber echado al rio su cuchillo, contribuyeron á que se prestase á lo que de él se exigia. Tomada su resolucion, paseó su mirada por todo el aposento, encendiéronse sus ojos, dió un grito que mejor parecia un aullido, y tirando al aire su sombrero de paja, dijo en aire de triunfo:

—Hurra! camaradas, Bolivar va á enseñaros de qué modo se parte un queso con la cabeza. Hay alguno que queria aumentar la apuesta?

Recibió la asamblea estas palabras con ruidosas demostraciones, y desde aquel momento el tumulto llegó á su colmo. Bolivar confundióse en medio de los piratas, blandiendo en su mano la seductora arma; su negro rostro contrastaba notablemente con la blancura de sus dientes, que se oian rechinar mientras entonaba la célebre cancion de *Jim'-Crow*, acompañando cada verso con espantosos saltos. Con áspera y estridente voz, empezó una especie de cantata muy usual entre los habitantes de su pais, cuyo mé-

rito armónico consiste principalmente en la absoluta falta de armonía. Los recuerdos sin embargo que excitaban en la mente del cantor, sino las notas, las palabras de aquella extraña composicion, parecian animarle hasta un punto inconcebible para los demás, ya que para ellos no podia tener otra significacion que la de una grotesca demostracion, propia á lo mas para una funcion cual la que se estaba celebrando.

La nota con que terminó el negro su copla la prolongaba con toda la fuerza de sus pulmones, mientras continuaba saltando y brincando desesperadamente, á fin de hacerse mas acreedor á los furiosos aplausos de los bandidos, que seguian formando círculo á su alrededor:

—No griteis de esa manera, repitió de nuevo Pedro cogiendo á Bolivar por el brazo: vais á desgañitaros y á volvernos sordos. Oiríase vuestra voz de una orilla á otra del Missisipí.

Pero el negro, sin prestar oidos á esta advertencia, desasióse de su camarada, continuando su cancion con una voz mucho mas chillona aun.

Léjos de producir el menor efecto la amistosa reprension que acababa de dirigírsele, pareció por el contrario ser para el negro un nuevo incentivo, puesto que creciendo cada vez mas su frenético entusiasmo, entonó la segunda copla de su favorita cancion, acompañándose con los mas ridículos gestos y ademanes, dando con ellos á conocer todo lo repugnante de las danzas que en aquel momento se proponia indudablemente remedar.

Rendido empero por la fatiga, quiso descansar un momento.

—Bravo! magnífico! gritaron á una voz todos los bandidos. Es necesario que Pedro tambien baile.... Hurrah por Pedro!

—Silencio, os digo, silencio! gritó Pedro, cuya voz dominó por un momento la de los demás.

—Venga el queso! gritó el bandido de la Union; Bolivar quiere saludarlo á la moda de la China; venga el queso!

Salieron corriendo tres ó cuatro de los bandoleros volviendo á entrar al instante con un queso de los llamados *western reserve-cheeses*, que acostumbran hacerse en los Estados del Norte, particularmente en el Ohio y en la Pensilvania, de forma redonda y diámetro de cerca dos piés por cuatro ó cinco pulgadas de espesor. Cubria dicho queso una corteza de color amarillo oscuro, dura y

elástica, comprendiéndose al verlo que no era imposible partirlo en dos mitades por medio de un violento golpe en cierto punto. Bolivar habia muchas otras veces ejecutado esta habilidad, y fácil le era por consiguiente repetirla en aquella ocasion.

Una de las particularidades mas notables de la raza africana es, en efecto, la dureza y flexibilidad del cráneo, pues no hay duda que apenas hacen en él mella golpes que bastarian á romper la cabeza de un blanco como la cáscara de un huevo. Cuando dos negros se baten cuerpo á cuerpo, les sirve la cabeza de arma ofensiva, á lo menos tanto como los puños; arremetiéndose de la misma manera que lo hacen los carneros, produciendo con el choque un ruido capaz de causar jaqueca á un blanco. Corny, que seguia animando á Bolivar, se proponia en todo esto jugarle una broma muy pesada.

A indicacion suya, uno de los bandoleros colocó el queso encima de una caja de azúcar, y Bolivar, que habia dado ya la quinta embestida al aguardiente, dió dos saltos extraños colocando en su cintura el puñal que consideraba ya ganado. Cogiendo luego el queso con ambas manos, hizo atrás la cabeza cuanto le fué posible, descargando luego con la frente tan violento golpe sobre él, que rota la corteza pasó su cabeza entre los dos trozos en que quedó dividido.

Una lluvia de aplausos acogió el triunfo de Bolivar, quien con aire victorioso arrojó los trozos del queso á los piés de sus compañeros:

—Tomad; con la nariz tengo bastante para partir una cosa tan blanda.

—Teneis razon, esto no es mas que leche cuajada, dijo un hombre gordinflon originario de la Indianía: apuesto que no lo hariais con un verdadero queso de mi país.

—¡Cómo! gritó Corny despues de lo que acabais de ver os atreveis aun á apostar contra Bolivar? Qué hay pues de extraordinario en vuestro miserable país? venga un queso de la Indianía; doy por él cinco dollars. Que elijan el mas duro que se encuentre, y yo apuesto todo lo que se quiera que Bolivar lo partirá con la misma facilidad que hundiria la copa de un sombrero de Nueva-York. ¡Hurrah! Bolivar: vamos á manifestar á estos simplones de lo que sois capaz.

—¡Hurrah! balbuceó el negro, cuyos ojos brillaban de una manera extraordinaria: ¡hurrah! venga pues vuestro queso. Vamos, despachad : dónde está?

—Aquí lo teneis , fanfarron , contestó el regordete dejando sobre una mesa arrimada á la pared un queso de nueva especie: si conseguís partir este como el otro, consiento en que me tengais por loco rematado.

—¡Hurrah ! compadre Bolivar, gritó Corny deteniendo al negro que se disponia sin mas preparativos á obtener su segundo triunfo. Deteneos, amigo mio, he pagado demasiado caro este queso para que al comerlo desee encontrar entre mis dientes vuestros lanosos cabellos. Habeis de permitirme por lo tanto que lo cubra con mi pañuelo.

—Cubridlo con una manta si quereis, contestó el negro.

Mientras los otros lo rodeaban provocándole con sus pullas para distraer su atencion, Corny cambió prontamente el queso, poniendo en su lugar una piedra de molino del mismo diámetro y espesor, cubriéndola con el pañuelo.

—Envolvedlo con una manta, gritó otra vez el negro, ya que tanto horror teneis á la lana africana.

—No has de tocarlo con las manos, advirtió el de la Indianía, pues romperia la corteza que es precisamente lo que ofrece mayor resistencia.

—Oh ! oh ! exclamó el negro, un hijo de Guinea va á enseñaros de qué modo se parte en dos mitades un queso de la Indianía. A un lado, majaderos, á un lado. Y luego continuó su cancion.

Si aguda habia sido su voz en las dos anteriores coplas, fué, al cantar la tercera, mucho mas animada aun, como para celebrar anticipadamente el nuevo triunfo que tan próximo consideraba. Ni siquiera por esta vez atrevióse Pedro á dirigirle amonestacion alguna, persuadido sin duda de la ineficacia de sus esfuerzos. Despues de haber extendido su mirada victoriosa sobre cuantos le rodeaban, á quienes parecía compadecer por su obstinada incredulidad:

—¡Hurrah ! por el antiguo país de Virginia, gritó Bolivar. Cruzando luego las manos á la espalda, con los ojos cerrados y la cabeza inclinada hácia atrás, dispúsose á repetir el golpe, mientras los demás le contemplaban silenciosos, al ver caer su cabeza con la rapidez de una saeta sobre la piedra que cubria el pañuelo.

El golpe era para aturdir á un toro. Bolivar cayó de espaldas como herido por una bala de cañon, permaneciendo tendido en el suelo casi sin sentido. Algunos minutos despues levantóse lentamente, en medio de la rechifla de sus crueles compañeros. Parecia que nada comprendia de cuanto le acababa de suceder. Sentia sin duda un fuerte dolor en la cabeza, pues se apretaba las sienes con ambas manos, teniendo los ojos cerrados.

Al abrirlos, fijó su mirada sobre la piedra, de la que se habia quitado ya el pañuelo. Dirigió entonces la vista con la mayor tranquilidad á los bandidos que hacian resonar la sala con sus extraordinarias risotadas.

Comprendió por fin el negro que acababa de ser víctima de una infame traicion. Corny se acercó para preguntarle con aire burlon si le parecia que el queso se habria secado por largo tiempo en el sol.

Esta imprudente pregunta le dió á conocer tambien el autor del atroz suplicio que se le habia querido hacer sufrir, y antes de que nadie pudiese detenerle, ni sospechar siquiera sus intenciones, precipitóse con la velocidad del rayo sobre Corny, á quien de un solo puñetazo hundió los dientes hasta la garganta.

Tomaron los demás bandidos la defensa de Corny, pero Bolivar continuaba teniéndole sujeto, y solo despues de grandes esfuerzos pudieron obligarle á soltar su víctima, que, cubierta de sangre, cayó en los brazos de sus camaradas.

Resistíase el negro con desesperado furor contra los ataques de sus numerosos enemigos; procuró desenvainar el puñal que tenia en la faja: tuvo sin embargo que ceder finalmente al número, viéndose muy luego desarmado y atado de piés y manos. Los amigos particulares de Corny pedian á voz en grito la inmediata muerte del negro, que se habia atrevido á llevar su mano sobre un blanco.

Pedro habia hecho cuanto estaba de su parte para calmar el tumulto; mas viendo que nada adelantaba, fué de nuevo á encontrar á Georgina, reclamando su intervencion. Expúsole, para decidirla, que él no respondia de las consecuencias de aquella riña.

Verdaderamente poco habia que temer de los barcos que se encontrasen en el rio, pero soplaba el viento de la parte del Arkansas y era fácil hubiese cazadores en las márgenes de uno ú otro Estado. Añadió Pedro que Kelly habia terminantemente encargado que se

observase la mayor vigilancia, á fin de estar prevenidos contra algun peligro que él sin duda consideraba inminente. Concluyó por declarar á Georgina que ella era la única persona que podia en aquella ocasion contener el furor de aquella desenfrenada cuadrilla.

—Mas qué será de María si la dejo sola? dijo Georgina con ansiedad.

La infeliz prisionera, que se hallaba bajo la custodia de la esposa de Kelly, veíase acurrucada en un rincon, pálida como la muerte y con los ojos enjutos. Habia hecho para escapar de su cautiverio innumerables tentativas que Georgina habia constantemente frustrado. Merced á esta vigilancia, la infortunada jóven no habia hecho el menor movimiento desde la mañana, pareciendo no observar hubiese persona alguna á su alrededor.

—No paseis cuidado por ella, pues no creo se atreva á menearse del sitio en que se halla, contestó Pedro echando una compasiva mirada sobre la desgraciada jóven. Solo faltaba este nuevo embarazo: una mujer! una loca!

Oyéronse en aquel instante terribles gritos que acabaron de alarmar á Pedro y Georgina. Al oirlos, tiró esta un chal sobre sus es paldas, saliendo precipitadamente para restablecer el órden entre los bandidos, á cada momento mas furiosos.

Apenas entró en la sala, los mas indiciplinados se levantaron respetuosamente, cesando el ruido como por encanto. La imponente y majestuosa talla de aquella hermosa mujer era muy á propósito para infundir respeto á los bandidos; y el aspecto de su figura mágica con sus facciones expresivas, su negra y lustrosa cabellera cayendo en gruesas trenzas sobre un cuello de cisne, la viveza de sus ojos despidiendo un brillo irresistible bajo sus arqueadas cejas, todo conspiraba á aterrar al que se hubiese atrevido á desconocer la autoridad de que se hallaba investida durante la ausencia de Kelly.

El negro continuaba luchando desesperadamente para librarse de sus perseguidores, cuyos esfuerzos reunidos podian apenas resistir á su hercúlea fuerza.

—Qué os ha hecho ese hombre? preguntó finalmente Georgina levantando la voz. Cuál es la causa de semejante tumulto?

Todos los bandidos querian contestar á la vez, produciendo esto una confusion á que puso fin Pedro, refiriendo brevemente lo que

habia sucedido. Al hablar de la agresion de Bolivar, empezaron otra vez los gritos.

—Muera este bruto, que se arroja como una pantera sobre los hombres!

—Y qué hombres hay aqui? gritó atrevidamente Georgina clavando los ojos en los jefes del tumulto. Es de hombres vuestra conducta? no cuidándoos sino de satisfacer vuestras pasiones y vengar vuestros mezquinos rencores cuando el enemigo nos cerca por todas partes? Acaso no habeis ofendido al negro de una manera cruel? Deja de morder la serpiente si se la aplasta con los piés? Volved á vuestros puestos. El capitan va á llegar de un momento á otro, y bien sabeis lo que sucederia si estuviese él en mi lugar. Recordad que el que ose infringir nuestras leyes será severamente castigado: yo os lo juro! y sabré cumplir mi juramento. Si el negro tiene culpa, Kelly le juzgará, y no seré yo quien le defienda. A su llegada examinará el capitan el asunto; pero entretanto yo os mando que permanezcais quietos.

A estas enérgicas palabras obedecieron los bandidos, no sin cierta repugnancia; pero desde entonces dejaron tranquilo al negro. Al volverse Pedro para acompañarla, vió á María que salia de la habitacion de Kelly. La pobre loca llevó la mano á su frente lívida para apartar de su rostro su desordenada cabellera. Detúvose un momento mirando la multitud reunida en la «casa de los célibes;» soltando luego una frenética carcajada atravesó con increible rapidez el espacio, desapareciendo entre la quinta y sexta cabaña.

Fué tan súbito este movimiento, que Pedro se hallaba indeciso entre la realidad y la ilusion; pero Georgina, cuya mirada habia seguido la del bandido, descubrió el vestido de María en el mismo momento que desaparecia detrás de la cabaña, y adivinando lo que acababa de suceder, gritó, señalando el punto donde habia divisado á la fugitiva:

—Corred! Pedro, Bolivar, Westley, seguidla, detenedla!

Obedeció Pedro sin vacilar seguido de los piratas que se hallaban menos ébrios, aprovechándose los demás de esta buena ocasion para retirarse tranquilamente. Solo Bolivar permanecia al lado de Georgina, teniendo aun atados los brazos. La esposa de Kelly se apresuró á desatarlo á fin de que pudiera correr tras la fugitiva,

pues era sumamente importante impedir á toda costa su salida de la isla. Mas el negro, atontado por el aguardiente, aturdido por el terrible golpe dado contra la piedra, y rendido por las fatigas de las lucha, dió algunos pasos bamboleando, hasta que cayó como herido de un rayo.

Georgina, viendo así contrariados sus designios, salió corriendo hácia el punto donde creyó se habria dirigido María, cuya captura consideraba muy fácil, en razon á que una loca, perdida en medio de veredas y barrancos que nunca habia visto, y perseguida por hombres que conocian perfectamente el terreno, no podia, á su entender, dejar de ser prontamente alcanzada. No contaba empero con la embriaguez de los bandidos, la cual hacia poco menos que inútil la persecucion. Corrian en efecto desatentados y sin direccion fija, registrando hasta lo mas recóndito, sin encontrar la menor huella de la prisionera. Pedro afirmaba que seguramente se habia ahogado, pues á no ser así, habria sido hallada en cualquiera sitio que se hubiese escondido.

No satisfizo á Georgina esta suposicion, por lo que mandó se empezasen de nuevo las pesquisas, que vino la noche á interrumpir. Fuéle por tanto preciso resignarse, sin abandonar la esperanza de que como la salida de la isla era de todo punto imposible, seria fácil encontrar á la jóven al dia siguiente.

XV.

El Mississipí.

El Mississipi es un rio gigantesco, cuyas majestuosas olas discurren lentamente hasta encontrar las aguas del golfo de Méjico. Nace entre quebradas montañas, escarpadas pendientes y profundos lagos esta maravillosa corriente. Muchas veces rompe el « Mechescebe » los diques que señalan su cauce, invadiendo la llanura y llevándose en su desbordada carrera árboles, plantas, barcas y buques de gran porte. Todo es entonces destruccion, ruina y desconsuelo ; pues hasta el aire mismo parece resentirse de este desórden general. La peste americana, la terrible fiebre amarilla, aprovechándose de la oportunidad que le presenta este espantoso

caos, acaba la obra de muerte empezada por el rio. Tan cierto es que, en este mundo, todo lo grande es siempre un motivo de temor para cuanto se le halla sujeto!

Tom Barnwell, luego que se hubo despedido de Edgeworth en la playa de Helena, siguió su camino remando y descansando alternativamente. Despues de haber andado cerca de diez millas, descubrió una pequeña isla situadaen medio del rio. Arrastrado el bote por la corriente hácia la derecha, fue aproximándose á la ribera Oeste. Eran por aquel lado tan inmediatos á la orilla los espesos cañaverales que á cada paso se encontraban, que no una vez sola habian al inclinarse besado el agua. Veíanse asimismo innumerables ramas y troncos, de tal manera enredados entre sí, que un oso habria podido á duras penas pasar por entre tales obstáculos. De improviso oyó el sonido de un violin, con el que una mano al parecer hábil y ejercitada ejecutaba una alegre tocata. Fué tanta su sorpresa, que miró diferentes veces á su alrededor para cerciorarse de si se hallaba realmente en el Mississipí, frente un cañaveral, en un sitio enteramente desierto; ó si, sin advertirlo, habia sido trasportado á alguna region encantada.

Para desvanecer sus dudas, atracó á la costa, y amarrando el bote en el tronco de una encina, dispúsose á subir la escarpada pendiente. Ningun camino llegó á descubrir por aquel punto, mas pudo con su cuchillo abrirse paso hasta el centro de un cañaveral, desde donde se percibia mejor el sonido que en aquel mismo instante dejó de oirse. Allí encontró Tom al misterioso músico.

Era un hombre de unos veinte y cinco años, cuya hermosa cabellera rubia caia en espesos bucles sobre su cuello curtido por los rayos del sol. Vestia pantalon gris y camisa azul; veíase colgado en una caña su sombrero de paja, y á sus piés el hacha, de que sin duda se servia. Apoyado cómodamente en un árbol, hallábase el desconocido de espaldas á Tom, tocando con tanto entusiasmo su instrumento, que era un hermoso violin de Crémona, cual si se hallase en medio de un numeroso auditorio para conquistar el nombre y reputacion de buen profesor.

Volvióse al oir detrás de sí una fuerte carcajada, y con admirable calma dijo al recien llegado, como si hubiese estado aguardándole toda la mañana:

—Adios, caballero, qué tal vá?

—Bravo! exclamó Tom acercándose al rústico artista. Vuestra música haria danzar á un baldado. Cómo diablos os ha ocurrido poneros á tocar el violin en medio de este desierto?

—Oh! es para mí la mejor diversion entretenerme en tocar nuestros himnos nacionales, el *Yankee doolde*, *Lord Howe's hornpipe, la marcha de Washington y Such agetting up stairs*, contestó el músico acompañando sus palabras con diferentes modulaciones, ajustadas á las primeras notas de cada uno de estos cantos, sin contenerle en lo mas mínimo la extrañeza que se veia pintada en el semblante de Tom.

—Muy bien! amigo mio, repuso Tom; pero se me antoja que no os habeis tomado el trabajo de desmontar un espacio de cuatro piés cuadrados únicamente para tocar en él vuestro *Such a geetting up stairs*. Dónde está vuestro albergue? pues yo no acierto á distinguir habitacion alguna por todas estas cercanías.

—Sin embargo, la mia no está léjos de aquí, contestó el filarmónico, fijando en Tom sus grandes ojos negros, que revelaban la mas cordial franqueza. Pues sí, ahí está mi habitacion, ó á lo menos una cosa que lo parece. Veis este sendero? pues él conduce á una cabaña que, con troncos y ramas cortadas por mi propia mano, he ido poco á poco construyendo en las márgenes del Mississipí. Desde ella arreglo mis negocios con los steamers que pasan, ó mejor con los que se detienen. Vamos, seguidme, voy á enseñaros mi palacio. Pero antes decidme de dónde venis? os habeis presentado como llovido del cielo.

—Mi barquilla está ahí cerca en el Mississipí.

—Dónde? sin duda cerca de mi casa.

—Os he dicho ya que no he visto habitacion alguna al atravesar toda esta maleza atraido por vuestro instrumento.

—Ha! ha! ah! cuánto habrá sido vuestra sorpresa, al oir tocar un violin en medio de este desierto! Vamos, seguidme; mi cabaña es pobre, pero cómoda; y á pesar de todo, hemos de encontrar en ella con que satisfacer vuestro apetito. No faltaba mas sino que os dejase partir con el estómago vacío! Esta mañana he cortado un gran árbol para hacer leña de la que consumen mis parroquianos. Cortar leña todo el dia no deja de ser una ocupacion muy monótona. Hé aquí porque llevo conmigo mi violin, pues cuando tengo

el brazo cansado de manejar el hacha, me divierto un rato cogiendo el arco. Mas hé aquí mi casa.

Y diciendo esto el leñador del Arkansas enseñó á Tom una pequeña cabaña, construida como él habia dicho, con troncos y ramas. Para penetrar en ella, era preciso inclinarse, pues era sumamente baja la puerta que se abria frente del rio.

A no reparar en unos cincuenta haces de leña que se veian cuidadosamente amontonados, nadie habria sido capaz de sospechar que en aquel desierto habitase persona alguna.

El leñador artista no habia arrancado rocas ni practicado la menor excavacion: el pico y el azadon no habian osado desflorar aun la virginidad del suelo, y el uso de la sierra era tan desconocido en aquel sitio, como el del martillo y las tenazas. El hacha fué el único instrumento de que se habia servido el músico leñador para edificar su rústica cabaña en aquel pintoresco sitio, así como era tambien su única arma para defenderse de los osos y panteras, que iban frecuentemente á visitarle. Añadiremos de paso que el nuevo personaje que acabamos de presentar á nuestros lectores, era natural del Kentucky.

Sus únicos compañeros en aquella solitaria morada eran dos robustos perros, de pelo amarillento y cubiertos de cicatrices, los cuales se hallaban entonces tendidos delante de la casa, sin dignarse siquiera levantar la cabeza al acercarse Tom, sin duda por ver que iba en compañía de su amo. Para demostrar que no estaban menos vigilantes, menearon ligeramente la cola, que era corta en extremo.

El leñador explicó á Tom como se proveia en el bosque de lo que necesitaba para su subsistencia, á excepcion del pan, que se procuraba en los steamers que surtia de leña. Un arroyo de fresca y cristalina agua, que corria á corta distancia, llenaba su calabaza, y el Mississipí le proveia de pescado. El hacha del valiente leñador habia procurado á su dueño una suma bastante considerable, haciéndole concebir fundadas esperanzas, segun su propia confesion, de reunir un capital suficiente para establecerse, con mayor comodidad, en alguno de los puntos cercanos á las comarcas civilizadas. A pesar de este deseo, no tenia reparo en añadir que, siempre y en todas circunstancias, procuraria que su mas próximo vecino viviese á cinco millas de distancia del lugar en que él residiese.

Tom y su nuevo amigo entraron en la reducida habitacion, cuyo menaje era sencillo por demás. Un tonel vacío hacia las veces de mesa, al rededor de la cual habia dos gruesos troncos que servian de banco; pues, como decia el leñador, no era regular que si un amigo fuese á visitarle tuviese que sentarse en el suelo. Todos los útiles de cocina se reducian á un bote de hierro, sin mango ni cobertera, una cacerola de hierro batido que se hallaba en el mismo estado, dos tenedores de caña y una cuchara de palo. Este último objeto no servia, sin embargo, mas que en casos extraordinarios, pues se veia retirado debajo de la chimenea, cubierto de polvo. Los arreos de caza presentaban, sí, mucho mejor aspecto. Veíase colgada detrás de la puerta una magnífica escopeta, con sus correspondientes frascos de municiones, y en uno de los ángulos de la cabaña un hermoso cuchillo de monte.

Algunas pieles de oso y una manta de lana, extendidas en el suelo y cubiertas con un mosquitero, indicaban el sitio donde descansaba el propietario, que no habia llegado aun hasta el lujo de procurarse una cama. El mosquitero era para él un objeto indispensable, ya que sin esta precaucion le habria sido imposible cerrar los ojos ni por un minuto. La despensa se hallaba abundantemente provista. Algunas patas de oso, perniles de venado y otros excelentes manjares, convenientemente ahumados, pendian del techo. Estas provisiones se reservaban principalmente para la época en que apremiaba la corta de leña, ó la caza era menos abundante.

—Vamos, querido huésped, dijo el dueño de la casa á Tom presentándole un plato de madera, lleno de apetitosas tajadas de venado y algunos trozos de ave asada que sacó de debajo del mosquitero, haceos el cargo que estais solo, comed sin ningun cumplimiento. Ahí teneis tambien pan de maiz único que puedo ofreceros. El venado está ricamente preparado, el ave no puede ser mejor. Lástima de un buen vaso de whisky para ayudar la digestion; pero esto sí que habreis de suplirlo con el agua de mi calabaza.

—Oh! si no es mas que esto, pronto estará remediado: en Helena he tomado whisky que me bastaria para una semana, siendo así que mi viaje ha de durar solo una noche. No hay mas que irlo á buscar. El barril está en la barquilla; voy por lo tanto á traéroslo.

—No os tomeis tanto trabajo; ya que en vuestra barquilla hay

whisky, iré yo mismo á buscarlo. Tomaré mi bote y remolcaré el vuestro. Antes de veros creia oler algo parecido á whisky. Oh! tengo un olfato muy fino.

Corrió en seguida á la orilla, y saltando dentro su esquife, desapareció tras la lengua de tierra que se internaba en el rio. Despues de algun rato, presentóse de nuevo remolcando la barquilla de de Tom; y tomando entre ambos el barril subiéronlo á la cabaña.

—Dónde diablos vais, solo, con un barril de whisky? preguntó el leñador preparando una gran taza de estaño para probar el licor. No creo que os dé la humorada de bogar hasta Nueva-Orleans. Seria en verdad un ejercicio algo pesado.

—Oh! no; voy únicamente hasta Mongomery's-Point á informarme de los precios á que se venden ciertos artículos. Tenemos en Helena un barco cargado de diferentes productos, y como nuestro piloto nos ha ponderado extraordinariamente el mercado de Montgomery, me he adelantado á fin de averiguar lo que haya de cierto en sus dichos.

—Pues, á fe, podiais ahorraros esta molestia. Si os hubiese hablado de Napoleon, en las fronteras del Arkansas, vaya con Dios; comprenderia, hasta cierto punto, su predileccion, sin embargo de que no es ciudad de gran movimiento mercantil. Los habitantes compran únicamente lo que necesitan para su consumo, que por cierto no es gran cosa. Con mucha mas ventaja habriais podido colocar vuestros géneros en Memphis, suponiendo que no quisieseis llegaros hasta Wicksburgo, ó Natchez. Os habeis detenido en Memphis?

—No, nuestro piloto nos ha asegurado que nada adelantaríamos allí, porque todos los comerciantes reciben sus géneros del Kentucky por el Ohio.

—Qué disparate! vuestro consejero podrá ser un gran piloto, pero de seguro que ninguna noticia tiene del comercio del Missisipí.

—Tal vez tenga demasiadas; sino que yo sospecho que se halla relacionado con alguna persona de Montgomery's-Point, y que por esta razon se empeña en llevar allí nuestro cargamento. Pero si así fuese, se llevará chasco; porque bastará una recomendacion suya para que nos neguemos á tratar con la persona que la haya merecido.

— Quizás no andeis tan descaminado! he oido hablar muchas veces en el Kentucky de los marineros del Mississipí, y siempre de una manera desfavorable. En medio de mi soledad es muy difícil saber á qué atenerse; mas no ha dejado de llamarme la atencion el gran número de barcos que pasan durante la noche. Si bajasen por el rio, nada tendria de particular; pero el caso es que todos suben y que sucede siempre cerca de la madrugada. No es en efecto cosa extraña que esos intrépidos bateleros tengan constantemente tanta prisa que no les permita aguardar el dia, y que en vez de hacerse largar un cable por un steamer, prefieran reventarse remando contra una corriente tan rápida? Yo he llegado á sospechar que en Helena ó en Montgomery's-Point habrá alguna partida de juego prohibido á donde se dirigirán estos imbéciles en medio de la oscuridad para perder su dinero. La otra noche sorprendí uno de estos barcos que iba adelantando á pocos pasos de la costa con los remos envueltos de manera que no hacia el menor ruido. Los que iban á bordo se negaron á admitir un pasajero que se proponia ir á Victoria, bajo el pretexto de que iba el barco demasiado cargado. De suerte que tuve que conducirle yo mismo en mi barquilla. Pero todo esto me es muy indiferente: poco me importa que estos necios tiren su dinero por la ventana. El mio lo destino yo á mejores usos, y cuando estos insensatos no tendrán un palmo de tierra donde caerse muertos, yo espero hallarme en un buen cortijo con medios bastantes para vivir feliz lo que me reste de vida.

— Y aqui mismo guardais vuestro tesoro? preguntó Tom: seria una insigne imprudencia, porque las riberas del Mississipí ofrecen muy poca seguridad.

— Oh! mi caja está bien escondida y no es cosa tan fácil dar con ella. Qué remedio hay? No equivaldria á perder mi dinero en el juego depositarlo en cualquiera de los bancos de estas cercanías?

— De todos modos es harto imprudente guardar en un sitio tan desierto una suma algo considerable, al ver flotar por el rio tantos cadáveres como miajas de pan dentro una sopera; temor tendria de ser yo otra de estas miajas.

— Es muy cierto lo que acabais de decir, en especial por los alrededores de Victoria; si bien al considerar la infinidad de steamers que desde pocos años surcan el rio, no es de extrañar el sin número de cadáveres que se presentan á nuestra vista. Pero qué,

pensais dejarme ya? teneis tiempo sobrado para llegar temprano á Montgomery.

—No tanto como se os figura, contestó Tom engulliendo el último bocado. Además de que he prometido remontar el rio para salir al encuentro de mi pariente. Dónde voy á meter ahora este whisky? me hariais un particular obsequio aceptándolo, ya que es artículo que no se halla en vuestra despensa.

— Sois muy amable y no sabria cómo resistir tan cortés oferta.

— Decidme: á cuánta distancia me hallo de Montgomery's-Point?

—A cuarenta y cinco millas poco mas ó menos. Si seguís remando hasta la noche, y dejais la barquilla que siga la corriente cuando os sea preciso descansar, llegareis mañana por la mañana.

— Pues entonces quedaos con el barril. Dadme una caña que pueda contener el whisky que yo necesite hasta encontrar el barco, pues una vez en él no ha de faltarme en abundancia.

— Cómo! hasta el barril quereis regalarme? Vaya una generosidad!

—Oh! yo sé cuan desagradable es hallarse solo sin una gota de whisky, y compadezco mucho á los que tienen tal desgracia. Bastará deciros que la mayor parte de nuestro cargamento consiste en whisky, para que os convenzais de que un barril mas ó menos no vale la pena. Adios, amigo mio, es tarde y deseo dejar terminada mi comision mañana á primera hora. Ah! olvidaba preguntaros vuestro nombre.

— Roberto Bradshaw. Y el vuestro?

— Tom Barnwell.

Así se despidieron los dos jóvenes, dejando caer de nuevo el pariente de Edgeworth los remos en el agua, á cuyo impulso desapareció pronto el bote detrás del cañaveral.

Habíase detenido Tom conversando con su nuevo amigo mas tiempo del que se habia propuesto, porque la modesta habitacion de Bradshaw distaba de Helena siete millas por el rio y seis por tierra. Púsose por lo tanto á bogar con todas sus fuerzas, contando tambien con el auxilio de la corriente para llegar con oportunidad á su destino.

Ocultábase ya el sol tras los elevados montes que se distinguen desde el Mississipí, cuando salió Tom de aquella pequeña ense-

nada. El crepúsculo es de muy corta duracion en aquellas regiones de la América, por lo que, deseando aprovecharlo nuestro viajero, redoblaba mas y mas sus esfuerzos para salvar la distancia. Levantábase á su derecha la desierta isla de *Round-Wilow*, cuyas márgenes se hallaban enteramente sumergidas por la crecida del rio. Distinguíase confusamente en el centro de esta isla una hilera de espesos sauces á cuyas inmediaciones crecian algunos algodoneros. El curso de la corriente desde la costa al centro del rio arrastraba las embarcaciones hácia la isla número 61, la cual parecia partir el rio arrojando hácia la ribera Oeste el brazo mas caudaloso del Mississipí.

En nuestros dias, lo mismo que en la época á que nos referimos, todos los barcos que bajan por el rio dejan á la izquierda la isla misteriosa, navegando al Este entre los números 62 y 63 y el estado del Mississipí. Solo en el caso de ser muy considerable la crecida del rio procuran los navegantes buscar algun abrigo haciendo rumbo al Este del número 61.

Tom, que ignoraba completamente todas estas particularidades, adelantaba al acaso sin rumbo ni direccion fija; mas al ver que el rio le arrastraba impetuosamente hácia la derecha, hacia desesperados esfuerzos para aproximarse á la ribera opuesta á fin de disminuir en lo posible la distancia.

Al cerrar la noche una espesa niebla que se levantó á la superficie del agua ocultaba á su vista ambas riberas.

Innumerables bandadas de garzas de plumaje gris y blanco vinieron á posarse entre las ramas de los álamos y de las encinas, mientras atravesando los mirlos, de una á otra ribera, dejaban oir sus agudos silbidos, y se apresuraban los cuervos á guarecerse en sus nidos. Una numerosa banda de patos silvestres puso en fuga á un tímido cuclillo, que volviendo á ganar la rama de que tan intempestivamente se le habia ahuyentado, hacia resonar el eco con su plañidero canto. El ingrato clamoreo de las ranas vino por fin á dominar el ruido del bosque, lanzándose al mismo tiempo en el espacio innumerables buhos que dejaban oir sus repetidos graznidos.

Tom seguia entretanto bogando con nuevos brios, á fin de no ser arrastrado por la corriente hácia la punta Norte de la isla, dejando los remos luego de haberla doblado, bien convencido de que

su ligera embarcacion podia desafiar impunemente el peligro que ofrecian los arrecifes. Tendióse por lo tanto con la mayor confianza, poniéndose á contemplar las estrellas que brillaban en el firmamento. Agitábanse no léjos de él los árboles del bosque al mismo tiempo que se estrellaban las espumosas olas contra los costados de su barquilla.

De repente exhaló un profundo suspiro. Qué pena secreta atormentaba su inocente corazon? por qué se veian humedecidos sus párpados cubriendo las lágrimas su rostro?

Poco duró sin embargo esta visible agitacion, pues levantándose vivamente pasó la mano por su frente, murmurando á media voz estas palabras:

—Bah! La hora del crepúsculo causa siempre melancolía. Las estrellas que resplandecen allá en lontananza, las innumerables luciérnagas que divagan por la llanura, el astro de la noche mirando fijamente con su semblante siempre triste, todo esto conmueve el alma por muy tranquila que se esté dentro del cuerpo.

Volvió el jóven marinero á echar los remos al agua para acercarse mas á la isla, en la que las innumerables luces que sembraban por el suelo las luciérnagas contrastaban agradablemente con la negra oscuridad de la arboleda. Continuando Tom en su monólogo, añadió:

—Es verdaderamente un paraíso este lugar! con su admirable clima y esta maravillosa vegetacion, seria lo mas delicioso sino hubiese en él...

Detúvose como para reflexionar, continuando despues de una breve pausa:

—Si no hubiese en él mosquitos! mala peste, son tan incómodos insectos! convertirian en infierno el mejor paraíso.

En aquel mismo instante y á muy corta distancia salió una alegre y estrepitosa carcajada de entre algunos árboles, la cual conoció desde luego el marinero haber sido soltada por una mujer.

—Es particular! si habrá venido alguna mujer á establecerse en la isla á semejanza del leñador de quien acabo de separarme?

Y hablando así, dirigió maquinalmente la barquilla hácia el punto de donde habia salido el ruido.

—Ha! ha! ha! ved los viejos zorros como buscan en la maleza el pájaro que se les ha escapado para restituirlo á su dorada jaula!

boga, marinero, boga, se hace tarde y el aire fresco de la noche acabaria por dejarme helada.

Tom, en el colmo de la sorpresa, dirigió la vista hácia el confuso monton de troncos y ramas que le cerraba el paso, esforzándose inútilmente en atracar á la costa. Encontrábase á la sazon en el lado Sur de la isla misteriosa, muy cerca del sitio donde escondian sus moradores el fruto de sus rapiñas, y únicamente los iniciados conocian el estrecho sendero que conducia al interior. Nada se hallaba mas distante de sus pensamientos que encontrar un ser humano en un sitio donde apenas se habria atrevido á penetrar una ardilla. Parecióle entonces distinguir un objeto que se movia en la oscuridad.

Efectivamente en el extremo de una rama de encina que se extendia sobre el agua, hallábase acurrucada una mujer vestida de blanco. A pesar de su peligrosa posicion, no cesaba de inclinarse hácia adelante riendo estrepitosamente, fijos los ojos en el marinero, cuyo espanto era superior á toda ponderacion por creerse en presencia de un ser fantástico.

—Hoe! hoe! batelero, arrimad mas vuestra barquilla, sino los rayos de la luna iluminarán mi rostro que aparecerá mañana lleno de manchas del rocío. Vamos, un poco mas, por aquí, ahora tened cuidado!

Antes que Tom tuviese tiempo de alargarle la mano ó de sujetar el bote, dejóse caer en él la desconocida.

Impelido luego por la corriente deslizóse con la mayor rapidez, dejando muy pronto la isla á larga distancia.

Era muy oscura la noche, y las estrellas arrojaban una luz muy débil sobre el Mississipi y sus sombrías riberas.

La jóven, sostenida por Tom, permaneció algunos instantes contemplando en silencio la isla de que se iba alejando. Volviéndose al cabo de un rato hácia su libertador, díjole en voz baja con lúgubre acento:

—Vamos, Tom Warnwell, llevadme á la otra orilla: sin duda habrán arrojado allí las olas el cuerpo de mi Eduardo.

—María! exclamó el jóven estremeciéndose; María! vos aqui y en tal estado.

—Tom, amigo mio, no ignoro que me habeis amado pero yo no podia ser vuestra; Eduardo... pero qué es lo que flota allá en el

rio? Vamos á verlo... me parece reconocer este cadáver á la luz de las estrellas. ¡ Oh ! si, sí, es el de mi padre...

—Qué es pues lo que os ha sucedido, María? preguntó Tom, haciendo sentar lo mejor que pudo á la pobre loca. Qué horribles sucesos os han conducido á este deplorable estado? Dónde están vuestros padres? Qué ha sido de vuestro marido?

—Mis padres! mi marido!... La infeliz nada comprendia de cuanto se la preguntaba, mas presentándose de nuevo á su memoria el recuerdo de aquella terrible noche, ocultó el rostro con sus manos, y temblando como una azogada articuló entre sollozos estas desgarradoras palabras:

—Todos han muerto! todos! todos! Su tumba está cubierta de sangre á pesar de que el rio se propuso lavar sus heridas. En cuanto á mi Eduardo, vile aparecer sobre el agua blanco como la nieve, hermoso como el amor; su cabeza se hallaba intacta y la risa asomaba á sus labios! Oh! esta risa es la que ha trastornado mi razon!

Despues de estas palabras, empezaron á caer las lágrimas de sus hermosos ojos, y la agitacion de la pobre María, por muy violenta que fuese, parecia mas sosegada y reflexiva.

Tom no intentó detener sus lágrimas. Inclinado ante la jóven que no cesaba de sollozar, restregábase convulsivamente las manos, creyéndose presa de un espantoso sueño.

María, á quien su fiel corazon habia jurado un amor eterno, María se hallaba en aquel momento en su presencia, loca, abandonada ó violentamente separada de todos los suyos. El cuidado de proteger á esta jóven querida, por la cual habria sacrificado gustoso su existencia, á él solo se hallaba reservado en este mundo.

En vano procuraba Tom explicarse los motivos que habrian colocado á aquella infeliz en tan desgraciada situacion. Entre las innumerables suposiciones que se agolpaban en su mente, una sola le parecia admisible: era la de que el barco en que navegaba habria naufragado en algun sitio cercano á la isla, y que ella sola se habria salvado.

Algunas palabras incoherentes pronunciadas por la pobre jóven confirmaron esta suposicion. Decidióse por lo tanto á bajar con ella por el rio hasta encontrar algun steamer que se dirigiese á Helena, á cuya ciudad esperaba de este modo llegar antes de la salida de Ed-

geworth. Su anciano pariente conocia desde mucho tiempo á María, y nadie mejor que él podria determinar acerca de su futuro destino.

Con esta resolucion siguió bogando durante algunas horas, teniendo á María reclinada la cabeza sobre su hombro, hasta que descubrió por fin un steamer, cuya tripulacion se ocupaba en cargar maderas. Colocóla entonces lo mas suavemente que le fué posible en el banco de la barquilla, remando él con direccion al vapor, á fin de alcanzarle antes de que volviese á emprender la marcha.

Apenas habia dejado á María en la cubierta y amarrado solidamente su barquilla, cuando empezó á funcionar la máquina y el *Van-Buren*, que es como se llamaba el vapor, empezó á remontar el rio con la mayor velocidad.

XVI.

La espada de Damocles.

El anciano Lively, su hijo James, Cook y el falso Hawes-Sanders, á quienes hemos dejado á algunas millas de la granja conduciendo al herido, iban adelantando poco á poco hácia la casa. El mulato continuaba casi exámine, exhalando de vez en cuando débiles gemidos, principalmente cuando por lo escabroso del terreno tropezaba alguno de los caballos.

A poca distancia de la granja, detúvose la cabalgata á fin de determinar la manera de presentar el herido sin alarmar á las señoras. Queria Sanders adelantarse para prepararlas; pero Cook observó que esta comision correspondia á un individuo de la familia, señaladamente á su suegro Lively. No se hizo de rogar el anciano, quien se disponia á marchar á pié con la escopeta al hombro, cuando Sanders le ofreció su caballo que él aceptó sin dificultad.

Por el camino devanábase los sesos el anciano Lively para preparar la relacion de lo ocurrido en términos que no asustasen á las señoras. Sabian estas por lo poco que se les habia dicho antes de salir á la persecucion de los fugitivos, que estos iban armados, por lo que debian suponer que no se rendirian sino despues de una resis-

tencia desesperada. A pesar de toda la habilidad del honrado labriego para cazar en los montes ú obrar en circunstancias que exigiesen resolucion y sangre fria, encontrábase en esta ocasion sobre manera apurado sin saber cómo entrar en materia.

Decidió finalmente enterar á las señoras, apenas llegado á su presencia, de que sus compañeros no tenian novedad, y que les seguian á poca distancia conduciendo un prisionero. Satisfecho de este plan, Lively aguijoneaba los ijares de su caballo con los talones desnudos, pues segun su costumbre no llevaba medias ni zapatos, descendiendo precipitadamente la colina al pié de la cual se hallaba la casa, cuyo techo descubria ya.

Grande era la ansiedad con que aguardaban las mujeres el regreso de los cazadores, por mas que les constase que iban bien armados, pues presumian y no sin fundamento que una caza semejante tenia que terminar por una encarnizada lucha. Subió de punto su temor al ver que volvia solo el anciano, á cuyo encuentro se lanzaron todas corriendo.

—Lively, qué ha sucedido? gritóle su esposa, apoyándose en la barrera para sostenerse. Dónde está .. dónde está James?

—Dónde está Cook? padre mio, dónde está mi marido? preguntó con igual inquietud la hija del anciano, acercándose al caballo para tomar la mano á su padre. Qué ha sucedido? Ah! Dios mio, teneis sangre en el pié, y aquí tambien en la rodilla, en la pierna y hasta en la mano; dónde está William?

—Dónde están James y M. Hawes? Qué ha sido de los ladrones? preguntaron á una voz Adela y mistress Dayton.

El anciano Lively, acosado por todas partes con esta lluvia de preguntas, no podia contestar á ninguna, y haciendo inútiles esfuerzos para recordar el discurso que tenia preparado, aumentó con su embarazoso silencio el terror de las que le preguntaban. Estrechado por fin con tan reiteradas instancias movió la cabeza con aire lúgubre balbuceando estas palabras:

—No ha muerto todavía; lo hemos recogido y aquí detrás viene.

—Quién? preguntaron todas las mujeres á un tiempo, mientras Adela, pálida como un cadáver, tomó convulsivamente el brazo del anciano, preguntándole con visible emocion: pero qué ha sucedido? dónde está James? dónde Villiam?

—Ahí vienen todos conduciendo al herido.

—Mas quién es el herido ? es James? gritó mistress Lively.

—Es William? preguntó mistress Cook llorando.

—Habrá locura! contestó con un gesto de cólera el anciano; dejadme explicar de una vez : el mulato es el herido. Cook y James se hallan tan sin novedad como vosotras y yo ; Cook tiene únicamente un pequeño rasguño en la nariz; hemos cogido al mulato; el otro ha podido escapar, aunque James se ha encargado de continuar su persecucion. Diablo! sois capaces de volver loco á uno á fuerza de interrogarle!

—Calmaos, querida amiga, dijo mistress Dayton sosteniendo á mistress Lively ; vuestros hijos se hallan sanos y salvos. Han capturado tan solo á uno de los malhechores y lo conducen aquí herido.

—Por qué, en nombre del cielo! dijo la buena mujer á su marido en tono de reproche, habeis venido á asustarnos de esta manera?

—Ay! padre mio! dijo suspirando mistress Cook, á lo menos necesito cuatro semanas para reponerme del susto que me habeis dado.

—Vaya un modo de darme las gracias! me adelanto para preveniros que no hay novedad, y con vuestras preguntas é instancias no me dais tiempo de abrir la boca. Todos volvemos como hemos salido. Cook y Sanders estarán aquí dentro un instante, y *Lindo* con el hijo de Cook, no! el hijo de Cook con el perro de Cook. Vamos, no sé lo que me digo. Ah! ya sé: *Lindo* no ha querido perseguir al blanco ; en una palabra, James no volverá hasta que haya cogido al bandido, ó á lo menos hasta que sepa dónde se ha refugiado. El anciano vióse obligado en seguida á contar detalladamente todo lo que habia ocurrido ; porque al partir con sus camaradas se habia limitado á decir que iban á perseguir un ladron, que acababa de robar una escopeta.

La relacion del campesino tenia un auditorio mas numeroso del que se habia figurado, pues no habia parado la atencion en un hombre sentado tranquilamente á la mesa, y ocupado en despachar el almuerzo que se le habia preparado durante la ausencia de los Lively. Este personaje era el doctor Munro, á quien conocen ya nuestros lectores.

Despues de luchar entre el hambre y la curiosidad, decidióse á adelantarse hasta donde se hallaban los demás, teniendo en una de sus grasientas manos un hueso de pavo á medio roer, y un pedazo

de pan de maiz en la otra. No fué poca su satisfaccion al saber que llevaban un herido, que no tardaria en llegar.

—Buenos dias, mi querido M. Lively, dijo con afectada cortesanía.

—Ah! diablo, el doctor Munro! exclamó sorprendido el anciano y un tanto inquieto por hallarse en presencia de un hombre del que procuraba siempre apartarse; el cual, segun la voz pública en aquellos contornos, olia de léjos un cadáver, de la misma manera que el buitre una corrompida res.

—No podiais llegar mas á tiempo, pues podreis ejercitar vuestro talento sobre el cuerpo de un desgraciado que tiene el pellejo atravesado en mas de un sitio. Así pues manos á la obra. Dónde colocaremos el herido, mistress Lively?

—Es necesario entrarle en la casa?

—Me parece que sí.

—Efectivamente, teneis razon; por muy criminal que sea, no deja de ser uno de nuestros semejantes: mas estoy indecisa, bah! entrádlo en la casa de Cook; nos alojaremos todos aquí hasta que pueda el herido ser trasladado. Ah! querida mistress Dayton, es posible que hayais venido á presenciar un espectáculo semejante!

En el mismo momento que iba mistress Dayton á contestar apareció la cabalgata á pocos pasos de la granja. Cook y Sanders, ayudados por el anciano y el doctor Munro, trasladaron el herido con todas las precauciones imaginables, entrándole por la misma puerta que tan diestramente habia sabido abrir durante la última noche.

El mulato dejó oir un sordo gemido al abrir los ojos y reconocer el sitio donde se hallaba.

No desperdició el doctor la ocasion que se le presentaba para dar en su incomprensible jerga al anciano Lively minuciosas explicaciones sobre las fracturas, contusiones y heridas causadas con arma blanca ó de fuego, ofreciéndole terminar su disertacion despues de haber examinado el estado del enfermo. No sabia cómo ponderar la feliz casualidad que le habia guiado á la granja tan oportunamente; y habiéndole preguntado Sanders si Dan recobraria el conocimiento, contestó con el mayor aplomo:

—Oh! sin duda alguna: confio alargarle la vida dos ó tres dias. Y aun esto practicando la operacion del trépano, y amputándole el brazo derecho y una pierna.

12

—Qué significa todo eso? preguntó el anciano estupefacto.

—Oh! dejadme hacer, amigo mio, añadió el doctor restregándose las manos: ante todo ayudadme á colocar mi nuevo cliente ahí cerca del fuego. Preparad algunas vendas y paños. Por todo mi trabajo, no pido mas que el cadáver. Por supuesto, me dejareis un caballo para trasportarlo á Helena, facilitándome tambien una manta para envolverlo despues de haberle hecho la autopsia.

Apresuróse á salir el anciano Lively, porque las palabras del doctor le tenian horrorizado. De muy buena gana habria seguido Cook su ejemplo, pero su presencia era necesaria para auxiliar los preparativos. Sanders, que observaba en silencio los menores movimientos del herido, se ofreció, al ver que este daba señales de vida, á permanecer constantemente á su lado. En cualquier otro caso no lo habria permitido Cook; pero obligado por las circunstancias, aceptó la oferta del supuesto Hawes, prometiendo al salir que estaria muy pronto de vuelta, á fin de anotar las revelaciones que hiciese el mulato al recobrar los sentidos.

Esto era precisamente lo que Sanders queria á toda costa impedir. Luego que se vió solo con el moribundo y el doctor, empezó á pasearse á lo largo del aposento, con los brazos cruzados, discurriendo lo que podria hacer en tales circunstancias.

Su posicion era crítica en extremo. Algunas palabras de mistress Lively habian modificado, sino destruido por completo, los proyectos de cuya ejecucion se hallaba encargado. La conversacion de la dueña con mistress Dayton le habia dado á entender que los consortes Benwicks habian fallecido. No ignoraba que estos habian criado y tratado siempre á Adela como su propia hija, y de ahí deducia las intenciónes de Kelly. Indudablemente, á consecuencia de la muerte de dichos consortes, corresponderia á Adela una rica herencia. Por otra parte no le habia asegurado Blackfoot que Kelly seguia una continua correspondencia con Simpson en Georgia?

La cantidad que le habia sido prometida no era tampoco una recompensa proporcionada al servicio que iba á prestar, por lo que antes de secundar los designios del capitan, resolvió verse con él y manifestarle que estaba enterado de todo. Si no queria atenderle, proseguiria él la obra comenzada por su propia cuenta. No tenia aun determinados los medios de que en este caso deberia valerse; mas todos le parecian buenos, tratándose de su interés personal.

Resolvió pues suspender la ejecucion de las órdenes de Kelly hasta que hubiese podido procurarse noticias mas circunstanciadas y precisas. A cualquier evento, la captura del mulato le serviria siempre de pretexto, por no haber llevado á debido cumplimiento la mision que le habia sido confiada.

Acaso el estado del mulato no le aconsejaba imperiosamente esta conducta? No era prudente separarse de él mientras estuviese en estado de cometer alguna indiscrecion. Lo mas importante, sobre todo, era saber hasta qué punto conocia los secretos de la isla misteriosa. Si el mulato podia ser peligroso, el juramento que tenia prestado le obligaba á quitarle de cualquier modo que fuese todos los medios de perjudicar á la cuadrilla de que formaba parte. Lo mas acertado era pues desembarazarse de testigos importunos, dando pronta y secretamente el golpe de gracia al enfermo.

Por desgracia este proyecto no podia llevarse á cabo, en razon á la manía del doctor de examinar escrupulosamente todas las heridas. Nada pudo obligar al celoso facultativo á salir del cuarto ni un solo minuto. Ocupado en este minucioso registro, miraba y volvia á mirar con detenida atencion las partes lisiadas, sin inquietarse por los insufribles tormentos que causaba al paciente. Sanders intentó poner fin á tanta crueldad, recordando al doctor que le faltaban apósitos para entablillar los miembros rotos. Nada escuchaba empero el doctor Munro, manifestando que iba en seguida á practicar la amputacion. Sacó al efecto de sus bolsillos una infinidad de frascos y botellitas, y un arsenal completo de cuchillos, bisturíes, lancetas y otros instrumentos espantosos. Todas estas hojas de acero eran muy brillantes y en perfecto estado, y su sola vista era capaz de espeluznar al mas animoso.

Apresuróse en seguida el doctor Munro á depositar ordenadamente los frascos y botellitas sobre la chimenea, colocando al mismo tiempo los instrumentos sobre la única mesa que habia en el cuarto, de modo que Cook, que entraba en aquel momento, juró no volver á comer en su vida sobre la madera que se hallaba en contacto con los hierros destinados á cortar las carnes del pobre mulato.

Mientras esto pasaba en la casa de Cook, tratábase en la granja de Lively de tomar las medidas necesarias para apoderarse de Cotton. Cook, al reunirse con su suegro, le enteró de que, segun la opinion del doctor, las heridas del mulato eran incurables.

En aquel instante llegó James, manifestando que Cotton habia huido hácia el Mississipi, creyendo por indicios ciertos que el bandido se encaminaba al Sur para atravesar el rio. Era urgente, por lo tanto, cortarle la retirada, pues en el Arkansas habia cometido un asesinato por el que se hallaba pregonada su cabeza. Además de que en su actual posicion, el robo y el asesinato eran los únicos recursos de aquel miserable. Así pues, aun cuando no fuese mas que para preservar los Estados vecinos y ponerse al abrigo de las tentativas de tan temible malhechor, era indispensable reunir todos los campesinos de las cercanías, y dar una batida general por los bosques inmediatos al Mississipi.

Cook, recientemente establecido en el país, conocia muy pocos habitantes; por lo que se acordó que James fuese á Helena á dar aviso á todos los propietarios vecinos, mientras el anciano Lively haria otro tanto, tomando distinta direccion. Resolvióse igualmente que ambos volviesen por la noche á la granja para comunicarse las noticias que cada uno adquiriese por su lado, pues parecia imposible que el asesino intentase escapar á nado. Tampoco era de creer, en concepto de Lively, que se hubiese refugiado á Helena, pues el honrado campesino no habia llegado á sospechar los perniciosos elementos que encerraba aquella ciudad, ignorando, tambien, las relaciones de los bandidos con los Estados vecinos.

Durante la ausencia de los padre é hijo Lively, Cook, ayudado del doctor, se habia esforzado en conservar la vida al negro, que en su sentir habia suficientemente expiado sus crímenes con los tormentos que habia tenido que sufrir. Prometióse á Dan el perdon, con tal que revelase donde se hallaban ocultos los objetos preciosos que habian desaparecido de Little-Rock, conservándosele la vida si consentia en descubrir á sus cómplices.

Las señoras Dayton hicieron sus preparativos para regresar á Helena. James debia suponer que Hawes las acompañaria, ya que el único objeto de su viaje era llevarse á Adela á su posesion. Acercóse á ellas antes de montar á caballo el jóven Lively, excusándose de no poder acompañarlas por ser tan urgente la comision de que se habia encargado, que no admitia la menor dilacion. Manifestóles la esperanza de que por la semana próxima se hallase ya todo calmado, y entonces, añadió, tendré el gusto de veros en He-

lena, si no hay por vuestra parte inconveniente. Y si es tanta vuestra condescendencia, prosiguió, podriais favorecernos otro dia con vuestra visita, y permanecer en la granja una larga temporada.

Despidiéronse por consiguiente de la manera mas afectuosa, y saltando James sobre su caballo, desapareció como un rayo á lo largo del camino.

El anciano Lively, despues de preparar algunas provisiones en un zurron, echóse al hombro la escopeta despidiéndose de todos, gritando: hasta la vista.

—Oh! M. Lively, le dijo mistress Dayton cerrándole el paso, vais todavía con los piés descalzos: habeis estado enfermo, y esta manía de andar descalzo os será fatal. Ya me parece veros atacado del reuma, postrado en cama durante meses enteros.

Echóse á reir el anciano, porque semejante enfermedad le parecia extraña, y en su concepto nada podria con él. Guardar cama meses enteros! Uno ó dos dias, pase, aun suponiendo que fuese atacado de la fiebre; pero un reuma... era cosa que no merecia ni la pena de pensarlo.

—Estad tranquila, señora, contestó, estoy acostumbrado á andar así, y no hay quien me decida á calzarme unos zapatos.

—Es inútil que porfieis, mistress, añadió su esposa meneando la cabeza. Mil veces le he repetido vuestra observacion, pero todo ha sido inútil.

El anciano se hallaba embarazado y deseaba salir del paso yéndose; pero Adela le tomó amistosamente el brazo, diciéndole:

—Vamos, M. Lively, probad á vuestra esposa que, aunque sea con repugnancia, sabeis ceder á sus ruegos. Os pondreis los zapatos, no es verdad? Podria llover y ya conoceis que en tal caso el ir descalzo seria perjudicial á vuestra salud.

Lively echó una mirada hácia la puerta, pero no era fácil engañar á la jóven. Fijó en él sus hermosos ojos, y supo tambien desplegar todas sus seductoras gracias, que el campesino empezó á titubear, frotando uno contra otro la planta de los piés. Observándolo su esposa, corrió hácia el cuarto donde estaban los *foot-squeezers* (prensadores de piés) como les llamaba su marido, aguardando en vano desde muchos meses que se decidiese su amo á servirse de ellos. Dejolos delante del anciano, y como mistress Dayton y Adela continuaban instándole para que, á lo menos por

aquella vez, accediese á sus deseos, metió por fin su pié derecho y luego el izquierdo dentro aquellos enormes zapatos, de la misma manera que si temiese encontrar dentro de ellos dos víboras dispuestas á morderle. Sujetólos luego exhalando un suspiro, mientras su esposa aguantaba la escopeta, á fin de dejar á su marido enteramente libre... de hacer su voluntad.

Púsose finalmente en marcha Lively despues de despedirse por segunda vez, pero encontrando á Cook, ocultóse detrás de un árbol para evitar que este viese su calzado. El pobre hombre se hallaba triste y avergonzado de ver sus piés aprisionados de aquel modo.

— En verdad me doy por muy contenta, dijo Adela riendo luego que hubo desaparecido el anciano, de que vuestro marido se haya dejado persuadir. A su edad es muy peligroso exponerse de este modo á la humedad y á la intemperie.

— Estoy sumamente admirada de su condescendencia, contestó mistress Lively; vuestra es toda la gloria, mi buena Adela. El buen hombre me ama entrañablemente, pero con todo, en este particular no quiere darme gusto: procuraré desde hoy acostumbrarle á los zapatos, y despues de algun tiempo veremos de conseguir se ponga medias de lana.

A la verdad, no habria sido tanta la satisfaccion de la honrada dueña, ni se habria tomado la pena de formar proyectos para el porvenir, si hubiese podido adivinar en que se ocupaba entonces su marido fuera del alcance de sus miradas.

Siguió andando el anciano un buen trecho; pero apenas llegó al bosque, volviéndose para cerciorarse de que no podia ser visto, dejó la escopeta arrimada á un árbol, y desatando los cordones de sus zapatos, se los quitó y dejó colgados en una rama. Despues de haber estirado sus piernas, cual si le hubiese dado un calambre, volvió á tomar el arma, siguiendo su camino tan contento y satisfecho.

Desde entonces jamás se negó Lively á ponerse los zapatos cuando su esposa se lo pedia; únicamente se observaba que al dirigirse á su casa salia siempre del bosque por el mismo punto por donde habia entrado.

XVII.

Revelaciones del mulato.

Los preparativos de marcha de mistress Dayton y Adela estuvieron muy pronto concluidos. Estaban ya los caballos delante de la puerta y las dos señoras no aguardaban mas que á Sanders. Demasiado sabia este que contaban con él, pues era natural, toda vez que con ellas habia venido, volvióse á acompañarlas hasta su casa. Esto no obstante, ninguna intencion tenia Sanders de hacerlo. Necesitaba empero una excusa, y si bien la primera que le ocurrió fué la del estado de sus vestidos, rotos por todas partes, no le satisfizo, previendo que quedaria neutralizada por la oferta que con razon presumia le haria Cook, poniendo á su disposicion todos los suyos. En semejante apuro, rogó á mistress Dayton se sirviese oirle en secreto, y una vez solos, hizo presente á la buena señora que el doctor Munro era un insigne charlatan, que no pensaba en otra cosa que en cortar y pinchar á diestro y á siniestro. Añadióle que, como él habia cursado medicina, podria evitar en gran parte el peligro que corria la vida del herido, que si se veia privado de sus auxilios era perdido sin remedio.

Sanders habia tocado la cuerda sensible. Mistress Dayton, llevada de sus sentimientos humanitarios, le suplicó no se separase un momento del desgraciado Dan, elogiando con entusiasmó la simpatía que el supuesto Hawes aparentaba á favor de un infeliz que, por muy criminal que fuese, era al fin un hombre. Para decidir mas y mas á Sanders, aseguróle que el camino de Helena les era muy conocido, concluyendo por manifestarle la esperanza de volverle á ver pronto portador de buenas noticias.

Prometióle Sanders visitarla dentro de muy pocos dias, suplicando cortesmente á Adela, á quien acababa en pocas palabras de enterar mistress Dayton de lo que ocurria, le dispensase esta falta de atencion, proponiéndose, segun sus palabras, cuidar tan esmeradamente al enfermo, que muy en breve pudiese prescindir de sus cuidados. Entonces se apresuraria á regresar á Helena para acompañar á Adela al lado de su amiga.

Nada de extraño encontró en todo esto la jóven; no ignoraba la mala fama del doctor Munro, y aun ella misma no podia sobreponerse á un sentimiento de natural repulsion á la vista de su repugnante figura. Mas, sea por la razon que fuere, al saltar sobre su caballo, descubríase en ella cierta tristeza. Despues de haberse despedido de mistres Lively y de toda la familia, ofreciéndoles volver á visitarles muy luego, puso al trote su caballo, seguida de mistres Dayton.

Adela, sin poder ella misma explicarse la causa, se encontraba mal contenta de sí propia y de otra persona. Los primeros efectos de este mal humor, tuvo que experimentarlos el caballo que montaba, recibiendo un latigazo tan violento y poco merecido, que despues de dar un salto, salió á escape por el estrecho sendero del bosque, pudiendo apenas seguirlo.

Mientras iban adelantando en su camino, el doctor Munro, sentado á la cabecera de la cama, observaba con cierta satisfaccion, que nada tenia de compasiva, las señales de dolor que se veian pintadas en el semblante del enfermo. Sanders, arrimado á la chimenea, se roia las uñas para mejor disimular su cólera.

Al fin pareció haber tomado el sábio Galeno una resolucion, porque, acercándose á la mesa, empezó á afilar una de las sierras. Cook, que iba á entrar en el cuarto, retrocedió horrorizado, y para no oir los gritos del paciente, se alejó á lo mas espeso del bosque.

Sanders se hallaba tan absorto en sus propias meditaciones, que no reparaba en lo que se hacia á su alrededor. El mulato acababa en aquel instante de recobrar los sentidos, y al fijar la vista en el doctor, dejóse caer de nuevo en la cama dominado por el terror. A esta señal de vida, corrió Sanders hácia el enfermo, mas este habia vuelto á cerrar los ojos con todos los síntomas de una convulsion nerviosa.

—No es verdad, M. Hawes, dijo el doctor mirando á Sanders por encima de sus gafas, y sonriendo como si de pronto le hubiese ocurrido alguna idea alegre. No es verdad que aun el médico mas experimentado padece algunas veces grandes equivocaciones? Precisamente esta misma sierra me trae á la memoria que hará como unos... pero vos no me escuchais...

—Sí, doctor, contestó Sanders en seguida, volviéndose hácia el lado de la chimenea, sobre la cual se hallaban alineados los fras-

cos y botellitas con sus rótulos latinos, ó á lo menos en un idioma para él desconocido, pues habia mentido escandalosamente al hablar á mistress Dayton de sus estudios médicos.

—Pues entonces continuaré, repuso el doctor. Los médicos de Little-Rock, allá en 1839 publicaron en los periódicos la tarifa con arreglo á la cual debian serles pagadas las visitas y consultas. Fué una excelente idea, porque en aquellos tiempos se prescindia de la ciencia, de la abnegacion y del celo, cifrándose todas las aspiraciones en el oro, y solamente en el oro. Básteos saber, que aquellos médicos dejaban enterrar los mas hermosos cadáveres, sin cuidarse de procurárselos para sus estudios anatómicos. Llegó esta culpable negligencia hasta el extremo de no reclamar ni tan siquiera los cadáveres de los ajusticiados. Lo mas curioso es que, como los precios de la tarifa publicada eran muy altos, solo podian recurrir á dichos médicos los ricos. Por ejemplo, para curar una dislocacion, ó una fractura, exigian ciento veinte y cinco dollars. Por aquel entonces me trasladé á Little-Rock, empezando á ejercer mi profesion á precios mucho mas moderados, y á pesar de que me veia cada dia amenazado de muerte, reuní en dos ó tres meses una numerosa clientela. Llenos de envidia los demás médicos, se aprovecharon de un pequeño error que cometí, y excitando contra mí al pueblo ingrato, me obligaron á abandonar la ciudad antes de lo que yo deseaba. Habia reunido algunos centenares de dollars; pero estos charlatanes llevaron tan léjos su animosidad, que me hicieron perder todo mi capital. Viéndose solos, acordaron matar á todos mis clientes, y hasta tuvieron el atrevimiento de atribuir despues su muerte á los medicamentos que yo les habia propinado.

—Decidme, doctor, qué es lo que contienen esas botellitas? preguntó Sanders, que ni una sola palabra habia escuchado de lo que acababa de contarle el doctor Munro.

Miró este el frasco que se le designaba, exclamando en seguida:

—Cuidado! no quiteis el tapon; esto es arsénico! La botellita de cristal con ese rótulo amarillo contiene ácido nítrico, y esotro mas grande, calomelanos.

—Y la que está cubierta con papel azul?

—Hay en ella ácido prúsico, que es el veneno mas activo. Guardaos de tocarlo, no tengo mas que el que hay en la botella, y si

por desgracia llegase á derramarse, tendria un gran pesar. Pero qué os estaba contando? Ah! ya me acuerdo.

Añadiremos de paso que entre cada frase daba el doctor Munro un golpe de lima á su sierra, como por via de acompañamiento.

—Un dia, continuó, un mercader de Little-Rock fué herido de un balazo en una reyerta. Siguió la bala una direccion extraña, porque, despues de haber atravesado la parte carnosa del muslo derecho, fué á clavarse entre los músculos y el hueso de la pierna izquierda, precisamente encima de la rodilla, de cuyo sitio pude, no sin dificultad, extraerla. Resistió el jóven la operacion con un valor heróico, mordiendo, mientras estuvo en mis manos, un gran pedazo de goma elástica. La herida de la pierna derecha no era peligrosa mas que por la pérdida de sangre; apliqué, pues, sobre ella un buen vendaje, y otro en el sitio donde se habia detenido la bala, convenciéndome al poco tiempo de que la amputacion era indispensable para evitar la gangrena. Conformóse el jóven á trueque de salvar su vida. Se habia casado poco tiempo antes, y confiaba vivir feliz con una sola pierna. Puse, pues, sin tardanza manos á la obra. El pobre diablo se hallaba echado boca arriba mirando el techo, no habiendo querido que se le sujetase de ningun modo.

Al llegar á este punto de su relacion, el doctor dejó sobre la mesa los instrumentos que tenia en la mano, y quitándose las gafas prosiguió en el mismo tono:

—Mientras iba cortando en lo vivo, exclamó el desgraciado de repente (paréceme aun verle cuando detuvo mi brazo): Doctor equivocais la pierna! Quedéme petrificado, porque habia ya cortado todos los músculos é iba á aserrar el hueso; juzgad de mi asombro cuando ví que tenia razon! En tal conflicto, era preciso saber decidirse prontamente aparentando serenidad. Si hubiese confesado mi error estaba perdido, me habrian apedreado á cada paso. Revestíme pues de valor, y aun cuando conocia que el mercader quedaba impedido por todos los dias de su vida, echéme á reir con la mayor tranquilidad, persuadiéndole, que atendida la posicion en que se hallaba al ser herido, la bala debió por necesidad introducirse en la pierna derecha. En esto, desmayóse el pobre diablo, y yo terminé la operacion aserrando el hueso.

—Cómo! exclamó Sanders horrorizado, le cortasteis la pierna sana?

—Sin ningun escrúpulo, y por cierto que la operacion produjo un magnífico resultado, porque fué tal la contraccion de nervios, que la bala salió por sí sola de la otra pierna. Nada de esto habria llegado á entender mi cliente, si los otros médicos no se hubiesen entrometido en mis negocios.

Si yo hubiese pertenecido á la pandilla, habrian guardado el mas profundo silencio; pero como tenian jurado expulsarme de Little-Rock, fueron contando por todas partes que realmente habia equivocado la pierna; de manera que por este pequeño error me vi obligado á salir de la ciudad en medio de la noche, abandonando una buena clientela y muchísimos enfermos que sintieron en el alma mi partida.

—El ácido prúsico es el mas activo de todos los venenos? preguntó Sanders dominado por una idea fija y sin dejar la botella de la mano.

—Ciertamente el mas terrible medio de destruccion instantánea conocido hasta el dia, contestó el doctor volviendo á tomar la sierra; ocasiona la muerte por una parálisis súbita y universal del sistema nervioso. Oh! es un remedio muy peligroso en medicina, pues por poco que la dósis se aumente... crac!... (y el sábio doctor, mirando á Sanders por encima de sus gafas, hizo la accion de volver la mano, para expresar una muerte súbita). Podria contaros á este propósito dos interesantes historias. Dos veces he sido desgraciado con el ácido prúsico; sí, dos veces! La primera víctima fué uno de mis mejores amigos, cuya pérdida me causó un vivo pesar; la segunda era simplemente un aleman. Pero mas vale guardar en silencio estos detalles; nada se adelanta explicándolos, porque luego se exageran, y podria sufrir mi reputacion.

—De suerte que estais seguro de que este veneno mata instantáneamente? volvió á preguntar Sanders.

—Dejad, por Dios, esa botella en su lugar, gritó el doctor alarmado, abalanzándose hácia él. Una imprudencia podria tener fatales resultados: es un veneno mortal! Una persona profana á la ciencia ha de abstenerse de tocar esas cosas.

No pudo prescindir Sanders de volver á colocar la botella encima de la chimenea.

—He de confesaros, añadió Munro, que hace mucho tiempo deseaba poseer la pierna de un mulato. Tiempo atrás me empeñé en

cortar la de un negro, perteneciente á mistress Dayton, pero el Squirre se opuso, y sin duda con razon, porque ello es que el negro ha curado perfectamente.

—Tranquilizado el doctor, acercóse á Dan, colocando sus instrumentos encima de una silla inmediata á la cama. Tomó luego el pulso al herido, y poniéndole la mano sobre la frente dijo:

—Oh! sí, está mejor; hé aquí el momento oportuno para empezar la amputacion.

—Creeis que curará?

—Es muy probable; el pulso está mejor, y la respiracion es mas regular. Oh! si supiese que ha de morir, preferiria llevarme su cadáver entero; mas como es muy posible que escape, habré de contentarme con una pierna, y en cambio procuraré dejarle el brazo en buen estado. No creo que por esto valga menos, pues ha de ser una adquisicion ventajosa un negro con dos brazos para trabajar, y una sola pierna para huir. Diantre! me he dejado olvidadas las tablillas; pero bah! las supliré con tiras de corteza de árbol. Cuidad pues del enfermo, mientras voy á buscarlas en el mas próximo; vuelvo al momento... Ah! me falta algo para cortar la corteza.

Al volverse el doctor para buscar el instrumento que necesitaba, Sanders cogió la botellita del veneno y se la metió en el bolsillo.

—Este bisturí bastará, dijo el doctor despues de haber escogido uno. Ah! ahí tenemos á M. Cook que podrá acompañarme.

Luego que hubo salido Munro, rompió Sanders el papel que envolvia la botella, sacando un cuchillo para arrancar el tapon: era preciso no perder un momento si no queria verse interrumpido.

—Agua! agua! murmuró el mulato.

Esta fué la primera palabra que pronunció, experimentando Sanders una terrible ansiedad. El doctor oyó tambien la voz del enfermo, porque volvió á entrar precipitadamente acompañado de Cook.

—Vamos, exclamó el doctor, ha vuelto á la vida, pues respira, conoce perfectamente su posicion, se han animado sus ojos, la respiracion es libre, y va recobrando las fuerzas. Ah! M. Hawes, tendré que contentarme con la pierna. Voy á amputarla al instante.

—Agua! repitió el herido: me abraso... todo lo descubriré... todo;... dadme únicamente agua... agua!

A pesar de la impaciencia del doctor, comprendiendo que las revelaciones del mulato podian ser importantes para el campesino, levantó la cabeza del enfermo, á quien este movimiento arrancó un grito de dolor, acercando á sus labios una taza llena de agua.

Sanders, furioso, rechinaba los dientes, apretando entre sus dedos la botellita del veneno, y como con el cuchillo habia roto parte del tapon, esparcióse por el aposento un fuerte olor de almendras amargas.

—Ah! el ácido prúsico, gritó el doctor sin poder dejar al enfermo; el ácido prúsico! A fuerza de menear la botellita, habeis acabado por romperla, el olor del veneno llena toda la habitacion! Hola, M. Cook, llegais á propósito; este hombre parece tener algun remordimiento en su conciencia; que diga pues cuánto tenga que decir, y luego veremos lo que la ciencia puede hacer por él.

—Vive aun? ha hablado? preguntó Cook acercándose á la cama; cómo se halla?

—Mal, massa Cook, contestó suspirando el mismo paciente, muy mal! mi cabeza, oh! mi cabeza!

—Sí, sí, es una herida muy grave, dijo el doctor; el cráneo está casi aplastado, y el cerebro bastante comprometido. No hay duda que el cráneo de los mulatos es extremadamente duro; pero el instrumento con que ha sido hecha la herida debia ser muy pesado. Tened la bondad, querido M. Cook, de interrogarle mientras yo preparo los instrumentos necesarios para practicar desde luego la operacion del trépano. Los mas célebres médicos no han acertado á fijar aun el tiempo que un hombre puede resistir la vista del trépano sin desmayarse.

—Massa Cook, dijo el mulato tendiendo la mano al jóven campesino, os conozco desde mucho tiempo, y sé que sois muy bueno; si lo descubro todo, me concedereis una gracia?

—Hablad, Dan, contestó Cook con acento compasivo y volviendo á acercar la taza al mulato, cuyos ojos parecian nublarse: la herida que habeis recibido os ha hecho sufrir lo bastante para creeros suficientemente castigado. Si lo descubrís todo, nada teneis que temer.

—Prometedme que ese hombre, dijo el mulato señalando al doctor que era conocido en el Arkansas, y á quien Dan temia como

todo el mundo, prometedme que el doctor de los muertos no me cortará ni una pulgada de piel.

—Vamos! delira! ahora me llama doctor de los muertos, y no quiere que toque su piel; si será cosa de prometerle que voy á conservar su pellejo envuelto en papel de seda?

—El doctor Munro no os tocará con el bisturí ni con la sierra, Dan, os dois mi palabra. Pero confesareis vos francamente todo lo qué sabeis?

—M. Cook, repuso furioso Munro, acabais de hacer una promesa inconsiderada, y de seguro no pensareis en cumplirla si quereis recordar el respeto debido á la ciencia y los maravillosos efectos que de ella hay que esperar. Para cubrir mi responsabilidad, os advierto formalmente que la curacion es imposible sin hacer uso de la sierra.

—Dejad pues que muera, dijo el mulato desmayándose.

—Oid, doctor, repuso Cook conociendo que el enfermo necesitaba descansar para poder contestar á las preguntas que se le hiciesen; lo mejor será vaya yo á consultar con toda la familia lo que conviene hacer. Entretanto, cuidad del enfermo, y si antes de mi regreso volviese en sí, no le hableis, por Dios, de amputaciones y trépanos. Estas palabras son capaces de horrorizar al hombre mas animoso en completa salud, cuanto mas á un pobre enfermo retenido en el lecho del dolor.

Salió Cook, dejando al doctor paseándose furioso por el cuarto.

—Hum! decia, tomando un polvo en su caja de plata, hum! es realmente vergonzoso recibir órdenes de semejante badulaque, y verme privado de usar el bisturí y la sierra! con que, se me prohibirá abrir este negro pellejo? acaso sirve para otra cosa?

La impaciencia de Sanders habia llegado á su colmo: qué hacer? las palabras del mulato le tenian en gran cuidado, y por otra parte no habia que pensar en escaparse desde luego, pues aquella misma mañana tuvo ocasion de conocer de qué manera los campesinos del Oeste saben seguir la pista á los fugitivos. Además de que, era cierto que el mulato tuviese noticia de la existencia de la isla? exponerse inútilmente, habria sido pues la mayor locura. Las últimas palabras del campesino, y el resentimiento del doctor, le inspiraron de repente una idea; pensó le seria fácil obtener el concurso de Munro tratando de halagar su pasion dominante.

Volviéndose pues el supuesto Hawes hácia el doctor que seguia quejándose de la impertinencia de Cook, le dijo:

—No debeis extrañar, mi querido M. Munro, que un rústico, que ningun conocimiento tiene de la ciencia médica, se muestre indiferente á sus prodigiosos resultados. Pero quién nos impide obrar como nos plazca?

—Quién? contestó Munro sorprendido; teneis acaso los puños de ese ganapan? Podria salir yo bien librado recurriendo ál a fuerza?

—No, repuso Sanders riendo, pero si recurriendo á la astucia.

—Cuál es vuestro proyecto? preguntó Munro dirigiendo una significativa mirada al herido.

—Cook os ha prohibido tocar este hombre mientras viva.

—Sí: y qué?

—Y si muriese?

—Es que no morirá, contestó tristemente el doctor: los mulatos son como los gatos, y no creo haya ejemplo de haber muerto ninguno de una fractura en el cráneo. Lo tienen de bronce. Unicamente el estómago es el que les despide para el otro mundo.

—Por qué no acudís pues al estómago?

—No os comprendo.

—Es muy sencillo. Por qué vais siempre provisto de los venenos que hay aquí encima?

—De ningun modo para envenenar á las personas, caballero! exclamó el doctor con energía.

Y Munro decia la verdad. Dominábale la pasion de disecar los cadáveres para procurarse conocimientos científicos, que de ningun otro modo habria podido adquirir. Para ejercitar su talento, para atraer una víctima entre sus manos, todos los medios le parecian buenos; jamás empero, para satisfacer semejante manía, habia cometido un asesinato. Ni tan siquiera habia llegado nunca á pensarlo, por lo que estuvo examinando por algunos instantes al fingido Hawes con una expresion de horror, mezclada de sorpresa y estupor.

Conoció Sanders que se habia adelantado demasiada, y proponiéndose retroceder, le dijo:

—Veo habeis comprendido mal mis intenciones, caballero: no he entendido hablaros de una pocion mortal, sino tan solo de un narcótico que produjese una insensibilidad momentánea. De esta

manera Cook lo creeria muerto, y podriais vos llevaros su cuerpo. Al dia siguiente lo volviais á la vida y á la mas cabal salud, proporcionando así un triunfo á la ciencia y á vuestros talentos.

—Ah! esto es lo que querias decir? hum!... pero sí! es muy posible... podríase por ejemplo...

Las reflexiones de Munro fueron interrumpidas por la llegada de Cook, quien trajo al enfermo una tisana refrescante, preparada por mistress Lively.

—Dan, Dan, dijo acercándose al enfermo, qué tal? cómo os sentís?

—Mejor, contestó este despues de haber bebido y dado las gracias al campesino. Ah! massa Cook, cuán bueno sois! añadió suspirando profundamente y dejándose caer otra vez en la cama; mandad salir á esos dos caballeros, pues tengo que comunicaros una cosa importante.

—Por qué quereis que salgan estos caballeros, Dan? Tendrias que revelarme algun secreto á mí solo?

—No, murmuró el herido con gran dificultad; pero deseo hablar á vos solo. Lo que he de deciros, interesa á todo el país. Los malhechores son muchísimos, massa Cook, y se hallan diseminados por todas partes!

Vióse, pues, obligado Cook á suplicar á Munro y Sanders que saliesen un instante, y á pesar de la repugnancia del último, que alegaba diferentes pretextos para quedarse, hubo que acceder á los deseos del mulato, pues se negó resueltamente á decir una sola palabra en su presencia.

Corrió Cook el cerrojo, á fin de que nadie fuese á interrumpirles, teniendo luego con Dan una larga conferencia.

Rendido por la emocion y la fatiga, volvió el enfermo á caer en su primitivo estado de abatimiento, yendo en seguida Cook á buscar á su suegra y esposa, que se encargaron de la curacion de las heridas, sin que el doctor se dignase auxiliarlas. Durante este tiempo enteraba Cook al fingido Hawes de lo que le habia contado el mulato.

Dan tenia noticia de la isla misteriosa, porque un tal Atkens habia enviado á ella muchos caballos, y por haberla visitado él mismo una sola vez. Sabia que no estaba muy distante de Helena, si bien no podia determinar á punto fijo su situacion. Lo que sí sa-

bia con toda certeza, era que los habitantes de dicha isla habian cometido crímenes espantosos.

Añadió Cook que aguardaba con ansia el regreso de los Lively para tomar con urgencia las medidas necesarias, no solo á fin de destruir la guarida de los bandidos, sino para sorprenderles en sus madrigueras, y darles el castigo debido á sus fechorías. En sus anteriores conversaciones habia manifestado M. Hawes un perfecto conocimiento del Mississipi, por lo cual le preguntó Cook cuáles eran en su concepto los medios que deberian ponerse en juego para descubrir la isla y poner coto á las sangrientas crueldades de los bandidos que la habitaban.

A medida que iba hablando Cook, Sanders, con los ojos fijos en el suelo, meditaba sobre el peligro en que se hallaban sus camaradas desde el momento en que se tenia noticia, aunque confusa, de la existencia de la isla. Intentó no obstante persuadir á Cook que semejante revelacion era falsa, y que el mulato habria sin duda inventado un cuento ridículo para salvar su vida. El campesino empero no admitió esta explicacion, por lo que vióse Sanders en la necesidad de apelar á otra estratagema.

Si se hubiesen hallado solos en medio de un bosque, no habria vacilado Sanders en asesinar á Cook, único que poseia el secreto; mas este medio, dudoso é impracticable en aquel entonces, no dejaba de presentar sérios peligros: contentándose por otra parte con retardar dos dias el descubrimiento de la isla, puesto que en la noche del próximo sábado debia recibir cada bandido la parte que le correspondia de los fondos existentes. Habia además economizado Sanders una suma considerable que se hallaba en poder de Kelly, y con ella tenia resuelto renunciar á su peligrosa profesion, emigrando á Méjico ó á la California. De suerte que el domingo por la mañana podia hallarse enteramente á salvo. Su única idea fué por consiguiente obtener de Cook la espera de estos dos dias.

—Bueno, amigo mio, dijo al campesino; si realmente estais convencido de que el mulato ha dicho la verdad, y resolveis obrar contra la cuadrilla de que os ha hablado, no creais que sea juego de niños. Si efectivamente existen tales bandidos, es de creer que se batirán como desesperados. Es preciso, por lo tanto, atacarlos con fuerzas suficientes; de lo contrario, todas nuestras tentativas no darán otro resultado, que el de hacerlos vivir con mas vigilan-

cia. Si llegais á penetrar en la isla, casi puede asegurarse que la encontrareis abandonada. Conozco demasiado las riberas del Mississipí, como vos las conocereis tambien, para dejar de aseguraros que toda persecucion seria imposible. Si resolveis realizar vuestro proyecto, hoy mismo poneos de acuerdo con vuestros amigos, avisad mañana á los vecinos, y por la tarde, ó el domingo á primera hora, venid todos á Helena. Yo salgo en seguida para dicha ciudad, donde haré mi declaracion ante el juez, siguiendo acto contínuo hácia Sinkvilla para reunir todos los hombres aptos para empuñar un arma. El domingo por la tarde estaré de regreso en Helena, y desde allí emprenderemos sin la menor dilacion la marcha.

Pareció á Cook muy razonable este plan, no teniendo, como no tenia, motivo alguno para sospechar de la buena fe de Sanders; y como conocia al mismo tiempo que era casi imposible reunir la fuerza necesaria en menos tiempo del que él proponia, no tuvo reparo en prometerle que el domingo por la mañana estaria en Helena en compañía de todos los vecinos, bien armados y con abundantes municiones. Sanders, cuyo principal objeto era avisar sin tardanza á sus camaradas del peligro que les amenazaba, dijo no queria perder un momento, y ensillando su caballo y despidiéndose de mistress Lively y de los consortes Cook, púsose en marcha dirigiéndose á Helena. Luego que hubo perdido de vista la granja, puso el caballo á escape impelido por el temor y la desesperacion.

XVIII.

Partida de Edgeworth.

El viernes por la mañana manifestaba el piloto de la *Tortuga* una gran prisa para darse á la vela, pronosticando con voz fatídica truenos, rayos y tempestades. A la verdad, poca mella hacian en el ánimo de Edgeworth tan tremendas profecías, pues por una parte veia el cielo sereno y despejado, é ignoraba por otra el peligro que ofrecia la navegacion por el Mississipí á través de la niebla. Habia encontrado en la posada de la Union un antiguo amigo, veci-

no suyo desde mucho tiempo en la Indianía, con quien seguia conversando tranquilamente.

Maese Smart sentado frente de la mesa, con las piernas cruzadas, escuchaba la conversacion de los dos amigos. Tratábase en ella, no solo de noticias relativas á la caza, si que tambien á las guerras con las tribus indianas, y emboscadas de esta raza, enemiga irreconciliable de los blancos.

Blackfoot vino á interrumpir esta conversacion para decir á Edgeworth que era muy conveniente partir en seguida, porque hallándose comprometido á entregar los géneros al dia siguiente por la mañana, era indispensable emprender desde luego la marcha, para llegar á su destino á una hora regular. El ciudadano de la Indianía confirmó la opinion de Blackfoot, asegurando á Edgeworth la necesidad de no perder tiempo si queria llegar á Victoria á la mañana siguiente.

Presentóse al cabo de un rato el piloto Bill, y dirigiéndose al mostrador, sin mirar á los demás, dijo al campesino que si no pensaba salir muy luego, se llegaria á visitar un antiguo camarada que residia á poca distancia de la ciudad.

—Oh! no! de ningun modo, exclamó prontamente Blackfoot. Ahora es imposible; habeis tenido toda la noche para visitar á vuestro amigo. Vamos á partir al instante, porque si mañana no está el cargamento en Victoria nada de lo dicho.

—Bueno, no importa! murmuró el piloto, vaciando su vaso y saliendo con toda la apariencia de un mal humor concentrado.

—Huraño es el hombre! dijo el fingido comprador á Edgeworth al tiempo de salir el piloto; hace mucho tiempo que lo teneis á vuestro servicio?

—Quince dias: mas pronto vamos á separarnos. Sin que sepa explicarme el motivo, me inspira una irresistible antipatía, y á fe que he podido convencerme de que es un buen piloto, sabe muy bien su obligacion, y conoce el rio como yo mi casa. Hasta aquí me ha conducido perfectamente, y sin embargo, cosa extraña! deseo por momentos verme desembarazado de él. Hay un no sé qué en su fisonomía que me repugna, mas diré, que me indigna. Ah! M. Smart, añadió Edgeworth, ha enviado el armero mi escopeta? ha prometido tenerla corriente dentro de una hora.

—Sí, allí está, contestó Smart.

Y llamando á uno de los mozos de la posada :

—Francisco, le dijo, traed la escopeta que ha compuesto Toby.

—Creeis que la habrá arreglado bien ?

—Sí , contestó el posadero , me ha llevado medio dollar. Tenia roto el muelle y le faltaba un tornillo

—Oh ! ya sé, y por cierto que es extraño, pues no habia hecho mas que limpiarla y volverla á cargar , sin que nadie la haya tocado. No sé en verdad cómo pudo salir el tornillo. Desearia probarla antes : dónde podria disparar sin peligro ?

—En ninguna parte , porque en Helena está prohibido , si bien no por esto nos abstenemos de hacerlo. Mirad, en aquella rama hay un pájaro,... en la mas alta.... lo veis? descansad la escopeta sobre ese poste.

Levantóse Edgeworth , y tomando la escopeta cargada, buscaba con la vista al pájaro que le habia indicado el posadero.

—Descansar la escopeta ! dijo riendo , á noventa pasos ! si está arreglada, el pájaro ha dejado de existir.

Hablando así , apuntó Edgeworth, salió el tiro, cayendo el pájaro al pié del árbol.

—Bien ! muy bien ! está en regla , dijo el anciano. Ya que no podemos disparar contra los Indianos, hagamos fuego á los pájaros. Así va el mundo. El hombre si no es el mayor, es á lo menos el mas peligroso de los animales feroces. Mata por el gusto de matar. Pero mi pasajero se impacienta. Empezad á andar, dijo Blackfoot : cargo mi escopeta, pago la cuenta, y estoy con vos al instante.

El pirata hizo una señal afirmativa , y encargando nuevamente á Edgeworth que no tardase , salió de la posada.

Apenas hubo pasado la puerta , acercóse Smart á Edgeworth , y le dijo con interés:

—Desde cuándo conoceis á ese hombre ?

—Hace apenas un dia. Por qué me lo preguntais?

—Qué clase de relaciones habeis tenido con él ?

—Hélo encontrado en vuestra posada. Bill ha sido quien me lo ha dirigido.

—Bill ! quién es Bill !

—Mi piloto.

—De manera que , repuso el posadero , no teneis otra noticia

que la recomendacion de Bill. Idos con cuidado, M. Edgeworth, siento una especie de repulsion por ese hombre.

—Por qué? tal vez porque no tiene traza de comerciante? no hagais caso. Los de la Indianía parecen cazadores, y no obstante manejan tan bien una arma como los pesos y las medidas.

—Creedme, esos dos hombres están de acuerdo.

—El comerciante y Bill? es imposible, porque el primero ha ajustado el cargamento á buen precio, entregándome en el acto la mitad de su importe en garantía de su palabra.

—Es que yo he sorprendido ciertas miradas, añadió Smart levantándose, que no me permiten dudar que esos hombres se conocen mas de lo que creeis. Ojo alerta: en el Mississipí abundan los tunos; algo de esto sabemos en Helena. Podeis á lo menos contar con vuestra gente? porque en este pais los extranjeros son poco protegidos.

—Puedo, no hay duda, contar con mi gente, pero cuento mas aun conmigo mismo. No tengais cuidado, al viejo Edgeworth no le falta aun la suficiente energía para tener á raya á una cuadrilla de bandidos. Ah! otra cosa tengo que preguntaros, M. Smart. Una jóven de esta ciudad, sabiendo que iba á Victoria, me ha suplicado la admitiese á bordo. Es una tal mistress..... mistress Everett, me parece. Deja á Helena para establecerse en Victoria. Es persona honrada?

—Completamente honrada; hace muy poco tiempo pereció su novio en el rio y yo he comprado sus tierras. Habíala ofrecido mis servicios, pero ella ha rehusado constantemente aceptarlos. Ignoraba que quisiese marchar á Victoria.

—Esto es lo que ella me ha dicho. Vamos, adios, M. Smart; en el caso que yo no encontrase á Tom Barnwell, decidle, si lo veis, que venga inmediatamente á encontrarme. Si descargamos antes que él llegue, lo aguardaré.

Diéronse amistosamente las manos Edgeworth y el posadero, y echando el primero al hombro su escopeta, encaminóse hácia la orilla del rio, donde encontró á mistress Everett que le aguardaba con todo su equipaje.

Iba esta mujer vestida de negro, de piés á cabeza, y era aun jóven y hermosa; pero su palidez contrastaba con la distincion de sus facciones, que revelaban una expresion de sufrimiento indeci-

ble. El carro que conducia el equipaje hallábase parado junto al desembarcadero, y el conductor, despúes de haber dejado en el suelo el látigo y el sombrero, se disponia á embarcarlo todo, cuando acercándose Bill le preguntó quién le habia autorizado para llevar viajeros á su barco, destinado exclusivamente al trasporte de efectos.

—Cuidad de vuestros negocios Bill, díjole Edgeworth, que acababa de llegar en aquel momento. Esta señora va con nosotros á Victoria. El tiempo es bueno, y su equipaje podrá quedar sobre cubierta.

Murmuró el piloto algunas palabras ininteligibles, volviendo de nuevo á su puesto. Un espectáculo inesperado vino á llamar su atencion. Siete barcos contruidos en el Ohio seguian tranquilamente la corriente. Los que se hallaban á bordo ninguna intencion tenian de desembarcar, porque la mayor parte de los marineros se veian perezosamente echados sobre la cubierta, mientras los pilotos apoyados con la mayor negligencia en el timon, contemplaban á su paso la ciudad.

—Bravo! no nos faltará compañía, dijo Edgeworth. Vamos, muchachos, á embarcar pronto el equipaje de esta señora, y forzando un poco los remos nos reuniremos con nuestros compañeros de viaje.

Como esta órden contrariaba los proyectos de Bill, apresuróse á contestar que á poca distancia de Helena se encontraba una isla, frente de la cual era el canal muy estrecho, y que sin embargo no podia seguirse otro rumbo sin atrasar siete ú ocho millas. Pero manifestó al mismo tiempo, que pasando muchos barcos juntos, era muy temible que chocando unos contra otros fuesen á estrellarse en los escollos de la isla.

Era por lo tanto necesario dejar que se adelantasen solos aquellos barcos, pues no conociendo sin duda sus pilotos el camino mas corto, podria el de Edgeworth aprovecharse de esta circunstancia llegando antes que ellos á Victoria.

Apoyó Blackfoot estas razones, disponiéndose ya á recoger el cable. Mas cuando se embarcaban los últimos efectos de mistress Everett, é iba ella á subir al barco, un incidente inesperado vino á retardar aun la partida.

Mistress Bradfort bajaba por el lado de Mainstreet y reparó en la

jóven vestida de luto. Persuadida de que iba á salir de Helena con todo cuanto poseia, lanzóse como una furia sobre mistress Everett, y cogiéndola por el brazo izquierdo, empezó á dirigirle un torrente de injurias tan espantosas, que la pobre jóven temblando hacia extraordinarios esfuerzos para librarse de las garras de aquel dragon infernal.

Mistress Bradfort, cuya rabia no conocia límites, amenazaba cerrado el puño á la pobre jóven, gritándole con voz sofocada por la cólera:

—Ah! infame! así quereis escaparos! así pensais salvaros como una ladrona en medio de la noche! Dónde habeis pasado estos últimos dias, señorita? Yo os lo diré: os habeis ocultado durante el dia para tantear las puertas por la noche y espiar á los vecinos por el ojo de la cerradura.

—En nombre del cielo, protegedme contra esta loca! exclamó mistress Everett pidiendo auxilio.

Los espectadores, creyendo que la jóven era realmente culpable de algun delito, al ver que de aquel modo se la reprendia en medio de la calle, no se decidian á intervenir.

—Ah! soy loca! gritó mistress Bradfort, considerando comprometido su honor con aquella calificacion; y haciéndose atrás por la vigésima vez su sombrero que volvia á caerle al momento sobre los ojos, continuó: Soy loca! porque sostengo mi derecho! porque no quiero que nadie entre en mi casa de noche, aprovechándose de mi ausencia! La casa de una pobre viuda! porque tambien yo soy sola en este mundo, pero á lo menos á nadie perjudico, vivo retirada, y no divago de noche por las calles, ni he de casarme con cada marinero que se ahoga en el Mississipí. Luisa, decia mi querido difunto, Luisa, vos...

—Por Dios, M. Edgeworth, gritó con desesperacion la jóven enlutada, protegedme, esta mujer me asesina.

—Atrás, viejo impertinente! gritó mistress Bradfort, empujando al campesino. Que vayan á buscar al juez; es preciso que el Squire Dayton venga aquí; pronto, llamad un constable. Quiero saber con qué objeto quiso penetrar en mi casa. Quiero saber por qué las mujeres honradas como yo han de verse expuestas á tales peligros, cuando van con la mayor confianza á tomar una taza de té en casa de un amigo; pronto, llamad á un constable!

—No hay una alma caritativa que me proteja contra tales ultrajes? balbuceó de nuevo mistress Everett casi desfallecida.

Bill y Blackfoot presenciaban esta escena con evidente satisfaccion, suponiendo que su vieja amiga queria presentar á la jóven ante un magistrado por haberla sorprendido en fragante delito.

Edgeworth, que con su conocimiento del corazon humano sabia apreciar con acierto las cualidades de las personas, persuadióse de que el rostro pálido y lleno de nobleza de mistress Everett no revelaba sentimiento alguno de bajeza, al paso que el de su antagonista era viva imágen de la maldad de su alma. Resolvió, pues, intervenir en la contienda, y cogiendo por el brazo á mistress Bradfort se lo apretó con tanta fuerza, que se vió esta obligada á soltar la presa. Imponiéndola luego silencio, manifestó que mistress Everett era su pasajera, y que no podia permitir fuese tan escandalosamente insultada. Dando al mismo tiempo la mano á la jóven la hizo embarcar, mandando á los marineros detuviesen á mistress Bradfort impidiéndola entrar en el barco.

Dispuso luego retirar el cable, alejándose la *Tortuga* al impulso de los remos, viéndose muy luego en medio del rio navegando hácia la isla de Round-Willow.

Seria imposible referir la desesperacion y rabia de mistress Bradfort al ver que se le escapaba para siempre su víctima de una manera tan inesperada.

Esta infame mujer se hallaba, sin motivo alguno, íntimamente convencida de que mistress Everett era la mujer que dijo Smart haber visto rodando alrededor de su casa con un manojo de llaves falsas. La pérdida de algunos efectos, ocultos sin duda por el momento, y que ella no podia encontrar, habia confirmado mas y mas en su ánimo esta conviccion.

Corrió pues á encontrar el Squire Dayton para pedirle justicia, y exigir la detencion del buque. Nancy, la criada, contestó á mistress Bradfort, saliendo á la ventana, que el Squire habia salido al campo con su esposa y miss Adela.

Mistress Bradfort no podia, pues, contar sino con el constable, á cuya casa dirigióse desde luego, atravesando toda la ciudad. Para llegar mas pronto á ella tomó por un atajo, que despues de un corto rodeo por un bosque cercano terminaba en la parte extrema de la poblacion. Habia ya andado la mitad del camino, cuando de

repente encontróse en presencia de un hombre cuya aparicion en aquel lugar solitario la llenó de espanto.

Llevaba este individuo muy crecida la barba, sus cabellos caian desordenadamente sobre su espalda, y sus vestidos se hallaban en malísimo estado. El sudor y la sangre cubrian el rostro y las manos del bandido, pues no podia ser otra cosa, llevando escrita en su frente la palabra *asesino* que se leia tambien en sus ojos.

Mistress Bradfort dejó escapar un gran grito, mientras el aparecido, inclinado delante de ella, la examinaba con viva curiosidad.

—Qué me quereis, caballero? Voy á buscar al constable, que vive aquí cerca; el juez viene siguiéndome, añadió apretando el paso.

El desconocido no hizo el menor movimiento; siguióla con la vista, y cuando iba á pasar por delante de él, murmuró en voz baja estas dos palabras:

—Mistress Dawling.

Si este nombre, pronunciado por un hechicero, hubiese tenido la propiedad de dejar al que lo oia inmóvil por espacio de tres ó cuatro mil años, era imposible que produjese mayor efecto. Miró la vieja con terror y sorpresa al hombre que acababa de pronunciarlo; pero este, fingiendo no reparar la confusion y sobresalto de la buena señora, acercósele diciendo en voz baja:

—Viene realmente hácia aquí el juez?

—No, contestó mistress Bradfort temblando; no viene.

—Tanto mejor, porque es preciso que me oculteis. Persiguenme muy de cerca, y es imposible que escape; el mas breve retardo puede serme fatal! Despachad pues, y conducidme á vuestra casa.

—Sois en efecto Enrique Cotton? pero sí! Por vida mia sois vos! Está alborotado para perseguiros todo el Arkansas, y quereis venir á mi casa? Oh! es imposible!

—Imposible!... Herido como me hallo y rendido por la fatiga, me alcanzarian muy pronto sin poder defenderme. Necesito á lo menos un dia de descanso. Hace dos semanas que me veo acosado como una fiera, sin que se haya presentado ocasion favorable para sustraerme á la incansable actividad de mis enemigos. La miseria y la desesperacion me han arrastrado al robo y al asesinato. Ya veis,

pues, que es indispensable ocultarme en vuestra casa, hasta que se presente la oportunidad de atravesar el rio, encontrando un barco que me conduzca á la isla. Estoy aburrido de una vida semejante, y no quiero correr el riesgo de ser colgado de algun árbol.

—Sin embargo, en mi casa es imposible, amigo mio: vivo sola, y si....

—Acabemos! dejaos de excusas y pretextos. Ponedme en seguida á salvo.

—Repito que es imposible, contestó desesperada la vieja. No conoceis que llamariais la atencion de todo el mundo entrando en la ciudad tal como os hallais? El mas ligero indicio bastaria al instante para descubrir vuestro escondite. Registrarian mi casa.... Oh! no... vamos, no hay que pensarlo... Ocultaos por aquí en cualquiera parte; vendré esta noche á buscaros, y os haré conducir á la isla sano y salvo. No puedo ni quiero hacer mas.

—De veras! Lo pensareis mejor y hareis lo que os pido: el tiempo urge, mis enemigos se acercan, y si no me ocultais en seguida, caeré inevitablemente en sus manos. Vos podeis salvarme; si os negais, aceptad las consecuencias de vuestra negativa. No vayais á creer que, en tal caso, haga yo el héroe, el mártir, dejándome ahorcar, mientras vos continuais viviendo tranquilamente, y pasando plaza de mujer honrada. Oh! nada de eso! Yo hablaré con los jueces... y entonces... entendeis?

—Estais loco! Quereis pues perdernos á todos?

—No á fe mia, á menos que vos me obligueis á hacerlo. Si entrase en Helena, vestido como me hallo, llamaria la atencion, esto es indudable: por lo tanto, id á buscar otros vestidos, que bien sabreis donde encontrar. Aguardaré vuestro regreso oculto entre la maleza, mas no tardeis en volver. Si soy descubierto, á vos lo atribuiré, y creed que pagareis muy cara vuestra traicion.

—En nombre del cielo! dónde he de encontrar yo vestidos? No sé á quién dirigirme...

—Esa es cuenta vuestra, repuso Cotton con indiferencia. No olvideis á Dawling, ó sino me pondreis en el caso de pronunciar otro nombre. Creo os bastará esta indicacion.

—Qué hombre mas cruel! dijo suspirando mistress Bradfort... Pronto! pronto! oigo pasos, escondeos.

Distinguió en efecto Cotton el ruido de pasos sin poder conocer

de qué lado venian. Mas no pudiendo dudar del peligro en que se hallaba, alejóse con rapidez, dirigiendo, antes de ocultarse entre la maleza, un signo imperioso y amenazador á mistress Bradfort.

Un minuto despues apareció al extremo del atajo Jonathan Smart con las manos en la faltriquera silbando su himno favorito. Apenas habia tenido tiempo mistress Bradfort para reponerse de la terrible emocion que le habia causado la súbita presencia de Cotton, cuando vió á su lado al importuno posadero, saludándola de una manera tan lacónica, que sin contestarle lanzóse la vieja á grandes pasos en direccion á la ciudad.

—Mucha prisa llevais, mistress, gritóle el Yanque riendo. Oh! tendreis sin duda muy sérias ocupaciones! por ejemplo, una visita, alguna amiga á quien estareis fastidiando toda la noche, ó tal vez una calumnia qué os habrán levantado y que vuestro honor exige se desvanezca, ó mejor, una querella entre marido y mujer que vuestro buen corazon va á apaciguar..... Pero qué diablos estaria haciendo aquí, díjose en fin á sí mismo; habrá venido á una cita, ó será por casualidad que la haya encontrado? por qué estaria tan confusa cuando me ha visto?

Examinó Smart el sitio donde se hallaba mistress Bradfort, descubriendo muy pronto en él las pisadas de un hombre; pero qué debia inferir de este descubrimiento? solo un verdadero cazador habria podido adivinarlo. Contentóse pues con menear la cabeza, y metiendo otra vez las manos en sus bolsillos, desapareció silbando el himno nacional que le habia obligado á interrumpir el encuentro con mistress Bradfort.

Una hora despues, veiase por segunda vez á mistress Bradfort siguiendo precipitadamente el mismo camino con direccion á su casa, sin parar la menor atencion en las personas que encontraba al paso.

Al mismo tiempo que abria la puerta de su casa, presentóse al otro extremo de la calle un hombre vestido como un labriego, cubierta la cabeza con un sombrero de paja de anchas alas, calado hasta los ojos.

Siguió este hombre á la dueña, cerrándose tras ellos la puerta, que se oyó desde fuera cerrar con doble vuelta de llave.

XIX.

Ardides de un marido prudente.

Hemos dejado á Tom Barnwell y á la pobre María embarcados en el steamer *Van-Buren.* A fin de evitarse preguntas embarazosas presentó el jóven á su desgraciada compañera como una hermana, añadiendo que la conducia al seno de su familia, á fin de que estuviese mejor cuidada. La pobre loca, abatida por el dolor, no pensó siquiera en contradecirle, y la encargada de la cámara destinada á las señoras, que habria podido sospechar algo al ver el estado de los vestidos y las miradas extraviadas de la viajera, no paró la atencion en tales minuciosidades. Ha podido una jóven blanca inspirar jamás interés á una mulata? La de que hablamos tenia á su cargo el servicio de la cámara, y no el exámen del estado mental de los viajeros. Contentóse por lo tanto con preparar una cama á la infortunada María, dejándola despues abandonada á sus pesares y lágrimas.

El *Van-Buren* pertenecia á la categoría de paquetes de primera clase, que hacen el servicio entre Luisvilla, Cincinnatti y San Luis. Sorprende á la verdad la rapidez con que recorren dichos buques inmensas distancias luchando contra la rápida corriente del Missisipí. El *Van-Buren* habia empleado media hora mas que la *Diana* en su último viaje desde Nueva-Orleans á Luisvilla; si bien es preciso añadir, que esta media hora la habia pasado encallado en un banco de arena. Lo que no admite duda es que en cinco dias y veinte y tres horas y media el *Van-Buren* habia recorrido una distancia de mil trescientas cincuenta millas, navegando contra la corriente.

Adelantaba pues el buque que conducia á nuestros pasajeros con espantosa rapidez, confiando el capitan llegar á Helena dentro hora y media á mas tardar. El piloto, que era muy práctico en el Ohio, navegaba por la vez primera en el Mississipí siguiendo los avisos del *Navegante*, por lo que encontróse á lo mejor muy cerca de la ribera, envistiendo frente la isla de Roun-Willow.

Clavóse tan profundamente la quilla, que fué imposible poner

el buque á flote á pesar de los extraordinarios esfuerzos de la tripulacion. Adelantaba la noche á grandes pasos, creciendo á cada instante el rio. Resolvióse por consiguiente aguardar el dia para continuar los trabajos. El capitan envió el bote á tierra para amarrar un cable, que sujetando el buque le impidiese ir al través, caso de que se pusiese á flote por el solo impulso de la corriente.

Los marineros encargados de esta operacion, vieron muy luego la dificultad de llevarla á cabo, en razon á que los árboles inmediatos á la orilla eran algodoneros muy endebles, sin la resistencia necesaria, ni aun para un barco de transporte, cuanto menos para un buque de vapor.

Veianse únicamente alrededor de la isla tiernos retoños de espeso ramaje á uno y otro lado de un lago, á través del cual pudo con suma dificultad abrirse paso la lancha. Apartó sus ramas la primera fila de arbustos á la aproximacion de la barquilla impelida por los remos, pero así que hubo pasado dobláronse de nuevo como movidas por un resorte. Imposible era adelantar en medio de tantos obstáculos; por lo que, saltando los marineros al agua que tenia á lo mas tres piés de profundidad, rollaron el cable alrededor de diferentes ramas, volviendo á bordo para aguardar el dia.

Dejáronse dos vigilantes sobre cubierta para estar á la mira de cualquier accidente y conservar el fuego de las calderas. Por el pronto desempeñaron perfectamente su encargo, mas despues de media noche, tendiéronse sobre un banco, al lado de la chimenea, entreteniéndose en referir cuentos á fin de evitar que el sueño les sorprendiese. Pronto sin embargo dejóse de oir la voz de los vigilantes, quedando todo en el mas profundo silencio en medio de la oscuridad.

Todo el mundo dormia á bordo del *Van-Buren*. De vez en cuando levantaban la cabeza los vigilantes para consultar la posicion de las estrellas y echar una ojeada á los árboles de la isla; mas bajo la impresion del monótono murmullo del rio, volvian á dormirse muy luego, á pesar de la incomodidad que debian sentir atendida la dureza de la cama.

Durante la noche, merced á la extraordinaria crecida del rio, púsose á flote el steamer, despegándose de la arena donde se hallaba hundida la quilla. A los primeros momentos, bastó la poca

resistencia de los árboles para tenerle sujeto; sucediéronse empero con tan creciente violencia las sacudidas, que las débiles ramas se rompieron con estrépito.

Fué tan terrible la sacudida del steamer al verse libre, que se resintió todo el buque, de popa á proa. Despertaron sobresaltados los dos vigilantes, no atinando el motivo de aquel brusco movimiento, pues alzando los ojos al cielo veian las estrellas en el mismo sitio. Alarmáronse sin embargo sobremanera al observar que las cimas de los árboles que debian ver á su izquierda se hallaban entonces á su espalda, mientras los sauces se apartaban de su vista en la oscuridad. Para desvanecer todas sus dudas, corrieron los marineros á examinar el cable, que encontraron suelto y flotando sobre el agua.

—El buque va al través, gritaron los dos marineros tocando furiosamente la campana de alarma. Levantáronse con sobresalto los pasajeros que, á causa del calor, dormian sobre cubierta, corriendo en distintas direcciones, empujándose unos á otros con la mayor confusion y desórden. Cogíanse unos á las cuerdas, llamaban otros al piloto, sin que nadie se acordase de recurrir al único medio de salvacion, que era avivar el fuego y apartarse á fuerza de vapor de la costa.

Pudo, en fin, el capitan restablecer el órden en medio de tanta algarabía. Para detener la marcha del buque echó el ancla, mientras que los fogonistas atizaban el fuego de las calderas llenándolas los marineros de agua, para impedir que reventaran, lo cual habria sido ciertamente una desgracia mayor que la que trataban de conjurar. Si todas estas precauciones hubiesen sido tomadas á tiempo, habrian bastado para poner el buque en disposicion de seguir su marcha; mas la impetuosidad de la corriente lo habia arrastrado mucho mas allá de lo que al principio habian creido, de suerte que corria rápidamente á estrellarse contra la costa Oeste del Mississipí.

—Tomar los espeques! gritó con voz firme el contramaestre: bueno! que dirija cada uno el suyo contra un árbol: bravo! muchachos; aguantad firme!

Obedecieron los marineros cogiendo prontamente los espeques, derribando á los pasajeros que embarazaban sus movimientos: preparáronse para apoyarlos en la ribera para disminuir la fuerza del

choque que conocian era inevitable. Echáronse al mismo tiempo al agua todas las anclas que habia á bordo; mas como no pudieron profundizar en el lecho movedizo del Mississipí, no pudo impedirse que el *Van-Buren* fuese por fin arrojado sobre la costa.

Fué tan violento el choque que los tambores saltaron hechos astillas. Los pasajeros corrian aturdidos de una parte á otra tomando sus maletas y sacos de noche, prontos á aprovechar la primera ocasion que se les presentase para saltar á tierra, ó echarse á la lancha. Hasta los marineros se hallaban sumamente alarmados, pues no podian desde luego conocer la gravedad de la avería.

Finalmente declaró el carpintero de á bordo, despues de haber examinado detenidamente el buque, que solo se habia roto el timon, las cintas y la rueda de estribor. El daño era por consiguiente de no escasa importancia; pero lo mas urgente era habilitar el timon.

Tiempo hacia que el sol habia desaparecido del horizonte cuando, reparadas las mas imprescindibles averías, hallóse el buque en disposicion de proseguir su camino. Arreglóse por de pronto con tablas y cadenas una especie de timon, que podia servir para llegar á Helena, donde se harian los reparos indispensables.

Bastante entrada la noche, llegó por fin el *Van-Buren* á su destino, emprendiéndose desde luego los trabajos necesarios para reparar completamente la avería.

Tom Barnwell, en medio de la mas cruel ansiedad, paseábase durante este tiempo por el puente, examinando con la mayor atencion los barcos chatos que se veian por el rio; mas, como estas embarcaciones se diferencian muy poco unas de otras, fuéle imposible reconocer la de su pariente Edgeworth. Por otra parte, esperaba Tom llegar á Helena antes de la salida del anciano.

Parecióle una vez, atendidos ciertos indicios que solo el ojo de un marino puede apreciar debidamente, que el barco que él buscaba pasaba á doscientos metros del *Van-Buren*. Objetóse sin embargo que, hallándose en él embarcada una mujer y no conviniendo las señas del hombre que mejor podia distinguir con ninguno de los que componian la tripulacion, habríase sin duda alguna equivocado.

Desvanecióse sin embargo toda su esperanza al saber, apenas llegado á Helena, que el barco de Edgeworth habia salido algunas horas antes. Grande fué su embarazo, sobre todo viéndose precisa-

do á buscar sitio seguro donde colocar á María. Dejábase conducir la pobre jóven con la mayor sumision, sin darse cuenta del lugar y situacion en que se hallaba. Acompañóla Tom á la posada de la Union, repitiendo á M. Smart lo mismo que habia dicho al embarcarse en el steamer, esto es, que María era su hermana, que acababa de llegar de Nueva-Orleans.

Presentóse desde luego á Tom una gran dificultad: M. Smart que le habia ido siguiendo hasta el cuarto que les fué señalado, conoció desde luego el deplorable estado de la jóven, manifestando francamente á su amigo que, en cuanto á él, recibiria en su casa y cuidaria de muy buena gana á aquella infeliz. «Pero, añadió al mismo tiempo, esta jóven necesita que una persona de su sexo la vigile con mucho cuidado, y por desgracia mi esposa, abrumada por mil otras atenciones, no se hallará en disposicion de hacerlo.» Aseguró además Smart á Tom, que si tenia la debilidad de suplicar á la posadera que se encargase de su hermana, no solo se negaria á hacerlo, sino que hasta exigiria que saliese inmediatamente de la posada.

—Dónde podré pues dirigirme con esta desgraciada? preguntó Tom con tristeza despues de haber referido al posadero todos los detalles y circunstancias de su encuentro con María. El barco de Edgeworth ha salido, y no puedo prescindir de ir á encontrarle; en él tengo toda mi fortuna, toda hasta mis vestidos. Al mismo tiempo, no puedo abandonar á esta infeliz criatura en su actual estado, en una ciudad donde no cuenta con amigos ni con parientes. Imposible es tambien que la lleve conmigo. Hacedme pues el obsequio de tenerla en vuestra casa, y yo os prometo que á mi regreso, dentro de pocos dias, corresponderé generosamente á vuestra bondad.

Vino á interrumpir esta conversacion la voz de mistress Rosalía Smart, quien subiendo precipitadamente la escalera iba repitiendo con acento cólerico:

—Su hermana! su hermana! si tuviera tan buenas tragaderas, pronto se veria inundada nuestra casa de hermanas. Y loca por añadidura! Como si yo no tuviera otro cosa que hacer! Cuando no puedo descansar de dia ni de noche; precisamente ahora que la posada está llena de viajeros, y que se ha ido la criada á instigacion de esa maldita mistress Bradfort, ahora digo podré entretenerme en cuidar enfermos! Vamos, es imposible; esta mujer habrá de ir á

otra parte y corriendo. Quisiera saber quién tiene derecho aquí á disponer de los cuartos; yo ó M. Smart? Que se encargue mi marido de servir á los parroquianos, de preparar las camas y demás atenciones que sobre mí pesan, y entonces.....

No pudo oirse la conclusion de la frase, lo cual tampoco era necesario para conocer sus intenciones con respecto á Tom y á su compañera.

—Voy yo mismo á hablar á mistress Smart, dijo Tom tomando su sombrero. A pesar de todo, no creo que se atreva á negarse á mi súplica: tengo mas confianza en su buen corazon.

El posadero, que estaba reflexionando hacia un buen rato, cogió finalmente á Tom por el brazo, diciéndole resueltamente:

—Deteneos! lo echariais todo á perder. Mi esposa tiene buen corazon; pero hemos cometido el desliz de señalaros un cuarto, sin pedirla permiso: esto es una rebelion contra su autoridad, que ella no perdona jamás. Si vais ahora á pedirla lo que teneis ya concedido, es menester que yo me separe; de pronto caerá sobre vos un torrente de injurias como jamás hayais oido, y concluirá por negarse resueltamente á recibiros.

—Qué hacer entonces? dijo Tom con desaliento; vos sois la única persona en Helena á quien pueda confiar esta desgraciada, y os negais á recibirla! Temeis quizás que no vuelva á pagaros lo que se os deba? Ah! no sabeis cuánto la he querido en otro tiempo!....

—No es esto: me hago cargo de vuestra situacion, amigo mio, pero conozco tambien á mi esposa, repuso Smart: no hay mas que un medio para decidirla; es decir, lo ensayaremos, podrá probarse.

—Cuál?

—Oh! este es mi secreto. Oid... Sí, vamos, no hay otro, añadió despues de haber recorrido con los ojos todo el cuarto. Saltad por la ventana!

—Cómo, M. Smart? dijo el jóven marino con extrañeza.

—Es el único medio de obligarla! es preciso hacer un poco la comedia. Saltad por la ventana, y no volvais hasta la noche.

—Es imposible! contestó Tom. No puedo separarme de María sin estar seguro de que estará bien asistida; además de que no os comprendo: explicadme lo que pensais hacer.

—Bueno! bueno! no hablemos mas del asunto, repuso Smart

con indiferencia. Es todo lo que puedo hacer por vos; sino quereis, dejémoslo. Tal vez el Squire Dayton se encargaria de ella.

—Quién es el Squire Dayton?

—El juez de la ciudad. Es un hombre casado, que tiene además en su casa una parienta lejana de su consorte.

—Creeis que le encontraria á esta hora?

—Nó; está fuera de Helena, y las señoras se hallan tambien ausentes.

Durante este diálogo, paseábase Tom por el cuarto con extraordinaria agitacion.

—Podriais, dijo en fin parándose, persuadir á vuestra esposa que admitiese á María por dos ó tres dias?

—Persuadirla! nó; nadie en el mundo podrá alabarse de haber persuadido jamás á mi esposa. No obstante, podria inducirla á que la admitiese, á lo menos me lo presumo; y sea de un modo ó de otro, para vos el resultado es igual. Así pues, saltad por la ventana.

—Pero por qué?

—A fin de que no os encuentre aquí mi esposa. Diantre! tanta aprehension teneis para dar un salto á una altura de cinco piés?

Iba á contestar Tom; detúvose no obstante, y abriendo la ventana volvióse hácia el posadero diciéndole:

—Oh! M. Smart, si pudieseis comprender...

Oyéronse pasos en el corredor.

—Mi esposa! dijo el Yanke saludando con la mano al marino.

Comprendió Tom lo que este despido significaba, y sin insistir mas, lanzóse á la calle de un salto.

Un minuto despues abrióse la puerta, entrando mistress Smart, con el rostro tan encendido como el dia en que el lector tuvo el gusto de conocerla. En esta ocasion, sin embargo, la agitacion de la posadera tenia un motivo mas justificado bajo el punto de la autoridad conyugal.

Smart con los brazos cruzados estaba paseándose tranquilamente por el cuarto.

—Quién ha traido esta jóven? tales fueron las primeras palabras pronunciadas por la dueña de la posada, colocando al mismo tiempo las manos sobre las caderas, como si este movimiento debiese contribuir á exhalar su cólera. Detúvose á los pocos pasos al observar que su marido estaba solo en el aposento. No tenia du-

da de haber oido dos diferentes voces, porque añadió: Con quién estabais hablando? estoy segura de haber oido conversar.

—Tal vez! contestó el marido. Hablaria conmigo mismo; esto me sucede muy á menudo. Por lo demás, nada tengo yo que conversar con estos perillanes; y os suplico que cuando querais recibir ciertas personas en nuestra casa, me lo advirtais antes. Deseo que no olvideis el encargo, sobre todo si estas personas están enfermas.

Mistress Smart quedó inmóvil, extraordinariamente sorprendida.

—Bueno es ser caritativo, prosiguió el marido afectando no reparar la sorpresa de su consorte; pero no quiero de ningun modo que se alojen en mi casa esos marinos de agua dulce. Nadie en el mundo los tiene mejor conocidos que yo, y por esto nadie los detesta con mayor motivo.

—Es posible! dijo finalmente mistress Smart (pues Jonathan habia tocado la cuerda sensible) ya se ve: los marinos dan tanto que hacer á M. Smart: él es quien guisa, quien compone las camas, arregla los cuartos, y atiende á todo. Habráse visto cosa igual? De dónde viene esa jóven? quién la ha acompañado? qué puede hacerse por ella?

—Es que no tiene con que pagar el gasto, dijo tranquilamente Jonathan mirando á su esposa.

—Quién la ha traido á mi casa? quiero saberlo: gritó con furor mistress Smart.

—Y eso qué os importa? está loca, y ha venido en compañia de un jóven campesino de la Indianía; la ha presentado como una hermana, y á uno ni á otro les conoce nadie en la ciudad. El dice que ha de partir inmediatamente, y pretende que la jóven morirá irremisiblemente, si alguna mujer de buen corazon no tiene piedad de ella. Pero á otro perro con ese hueso: como si nosotros tuviésemos tiempo para cuidar enfermos.

—Callad! no decís mas que disparates! repuso la buena dueña: hé aquí como tratan los hombres á una infeliz, porque no lleva vestido de seda y sombrero con plumas. Ninguna necesidad teneis vos de cuidar á los enfermos. En verdad, bien asistidos estarian si en vos debiesen confiar! Veamos: decidme, dónde está ese jóven que ha acompañado aquí á su hermana?

—Se ha ido! Esto es precisamente lo que acaba de enfurecerme. Así ha querido precisarnos á tener en nuestra casa á la jóven,

y hasta se ha atrevido á decirme, que esto no era de mi incumbencia, que la posadera era quien únicamente debia decidir, y que la generosidad de mistress Smart era bien conocida... En fin muchas otras majaderías por el estilo!... Y con tales lindezas se ha alargado tan satisfecho á Little-Rock para cuidar de sus negocios. Eh! que diablos! si él pasa tan poco cuidado de su hermana, menos paso yo aun. Ahí la ha dejado sin equipaje ni cosa que lo valga, ni una camisa siquiera, ó un par de medias

—M. Smart! M. Smart! sed por Dios mas moderado en vuestras palabras, á lo menos en mi presencia. Me precio de ser tan bien educada como las señoronas de Nueva-York ó Filadelfia! Qué inconveniente hallais en admitir á esta pobre enferma?

—No quiero: Scipion la pondrá á la puerta, y podrá ir dónde guste; vamos, ni una palabra mas! no quiero oir hablar de semejante asunto.

—Es imposible! esto seria faltar á la humanidad y á la caridad cristiana; no puedo permitir se diga que ha sido echada de nuestra casa una pobre jóven porque no tenia dinero ni vestidos, á pesar de hallarse en el mas deplorable estado. Además de que su hermano tenia razon, esto no es de vuestra incumbencia. Nada, nada, la cuidaremos por algunos dias, y si llega á restablecerse, veremos despues lo que pueda hacerse por ella. Tal vez nos sea bastante útil, pues á menos que querais verme reventar de fatiga será preciso buscar quién me ayude. Vos os vais á vuestros negocios ó diversiones, sin acordaros de los quehaceres que abruman á vuestra pobre esposa. Sois incapaz de comprender los sensibles tormentos de una desgraciada que se ve huérfana y abandonada de todo el mundo! Los hombres sois todos egoistas y sin corazon, al paso que nosotras, siempre afectuosas y compasivas, hemos de sufrir vuestro yugo! Vamos: es cosa resuelta; esta jóven permanecerá con nosotros hasta que se halle restablecida.

Diciendo estas palabras, salió mistres Smart del cuarto, volviendo á cerrar tras sí la puerta. Salió en seguida á ver á la enferma, pero con intenciones muy diferentes de las que habia manifestado al principio.

Jonathan, siguiendo su costumbre cuando se hallaba satisfecho, metió de nuevo las manos en sus bolsillos, paseándose á lo largo del cuarto, sin olvidar el himno nacional del *Yankee doodle.*

XX.

Tres contra..... todos!

Vióse de improviso sorprendido Jonathan por una visita, que vino á interrumpir el curso de sus agradables reflexiones. Presentóse á su vista, cuando menos lo esperaba, uno de nuestros antiguos conocidos.

— Hola! Por fin volvemos á veros, querido O'Toole! Dónde diablo os hábiais metido? sin saber cómo ni por dónde desaparecisteis, sin tener de vos la menor noticia, gritó Smart con alegría.

— Desaparecer, no; lo que he hecho ha sido eclipsarme, y no sin motivo. Tengo algo que comunicaros, Smart; pero, hablando con franqueza, preferiria hacerlo al aire libre. Sé que las paredes tienen oidos, y como interesa que nadie sepa lo que deseo comunicaros, podríamos ir á dar un paseo por la orilla del rio.

— Oh! oh! secretos tenemos! siendo así, ya os sigo; de qué se trata?

— Ante todo salgamos, despues hablaremos.

Y sin mas palabras, salió O'Toole seguido de Smart.

— Por qué tanta prisa? dijo despues de haber andado un buen trecho el posadero deteniendo á Smart por el brazo. Quereis llevarme á pié al Estado del Arkansas?

— Smart, contestó O'Toole parándose, os acordais del barco que algunas noches atrás vimos dirigirse á la otra ribera?

—Sí: y qué?

—Sabed que aquel barco no iba á casa Wealthorpe.

—Bueno, pues?

—Es todo lo que yo sé, exclamó el irlandés con enojo.

—A fe, no valia la pena de hacerme salir de casa como si se tratase de un gran secreto; y desde ahora os doy mi palabra de honor de no descubrirlo á nadie, aun cuando me apliquen el tormento.

—El caso es mas sério de lo que os parece, Smart; y sin embargo de que nada me consta aun de positivo, no puedo dudar que hay algun misterio en el viaje de aquel barco. No ha tocado á ninguna

parte, y de todos mis informes resulta que era imposible no llamar la atencion de alguno de los muchos que habitan en la misma orilla, á no ser que hubiesen tomado la precaucion de envolver los remos para no hacer ruido. Por otra parte, por qué se dirigia directamente á la otra ribera, no proponiéndose llegar á ella? Es claro, para aparentar una intencion muy distinta de la que realmente tenia. De lo que no puedo dudar, y quisiera que vos lo reconocieseis, es que esa gente tiene establecida por las inmediaciones una casa de juego donde van á arruinarse algunos hombres honrados, suponiendo que no sea aun cosa mas grave. Mi pobre hermano ha sido robado de todo cuanto llevaba, hasta de la camisa, en uno de esos garitos, poniéndole luego á la puerta. Seria pues una obra meritoria destruir estos focos de corrupcion, obligando á estos malvados á abandonar el país. La casa de *Grizly-Bear*, segun ellos la llaman, es otra de tales guaridas, pero confio que á la primera crecida del rio desaparecerá.

—Así sea, contestó Smart despues de un largo silencio mirando fijamente á O'Toole, cuyas palabras le recordaron lo que Tom Barnwell le habia contado aquella misma mañana. Y estais seguro de que aquel barco no llegó á la otra ribera? De que no se dirigian los que iban á bordo á casa de Miller, por ejemplo, donde hay un sendero que atraviesa el lago?

—Lo mismo me habia ocurrido, y por esto fuí personalmente á informarme. El negro de Miller, á quien vos conoceis, me ha asegurado que en toda la noche no se separó de la orilla, y que no vió embarcacion alguna. Aquellos hombres pues no habrian bajado el Mississipi con tantas precauciones y misterios sin tener para ello algun particular motivo. Al mismo tiempo he ido á visitar al aleman Brander, que se dijo estaba tan enfermo que habia tenido que llamar al médico en medio de la noche. Hace mas de ocho semanas que no ha experimentado la menor novedad. Mas ahí viene uno de esos bandidos; dejemos que se aleje, para proseguir nuestra conversacion.

Volvióse vivamente Smart, conociendo en el recien venido á nuestro amigo Tom Barnwell, quien despues de haber amarrado su barquilla, se paseaba por la orilla del rio. Al ver al posadero, apretó Tom el paso, gritándole:

—Qué tal se ha arreglado? Podrá quedar en vuestra casa?

—Yo no lo queria, pero mi esposa se ha empeñado: quiere que siga en nuestra casa la pobre jóven, cuidándola ella con todo esmero, hasta verla completamente restablecida.

—¿Habeis podido realmente convencer á mistress Smart? preguntó Tom con alegría.

—Al contrario, ella es quien me ha persuadido á mí. Pero no hablemos mas de esto; tened la bondad de contar á presencia de M. O'Toole, hombre muy honrado y uno de mis mejores amigos, cómo y en qué sitio habeis encontrado á la jóven, y qué es lo que ella os ha dicho.

No se hizo de rogar Tom, refiriendo de nuevo su encuentro con María sin omitir la menor circunstancia.

Escuchábale O'Toole con la mayor atencion.

Preguntó finalmente Smart á Tom:

—De sus palabras no habeis podido colegir de qué manera fué á parar á la isla? ¿No os ha nombrado el buque en que iban embarcados? ¿Sabeis si naufragó? ¿Ó tal vez fué á estrellarse contra la costa? ¿Sospechais si fué quizás atacado?

—Nada de eso sé, contestó Tom, pues en su actual estado seria aventurado fiarse de lo que ella dice. No obstante, por algunas expresiones que la he oido, he llegado á concebir terribles sospechas. En su desvarío habla de cabezas hundidas, cadáveres cubiertos de sangre, y de su marido riendo en medio de esta catástrofe. Confío que á mi regreso estará mas sosegada, y podrá entonces contarnos lo que la ha sucedido. De todos modos parece fuera de duda que toda su familia ha sido víctima de alguna espantosa desgracia, que ha trastornado la razon á esa desventurada.

—Segun veo ninguna luz puede darnos su relacion, exclamó el irlandés.

—Sus primeras palabras hacian alusion á un pájaro que se veia perseguido para meterlo en una jaula dorada, proponiéndome que la acompañase para cogerlo. Pero como al hablar así estaba ella oculta entre las ramas de un árbol, me convencí muy luego de que no acertaba.

—Es claro: si sus perseguidores hubiesen podido descubrirla, no es presumible hubiesen querido guardarla en una jaula dorada.

—¿Cuál era la isla en que la encontrasteis? preguntó Patrick. ¿Era la 63?

—No sé, contestó Tom; era la segunda ó tercera saliendo de Helena.

—Son dos muy próximas la una á la otra, no es verdad?

—Sí: la primera es de forma circular, distinguiéndose en ella algunos algodoneros. Frente la misma ha sufrido anoche avería el *Van-Buren*.

—Esta isla no tiene número y está completamente inhabitada, añadió el irlandés.

—La en que estaba María se halla situada mas allá, y á poca distancia hay otras dos inmediatas tambien. Muy cerca de ellas pasé al dirigirme á Montgomery's-Point.

—Esto es, me parece que las estoy viendo. Las dos últimas tienen los números 62 y 63; la otra ha de ser el 61. Fué destruida por un huracan. Intenté un dia desembarcar en ella, pero tuve que desistir al ver que los árboles arrancados de cuajo obstruyen completamente el paso.

—Vamos, no hay duda, la misma es: pero cómo pudo María penetrar á través de aquel laberinto de piedras, troncos y ramas? Eso es lo que no acierto á explicarme!

—No hay que darle vueltas, amigo Smart, el barco de que hablábamos tiene relacion con todos estos misterios.

—No diré que no, contestó Smart, no obstante se me resiste el creerlo.

—Qué barco? preguntó Tom.

O'Toole refirió entonces á Barnwell lo que él y Smart habian observado, extendiéndose en largas consideraciones sobre la misteriosa conducta de los que en dicho barco navegaban.

—Fué esto el miércoles por la noche? preguntó Tom.

—Cabal, poco antes de las doce.

—Un buen leñador, nombrado Brasdhaw, que tiene su cabaña al pié mismo del rio, me contó que precisamente aquella noche habia sorprendido un barco con una numerosa tripulacion, que navegaba con los remos envueltos, de manera que no hacian el menor ruido.

—Brasdhaw! efectivamente, vive á esa parte del rio, á seis ó siete millas de distancia.

—Exactamente. Pues él es quien me ha contado lo que acabo de deciros, añadiendo que durante la noche ve con mucha fre-

cuencia pasar barcos que aprovechan sin duda la oscuridad para no ser descubiertos y castigados. Su opinion es que hay algunas casas de juego en Helena ó Montgomery's-Point.

—Es singular! dijo Smart; por lo comun los marinos de agua dulce no acostumbran á ser tan timoratos! Muy al contrario, poco caso hacen de semejantes leyes prohibitivas.

—Smart! exclamó Pat con verdadero entusiasmo, he jurado descubrir el objeto de aquel barco y cumpliré mi palabra. Voy en seguida á encontrar á Brasdhaw para que me entere de todo cuanto él sabe ó presume; pasaré luego á la isla de Round-Willow y á las que se encuentran despues de ella. Si descubro algo que me parezca importante, volveré á buscar auxilio; si no dan resultado mis averiguaciones, examinaré no obstante el lago en toda su extension, sin omitir punto alguno por mas recóndito que sea.

—Cuándo quereis partir? preguntó Tom.

—Al instante; quereis acompañarme?

—He de seguir el mismo camino, pero no me es posible salir hasta mañana; esta noche he de volver á ver á la pobre María. Mañana á primera hora saldré de Helena, y confio llegar á Victoria antes que Edgeworth haya descargado el buque.

—Bueno, no importa: tal vez sea mejor que no vayamos juntos, añadió O'Toole; de este modo llamaré menos la atencion, y podrán dar mejor resultado mis pesquisas. Mas..... me faltan provisiones.

—Tomadlas en la posada; id á encontrar à mi esposa, y decidla que....

—Dios me libre! Tan poco conoceis á vuestra esposa que la creais dispuesta á servirme sobre la marcha? Tiene conmigo toda clase de consideraciones, pues sabe que para complacerla nada hay que yo dejase de hacer; pero está hoy de tan pésimo humor, que me guardaré bien de dirigirme á ella.

—Decidla que me lo habeis pedido á mí, y que yo me he negado de una manera brutal.

—Eso es otra cosa: es el único medio de sacar partido. Ea pues, caballeros, hasta la vista. Oh! veo que empieza á levantarse la niebla, mas, con tal que no sea muy densa, no será inconveniente. Ah! se me olvidaba.... he perdido mi brújula, y voy á pedir una al Squire, que siempre tiene de sobras.

Luego que se hubo separado O'Toole dirigiéndose á casa del squire Dayton, dijo Tom á Smart:

—Habrá inconveniente en que os acompañe? Deseo ver á María, y con todo no me atrevo á alejarme demasido del buque.

—Oh! no os presenteis tan pronto á mi esposa; tiene buen corazon, pero es preciso respetar sus caprichos; yo nunca la contradigo con tal de que sus proyectos no desbaraten los mios. Por otra parte ninguna necesidad teneis de obrar con tanta precipitacion; el barco de Edgeworth es imposible llegue hoy á Victoria; á estas horas se halla sin duda amarrado al tronco de una encina, porque es de todo punto imposible adelantar en medio de esta espesa niebla. El mas hábil piloto se guardaria muy bien de fiarse á través de esta oscuridad, pues de seguro se encallaria en algun banco de arena, ó iria á estrellarse contra la costa. Tened pues paciencia esta noche; mañana á primera hora determinaremos lo que deba hacerse.

Conoció Tom Barnwell que este era el consejo mas prudente que podia darle el buen yanke. Continuó pues paseándose por la orilla contando encontrar algun antiguo amigo entre los tripulantes de los buques que se hallaban surtos; mas, viendo únicamente caras desconocidas, encaminóse lentamente hácia la ciudad.

De repente, oyendo á sus espaldas ruido de caballos, volvióse, al tiempo que atravesaban la playa dos señoras montadas en fogosos corceles. Despues de haber andado como unos cien pasos, doblaron á la derecha, hácia la habitacion del squire Dayton.

Detúvose Tom para dejar pasar á las dos amazonas. Bien habria deseado conocerlas, pero las anchas alas de los sombreros le impidieron descubrir sus facciones. Parecióle no obstante que la mas jóven fijaba en él su mirada con alguna atencion, mientras él por su parte creia tambien haber visto antes aquel semblante.

Mistress Dayton y Adela, á quienes ha reconocido ya sin duda el lector, desaparecieron sin dar tiempo á Tom para coordinar sus recuerdos; y como llamaban al mismo tiempo su atencion cosas por el momento mas importantes, prosiguió tranquilamente su camino, sin acordarse mas de la hermosa desconocida.

XXI.

La amiga de la pobre loca.

Al momento de apearse mistress Dayton, preguntó al jóven mulato que salió á tomar los caballos, si su marido se hallaba en casa.

— El Squire ha salido á caballo, contestóle. M. O'Toole ha venido á preguntar por él. Creo que el amo no habrá salido de Helena, porque hará á lo mas una hora que un marinero ha traido su caballo, diciendo que volvia en seguida.

Subieron la escalera las dos señoras sin decir una palabra, y mientras mistress Dayton se dirigia á su cuarto, Adela entró en el salon, quitóse el sombrero, apartó de su rostro los sedosos bucles de su hermosa cabellera, y abrió el piano.

Despues que mistress Dayton se hubo mudado el traje de camino, vino á reunirse con la jóven, sentándose cómodamente en un sillon, y entregándose sin duda alguna á tristes meditaciones, pues tenia el rostro oculto entre las manos.

— Qué teneis, Adela? preguntó por fin en voz baja esforzándose en sonreir. Por qué estais tan triste?

— Quién! yo! triste, vaya una extraña manía. De qué quereis que lo esté? Ah! será tal vez porque tocaba esta funebre melodía, *Los dias de ausencia*; ha! ha! es lo primero que me ha venido á la memoria. A propósito: habeis reparado en aquel jóven que hemos encontrado en la playa? Su rostro no me es desconocido: de seguro que no vive en Helena; estoy cierta de haberlo visto en alguna otra parte y con diferente traje.

— No le conozco. A juzgar por sus vestidos, formará parte seguramente de la tripulacion de algun barco. Dónde estará Dayton! Ojalá se decida á realizar pronto el proyecto de que me habló un mes atrás, esto es, de abandonar á Helena. No sé deciros el motivo, pero hace bastante tiempo que no vivo á gusto en el Arkansas. Este barullo me abruma, y además, salvas muy pocas excepciones, es una poblacion grosera y egoista. Se ha extendido de una manera tan prodigiosa la fama de mi querido Dayton, que no le dejan des-

cansar un momento. Así es que desea tanto como yo retirarse á Nueva-York.

—Iré con vosotros, dijo Adela levantándose del piano y acercándose á la ventana. No creais que á mí me guste tampoco este país; al contrario, lo dejaria de muy buena gana. Además de sus muchos inconvenientes, es muy insalubre, de manera que me admiro de que hayais permanecido en él tanto tiempo.

—El clima de Helena es en efecto muy poco sano, pero saliendo á la campiña se respira un aire mas puro....

—Mirad! ahí viene el extranjero de quien os hablaba, exclamó Adela interrumpiendo á mistress Dayton. No puedo recordar... Ah! sí, es Tom Barnwell! Tom Barnwell de la Indianía. Yo le creia en Africa ó en Europa.

—Y quién es Tom Barnwell?

—Un antiguo amigo, pérdidamente enamorado en otro tiempo de María Morris, hoy mistress Hawes. Esta pasion desgraciada obligóle á salir del país; mas, veo que ha regresado muy pronto.

—Se dirige hácia aquí.

—Voy á llamarle. Tom es un excelente muchacho que se habia granjeado el aprecio y consideracion de cuantos le conocian. A mi entender, María no supo comprenderle, y al verse Tom despreciado y preferido su rival, retiróse sin quejarse, abandonando la Indianía. Desearia preguntarle si sabe que María vive ahora cerca de aquí. Pero pasa sin reparar en nosotras: muy distraido estará. Nancy! Nancy! corred, decid á ese jóven que vá á doblar la calle, que una antigua amiga desea hablarle.

Corrió la mulata, y Tom, sorprendido por semejante invitacion, en una ciudad donde no contaba ningun amigo, ni conocido, detúvose, dispuesto no obstante á obedecer. Al poco rato hallóse delante de Adela que le tendia amistosamente la mano.

—Cuánto me alegro de veros, M. Barnwell, le dijo la jóven; al fin no habeis sabido decidiros á abandonar los Estados-Unidos.

—Cómo! sois vos, miss Dunmore? exclamó Tom tomando afectuosamente la mano que se le tendia. No es un sueño? Vos aquí, en Helena! Tendriais acaso noticia... pero no! cómo es posible que sepáis que María...

—Qué? qué hay? estais pálido como un cadáver! habriais visto á María?

—Sí, contestó Tom suspirando; la infeliz está aquí!

—Sí, aquí cerca, en Sinkvilla...

— En Sinkvilla? no, María está en Helena.

—María aquí! y su marido?

—Oh! miss Dunmore, dijo Tom, sin contestar á esta pregunta, y aun quizás sin entenderla, vos habeis sido siempre para Maria una amiga fiel y sincera; no la abandoneis ahora en medio de su desgracia.

— Qué le ha sucedido pues? exclamó alarmada la jóven.

Refirió entonces el jóven marino los sucesos de la noche anterior, suplicando con toda la efusion de su alma á las dos señoras tomasen á María bajo su proteccion.

Mistress Dayton, que habia escuchado tan triste relato con la mayor atencion, interrumpió á Barnwell para decirle que podia desde luego trasladar á María á su casa.

Adela, á quien los sollozos impedian hablar, tomó la mano de su bondadosa amiga para demostrarla su gratitud.

— Cómo haremos saber esta terrible noticia á M. Hawes? dijo por fin serenándose. Qué extraño enigma! María fué recogida ayer noche en la ribera, y no obstante su marido la dejó ayer mañana en su casa!

— Quién? Eduardo Hawes? si se hallaba con ella en el barco, pues María habla continuamente de su esposo, manifestando que fué asesinado al mismo tiempo que sus padres.

— Será posible! exclamó Adela; pero no, sus padres podrán haberlo sido, pero M. Hawes se halla en perfecta salud. Pero cómo puede en tan pocas horas haber ocurrido esta terrible desgracia?

— Calmaos, querida amiga, dijo mistres Dayton; en esto habrá sin duda alguna equivocacion. Vuestra amiga María, que M. Hawes dejó ayer mañana en su casa...

— Está ahora aquí en Helena, enferma y casi loca en la posada de M. Smart. Ojalá pudiera equivocarme, añadió Tom suspirando; pero ha! por desgracia es demasiado cierto.

— Quiero ir á verla! exclamó Adela, tendreis la bondad de acompañarme, mistress?

— Con mucho gusto, querida, y aun confio que Georges vendrá tambien. Podrá auxiliarla como médico é igualmente quizás

como magistrado, pues mucho me temo que á esta infeliz le será necesaria su asistencia bajo ambos conceptos.

— Despachemos; cada minuto me parece un siglo.

Apresuróse Adela á tirar un chal sobre las espaldas de mistress Dayton, y tomando ella precipitadamente su sombrero, bajó corriendo la escalera. Encargó la dueña á Nancy que al volver su marido, le dijese que ella habia salido con su amiga á visitar una persona enferma en la posada de la Union.

Al presentarse en ella mistress Dayton y Adela, hízoles presente la criada de mistress Smart que esta se hallaba en el piso superior cuidando á la jóven loca. Smart no estaba en casa, y su esposa habia dado órden de no dejar entrar á nadie, á excepcion del médico.

—Bueno! bueno! Scipion, dijo Adela, dejando caer con disimulo medio dollar en la mano del negro; es preciso que veamos en seguida á esta pobre jóven.

—Oh! señorita, ya que así lo deseais, no hay mas que obedeceros, contestó el negro riendo. Mistress Rosalía me ha mandado terminantemente que no dejase entrar á nadie, pero M. Smart no me ha dado tal órden, y así si es necesario...

Y con estas palabras, saludó muy cortesmente á las señoras, dejándolas pasar. Iba á seguirlas Tom, pero Scipion le cogió por el brazo, manifestándole que por ningun estilo podia permitir que él subiese.

Tom, que habia sacado de su bolsillo una moneda, contestó ofreciéndola á este incorruptible centinela, que él era el hermano de la enferma y que deseaba tambien verla. Y apartando al negro suavemente, siguió á las señoras:

—Que buena idea ha tenido el ama de colocarme aquí, dijo Scipion, metiendo en el bolsillo las dos monedas y retirándose.

Las dos señoras y Tom llamaron discretamente á la puerta, que vino á abrir mistress Smart, para ver quien era el importuno que se atrevia á incomodarla; pero desapareció su ceño al reconocer á mistress Dayton y á su hermosa compañera, á quienes profesaba un cordial afecto. Hízose á un lado para dejarlas pasar, encargándoles con un signo muy significativo que guardasen el mayor silencio.

María estaba durmiendo, vestida aun tal como se hallaba en la isla, haciendo sus negros cabellos, esparcidos en desórden, resaltar

la palidez de su rostro. Tenia graciosamente reclinada la cabeza sobre su mano izquierda, descansando la derecha sobre el corazon. Una respiracion entrecortada y la frecuente contraccion de sus labios probaban que, ni aun durmiendo, se hallaba tranquilo su espíritu.

Adela contemplaba á su amiga con espanto. Gruesas lágrimas inundaban su semblante, no pudiendo al fin contener un grito de compasion y de terror:

—Oh! Maria, pobre Maria!

Estas palabras, aunque pronunciadas en voz baja, llegaron á oidos de la jóven. Abrió los ojos, mirando á su alrededor con asombro. Incorporóse luego en la cama, y apartando los cabellos que cubrian su rostro, tendió la mano á Adela sonriendo.

—Querida amiga, exclamó entonces Adela arrojándose sobre la cama, Maria! infeliz María! dónde habeis estado? qué os ha sucedido?

—Cuán buena sois de haber venido á verme, contestó abrazando á su amiga. Ah! Tom Barnwell está aquí tambien! pobre Tom! añadió tristemente alargándole la mano que él tomó en silencio.

—María, quereis contestarme? repuso Adela esforzándose en ocultar su agitacion. Quereis explicarnos un hecho que á todos nos interesa?

—De muy buena gana; por qué no? contestó ella riendo.

Pronunció estas palabras con la mayor calma, sin embargo de que su mirada extraviada indicaba claramente el desórden de sus ideas.

—Bien, continuó Adela conteniendo sus lágrimas. Cuando salísteis do Sinkvilla?

—Sinkvilla! Sinkvilla! jamás he oido pronunciar este nombre; no hay en toda la Indiania pueblo alguno que así se llame.

—Pero vuestra posesion en el estado del Mississipí?

—Mi posesion!... en el estado del Mississipí! contestó María riendo; vos soñais, mi hermosa amiga, en mi vida he puesto el pié en semejante pais.

—Eduardo, no compró hace poco, una posesion cerca de Sinkvilla?

Hasta entonces habia permanecido María perfectamente tranquila, pareciendo haber olvidado las terribles desgracias de que

acababa de ser víctima. El lugar desconocido en que se encontraba, las personas extrañas que la rodeaban, los nombres nuevos que oia pronunciar, todo contribuia á alejar de su memoria los horrores de aquella noche en que habia escapado á la muerte.

El nombre de Eduardo fué empero el talisman que rompió el hechizo. Apenas acabaron de pronunciarlo, levantó bruscamente la cabeza , y apretándose con ambas manos las sienes, fijó en su amiga una mirada espantosa. Poniéndose luego en pié sobre la cama, señaló con el dedo la ventana y fijos los ojos en ella, gritó :

—Allí, allí, miradle, ahora se levanta, empapados en agua los cabellos, resonando su siniestra carcajada sobre cubierta. Eduardo! Eduardo! proteged á vuestra esposa. Ha! ha! ha!, ánimo muchachos; echad el cadaver al agua. Eduardo, venid á salvar á vuestra María! Eduardo! ha! ha! ha!

Y crispados los labios por una horrible convulsion, la pobre loca cayó de espaldas, quedando desmayada.

Las mujeres se hallaban aterrorizadas, y el corazon de Tom latia con extraordinaria violencia, al oir los gritos de dolor de una persona á quien tan entrañablemente habia amado, y que apreciaba aun.

Mistress Smart fué la primera que corrió á auxiliar á la enferma. Gracias á sus cuidados, recobró María muy pronto los sentidos y pasada esta crísis, abandonóse á una dulce melancolía. Lloraba en los brazos de Adela, oyendo resignadamente los consuelos que esta se esforzaba en darla; mas todos los esfuerzos fueron inútiles para obtener una explicacion mas clara de sus desgracias.

Creyóse necesario informar cuanto antes á M. Hawes del estado de su esposa; por lo que decidióse Adela á escribirle, suplicándole fuése inmediatamente á su casa, pues consideró muy prudente prepararle antes de recibir tan funesta noticia.

Acordóse pues mandar desde luego un expreso á la granja de los Lively con dicha carta. Mistress Dayton y mistress Smart se ocuparon en seguida de los medios para trasladar á María á la casa del Squire.

La bondadosa posadera resistiase al principio á dejar marchar á su huéspeda; cediendo al fin, persuadida de que la compañía de su amiga podia contribuir á su pronto restablecimiento. Dió pues las órdenes oportunas para preparar el calesin de la posada, á fin de trasladar mas cómodamente á la enferma.

Previnose al mensajero despachado para la granja, que al pasar por la casa de mistress Dayton dijese á Nancy que preparase inmediatamente uno de los cuartos del segundo piso, á fin de que estuviese todo dispuesto al llegar las señoras. Apenas Scipion, que era el enviado, habia salido de la casa del Squire para proseguir su camino hácia la granja, entró en ella M. Dayton. Al saber la órden dada por su esposa á la criada, dijo:

—Una amiga enferma! Quién es?

—No me lo ha dicho la señora; únicamente Scipion, que acaba de salir, me ha contado que era la hermana de un marinero que habia llegado con uno de los vapores de Nueva Orleans.

Sin parar en ello la atencion, entró el Squire en su cuarto, y despues de haber encerrado en su papelera un gran manojo de papeles, volviendo á poner en su bolsillo la llave, salió para encaminarse á la posada de Smart.

María estaba mucho mas calmada, y Adela se esforzaba en hacerla creer que todo habia sido un sueño, pues que Eduardo vivia, se encontraba en cabal salud, y estaria muy luego á su lado.

—Créeme, la decia, estos árboles, aquella mujer tan hermosa y altiva, y el hombre cruel que amenazaba tu existencia, todo esto no es mas que las ilusiones de una imaginacion delirante, y harás muy bien en no acordarte mas de tales cosas.

Oyéronse en aquel momento pasos en la escalera y casi al mismo tiempo la voz del Squire, que se informaba del estado de la enferma. Sus palabras, que llegaron á oidos de María, parecieron horrorizarla, pues lanzóse fuera de la cama con la mayor violencia.

—María! María! Qué teneis? exclamó Adela.

—Dónde está esa jóven? en ese cuarto? seguia preguntando el Squire.

—Aquí está! es él! gritó María con voz desgarradora; aquí está el hombre terrible. Salvadme! va á cogerme otra vez!

—Calmaos, querida amiga; este caballero es el doctor Dayton, el marido de esta señora, un hombre digno y honrado, que léjos de haceros el menor mal, os protegerá contra todos los peligros que puedan amenazaros.

Abrióse en aquel momento la puerta, y entró el Squire. Miróle fijamente María al volverse hácia ella, despues de haber cambiado

breves palabras con su esposa. Tomóla el doctor el pulso, hablándola con la mayor dulzura y amabilidad; de modo que, desvaneciéndose poco á poco el terror de la jóven, quedó al parecer tranquila é inmóvil.

Luego que estuvo pronta la calesa, salieron las señoras con María, quedándose Tom con el Squire á quien manifestó su posicion con respecto á María. Refirióle asimismo dónde y cómo la habia encontrado, y los motivos que tenia para sospechar la perpetracion de un espantoso crímen, si bien hasta entonces nada habia llegado á descubrir, y añadiendo, por conclusion, que sin duda la presencia de M. Hawes aclararia todos aquellos impenetrables arcanos.

—Creeis, pues, haber encontrado á esta desgraciada en una isla? preguntó el Squire despues de haber escuchado con el mas vivo interés la relacion de Tom.

—No solamente lo creo, sino que estoy seguro de ello. Es la segunda bajando por el rio, y segun los cáculos del irlandés, ha de ser la 61.

—De qué irlandés hablais? Del que acostumbra á frecuentar la posada?

—No sé. He conversado con él y M. Smart en la orilla del rio, y él ha salido en seguida á examinar las islas vecinas.

—Cómo! solo?

—Solo: parece que abriga graves sospechas hace mucho tiempo, y opina que por estas inmediaciones ha de existir alguna casa de juego donde se reunen gentes de mal vivir. Está tan persuadido de esto, que ha querido ir en persona á averiguarlo. En cuanto á mí, luego que esté tranquilo sobre la suerte de mi protegida, emprenderé otra vez la marcha hácia Victoria para reunirme con Edgeworth. De paso me acercaré al sitio donde he encontrado á María, y creo no me será difícil descubrir alguna cosa que nadie hasta ahora ha reparado.

—Ireis tambien solo?

—Oh! sí. Yo compongo toda la tripulacion; capitan, piloto, marinero y paje. Ojalá se disipara algun tanto la niebla!

—Mejor seria, en efecto, aguardar que desapareciera. Entonces encontrariais fácilmente compañía, pues nunca faltan aquí barcos que se dirigen á Victoria.

—Oh! hablándoos francamente, prefiero ir solo. Si la niebla es muy espesa, me dejaré conducir por la corriente sin separarme de la costa. Pero es preciso que vaya á ver el buque. No he tomado precaucion alguna para amarrarlo sólidamen te, y á la verdad, hay muy poco que fiar en Helena.

—No marcheis sin decirme algo; os daré una carta para el juez de Sinkvilla, y si encontrais algun indicio que confirme vuestras sospechas, él os prestará cuantos auxilios podais necesitar. Por lo que toca á vuestra amiga, podeis quedar completamente tranquilo, pues nada le faltará de lo que reclama su triste posicion.

—Poco hay que esperar, repuso Tom, encaminándose lentamente hácia el rio.

El Squire permaneció aun algunos instantes sumido, al parecer, en profundas reflexiones. Vino á distraerle de ellas un muchacho que le entregó un pliego cerrado con muchas obleas. Despues de haberse enterado de su contenido, el doctor Dayton metiólo cuidadosamente en su bolsillo, dirigiéndose poco á poco por Main-Street tomando á mano derecha de la calle.

XXII.

La taberna del Oso gris.

Habia al Norte de la ciudad de Helena una casita situada en Front-street: tal era á lo menos el nombre de la calle, que se leia en una tablilla clavada en el tronco de una encina. Los terrenos inmediatos habian sido comprados por especuladores, y divididos en lotes; no obstante permanecian incultos, pues los colonos preferian establecerse en la ciudad de Napoleon, á la embocadura del rio del Arkansas. El país era además mucho mas floreciente, y se hallaba en comunicacion, por medio del rio, con todo el territorio del Oeste de los Estados-Unidos; al paso que Helena, casi aislada, atendida su posicion topográfica, y situada al borde de un inmenso lago, no tenia otra comunicacion que por entre las montañas con Little-Rock y Batesvilla.

Little-Rock veia constantemente visitada su playa por buques de vapor; Batesvilla, empero, debia contentarse con buques de poco porte que son fáciles de atracar, aun cuando el rio se presente menos caudaloso.

El primer propietario de estos terrenos llegó probablemente á imaginarse que quedarian muy pronto edificados, pues se habia construido una casa bastante espaciosa, desmontando una grande extension, como suelen hacerlo los monteros en los desiertos americanos. Pronto, no obstante, dejó de gustarle aquel sitio: Helena no se embellecia con tanta prontitud como él esperaba, por lo que vendió su propiedad á un marinero por una cantidad que ni llegaba á cubrir sus desembolsos. El nuevo colono obtuvo del juez la correspondiente licencia para vender licores á todo el mundo, exceptuando, á tenor de las leyes y reglamentos, á los indianos, negros y soldados.

Segun cierto rumor, que circulaba de boca en boca por la ciudad, habia cada noche en dicha casa una partida de juego, en la que se atravesaban considerables sumas. Lo cierto es que el juez y el constable habian ido muchas veces á registrarla, sin encontrar indicio alguno que justificase aquel rumor. Además, como se hallaba muy separada de toda habitacion y el ruido de las orgías nocturnas á nadie incomodaba, acabaron por no ocuparse mas de ella. El tabernero, ocupado siempre en servir á sus parroquianos, casi todos marineros, rarísimas veces iba á la ciudad, en términos de que la mayor parte de los habitantes no le conocian, ni siquiera de vista.

A eso de las doce del dia en que tuvieron lugar los sucesos referidos en el último capítulo, presentábase el tiempo triste y sombrio, y la niebla extendida sobre el rio ocultaba el agua á la vista, haciéndose mas densa á cada momento.

Hallábase pues la taberna oculta entre las tinieblas, pero los alegres marineros que se hallaban dentro se cuidaban poco del tiempo que hacia. Sus gritos y sus cantos fueron no obstante interrumpidos por la llegada de un hombre elegantemente vestido, que atravesando rápidamente la entrada sin volver la vista á lado alguno, desapareció por la puerta trasera.

Al momento en que penetraba en un aposento bajo que daba sobre el rio, otro hombre intentaba huir sin ruido por una puerta

que habia en frente. El recien llegado lo observó no obstante, y parándose como herido del rayo :

—Deteneos Waterford, gritó con voz severa; deteneos. No os preguntaré ahora por qué habeis abandonado el puesto; necesito vuestros servicios y mas tarde dareis cuenta de vuestra desercion. Ha llegado Toby?

—No, capitan Kelly, contestó humildemente el hombre deteniéndose.

—Bien; pues entonces que salga alguno en su busca; se halla en camino, y esta noche ha de llegar á la isla. Enviad á Bellew, es mas ligero, y no fatigará tanto el caballo negro. Hacedle pasar el rio al instante, y encargadle que corra á todo escape. Luego que veais los cohetes que sirven de señal, nada mas tengo que deciros, ya sabeis lo que debeis hacer. Apresuraos á avisar todos los hombres que podais encontrar, diciéndoles que se preparen para una fuga inmediata. Pronto!

Desapareció Waterford, dejando al capitan paseándose á largos pasos por el aposento. Detúvose en fin al ver entrar á Thoresby, propietario de esta guarida de ladrones, que se presentaba con el gorro en la mano á recibir las órdenes del capitan.

—Estoy aguardando á uno que ha de llegar muy pronto; si llegase cuando yo haya salido, que me siga, sin perder momento, hácia la isla: esto mismo direis á Sanders: es indispensable que hable hoy mismo con él. Por lo demás, estad todos tranquilos hasta mañana; ocultad lo que pueda infundir alguna sospecha, y tened el ojo mas abierto que de ordinario.

Prestó atencion Kelly, y distinguió pronto los pasos de un caballo delante de la puerta. Salió Thoresby para recibir al viajero volviendo á entrar en seguida, seguido de Sanders, fatigado y vestido de una manera extraña. Habia perdido el sombrero al atravesar el bosque, y parecia sumamente alarmado.

—Mandad un expreso á Kelly! tales fueron las primeras palabras que dijo en voz baja al tabernero. Pronto! despachad.

—El capitan está aquí, contestó Thoresby, y ya me habia hablado de vos.

Al oir esto, apartó el jóven al tabernero, precipitándose hácia la entrada que estaba llena de marineros. Recibiéronle estos con aclamaciones alargándole algunos su vaso. Tomó Sanders uno, va-

ciólo de un sorbo, y sin dar las gracias salió de la taberna, cerrando tras sí la puerta.

Retiróse el tabernero mientras Kelly miraba á Sanders con severidad. Acercándose este al capitan, le dijo en voz baja:

—Estamos perdidos!

Con grande extrañeza de Sanders, recibió Kelly esta noticia con calma, y fijando mas en él su mirada, le dijo.

—Por qué no habeis cumplido vuestro encargo?

Sorprendido Sanders, no supo qué contestar, si bien Kelly comprendió desde luego la turbacion de su subordinado. La sorpresa del jóven bandido era debida, mas á la tranquilidad en que veia á Kelly, que á la pregunta que acababa de dirigirle; recobrando por lo tanto muy pronto su sangre fria, contó breve y sucintamente lo que habia pasado en la granja de los Lively y el resultado de las revelaciones del mulato. Los motivos que habia tenido para no separarse del moribundo eran en su concepto tan poderosos, que le dispensaban de atender á cualquiera otro encargo.

Nada contestó Kelly, acercándose á la ventana para contemplar la niebla que cubria toda la superficie del rio. Sanders paseábase en silencio con visible impaciencia, y dirigiéndose á Kelly, díjole con la mayor inquietud:

—Qué hacemos pues?

—Qué hacemos pues? repitió sosegadamente el capitan, volviéndose hácia él. Lo que yo desde mucho tiempo temia, ha llegado ya; lo extraño es que hayamos podido por tanto tiempo mantener oculto nuestro secreto. Por fortuna nuestros enemigos son bastante torpes, para dejarnos tiempo de ponernos en salvo.

—Es preciso no perder un instante! El caso me parece urgente; estoy aguardando con ansia la parte que me corresponde en el reparto que debe hacerse mañana, los fondos se hallan guardados en la caja general que está en vuestro poder, y es preciso que sepais, capitan, que mi bolsillo se halla tan exhausto, que no me seria posible pagar el viaje de aquí á Nueva-Orleans. Veo que todo esto os dá poco cuidado, pero olvidais que ha sonado ya el grito de alarma, y que á estas horas se están reuniendo los Reguladores para caer sobre nosotros con la prontitud del rayo! No puedo prescindir de pediros un adelanto; nadie sabe lo que va á suceder, y de todos modos bueno es siempre contar con recursos suficientes para em-

prender á lo mejor un viaje. Dadme quinientos dollars, que mañana podreis reteneros de la parte que me corresponde. He de equiparme de piés á cabeza para ir desde luego á Helena; tal como me hallo, tengo toda la traza de un verdadero bandido, y me es imposible presentarme así delante de las señoras.

—Mejor será que por hoy os priveis de verlas, porque sé que han tenido una visita...

—Una visita? y de quién? estaria de vuelta Lively?

—No, es una señora que se llama mistress Hawes y es de Sinkvilla.

—Qué tontería! cuando tenemos la espada de Damocles suspendida sobre nuestras cabezas, teneis aun humor para bromas como si nos hallásemos á mil leguas de América á bordo de un buen vapor. Pues á fe, que no tengo yo ganas de reir.

—Quién os ha dicho que es una broma? Lo que os digo es la pura verdad, caballero. Actualmente está mistress Hawes en casa de mistres Dayton, cuidada por esta y por miss Dunmore. Este medio dia el Irlandés O'Toole se ha dirigido á la isla número 61 que cree muy sospechosa. Dentro de una hora, otro jóven marino se embarcará aquí con el mismo objeto. Cook y los Lively están levantando por su parte un ejército para destruirnos. Tal es nuestra situacion. Os parece si estoy enterado?

—Pero cómo es posible que María...

—Dejad que concluya. Lo que sucede, lo tenia desde mucho tiempo previsto. Nada se ha perdido hasta ahora! Tendremos, sí, que abandonar la isla, pero no nos cogerán como se imaginan esos badulaques. Precisamente estoy aquí para desbaratar los proyectos de nuestros enemigos. No os dejeis ver en la ciudad durante el dia, y aun de noche hareis bien en ocultar vuestro rostro con el pañuelo. Yo voy á la isla para tomar las medidas indispensables: medrados quedarán nuestros perseguidores al desembarcar en ella!

—Decís que un jóven marino ha de embarcarse aquí, para visitar la isla?

—Sí, contestó Kelly con desdeñosa sonrisa. Tal es á lo menos su intencion; pero es muy fácil impedírselo. Yo os aseguro que no saldrá de la ciudad, y que durante algunos dias no nos hará el menor mal. Para qué sirven pues las leyes?...

—Las leyes?

— Esta es cuenta mia; ya tengo tomadas mis precauciones.

— Bueno! Y el irlandés?

— Estará ocupado en sus investigaciones al llegar yo á la isla; y si logra escapar de nuestras manos, cuando su denuncia llegará á los tribunales, ya estaremos todos á salvo.

— Las leyes! las leyes! Pensais, pues, que nuestros enemigos querrán aguardar el resultado de un proceso?

— Peor para ellos si no obran con calma y ordenadamente. Si la expedicion no se prepara de una manera regular, jamás llegarán á penetrar en nuestro asilo, y aun cuando lo consiguiesen, tendriamos siempre asegurada la retirada. Pero hasta mañana por la tarde no hay cuidado. Además de que nos hallamos preparados á todo: si quieren precipitarse, conocerán que somos mas temibles de lo que habian llegado á creer.

— Qué vergüenza! murmuró Sanders, tener que abandonar nuestra pequeña colonia! Me dareis pues, capitan, el dinero que os he pedido?

— En este instante no tengo la cantidad que deseais, contestó Kelly encaminándose hácia la puerta. Volved aquí á las ocho, y os daré lo que os falta; hasta aquella hora no hay peligro alguno. Sobre todo no olvideis que es necesario obrar con suma prudencia.

Hablando así, salió Kelly del aposento.

Sanders, absorto en una sombría meditacion, permaneció inmóvil, fijos los ojos en la puerta que se acababa de cerrar.

— Bravo! dijo finalmente levantándose. Con que no teneis quinientos miserables dollars para quien en el solo espacio de un mes ha proporcionado sumas inmensas á vuestro bolsillo particular! Es preciso aguardar hasta las ocho para recibir entonces, en lugar del dinero, algun nuevo y difícil encargo. No, no; esto es ya demasiado! Vos os habeis ocupado de vuestra persona: no podreis por lo tanto llevar á mal que me ocupe yo ahora de la mia. Es imposible que mistress Bradfort tenga noticia del peligro que nos amenaza. Voy á verla: la palabra cabalística que me dió Blackfoot no tendrá sin duda el poder de hechizarla, pero me servirá para arrancarla algunos centenares de dollars: bastantes ha ganado la mala vieja con mis esfuerzos. Vamos, manos á la obra; á excepcion de la familia Dayton, nadie me conoce en la ciudad; bastará, pues, no pasar por delante de su casa.

Y á pesar de las órdenes del capitan, salió Sanders de la taberna en medio de la espesa niebla, que cubria enteramente la ciudad.

XXIII.

Arresto de un inocente.

Con extraordinaria impaciencia paseábase Tom á lo largo de Front-street. Habia prometido al Squire aguardarle en aquel sitio, y á pesar del tiempo trascurrido, este no parecia. El barco, dispuesto para emprender la marcha, se hallaba amarrado junto al steamer *Van-Buren*, que despues de haber reparado sus averías, debia proseguir su camino á las once del dia siguiente.

Cansado de ir y venir diferentes veces por Walnut-street sin ver al Squire, al llegar al extremo de la calle, paróse Tom, diciéndose á sí mismo:

—Voy á dar la última vuelta, y si durante ella no viene M. Dayton, salgo de Helena sin la carta que me ha ofrecido. Pues, bien mirado, de qué podia servirme? Si me es necesario, el constable de Victoria me auxiliará sin su recomendacion; si no necesito su auxilio, tambien me será inútil la carta.

Con este propósito volvió á subir Tom Walnut-street; pero al llegar frente Front-street vióse delante de un hombre, que al reparar en él, llevó precipitadamente el pañuelo á la cara como si le dolieran los dientes, y que pasó por su lado bajando la cabeza y apretando el paso.

A pesar de la oscuridad, debida á la densidad de la niebla, reconoció perfectamente á la persona que así trataba de ocultarle el rostro. Era Eduardo Hawes, á quien sus cabellos rubios y rizados descubrian al primer golpe de vista; era el hombre que le habia abismado en las crueles realidades del mundo, destruyendo sus mas gratos ensueños, cuando esperaba encontrar, al lado de la hermosa María Morris, una dicha envidiable en la tierra.

Sin comprender María el amor que habia inspirado al jóven Barnwell, le queria no obstante como un hermano; al presentarse Hawes con su interesante figura y fingidas riquezas, habia ejercido

desde luego en el ánimo sencillo é inocente de la pobre niña una seduccion tan irresistible, que accedió á darle su mano, sin comprender casi la importancia de semejante resolucion.

Cuando Tom desesperado declaró su pasion á María, comprendió esta su profundo dolor, pero era ya demasiado tarde. Al dia siguiente el anciano magistrado Morris, tio de María, que amaba á Tom como á un hijo, confiando en el enlace de este jóven con su sobrina para acabar tranquilamente sus dias, vióse obligado á firmar el contrato que humedeció con sus lágrimas, apretando contra su corazon á la jóven, temblorosa y anegada en llanto.

A presencia pues de ese Hawes, cuyas facciones se hallaban impresas en su memoria con caracteres indelebles, encontróse repentinamente Tom en aquel instante.

Si oculta el rostro, es porque teme ser conocido.

Y por qué?

Terribles sospechas asaltaron á Tom Barnwell.

De manera que Hawes estaba en la ciudad, mientras se le creia y escribia en el campo. Habria venido de su propia voluntad, ó á consecuencia de algun aviso? Mientras así reflexionaba, vió que iba alejándose el rubio caballero. Formó al instante la resolucion de no perder de vista á Hawes; si ignoraba el estado de su esposa, seria preciso enterarle de él; si ya lo sabia, veríase entonces como se portaba.

Echó pues á andar tras el bandido, que doblaba en aquel momento á mano izquierda, y al llegar él á la esquina, vióle parado frente una puerta, á la cual probablemente habia llamado sin apercibirse de que le seguian.

En aquel sitio eran las habitaciones muy distantes unas de otras; á la izquierda habia una hilera de casas particulares, levantándose á la derecha el palacio de la justicia y la cárcel.

La casa á cuya puerta se habia detenido el fingido Hawes, se hallaba situada frente estos dos edificios. Apretó Tom el paso, pero Hawes se hallaba tan preocupado, que no oyó trás si el ruido. Impacientado, sin duda, de que no se le abriese en seguida, inclinóse gritando con cólera por la cerradura:

—Mistres Bradfort, soy yo, Sanders, que he de hablaros....

En aquel momento sobresaltóse el bandido oyendo pasos á su espalda, encontrándose al volver la cabeza, con la impasible mi-

rada de Tom. No podia dudar este que el hombre que tenia ante su vista era Hawes; por lo que, al ver que se retiraba mirando á lo largo de la calle, como disponiéndose á huir, comprendió el motivo de su turbacion, y le dijo con la mayor calma:

—No os alarmeis, caballero, nada teneis que temer de mí; puedo aseguraros que no os guardo el menor rencor, y menos hoy que en otras ocasiones. Sabeis que mistres Hawes se halla en Helena?

—Sí.... ya.... ya sé.... y voy luego á verla, balbuceó aquel miserable, que de ordinario conservaba la mas impudente serenidad, pero que la aparicion inesperada de un hombre, que parecia salir de las entrañas de la tierra, le hizo perder toda su presencia de espíritu.

—Cómo! lo sabeis? decis que vais luego á verla? No os comprendo, M. Hawes. Quién vive pues en esta casa?

—El Squire Dayton probablemente, contestó Sanders algo repuesto de su emocion, si bien no lo bastante para atreverse á mirar á Tom.

—El Squire Dayton? repitió Tom, concibiendo nuevas sospechas. Paréceme no obstante que habeis pronunciado otro nombre. No habeis llamado á una mujer á quien habeis dicho teniais que hablar?

—No tal: os digo que voy á casa del Squire Dayton, repuso Sanders logrando disimular enteramente su emocion. Queria ver antes á la mujer que vive aquí, para que viniese á cuidar á mi esposa; mas segun veo, no está en casa.

—Efectivamente, contestó Tom con indiferencia, decidido á no separarse de M. Hawes sin aclarar su misterioso proceder. Sabeis la casa del Squire Dayton?

—Sí, está al otro extremo de la ciudad. Querriais hacerme el favor, M. Barnwell, de ir á avisar á estos buenos amigos mi próxima llegada? Y luego tendré el gusto de encontraros allá.

Pronunciadas estas palabras, saludó Sanders, disponiéndose á alejarse.

—Deteneos, caballero, dijo Tom cogiéndole por el brazo: no puedo permitir que os vayais de esta manera. María, M. Hawes, está muy cerca de aquí, y en un estado el mas lastimoso. Decis que lo sabeis, y sin embargo, en vez de correr á su lado, os paseais por la ciudad completamente disfrazado.

—Vos confundís la causa con los efectos, caballero, contestó Sanders con altivez. Me es imposible deciros aquí, en medio de la calle, el motivo que me obliga á obrar de esta manera; pero si estas noticias os interesan, mañana podreis saberlas por el amigo Lively. Para desembarazarme desde luego de este extraño traje, voy al instante á comprar otro con que presentarme decentemente en casa del Squire Dayton. Os agradezco los cuidados que os habeis tomado por mistress Hawes, haciéndoos observar al mismo tiempo que, estando yo aquí, es muy natural que me encargue de asistir á mi esposa, librándoos de esta molestia, ó de este gusto, como querais llamarlo.

Sanders habia podido recobrar por fin su acostumbrada serenidad, y si bien en cualquiera otra ocasion este aplomo habria podido engañar á Tom, el embarazo que desde un principio habia manifestado, la confusion que hasta entonces no habia podido disimular, y las palabras pronunciadas por la cerradura, creyéndose solo, habian despertado en el ánimo de Tom tan vehementes sospechas, que ni la mas refinada hipocresía bastaba á desvanecer. Soltó sin embargo el brazo del bandido, observando que los vecinos, atraidos por la disputa que oian en la calle, iban saliendo por las ventanas.

En una del primer piso de la casa de mistress Bradfort, vióse asomar la punta de un gorro que cubria una frente trigueña con dos grandes ojos pardos; pero todo habia desaparecido al levantar los interlocutores la vista en aquella direccion.

—Teneis razon, caballero, dijo Tom, la calle no es el sitio mas apropósito para tales explicaciones; asi pues, iremos juntos á casa del Squire Dayton, donde espero no tendreis dificultad en dar cuantas explicaciones puedan interesar á vuestra esposa y á sus verdaderos amigos.

—No sé con qué derecho os entrometeis en mis asuntos, repuso Sanders con acento colérico; vuestra compañía me es muy poco agradable para que quiera ir con vos por la ciudad. Ya os he dicho que iba á vestirme, y que no lo haya hecho, no hay que pensar en que ponga los piés en casa del Squire. Creo que me habreis comprendido.

—Perfectamente, contestó Tom con tono resuelto. Os negais á venir conmigo! Pues bien, os juro que os obligaré á seguirme. Hay en todo eso un misterio que yo quiero á toda costa descubrir.

—Caballero!

—Ah! por fortuna ahí viene el Squire. No creo que ahora querais resistiros. Creedme, venid conmigo, á lo menos para evitar el escándalo.

Sanders se hallaba indeciso. Cómo podria justificarse sobre los hechos que María habria ya sin duda explicado? Debia huir? Solo le separaba del bosque una distancia de cien pasos, y ágil como era, ningun temor debia tener de que su enemigo le alcanzase. Mas, esto era aventurar todo su capital en una sola carta y exponerse á perderla. Prefirió pues reservar la fuga como recurso extremo. Ignoraba él acaso que una detencion en la cárcel de Helena seria cosa de pocos momentos?

—Vamos, M. Barnwell, contestó en fin, cedo á vuestra inexplicable exigencia. Mas tarde me dareis cuenta de vuestra conducta, que por de pronto no acierto á comprender.

—Basta de rodeos y subterfugios, contestó Tom desesperado.

—M. Dayton, tengo el honor de presentaros á M. Hawes.

—Ah! me alegro de volveros á ver, caballero; supongo que la carta que os he escrito os habrá encontrado ya por el camino? He ido á buscaros en vuestra barca, M. Barnwell, y me han dicho que os habiais dirigido por este lado.

—Sí! y á esta feliz casualidad debo la dicha de haber encontrado á M. Hawes.

—La dicha será para vos solo, contestó Sanders, pues yo no he buscado vuestra compañía.

—No os comprendo, dijo Dayton.

—Hé aquí el hombre que buscamos, M. Nickelton, gritó en este momento una voz desconocida en medio de la calle, acercándose luego dos hombres al juez y á sus compañeros.

—Es el del sombrerito charolado? preguntó Nickelton, que era el constable de Helena.

—Sí, el mismo, prendedle; atadle y á la cárcel.

—Daos preso! dijo el constable poniendo su mano sobre el hombro de Tom. En nombre de la ley, yo os detengo.

El pobre jóven, sorprendido de semejantes palabras, miraba por todas partes á su alrededor. Habia estado hasta entonces tan preocupado por haber descubierto el marido de la pobre enferma, que no

se apercibió de los recien venidos hasta el momento mismo que le dirigieron la palabra.

—Será una equivocacion! dijo riendo dirigiéndose al constable.

—No salisteis ayer de Helena, volviendo precipitadamente á bordo de un steamer? preguntó el que acompañaba á M. Nickelton.

—Sin duda; y qué?

—Él es, él es: cumplid vuestro deber constable, y tened cuidado que no se os escape.

—Tal vez haya en esto mala inteligencia, dijo el juez Dayton tomando al constable por el brazo; el señor se llama Tom Barnwell, es natural de la Indianía y muy amigo de mi familia; sin duda....

—Siento interrumpiros, Squire, pero la amistad á un lado; además de que vos mismo habeis firmado la órden de arresto.

—Sí, la órden de detener á un hombre que se introdujo en vuestra casa y forzó vuestra caja, pero no.....

—Pues este hombre es él! repuso el acusador mirando á Tom con aire furioso; mirad el bribon, que se introduce clandestinamente en las casas aisladas para robar á las personas que están trabajando en el campo. Si no se le encuentra encima mi reloj de plata, es preciso hacerle decir dónde lo ha escondido.

Este acontecimiento habia reunido una infinidad de curiosos al rededor del juez y del constable, y queriendo Sanders aprovecharse de la favorable ocasion que se le presentaba, empezó á deslizarse por detrás de Barnwell. Mas este, á pesar de la extraña acusacion en que se veia envuelto, no perdió de vista á Sanders, quien se persuadió que sin promover un escándalo le era imposible alejarse del terco marino.

—No me doy por ofendido por las palabras de este buen hombre, dijo Tom al juez Dayton con toda la calma de un inocente; le han robado sin duda algo en su casa, y por una extraña coincidencia que seria difícil explicar, habrá concebido contra mí alguna sospecha. Este contratiempo no debe sin embargo impedir á M. Hawes darnos las explicaciones que nos son necesarias. Si estos hombres temen que me escape pueden venir con nosotros. Vuestra presencia, Squire, es ya suficiente garantía, y por otra parte la acusacion que se me dirige quedará muy pronto desvanecida.

—Todo esto podrá ser verdad, gritó colérico el acusador de Tom; pero yo malditas las ganas que tengo de pasearme por la ciudad.

Cumplid vuestro deber, constable. Juez Dayton, yo reclamo vuestro auxilio; si este hombre se escapa, sobre vos recaerá toda la responsabilidad.

—Podeis probar que este jóven es realmente el mismo á quien buscais?

—Dignaos seguirme hasta mi casa; si no basta mi palabra, hay dos personas que lo han visto prontas á declararlo con juramento.

Comprendió Tom que aquella acusacion, que al principio habia considerado como un error fácil de desvanecer, iba tomando muy sérias proporciones y hasta amenazaba su libertad. En semejante conflicto reclamó la proteccion del juez, quien le contestó encogiéndose de hombros que él no podia obrar contra la ley; que M. Nickelton sabia bien lo que debia hacerse, y que su intervencion era de todo punto inútil.

Tuvo pues Tom que ceder á la fuerza, pero ni aun en medio de su desgracia olvidaba á la pobre María, pues suplicó encarecidamente al juez llevase consigo á M. Hawes, y le exigiese explicaciones claras y terminantes sobre todo lo que habia pasado.

Así se lo prometió Dayton, y abriéndose paso por entre los curiosos que se habian ido agrupando, dirigióse hácia su casa en compañía de Sanders.

El constable condujo á Tom á la cárcel de Helena, dejándole allí entregado á sus reflexiones, encerrado dentro de un estrecho calabozo en que habia un tablado, dos sillas y una mesa.

XXIV.

La escopeta clavada.

Volvamos al anciano Edgeworth, de quien nos hemos separado en el momento de recoger el cable, dejando burlada á la furiosa viuda que perseguia á mistress Everett.

—Animo, muchachos! dijo dirigiéndose á los marineros, fuerza de remos, y salgamos pronto de estos escollos para ponernos en disposicion de seguir la corriente. Por vida de Júpiter! no parece sino que todos estos barcos están clavados en la playa.

—Esto es debido á la niebla, contestó Blackfoot volviendo la vista á la playa, por la que seguia paseándose mistress Bradfort mas furiosa que nunca: estos barcos están en marcha como nosotros, y hasta se hallan ya en medio del rio.

El piloto, que en medio de la niebla tenia bastante que hacer para evitar un choque con las embarcaciones inmediatas, pareció satisfecho de la órden que acababa de dar el anciano, obedeciendo por su parte con prontitud poniendo la proa hácia el centro del rio.

Los barcos chatos del Mississipi son toscas y groseras embarcaciones, cuyo principal mérito consiste en su especial construccion para seguir sin gran peligro el curso de las aguas. Por lo comun, los tripulantes se sirven únicamente de los remos para salvar los escollos, ó entrar en algun puerto. Grande es la repugnancia que tienen los marineros á manejarlos, aun cuando hayan sido contratados para este solo trabajo.

Así es que apenas se habian alejado algun tanto de la orilla, empezaron á murmurar los marineros de Edgeworth, á pesar de las contínuas reprensiones de Bill, que sin la menor consideracion les trataba de perros perezosos, mas dispuestos á tomar el sol que á cumplir su deber.

Las formas atléticas de Bill quitaban á todos las ganas de trabar con él disputa alguna, por lo que, á pesar de sus bruscos dicterios, guardáronse muy bien los marineros de contestarle.

— Bueno, basta! dijo al cabo de un rato Edgeworth al ver á su buque en medio de la corriente; ya no hay peligro de chocar con otro barco. Poco á poco ahora, muchachos, pues de lo contrario nos expondríamos á embarrancar en el banco de arena que por estas inmediaciones señala el *Navegante.*

— No hay cuidado, refunfuñó Bill; el banco de arena se descubre fácilmente, y tiempo ha que lo hemos dejado por la popa. Conviene pues seguir remando hasta que yo avise, si quereis evitar toda contingencia.

— Nos hallamos á mucha distancia del otro banco de arena? preguntó Edgeworth enseñando á Bill la carta que tenia en la mano.

—Hay á lo menos una milla, contestó Blackfoot terciando en la conversacion; el piloto tiene razon que le sobra, bogando un poco mas nada vamos á perder. La niebla aumenta á cada instan-

te, y si no procuramos adelantar todo lo posible, nos veremos precisados á valernos de los remos como de sondas.

—Oh! no es tan apurado el caso, repuso Edgeworth; todavía se distingen perfectamente todos los objetos á lo largo del rio, y sobre ambas riberas yo veo con toda claridad los árboles que en ellas se levantan; dejad que sople el viento de la noche, y la niebla desaparecerá como por encanto.

—Así lo creo, dijo el fingido comerciante dirigiéndose lentamente hácia la popa, en la cual apoyado Bill en la caña del timon parecia reflexionar.

—Basta ya, dijo finalmente uno de los marineros dejando el remo sobre la cubierta, y siguiendo todos los demás inmediatamente su ejemplo.

—Qué es esto! gritó el piloto. Os he dado yo la órden de levantar los remos? Bob, Johnson, Dick, al avío otra vez.

—El capitan ha dicho que bastaba, contestó resueltamente el primer marinero, indígena de la Indianía, de alta talla y extraordinaria robustez: si M. Edgeworth ha cambiado de parecer, él es quien debe advertirlo.

Soltó Bill el timon, lanzándose contra el marinero, que al verle venir, preparóse á recibirle á pié firme, diciendo:

— Vamos á tener un rato divertido! Andaos con tiento; por muchas que sean las monedas que querais sacar, yo os aseguro que no os ha de faltar cambio.

—Deteneos! gritó Blackfoot poniéndose entre los dos combatientes. Á bordo no se tolera riña alguna. Qué vergüenza! vamos, volved á tomar los remos y cumplid vuestra obligacion: poco os falta que hacer.

—No volveré á tomarlos, contestó el marinero de la Indianía, hasta que lo mande M. Edgeworth: á él estamos pronto á obedecerle. Vaya con el hombre! se conoce que Tom Barnwell no está aquí! Á buen seguro que si estuviese, no levantaria tanto el pico! Ahora se figura que le será fácil atropellarnos á su antojo; pero, vive Dios, que se equivoca: antes de separarnos, he de arreglar con él mis cuentas.

Bill parecia dispuesto á no abandonar el campo, mirando á su antagonista de una manera feroz. Pero á una mirada de Blackfoot, se contuvo volviendo á tomar el timon!

Durante esta disputa, no habia desplegado los labios Edgeworth: tenia muy presentes las advertencias de Smart, y examinaba con curiosidad el semblante de los combatientes. Sorprendió la mirada que el supuesto comprador dirigió al piloto, la cual acabó de aumentar sus recelos. No quedaba duda de que aquellos dos hombres se habian concertado con algun fin que por de pronto no podia adivinar. Suponia sin embargo que se habian puesto de acuerdo para adquirir el cargamento á bajo precio, por lo que proponíase portarse con mucha prudencia al realizar el ajuste y en particular al recibir el dinero.

En el entretanto adelantaba el barco impelido por la corriente: los marineros descansaban de su fatiga tendidos en la cubierta, mientras Bill y Blackfoot, solos á popa, conversaban en voz baja.

Reprendia el segundo á su camarada por la imprudencia de su conducta, y señalándole la ribera opuesta como si le hablase de algun objeto que acababa de descubrir, le decia:

—Es preciso ser loco, Bill, para ir á promover una cuestion en este momento; tan difícil es conteneros un poco para vengaros con seguridad de ese haragan, en lugar de dejaros llevar de vuestra cólera echándolo todo á perder? Por qué no habeis procurado captaros la amistad de los marineros? Tal vez algunos habrian sido dóciles y consentido en ayudarnos.

—Imposible! Todos me detestan y hasta el perro gruñe cuando me acerco. El otro dia quise acariciarlo y se arrojó sobre mí. Hace tiempo que habria querido ahogar á ese maldito animal, pero ni un momento se separa de su amo.

—De manera que todo nos es aqui hostil?

—Todo enteramente; mas no importa. Procurad de un modo ú otro apoderaros de la escopeta del viejo. Ahí teneis estos clavitos: introducid uno en el oido; no hay necesidad de exponer nuestro pellejo pudiéndolo evitar.

—Bueno, haré todo lo posible, pero me temo que ese zorro no me dejará arrimar á su arma. No obstante, veremos.

—Me ocurre una idea. Si le propusieseis cambiar su escopeta con la vuestra? Esta es mucho mas rica y sobre todo decidle que jamás ha hecho una falta. La suya es antiquísima y se dejará fácilmente persuadir; en tal caso no olvideis meter el clavo en la vuestra.

—Hum! vale la pena de pensarlo. Á su edad se encariñan con

las cosas mas insignificantes y es difícil un cambio; tendré que ponderar mucho el mérito de la mia y hasta le pediré una cantidad por diferencia.

—Haced que no sea corta, sino podria sospechar.

—No, no; dejadme á mí: qué señal debemos hoy hacer?

—La de siempre, un tiro, y sin embargo no es la mejor.

—No es posible, con todo, cambiarla pues no hay otra convenida, ni sé cuál podria ser en medio de esta niebla. Porque, no lo dudeis, en lugar de disiparse, se hará mas espesa durante la noche.

—Espero que los nuestros estarán prontos y que todo quedará concluido antes de que el viejo y los suyos conciban la menor sospecha.

—Oh! podeis estar tranquilo, pues tendremos todo el tiempo que nos sea menester. Si embarrancamos al anochecer, no habrá medio de salir del paso antes de que llegue el dia, pues Edgeworth es demasiado previsor para intentar nada á oscuras.

—Estais seguro de reconocer la isla á través de la niebla? preguntó Blackfoot contemplando con inquietud la espesa humedad que les rodeaba. Creo seria mejor detenernos en cualquier parte, si no queremos exponernos á pasar de largo.

—No tengais cuidado! En mi último viaje, cuando vos estabais en Wicksburgo, la niebla podia tambien cortarse con un cuchillo, y sin embargo encontré perfectamente lo que buscaba, como si nos hubiese iluminado el sol mas brillante. Si no lograse tocar en el banco que hay á la entrada de la isla, la corriente nos llevaria por sí misma al centro del rio, y el único inconveniente seria tener que trabajar algo mas. Sabeis el dique de madera, construido á la altura de la isla de Round-Willow? Aun cuando no lo veamos, oiremos el ruido del agua á dos millas de distancia. Es preciso valernos de los remos para dejar el número 61, ó mejor, nuestro dique artificial que el *Navegante* marca como un banco de arena descubierto recientemente.

—Bueno: entonces pues no nos aproximaremos á la isla hasta la noche; la farsa estará así bien preparada, y nosotros podremos acostarnos tranquilamente. Pero decidme, Bill, este botarate que ha marchado antes con el bote no podrá perjudicarnos? Si espera en vano la llegada del buque, creeis que dejará de hacer todas las averiguaciones posibles para descubrir lo que ha sido de él?

— Están tomadas todas las medidas para impedírselo, contestó Bill riendo; por lo que toca á este punto, podeis estar completamente tranquilo. Pero, silencio; el viejo nos observa; acercaos á oir lo que dice á aquella mujer. Mas tarde volveremos á hablar; ahora disimulemos.

Mistress Everett estaba sentada en medio de su equipaje en la proa, temblando aun al recuerdo de la escena que en el acto de su embarque habia tenido lugar. Wolf, el fiel perro de Edgeworth, se habia echado entre el equipaje á los piés de la buena señora. Al verse esta bajo la custodia de tan buen animal, experimentó cierto placer, pues entre personas desconocidas y groseras el interés que le manifestaba el perro parecíale un consuelo inesperado.

Acercósele despues Edgeworth, y sentándose en una de las maletas, le dijo con bondad:

— No tengais cuidado, señora; los marinos son generalmente poco amables, y uno de los mios es, segun presumo, un malvado; pero nuestro viaje será muy corto. Si la niebla no fuese tan espesa, habríamos llegado esta misma tarde á Victoria. En cuanto anochezca os arreglaré una pequeña tienda con mantas, y podreis dormir tranquilamente hasta nuestra llegada.

— Teneis algun amigo en Victoria? preguntó mistress Everett á Edgeworth.

— No, contestó este acariciando al perro; jamás he estado en dicha ciudad.

— Por lo tanto vos desconoceis completamente todos estos sitios: sabeis los peligros que ofrece la navegacion de este rio? Con esta niebla no temeis estrellaros contra algun banco de arena ó algun escollo?

— El peligro no es tan inminente como suponeis; tenemos á bordo un buen piloto que cuenta infinitos viajes por el Mississipí, además de que poco tardaremos en llegar. Á mayor abundamiento el hombre á quien he vendido mi cargamento viene tambien con nosotros, y es muy práctico en esa clase de expediciones, de manera que no tenemos el menor motivo para inquietarnos.

— Cuántos han perdido la vida en el Mississipí! observó suspirando la viuda.

— Efectivamente, contestó el anciano meneando tristemente la cabeza; los muertos se cuentan á millares en este hermoso rio

como en las riberas del Oeste; pero no son las aguas lo que mas debe temerse, hay tambien hombres muy malvados.

—Qué! os referís á los bandidos que ejercen sus sangrientas correrías por el Mississipi? preguntó mistress Everett muy alarmada y bajando la voz: quizás podriais indicarme algo....

—No os comprendo, señora; no sé á qué aludís.

—Habeis oido decir en Helena que mi futuro se ahogó en el rio poco tiempo atrás?

—Si; M. Smart me ha hablado de este triste suceso.

—Se dijo que el buque habia naufragado en los escollos.

—Es lo mas probable: tantos marineros han perecido de este modo!...

—Pues bien, yo no lo creo; repuso mistress Everett bajando aun mas la voz.

—Qué quereis decir, señora? exclamó Edgeworth lleno de asombro.

—Que no creo que el barco que conducia á Holk experimentase semejante percance. Tengo algunos indicios, y voy á Victoria, en cuya ciudad ejerce mi hermano la profesion de abogado, á informarme si puede haber algun medio para descubrir á estos infames malhechores.

—No habria sido mejor poneros de acuerdo con el hijo de Holk, que, segun me han dicho, vino á Helena para vender los bienes de su padre? En vuestra posicion, sola, sin amigos ni relaciones, os será difícil, por no decir imposible, adelantar gran cosa contra tales gentes si realmente existen.

—Holk no tenia hijos; el que se ha presentado con este carácter es un solemne impostor. Muy á menudo conversaba con Holk relativamente á su familia, y siempre me habia asegurado que era solo en este mundo, y que toda su dicha en el porvenir la cifraba en mí únicamente. Si hubiese tenido un hijo, habria dejado de decírmelo? No; porque era tan leal como honrado!

—Silencio, señora! murmuró Edgeworth, que volviendo casualmente la vista hácia los dos bandidos vió que se hallaban conversando confidencialmente. Quisiera que Tom estuviese aquí, y á la verdad me arrepiento de haberlo dejado partir solo. Bob-Roy, añadió, llamando al marinero que se hallaba mas cerca, y que no era otro que el que habia tenido la disputa con Bill: Qué os parece

de la niebla? Porque vos algo debeis entender en esto, contando tantos viajes por el Mississipí.

—A mi entender, contestó el marinero resueltamente, deberíamos atracar á alguna parte ó sino echar el ancla. Seguir navegando al través de esta oscuridad, es una insigne locura, pues si viene de vuelta encontrada algun steamer, nos pasa infaliblemente por ojo. Si yo fuese el capitan, mejor quisiera tocar con la quilla la arena del Mississipí, que hallarme en las aguas profundas de la corriente.

—Así pues, creeis que es mejor atracar si la niebla no se disipa?

—Sin duda; ya que quereis saber mi opinion, esta es la mia: no es bastante aventurado adelantar al acaso sin saber hácia dónde nos dirigimos, y hallarnos á disposicion de un hombre de esa calaña? añadió extendiendo la mano en la direccion del piloto.

Edgeworth no contestó, porque en aquel instante se habia sentado Blackfoot á su lado:

—La niebla se va haciendo mas espesa, dijo este señalando la ribera de donde parecia levantarse la humedad. No es poca fortuna poder contar con tan hábil piloto.

—En efecto, contestó Edgeworth bastante inquieto, esto va mal! Acostumbran á durar mucho las nieblas en el Mississipí?

—Segun y conforme: á veces la mas suave brisa de la noche basta para hacerla desaparecer en un instante; otras, por el contrario, permanecen largo tiempo extendidas sobre el rio como un gran sudario. A mí me parece que á la salida de la luna se despejará bastante esta oscuridad. De todos modos podemos continuar así durante una ó dos horas, hasta llegar frente el número 63, que es donde acostumbran detenerse los buques. Segun veo, no sois de opinion de detenernos en seguida?

—Por qué perder el tiempo cuando no es absolutamente necesario? repuso Blackfoot. No tengais cuidado; ya veis que la seguridad del barco me interesa tanto como á vos, y que por nada del mundo quisiera exponerme al menor peligro. Hola! añadió en seguida, teneis una hermosa escopeta. Ha sido fabricada en la Pensilvania, ó en el Kentucky?

La escopeta de Edgeworth estaba arrimada á un barril, y al momento que Blackfoot habló de ella, apresuróse á tomarla el anciano, orgulloso á fuer de buen cazador del elogio que de ella se hacia.

—Sí, contestó poniéndola sobre las rodillas, teniendo cuidado de dirigir el cañon en la direccion del agua; en todos los estados de la Union no encontrariais á buen seguro un arma tan sencilla en la apariencia, pero tan excelente en sus resultados; muchos son los ciervos y osos que lleva muertos, y no me ha servido con menos éxito en nuestras luchas con los indianos.

—Tan enamorado os veo de vuestra escopeta, que casi ni me atrevo á proponeros el cambio con otra que, sin ser en nada inferior en las demás circunstancias, está mas rica y primorosamente trabajada, añadió Blackfoot presentado al campesino su arma, que además de sus adornos de plata, tenia un mecanismo de seguridad, desconocido enteramente para el anciano.

—Hum, dijo Edgeworth tomándola y examinándola minuciosamente. Es un magnífico trabajo. Habrá costado cara. Tiene buen encaro ?

—A sesenta pasos me atrevo á atrevesar una moneda de veinte y cinco céntimos.

—De veras? Entonces es una escopeta excelente: cómo quereis deshaceros de ella?

—Hablando con franqueza, ya me repugna, pero tengo hecha la resolucion de venderla. Me fué regalada por un amigo á quien queria entrañablemente, y su vista excita en mi ánimo muy dolorosos recuerdos. Por esto quiero cambiarlá, y ya que ha de ser preferiria que fuese á parar en manos de un conocido. Aprovechad la ocasion, os la cederé con ventaja.

—Oh! no soy capaz de aprovecharme de semejante coyuntura, repuso Edgeworth; guardaos vuestra escopeta. Es muy diferente nuestro modo de pensar; yo me deleito en los recuerdos tristes, y vos procurais alejarlos. A ningun precio me separaria de mi escopeta, por haber pertenecido á un hijo que tuve la desgracia de perder. Fué fabricada en el Kentucky, y mi pobre hijo... vamos, dispensad, es la única memoria que de él me queda, y he de conservarla así en la prosperidad como en la desgracia.

—No quereis, pues, cambiarla con la mia?

—No, aun cuando tuviese los adornos de oro como los tiene de plata.

—Ah! M. Edgeworth, vos sabeis mejor que yo, que cuando se trata de una buena arma, nada significan el oro ni la plata. El valor

de una escopeta no consiste en la mayor ó menor riqueza de sus adornos. Quereis dejarme examinar la vuestra? tiene grabado el nombre del fabricante?

—No sé, es cosa que no he reparado. Qué me importa que el artífice se llame Juan ó Diego, mientras sea buena la obra?

—Teneis razon: pero como conozco varios armeros en el Kentucky, quisiera ver si tengo noticia del que ha fabricado esta arma.

Y hablando así, empezó Blackfoot á examinarla esforzándose sobre todo en descifrar algunas marcas imperceptibles que se veian en la llave: abrió por fin la cazoleta.

—Cuidado, dijo Edgeworth, vais á derramar la pólvora.

—Bah! con la niebla se habrá humedecido, pondremos otra mas seca.

Tenia Blackfoot la escopeta en la mano izquierda, y en la derecha uno de los clavos que le habia dado Bill. Edgeworth, empero, no perdia de vista ninguno de sus movimientos.

—Qué pólvora gastais? preguntó al fingido comerciante.

—Superfina, ved, ahí la teneis; qué os parece?

Edgevvorth probó la pólvora frotándola con el dedo, y aprovechándose de esta distraccion, introdujo Blackfoot el clavo en el oido, y poniendo luego pólvora en la cazoleta, volvió cuidadosamente á bajar el rastrillo.

—Buena pólvora! dijo el anciano despues de haber aplicado algunos granos á la lengua; raras veces se gasta tan buena en la Indiania. He de procurarme para cuando vuelva ámi casa.

Tomó luego la escopeta de manos de Blackfoot, dejándola arrimada á su lado.

Mistress Everett habia permanecido sentada cerca de estos dos hombres, observándoles en silencio.

—Ved, caballero, exclamó de repente Blackfoot, esta jóven estará enferma; está pálida como un cadáver!

—Mistress Everett, dijo vivamente Edgeworth, qué teneis? Extraordinaria es en efecto vuestra palidez.

—Nada, contestó con voz apenas perceptible arrimando el pañuelo á los ojos; una ligera indisposicion, efecto sin duda de la emocion que he experimentado al embarcarme, ó tal vez de la humedad.

—Esto será seguramente: aguardad, vais á ver cuan pronto os arreglo un toldo.

Y el anciano, sin hacer caso de las objeciones de mistress Everett, tomó su escopeta y desapareció en el entrepuente. Volvió á subir muy luego con una gran manta con la cual arregló una especie de tienda, bajo la cual podia descansar la jóven sin ser vista. Esta galantería es muy comun, y puede decirse instintiva, aun entre los salvajes de un desierto americano. Desde el momento que se trata de lo que se ha dado en llamar la mas bella mitad del género humano, no hay que temer inconveniente alguno en todos los Estados-Unidos. Cualquiera mujer ha de encontrar por necesidad un protector desinteresado en el primer hombre que se presente á su vista.

Mistres Everett dió al anciano las gracias por el cuidado que por ella se habia tomado; no parecia sin embargo dispuesta á retirarse dentro de la tienda que se le acababa de preparar, permaneciendo, por el contrario, en su puesto, observando con detencion á los marineros.

Hallábanse estos perezosamente tendidos en la cubierta, mientras uno de sus camaradas preparaba la cena.

—Hola! Qué es esto? preguntó de improviso Edgeworth al ver á su izquierda, por entre la niebla, una gran masa negra.

—Es la isla de Round-Willow, contestó secamente Bill, dando vuelta al timon para evitar el banco de arena en que habia embarrancado el *Van-Buren*.

—Echaremos el ancla, dijo Edgeworth, hasta que se disipe algun tanto la niebla.

—Es imposible, replicó Bill. El banco se extiende hasta la ribera. Echad la sonda y vereis que tengo razon.

Convencióse muy luego Edgeworth de la exactitud de semejante observacion; hallábanse á una profundidad de ocho piés, y no habia medio de aproximarse mas á la orilla. Pero consultando el *Navegante*, vió que la corriente se dirigia hácia el Arkansas en una extension de cuatro á cinco millas, siguiendo por en medio del rio. La número 61, segun hemos ya dicho, estaba situada á unas trece millas de la isla de Round-Willow.

Grande era la inquietud del anciano al ver extinguirse la luz del dia, perdiéndose las cimas de los árboles en la oscuridad, mien-

tras flotaba el barco al azar sin direccion determinada. Lleno de zozobra, prestaba atento oido, pero reinaba á su alrededor un sepulcral silencio: el viento habia cambiado, la niebla cubria la superficie del rio, y la pequeña embarcacion navegaba lentamente por entre fangosas aguas.

Media hora pasó Edgeworth en esta cruel ansiedad, ora conversando con el piloto acerca de los peligros que preveia, ora paseándose por la cubierta con visible agitacion sin saber qué partido tomar, entre lo que el piloto aconsejaba, ó remar hasta la ribera mas próxima, y amarrar en ella el buque hasta la llegada del dia.

Blackfoot no se separaba de su lado á fin de alejar cualquiera sospecha que descubriese en el ánimo del campesino. Pero como el momento crítico se acercaba, y era necesario ponerse enteramente de acuerdo con su cómplice, dirigió en alta voz al piloto una pregunta sobre la probabilidad de alguna desgracia, y luego que este hubo contestado, siguieron ambos la conversacion sin que nadie pudiese oirles.

Mistress Everett no perdió nunca de vista á Edgeworth, y luego que le vió solo, encaminóse hácia él, asegurándose antes de que nadie podia oir lo que tenia que decirle.

— Cómo, señora, dijo este al ver que se le acercaba; no os habeis acostado aun? Bien conozco que no es fácil cosa el dormir, cuando no sabe uno dónde se encuentra y se vé rodeado de peligros. Por esto estoy yo tambien en la cubierta sin atreverme á retirarme.

— No son los peligros que pueda presentar el rio los que me tienen despierta, murmuró en voz baja mistress Everett mirando á su alrededor; otro mayor nos amenaza á todos. Quiera Dios que esteis aun á tiempo de evitarlo!

— Qué quereis decir, señora? Hablad! Qué habeis descubierto? Qué temeis?

— Todo! todo hay qué temerlo, á menos que podais tener entera confianza en vuestros marineros.

— Pero yo no comprendo...

— Dónde está vuestra escopeta?

— Bajo cubierta, junto á mi hamaca.

— Id á examinar la cazoleta.

— La cazoleta?

— No perdais momento; tenemos tal vez contados los instantes de nuestra existencia.

— Pero qué? Qué tiene que ver mi escopeta....

— M. Blackfoot la ha tenido en sus manos. Yo que he sido criada entre bosques, y que muy á menudo tenia que hacer uso de las armas de fuego, en especial durante las largas ausencias de mi marido, no he perdido de vista á este hombre mientras ha cambiado la pólvora de vuestra cazoleta. Si no hubiese estado ejercitada en el manejo de armas nada habria visto de extraordinario en sus movimientos. Ahora, empero, puedo aseguraros que mientras vos estabais examinando la pólvora, él ha introducido en el oido un objeto puntiagudo. No sabré deciros si es de hierro ó de madera, pero lo cierto es que se ha logrado inutilizar vuestra arma, lo cual me hace adivinar los horrorosos proyectos de este miserable.

Edgeworth quedó mudo por algunos instantes no sabiendo si dormia ó estaba despierto. Recobrado algun tanto de su asombro, dijo en fin á mistress Everett:

— Volved á vuesto puesto, pues es preciso disimular á fin de que no se aperciban los bandidos de que abrigamos alguna sospecha. Agradezco sinceramente el aviso que acabais de darme, gracias al cual podremos desbaratar los planes de estos miserables. Ahora lo comprendo todo, y mucho siento no tener conmigo á Tom. Pero procuraremos arreglarlo sin él. Ante todo voy á examinar la escopeta y ponerla en estado de servirme de ella. Por lo mismo nada temais; mis marineros de la Indianía me son todos adictos. Hasta la vista.

Edgeworth se dirigió hácia la entrada del entrepuente en que se hallaban las hamacas de la tripulacion. Tenia esta entrada cerca tres piés cuadrados, y se bajaba por una corta escalera por la que se deslizó Edgeworth, desapareciendo á la vista de todos.

XXV.

La amarra.

Á cada momento aumentaba la densidad de la niebla, dejando apenas distinguir las ramas que por todas partes sobrenadaban al rededor del buque. Como Blackfoot no conocia tan bien como su cómplice todos los pormenores del rio, volvióse hácia él sin poder ocultar su inquietud, diciéndole en voz baja :

— Ois las ráfagas, Bill? esto va mal. Estais seguro de encontrar la isla? La corriente es cada vez mas rápida, y el rio crece sin cesar. En lugar de embarrancar creo iremos á estrellarnos.

— Estad tranquilo, contestó el piloto, nuestra isla tiene tres millas de longitud, y por necesidad hemos de oir el ruido de las olas al estrellarse contra los troncos y escollos por nosotros dispuestos. Cuando oigamos este ruido, fácil nos será persuadir á estos idiotas á amarrar el buque, pues empiezan ya á estar alarmados. No parece sino que tienen presentimientos.

— Teneis razon : nos hallamos á mucha distancia de la punta?

— Segun mis cálculos, á media milla ; colocaos en la proa, y escuchad hasta que percibais el ruido del agua que se precipita. Ah! estais cierto de que la escopeta no hará fuego?

— Certísimo. Qué buena idea! si bien ha sido una precaucion supérflua, pues se ha llevado el arma en la cámara á fin de preservar la pólvora de la humedad. El pobre diablo no ha conocido que le seria mucho mas útil sobre cubierta.

Y acompañando estas palabras con una gran carcajada, dirigióse hácia el sitio donde se hallaba mistress Everett, sentada en una de sus maletas y apoyada la cabeza en ambas manos. La pobre viuda no habia sabido decidirse á acostarse, porque preocupada por lúgubres ideas al pensar en la astucia del fingido comerciante, temblaba cual si fuera presa de una devoradora fiebre.

— Qué tal, señora, le dijo Blackfoot, os sentís mejor? habeis olvidado vuestra desagradable contienda con mistress Bradfort? Oh!

es una mujer terrible, testaruda como ella sola. Pero qué diantre ha llegado á forjarse para insultaros tan atrozmente?

—No sé qué motivo de queja pueda tener contra mí, contestó mistress Everett procurando disimular su agitacion. Estará sin duda equivocada, pues en mi vida la he dirigido la palabra, ni he puesto jamás los piés en su casa.

—Es realmente una mujer incomprensible, y sin embargo tiene buen corazon, sobre todo cuando el tenerlo puede serle de algun provecho. Oh! entonces es de ver con cuanta abnegacion se sacrifica por sus amigos, á trueque de que favorezcan estos sus proyectos. No podeis imaginaros, mistress Everett, hasta qué punto es, en tales casos, amable y desprendida!

El miserable se hallaba ostensiblemente de un humor jovial.

Encaminóse en seguida hácia la proa, y apoyando los brazos en la orla, se puso á escuchar con profunda atencion. Esto le impidió ver á Edgeworth que subia la escalera acompañado del marinero, de quien hemos ya hablado, mientras los demás se mantenian ocultos bajo cubierta.

—Calle! sois vos, dijo Blackfoot, que al volverse vió junto á sí al anciano con la escopeta en la mano. Os proponeis sin duda tirar á los cuervos que andan divagando perdidos entre la niebla? Yo voy á dejar mi escopeta bajo cubierta para preservarla de la humedad, y vos subis la vuestra!

—Oh! es una antigua costumbre. No me creo seguro sin tener conmigo la escopeta, y como he resuelto acostarme sobre cubierta, la tendré á mi lado. El rastrillo cierra perfectamente de manera que no hay cuidado de que llegue la humedad á la pólvora, que hace poco habeis tenido la bondad de renovar.

—Así lo creo, pero á pesar de esto, no puede conveniros el dormir aquí: la niebla es muy perjudicial á la salud; y á vuestra edad....

—Oh! estoy acostumbrado á la intemperie, y hasta he dormido mas de una vez cayendo la lluvia sobre mi cuerpo. A ver, Bob-Roy, llamad á los demás; quiero echar el ancla porque es sobremanera peligroso navegar de este modo á la ventura.

—Echar ahora el ancla? exclamó Blackfoot, y por qué? Bill asegura que no corremos el menor peligro.

—Por esto antes de que se presente, quiero evitarlo. Que ade-

lantemos ó no dos ó tres millas durante la noche me es muy indiferente. Desde aquí oigo el hacha de un leñador, lo cual me prueba que estamos muy cerca de la orilla. Esta es pues la ocasion de hacer alto, antes que la corriente nos arrastre en medio del rio. Asunto concluido: no quiero adelantar una pulgada antes de que amanezca y haya desaparecido la niebla.

Toda la tripulacion habia subido sobre cubierta, tomando los remos para llevar el buque á la mayor inmediacion posible de la costa. Al observarlo Bill desde el timon, gritó con voz concentrada:

—¿Quién os ha mandado tomar los remos? ¿Quereis echar el buque sobre las rompientes?

—No; lo que yo quiero es mantenerme al pairo, contestó Edgeworth, dejando su escopeta junto al sitio donde se hallaba echado Wolfw; oigo el ruido de un hacha y estoy seguro que nos hallamos muy cerca de la orilla.

—Vamos! refunfuñó Bill, esto es no tener sentido comun: si nos desviamos ni una línea siquiera de nuestro rumbo estamos perdidos sin remedio. Dejad los remos y sigamos la corriente una ó dos horas mas, ella nos llevará por sí misma á un seguro desembarcadero que hay en la isla número 62, si no queremos antes detenernos en la 61 donde sobran sitios muy á propósito para amarrar los cables.

—Nada de esto me persuade, Bill, contestó el anciano con calma: poned la proa en la direccion del Arkansas: vale mas ser prudente que perder el buque, el cargamento y cuantos nos hallamos á bordo.

—Por mi parte, caballero, interrumpió Blackfoot con cólera, he de deciros que no debemos perder sin motivo alguno un tiempo precioso. Yo necesito vuestro cargamento mañana por la mañana, y quiero por consiguiente llegar á Victoria al amanecer.

—Qué es esto, caballero, dijo Edgeworth con la mayor formalidad. Nadie mas que yo tiene aquí derecho de decir *yo quiero*. Si se tratase tan solo del cargamento podria arriesgarlo, pues al fin y al cabo aventuraria únicamente una cantidad; pero la vida de toda la tripulacion está comprometida, y ni tan siquiera podemos disponer de una lancha en el último apuro. Hay además una señora que se ha confiado á mí con todo cuanto posee; es indispensable por consiguiente obrar con la mayor prudencia.....

—Pues siendo así, vuestros géneros no me sirven.

—No os apureis por tan poca cosa: si no pongo el cargamento á vuestra disposicion en Victoria á la hora convenida, queda anulado el trato. Ningun cuidado me da el venderlo en seguida á otra persona. Vamos, Bill, virad de bordo.

Blackfoot pateaba de rabia; Bill estuvo indeciso algunos intantes decidiéndose por fin á obedecer, y comprendiendo los marineros la inminencia del peligro, empezaron á remar con el mayor ardor.

—Bill, os someteis pues á los caprichos de este viejo loco? murmuró Blackfoot al hallarse junto á su cómplice; si nos mantenemos al pairo hasta el amanecer, hemos errado el golpe. Desaparecerá la niebla, encontraremos muchos otros barcos de trasporte y de vapor, y todos nuestros esfuerzos habrán sido inútiles.

Despues de comunicar sus órdenes á los marineros, contestó el piloto en voz baja:

—Podemos acaso resistir los dos solos á tanta gente? conviene no despertar su desconfianza.

—Bueno, pero entonces cómo nos gobernamos....?

—Estando sobre aviso, aunque por el momento debamos obedecer. Vos ya os habeis hecho sospechoso á los ojos de Edgeworth, y este en un gran mal. Dentro de dos horas estaremos en el lugar designado, dejad que atraquen y amarren bien el buque, pues tranquilos con esta precaucion se irán todos á dormir, y nada mas fácil que cortar entonces el cable. Si no lo advierten, les ayudaremos á fin de que duerman para siempre; si despiertan no podemos evitar el batirnos. Mas entretanto el barco irá aproximándose á la isla y seremos muy pronto auxiliados.

—No deja de ser bastante expuesto este medio. Pero cómo diablos le ha dado á este leñador la humorada de trabajar de noche? A este viejo loco no le ha venido la idea de detenerse hasta que ha oido el ruido del hacha.

—Preparad una cuerda, dijo Bill á su camarada empezando á descubrir los árboles.

Edgeworth de pié en la proa miraba con ansiedad á través de la niebla, pues temia con razon los escollos de que estaba erizada la costa. De repente dejóse ver sobre el agua un tronco de una encina, y á poca distancia la impetuosa direccion de la corriente hácia el centro del rio. Era por lo tanto indispensable hacer frente á este

inesperado peligro, pues para ganar la orilla debia vencerse el curso de la corriente con extraordinarios esfuerzos.

—Bravo! dijo á media voz Blackfoot, la cosa se presenta mejor de lo que yo esperaba. No creia que estuviésemos tan cerca de la punta. Será imposible atracar, y luego que hayamos perdido de vista la tierra, no teneis mas que mirar un poco á la derecha, y vamos directamente á embarrancar al Oeste de nuestra isla.

Aprobó Bill este plan, preparándose en su virtud á alejarse de la encina; pero Bob-Roy que lo observaba, teniendo en la mano preparado el cable, gritó con voz imperativa:

—A babor la caña! pronto á babor! Quereis pues contrariar nuestro proyecto?

—Cállate, imbécil, contestó furioso Bill continuando á gobernar hácia el lado opuesto. Mas lanzóse al timon Edgeworth, obligando al piloto á ejecutar dicho movimiento. Disponíase Bill á resistir; impidióselo no obstante Blackfoot despues de haber echado una ojeada por el buque. Los marineros habian todos dejado los remos rodeando al anciano, prontos á defenderle en caso de necesidad.

—Alerta, amigos, alerta! gritó Bob-Roy, coged la cuerda; y antes que pudiese nadie presumir su intencion, arrojó el cable con toda su fuerza por encima de la encina, echándose al mismo tiempo al agua.

Con impaciencia aguardaban los marineros el resultado de esta atrevida tentativa: era evidente que si Bob no conseguia sujetar inmediatamente la cuerda al árbol, debia perecer irremisiblemente ahogado en medio de las ramas que le privaban nadar. Pero Bob estaba seguro del éxito. Cogiéndose á un corpulento tronco ató en él el cable; pronto el barco dió una violenta sacudida, capaz de arrancar el árbol de cuajo. Resistió por fortuna, pero en el mismo instante arrojó la tripulacion un grito de horror: Bob-Roy habia desaparecido en el agua.

No fué de larga duracion esta terrible ansiedad: el árbol no habia hecho mas que doblarse, pero fué saliendo poco á poco del agua, y la cuerda con tanto valor amarrada por Bob, bastó para detener el buque. Al cabo de un rato volvió á aparecer entre la espuma el rostro del animoso marino, quien cogiéndose á la cuerda subió de nuevo á la embarcacion en medio de las alegres aclamaciones de sus compañeros.

Todo esto pasó en menos tiempo del que hemos empleado en referirlo. Los marineros se hallaban aun comentando de diversos modos este acto de valor, cuando Bob volvió á aparecer sobre cubierta, cambiado el vestido y tendiéndose sobre su manta.

Habíase interrumpido la cena para atender á la maniobra, por lo que, concluida esta, volvieron los marineros á ocupar su puesto al rededor de la mesa. Habia pasado el peligro, y por lo tanto abandonáronse todos con su ordinaria indiferencia á la alegría que el whisky contribuyó á aumentar mas y mas. Esperaban que al amanecer habria desaparecido la niebla, y que les seria por lo tanto fácil llegar tranquilamente al término de su viaje.

Blackfoot disimulaba su disgusto paseándose á largos pasos, mientras Bill fué á reunirse con los marineros con la sonrisa en los labios, y aparentando muy buen humor.

Edgeworth estaba muy sobre sí, dirigiendo á Bob-Roy algunas palabras en voz baja cada vez que pasaba por su lado. En cuanto á mistress Everett se habia retirado bajo el toldo que se la habia dispuesto, donde se hallaba orando con fervor para alejar el peligro que era á sus ojos tanto mas inminente cuanto que la era desconocido.

Poco á poco cesó el ruido sobre cubierta, retirándose la tripulacion á sus hamacas. Bill se acostó al lado del timon, y Blackfoot en la proa junto al cable que retenia el buque. Edgeworth se habia tendido entre el equipaje teniendo á su lado al fiel Wolf.

Permanecia inmóvil el campesino, pero muy vigilante, atento el oido al menor movimiento. Lo que habia observado durante el dia no le permitia dudar que su piloto y el supuesto comerciante se hallaban acordes, y que para realizar sus proyectos apelarian, si necesario fuese, á la fuerza. No les temia, pero consideraba muy importante desbaratar sus planes, y apoderarse de los criminales para entregarlos á la justicia.

Iban pasando las horas en medio del silencio y la oscuridad. Chocaban las olas contra los costados del buque, y algunas estrellas, allá en lontananza, despedian á través de la niebla una luz pálida y apenas perceptible. En las lagunas vecinas oíase el ingrato canto de las ranas.

Bill, que habia muchas veces levantado la cabeza para escuchar, apartó en fin la manta, y levantóse sin hacer ruido. Todo perma-

necia en silencio, distinguiendo confusamente las sombras de Blackfoot y Edgeworth. Fué adelantando con gran tiento hasta la proa, aplicando á cada paso el oido para advertir si alguien se levantaba. Proponiase soltar el cable para dejar el barco á merced de la corriente, que lo habria arrastrado sin remedio hácia el dique artificial de la isla número 61, donde debia necesariamente embestir sobre las rompientes. Un solo peligro se presentaba, esto es, que los marineros despertasen si la sacudida era muy violenta. En este caso, viendo cortado el cable, podian sus sospechas tener funestas consecuencias para los dos piratas. Era muy probable que siguiendo las indicaciones del *Navegante* bogarian entonces los marineros con desesperacion para resistir el empuje de la corriente.

— Ya es tiempo, dijo Bill á Blackfoot que se mantenia en la mas completa inmovilidad.

— Sí, sin embargo estoy vacilando, contestó Bill en voz baja mirando á su camarada, que sin añadir otra palabra extendió los brazos. Muy luego oyó el piloto el imperceptible roce del cuchillo con el cáñamo.

— Bien, muy bien, murmuró, pero....

Blackfoot hizo un gesto significativo á su camarada, pues era preciso evitar en lo posible el hablar por si alguno estuviese despierto. Comprendiólo Bill y retirándose silenciosamente volvió á cubrirse con su manta, colocándose de modo que pudiese maniobrar en la direccion de la isla desde el instante en que quedase libre el barco.

Cuando el piloto dejó su puesto, Edgeworth, cogiendo la escopeta se habia incorporado en el suyo para observar lo que iba á hacer. El silencio de la noche le permitió oir el confuso murmullo de los dos bandidos, sin entender, empero, una sola palabra. Mas al ver que Bill volvia á acostarse, creyó que podia hacer otro tanto, no tardando á apoderarse de él el sueño. Bien pronto confundiendo los presentes sucesos con los pasados vióse trasportado á las márgenes del Wabash, junto á la tumba de su hijo, al rededor de la cual el monótono movimiento de las hojas de los sauces y encinas formaba un concierto salvaje y lúgubre.

Durante este tiempo el grueso cable que retenia el buque sujeto en el árbol fué cediendo poco á poco al afilado acero del bandido.

Rompióse en fin la última hebra, y el barco viéndose libre deslizóse con rapidez por el rio, dejando muy luego á larga distancia la añeja encina que hasta entonces lo habia sujetado, la cual, como para celebrar la ausencia del que tan obstinadamente habia puesto á prueba su resistencia, alzóse cuan alta era agitando mansamente sus ramas.

XXVI.

El peligro era inminente, pues el barco corria como una saeta hácia la isla, es decir, hácia su perdicion. Los pobres marineros que tenian sobre su cabeza suspendido y pronto á descargarse el golpe fatal, descansaban en paz, sin acordarse de las sospechas que habian concebido durante el dia.

Levantóse Bill, reuniéndose con su cómplice, que al verle acercar se puso en pié:

—Estamos muy cerca de la isla, murmuró Bill. ¿Ois las olas como se estrellan contra nuestro dique?

—Sí, contestó Blackfoot en voz baja; sin embargo, me parece que nos hallamos demasiado á la derecha; convendria dar una vuelta al timon.

—Imposible! hariamos ruido, é ibamos á dispertar á la tripulacion, ó á lo menos al viejo, que duerme como una liebre. Silencio! el perro gruñe. Ah! si á lo menos pudiera echar al agua este maldito animal!

—Ya descubro la tierra! dijo Blackfoot de repente; será nuestra isla; ved cuanta distancia hemos recorrido en pocos instantes! Qué os parece si llamásemos á los marineros? Como estarian medio dormidos, al ver roto el cable ellos mismos nos conducirian sobre el banco de arena.

—Oh! contestó Bill moviendo la cabeza, si pudiésemos estar seguros de que nos obedecerian, el golpe seria admirable! pero si se resistiesen, corriamos el peligro de vernos asesinados. No, no; dentro de poco mi escopeta les despertará. Lo que ahora conviene,

es colocar esta gran caja sobre la boca de la escotilla, de manera que nadie pueda subir. Vos os encargareis de despachar al viejo. Vuestro tiro servirá al mismo tiempo de señal, y de este modo de una pedrada matamos dos pájaros. Os colocareis luego junto á la ventana de la cocina, y á culatazos abrireis el cráneo al primero que intente subir á cubierta. Con este medio tendremos á estos pobres diablos metidos en la bodega, é iremos descartándonos de ellos uno tras otro. Nuestros amigos estarán sin duda aguardándonos ya.

—Oh! sin duda alguna: la barca está preparada desde que se recibió vuestra carta: dada la señal saldrá en seguida á nuestro auxilio. Nada hay que temer, pues al momento en que los nuestros estén á bordo, ya cuidarán ellos de llevarnos á tierra.

—No perdamos tiempo, repuso Bill, esta caja es muy pesada. Sobre todo no hagamos ruido.

—Bueno: un poco mas acá á fin de que cierre del todo la escotilla sin dar paso á la luz.

Edgeworth, rendido por la fatiga, habia conciliado por un momento el sueño, mas no dormia tan profundamente como creian los piratas; los pasos del piloto y el gruñido del perro le habian despertado. Sin cambiar de posicion escuchaba el cuchicheo de los dos bandidos, muy léjos, sin embargo, de figurarse que el buque estuviese en marcha. De repente descubrió á poca distancia una negra sombra, levantóse precipitadamente, y vió la tierra á algunos metros del barco: comprendió entonces que la *Tortuga* corria á su perdicion.

Coge al instante la escopeta, siguiendo con la vista á los dos malhechores que se ocupaban entonces en cerrar con la caja la escotilla.

—Hola! gritó, dando al mismo tiempo un fuerte culatazo sobre la cubierta, que era la señal convenida para avisar á Bob. Somos arrastrados por la corriente!

—Hé aquí el momento, murmuró Bill á Blackfoot. Despachadlo pronto.

—Por qué no contestais, Bill? El buque va á estrellarse. Qué intentais hacer con esta caja?

—Lo sabréis muy luego, dijo Blackfoot cogiendo la escopeta que habia dejado para colocar la caja.

Edgeworth se hallaba medio oculto trás un gran fardo, por lo

que tuvo el pirata que adelantar un paso para apuntarle al corazon.

—Eh de arriba! gritó Bob-Roy. Quién ha cerrado la escotilla? Abrid, miserables, sino....

Y el bravo marinero hizo al mismo tiempo un terrible esfuerzo para apartar el pesado objeto que obstruia el paso; pero rompiéndose la cuerda en la que se hallaba apoyado, no pudo conseguir su intento. Bastó no obstante esta tentativa para convencer á Bill de que los esfuerzos del marinero auxiliado por sus compañeros lograrian pronto remover aquel obstáculo. En tal apuro gritó á Blackfoot:

—Fuego! dad la señal; necesitamos pronto auxilio.

Apenas habian salido de sus labios estas palabras, oyóse el ruido de un tiro.

Volvióse para ver el resultado, quedando sobremanera sorprendido al reconocer á su cómplice levantar la escopeta en el aire, bambolear y caer sin vida sobre cubierta. Luego que observó el anciano que su enemigo tomaba la escopeta, habia apuntado la suya, y á fuer de tirador certero, le habia entrado la bala en medio de la frente.

No bastaba, con todo, esta victoria, pues conoció desde luego Edgeworth que le quedaba aun otro enemigo, y para hacerle frente corrió á apoderarse del arma aun cargada de Blackfoot. Pero Bill, que no ignoraba tampoco que si lo conseguia no le quedaba á él defensa contra el campesino, corrió tambien con la misma intencion gritando con rabia:

—Yo soy quien envió á vuestro hijo al otro mundo: yo quien hará que os reunais hoy con él.

Llegaron á un tiempo á poner ambos sus manos sobre la escopeta, y forcejeando para quitársela mútuamente, salió el tiro, perdiéndose la bala en el aire sin herir á nadie.

Quedó, por fin, dueño de ella Bill, por lo que la lucha habria podido ser fatal para Edgeworth, pues la culata de una escopeta americana es un arma mortífera manejada por brazos vigorosos. Pero las palabras del piloto produjeron en el anciano un efecto terrible que pareció aumentar con la desesperacion sus debilitadas fuerzas.

—Asesino! gritó el pobre padre, arrojándose sobre el malvado con tanta prontitud, que encontró á este desprevenido.

Haciéndose un paso atrás para evitar la inesperada arremetida de Edgeworth, enarboló sobre su cabeza la escopeta, cuando vino un nuevo combatiente á tomar parte en la pelea.

Al oir el tiro púsose el buen Wolf á ladrar corriendo de un lado á otro del buque para descubrir el ave que suponia habia muerto su amo, como tantas otras veces lo habia hecho durante el viaje; pero al distinguir la voz furiosa del anciano, arrojóse sobre el piloto con tal furia, que le obligó á soltar la escopeta.

Entretanto la tripulacion, encerrada bajo cubierta, no permanecia ociosa. Reemplazaron los marineros la escalera con un tonel, y despues de repetidos esfuerzos lograron, por fin, apartar la caja, dejando espacio suficiente para pasar un hombre. Esto era precisamente lo que Bill habia previsto; mas si le hubiese sido posible defender el paso, imposible hubiera sido á los marineros prestar auxilio á su capitan. A medida que hubiese aparecido la cabeza de un hombre en la escotilla, habria, sin remedio, desaparecido al instante herida al impetuoso golpe de la culata del bandido.

Bob-Roy fué el primero en pasar por la estrecha abertura, corriendo en seguida á auxiliar á Edgeworth. La lucha fué pronto terminada. Aun cuando el valiente marinero puso muy luego á Bill fuera de combate, arrancándole de las manos su puñal, no pudo persuadir al anciano que lo soltara. Con una mano tenia Edgeworth cogido al asesino de su hijo, mientras con la otra buscaba el cuchillo que le habia caido durante la pelea. Sus ojos arrojaban llamas y parecian querer salirle de las órbitas.

Wolf, enfurecido tanto como su amo, no queria tampoco soltar al bandido, teniéndole sujeto por la corbata como si se hubiese propuesto estrangularle.

Ya sobre cubierta los marineros, ataron fuertemente á Bill á pesar de su resistencia, siendo inútiles todos los esfuerzos para separar á Edgeworth de aquel miserable.

—Silencio! oigo remos por este lado, exclamó de repente Bob-Roy.

—Hohé del barco! gritó Bill haciendo un esfuerzo desesperado para llevar á la boca un silbato que le pendia del cuello. Hohé! hohé!

Esta última sílaba fué ahogada por la mano de Bob-Roy aplicada sobre los labios del bandido con toda su fuerza.

—Silencio! repitió Bob en voz baja á sus amigos. Ahora empiezo á comprenderlo todo; traedme una mordaza pronto, y si teneis algun apego á la vida callaos como muertos.

Un agudo silbido contestó al grito de Bill, corroborando mas y mas las sospechas del marino.

—Que nadie se menee, este malvado pertenece á la cuadrilla que se dirige hácia nosotros. Tal vez sin hacer ruido, á favor de la niebla y de la oscuridad podremos escapar á estos piratas. A ver, otra cuerda, que ese maldito quiere hacer ruido con los piés. Por Dios, M. Edgeworth, que no ladre el perro, sino somos todos perdidos.

—Hohé! gritó una voz desde el buque que se iba aproximando. Hohé! Bill! dónde diablos os habeis metido?

Edgeworth, sumamente inquieto por este nuevo peligro, acabó de sujetar al piloto de manera que no pudiese de modo alguno hacer el menor ruido.

—Hohé! volvieron á gritar al parecer alejándose; hohé! Bill, Bill, dónde estais?

En vano se revolvia Bill para señalar de una manera ú otra su presencia, pero atado y vigilado por tantos hombres vigorosos, imposible le fué siquiera levantar la cabeza.

Volvióse á oir hácia aquella direccion el ruido de los remos, teniendo á los marineros en una mortal ansiedad. Los piratas se hallaban á penas á veinte pasos, y á cada momento aguardaban oir un grito de alegría que les anunciase habia sido visto el buque.

Muy pronto, sin embargo, dejóse de oir el ruido de los remos: los piratas conversaban acerca del partido que debian tomar.

Estaban tan próximas las dos embarcaciones que se oian perfectamente todas las palabras acompañadas de horrorosas blasfemias.

Resolvieron finalmente volver á la isla, pasando á diez pasos de la *Tortuga* al dar la vuelta hácia tierra. Oyéronse aun dos ó tres silbidos, pero el barco chato fué deslizándose silenciosamente por el rio, mientras la embarcacion de los piratas se alejaba rápidamene siguiendo la direccion contraria.

XXVII.

Venganza de una mujer.

La tarde misma en que habia dado Kelly sus órdenes en la taberna del *Oso gris*, sino para desviar el golpe que amenazaba á sus asociados, para ganar á lo menos el tiempo que necesitaban para ponerse á salvo, paseábase Georgina, la reina de aquella colonia de bandidos, con extraordinaria agitacion por su suntuoso aposento, deteniéndose de vez en cuando delante de la ventana, aplicando atentamente el oido al menor rumor que percibia.

Animados sus ojos por la cólera, contraidos los labios, dilatadas las narices y frunciendo el entrecejo, golpeaba el suelo con su lindo pié, hablando consigo misma. Kelly habia salido de la isla al amanecer del dia anterior y no habia regresado aun. El mulato que habia salido á desempeñar una comision, aquel gracioso jóven á quien ella habia criado y que era el único con cuya adhesion podia contar á todo trance, no habia vuelto tampoco, por el motivo que no ignoran nuestros lectores. María, de cuya custodia se hallaba encargada, habia huido tambien de la isla; y tantos contratiempos reunidos, eran mas que suficientes para poner furiosa á una persona de un carácter violento como Georgina. Infructuosas habian sido cuantas diligencias mandó practicar para descubrir el paradero del mulato: nadie tenia de él la menor noticia. Pedro, el último á quien habia enviado con este objeto, estaba aun ausente, y ella aguardaba su regreso con una impaciencia que se aumentaba á cada instante, por lo mismo que confiaba obtener por este medio un éxito favorable.

Habia llegado ya la inquietud á su colmo, obligando á Georgina á trasladarse á la «casa de los célibes;» y cuando se disponia á salir vió desde léjos á Pedro que se encaminaba hácia ella.

Hizo Georgina señal al bandido, cuyo triste semblante nada lisonjero anunciaba. Llegado á su presencia no se atrevió á desplegar los labios; pero la esposa de Kelly, despues de haber fijado en él su penetrante mirada, tomó una de sus manos para acercarlo á

la luz. Allí, como para disminuir el efecto de la contestacion que temia, le dijo en voz baja:

—Dónde está Olyo?

—Lo ignoro, contestó sordamente.

—Dónde está Olyo? repitió Georgina en tono imperativo. Miradme, Pedro, y contestad. Dónde esta Olyo?

—Os he dicho que lo ignoro, murmuró el pirata. He registrado el bósque de un extremo á otro sin encontrar el menor indicio.

—Habeis ido al bosque? y por qué? En Helena es donde debeis buscarlo, no entre los bosques.

—Seguramente en alguna parte estará. Dónde diablos quereis hallarle si no está en la ciudad ni en el campo? En una y otra parte lo he buscado, y sin embargo no parece.

—Habeis mirado en el agua, Pedro?... En el agua? murmuró tristemente Georgina.

—En el agua? repitió Pedro aterrorizado mirando á su al rededor. Qué motivo teneis para creer...

Georgina, observando la inquietud de su emisario exclamó:

—Sí, en el agua! Lo habeis encontrado en el agua? Hablad, hablad; no me desespereis!

—No! os lo aseguro, contestó Pedro.

—Sin embargo, lo habreis buscado en ella, y sin duda habeis tenido vuestros motivos para obrar así. Hablad, sacadme de esta cruel incertidumbre.

—A la verdad, me haceis decir lo que yo ni siquiera he pensado. Por qué quereis que haya obrado así? Harris creia...

—Qué es lo que creia Harris? preguntó Georgina esforzándose en disimular su emocion.

—Creia... que el mulato no habia desembarcado, dijo el pirata tosiendo como si tuviese que hacer esfuerzo para ir sacando estas palabras. Cuando Harris vió llegar la barquilla queria hablar á Olyo. El único sendero que podia tomar el mulato para ir hasta dónde él se hallaba, continuó desierto, y á pesar de que Harris le llamó diferentes veces no recibió contestacion.

—Tal vez Olyo se escondió no conociendo la voz de su camarada.

—Por el pronto esto es lo que se figuró Harris, añadió Pedro animado por la calma aparente de Georgina. Extrañó sí, que el ne-

gro vol viera tan pronto, porque debia haber acompañado á Olyo á mucha mayor distancia para enseñarle el camino. Le llamó tambien la atencion el ver que Bolivar iba siguiendo la corriente, sin cuidarse de los remos, ocupado en alguna cosa que á tanta distancia no pudo Harris distinguir. Excitada su curiosidad dirigióse á la pequeña bahía, en la que habia entrado la barquilla, para examinar el sitio donde habian desembarcado; pero á pesar de todas sus diligencias, no descubrió huella alguna, ni el menor indicio de que por allí hubiese pasado un hombre.

— Y despues? preguntó Georgina reparando en la indecision de Pedro.

Este no observaba la continua emocion de la jóven, la convulsion de todo su cuerpo y su mano crispada, empuñando con frenesí el respaldo de la silla. Engañado por la calma y tranquilidad que le parecia descubrir en su semblante, prosiguió:

— En la orilla no habia, como os he dicho, indicio alguno, pero..... en el agua.....

— En el agua? repitió Georgina.

— En el agua, sí..... á pesar de que pudo equivocarse..... añadió Pedro para atenuar su revelacion.

Conocia demasiado el cariño que profesaba Georgina al mulato para atreverse á afirmar, mayormente sin poder aducir prueba alguna, todo lo que él sabia sobre el asunto acerca del cual se le interrogaba.

Georgina empero no se dejó engañar por tales atenuantes, echando de ver que el bandido tenia alguna repugnancia á descubrirle todo cuanto sabia. Resolvió por lo tanto estrecharle por medio de preguntas mas directas, conservando al mismo tiempo su exterior calmoso é indiferente.

— Harris vió sin duda flotar alguna cosa en el rio, no es verdad? preguntó con toda la indiferencia que le fué posible. Qué es lo que vió? Podeis decírmelo: todo esto no pasa de una suposicion.

— Bah! yo no sé que viera nada: además de que podia equivocarse, contestó Pedro buscando con la vista la puerta. Al ver, no obstante, que la mirada fija de la jóven no le abandonaba un momento, para salir cuanto antes del paso añadió con resolucion:

— Bueno; ya que quereis saberlo, vió sangre, es decir algunas gotas en el agua.

— Encontró Harris el cadáver? preguntó Georgina en voz tan baja, que fué necesario repetir la pregunta.

— El cadáver! No en verdad; pues todo esto no es mas que una suposicion. Quizás Olyo volverá hoy ó mañana y os habreis atormentado inútilmente.

— Pedro, exclamo Georgina despues de un corto silencio, quiero saber lo que ha sido de Olyo.

— Preguntádselo al negro, él podrá informaros, contestó Pedro bruscamente: hablándoos con franqueza deseo no mezclarme en este asunto. Podria disgustar al capitan y....

— Suponeis pues....

— Yo nada supongo; pero sé que no queria mucho al mulato, y que tenia noticia de que os servia de espía.

— De veras? y por esto pensais que habrá querido desembarazarse del pobre muchacho.... y que por su órden....

— Oh! señora; por Dios! contestó Pedro con voz alarmada; yo me guardaré bien de asegurar nada de esto. Son asuntos que no me atañen, y yo cuido solo de cumplir mi deber.

— Teneis razon, Pedro. No obstante, encontrariais reparo en prestarme un servicio que os pido con la mayor instancia y que os recompensaria generosamente?

— Quién? yo? negarme á servir á una señora? Dios me libre!

— Bueno, me prometeis pues cumplir un encargo que he de confiaros?

— Con mucho gusto, si me es posible.

— Dadme la mano como prenda de vuestra promesa.

Vacilaba Pedro al ver que la cosa se presentaba mas séria de lo que se habia imaginado. Pero fijando en él Georgina una mirada suplicante, alargó su hermosa mano al bandido con tan encantadora dignidad, que no supo este resistirse, tendiendo la suya:

— Acabais de darme vuestra palabra; espero sabreis cumplirla. Tomad cuerdas y arpones; dirigíos á la pequeña bahía de que me habeis hablado, y sacad el cadáver.

Detúvose por un momento ocultando el rostro entre sus manos.

— Cuando le habreis encontrado, traedlo aquí. Olyo tendrá, á lo menos, la sepultura de cristiano. Lo hareis?

— Sí: pero si en el entretanto llega el capitan y pregunta por mí?

— Á mi cargo queda excusar vuestra ausencia. Vamos, hareis con toda escrupulosidad las averiguaciones que os encargo?

— Sin duda, la bahía tiene á lo mas diez piés de profundidad. Mas dónde depositaré.... el .... cadáver?

— Aquí en mi casa, dentro de este cuarto. Lo demás corre de mi cuenta. Ah! decidme: dónde está el negro?

— Fuertemente atado ha sido encerrado en la caballeriza. Corny ha muerto esta mañana del puñetazo que le descargó Bolívar; el bruto le romperia sin duda alguna vena, pues no ha sido posible contener la hemorrágia. Estamos aguardando al capitan para que imponga el debido castigo á este miserable. Oh! si no fuese negro, nadie haria caso de lo que ocurrió, porque la verdad es que Corny le habia dado motivo para irritarse. Pero un negro debe ser castigado cuando se atreve alzar la mano contra un blanco. La impunidad seria un funestísimo precedente. Kelly decidirá la cuestion, pero le será imposible absolverlo porque todos se hallan exasperados contra ese bruto.

—Id á buscar á Bolivar y traédmelo aquí, dijo Georgina despues de haber reflexionado un momento.

—Qué pensais hacer, señora?

—Nada, mandadme á Bolivar atado tal como está, y al mismo tiempo haced venir á dos de los amigos de Corny.

—Si esperais hacerle confesar algo, observó Pedro, conociendo que aquella órden podia ser fatal al negro, estais equivocada. Bolivar es testarudo como una mula, y antes se dejará cortar á pedazos que soltar una palabra. Voy á cumplir lo que mandais; pero desearia que el capitan no tuviese noticia de ello.

Al verse sola Georgina dejóse caer en un sillon, y dando rienda suelta á su dolor, prorumpió en amargo llanto. La desesperacion de esta hermosa jóven de carácter fogoso, no podia sin embargo contentarse con tan inofensiva demostracion. Era imposible que sufriese resignadamente; necesitaba vengarse de quien hubiese ocasionado su sufrimiento. De la misma manera que se entregaba á un amor apasionado y sin límites, tampoco sufria obstáculos su concentrada cólera. La indignacion de Georgina aumentaba además por los tormentos de los celos: sondeaba su corazon y temblaba á la sola idea de una infidelidad que consideraba ella como la mas negra ingratitud, atendida su loca pasion por Ricar-

do Kelly. Sublevábase su altivo corazon al recordar que un hombre, á quien todo lo habia sacrificado, de cuyos peligros habia querido participar, á cuyo lado habia soportado sin quejarse la persecucion y la miseria, á quien no habia tenido reparo en seguir en su último recurso para vivir con él, y solamente por él en pugna continua con todo el género humano, pudiese corresponder á tanto desinterés y simpatía con una infidelidad. Georgina habia roto con todo el mundo para seguir á Kelly, que era el único sér sobre la tierra á cuya estimacion aspiraba y él solo en quien podia tener confianza. Al concebir, pues, la pobre jóven la mas ligera sospecha de la traicion de su amante, no es de extrañar se entregase á los mayores arrebatos que en alma alguna hayan podido inspirar jamás los celos. En el dia, empero, la sospecha se habia convertido para ella en certeza, porque si Kelly no era culpable ¿por qué temia la vigilancia del mulato? ¿por qué, si no habia hecho traicion á su amor, mandó asesinar al pobre muchacho?

—Oh! si consigo descubrir lo que ha sido de Olyo, decia anegada en llanto, mi venganza será terrible. Oh! Ricardo! infeliz de tí si has merecido mi justa indignacion!

Oyóse á la sazon un confuso murmullo de voces detrás de la puerta, presentándose, luego que fué abierta, media docena de piratas, conduciendo, ó mejor, arrastrando al negro fuertemente atado. Bolivar, á quien habian quitado el cuchillo, presentaba un exterior impasible. Veíase la frente en gran manera hinchada, los ojos inyectados hasta el punto de querer brotar la sangre, y ceñido un pañuelo alrededor de la cabeza.

Adelantó hácia él con paso firme Georgina, mirándole con aire interrogador. Contestó Bolivar con una mirada tímida é insolente á la vez, la cual, comprendida sin duda por la esposa de Kelly, sacó de su bolsillo una pistola, y apuntándola al negro le dijo:

—Estais en mi poder, Bolivar; estoy enterada de vuestro crímen, y nada puede sustraeros á mi justa venganza. Sé al mismo tiempo que hay otra persona complicada en este infame asesinato, y para mí vale menos vuestra vida, que descubrir el nombre de vuestro cómplice. Miserable! habeis asesinado al pobre muchacho confiado á vuestra custodia, y arrojado su cadáver á la bahía. Ya veis que lo sé todo; si quereis salvar vuestra vida, decidme los motivos que os han obligado á obrar tan villanamente. Qué mal os habia he-

cho el infortunado jóven? Ninguno, pues si en algo habia podido ofenderos con las inocentes travesuras propias de su edad, demasiado conociais que no tenia en esto parte alguna su noble corazon. Ha sido sin embargo inhumanamente sacrificado entre vuestras manos como la mansa tortolilla entre las garras del buitre. Desventurado! quién os ha inducido á cometer ese espantoso crimen? Hablad! todo lo sé: vuestras palabras no obstante han de completar mi conviccion.

—No sé quién os ha metido todas estas zarandajas en la cabeza, contestó Bolivar. Lo que hay de cierto es, que sin motivo y con la mayor injusticia, me he visto indignamente maltratado. Si Massa Kelly estuviese aquí.....

—Se pondria de vuestra parte, no lo dudo; pero todo vuestro disimulo no os ha de valer; contestad á mis preguntas ó os levanto la tapa de los sesos. Sabeis que nunca amenazo en vano, pues sé cumplir siempre lo que prometo.

—Lo sé, pues os conozco perfectamente; mas con todo no me intimida vuestra cólera. La vida que llevo aquí es peor que la de un perro. Disparad pues y no vengais á asustarme como á un niño: os provengo que con esto nada adelantareis.

Georgina se mordió los labios hasta brotar de ellos la sangre:

—Soltadle las manos, gritó, y atadle á un árbol. Vamos á ver si es tan difícil arrancarle una palabra. Azotadle hasta que pronuncie el nombre que yo necesito saber: no importa que no le quede sobre su cuerpo ni una pulgada siquiera de su negro pellejo: si se obstina en guardar silencio, que se lleve su secreto al otro mundo.

—Esto es lo que tiempo hace deberia haberse hecho con esta bestia feroz, dijo uno de los bandidos que le habian conducido. Cómo me lo he figurado, ya me he provisto de un buen látigo; veremos ahora si su sangre es tan negra como su rostro. Sús! sús! hermosa estátua de ébano, la camisa está de sobra, y hacedme el obsequio de no quejaros demasiado pronto, pues seria muy poco duradera nuestra diversion.

Dirigióle Bolivar una mirada de desprecio sin pronunciar una sola palabra. Resistió en silencio el tormento á pesar de que al segundo latigazo empezó á chorrear abundantemente la sangre. Inmóvil y rechinando los dientes, escuchó, sin quejarse, las injurias que vomitaban aquellos bandidos contra él, su raza y su familia.

Escupiánle al rostro contestando él con desdeñosa mirada á las amenazas de Georgina que le contemplaba con furiosa complacencia, impropia siempre de la sensibilidad que distingue á su sexo. Bolivar persistia, sin embargo, á no soltar una sola palabra. El látigo habia señalado innumerables surcos por los que iba chorreando la sangre, apoderándose del pobre negro un temblor convulsivo; pero antes habria dejado arrancarse mil veces la lengua, que dar á sus enemigos la satisfaccion que de una manera tan brutal le exigian. Con su mirada desafiaba aun las iras de aquella inexorable mujer; pero pronto empezaron á nublarse sus ojos, apoderóse de él un irresistible desfallecimiento, y á pesar de todos sus esfuerzos para mantenerse en pié, apoyóse de espalda en un árbol, cayendo de rodillas medio desmayado.

—Si querrá hacer alguna plegaria? exclamó Tusky riendo. Vamos, arriba ganapan! No tenemos tiempo para escuchar tus oraciones; invocará sin duda á los dioses negros, y estos no son de nuestra devocion.

Y luego de esta advertencia empezaron de nuevo los latigazos.

—Deteneos! gritó de improviso una voz á pocos pasos de Tusky.

El acento era tan imperioso que los verdugos de Bolivar suspendieron instantáneamente su obra. Georgina no menos sorprendida volvió los ojos hácia el sitio de donde habia partido aquella voz.

Allí estaba Kelly envuelto en una capa mejicana y con un sombrero de anchas alas que le ocultaba casi enteramente el rostro.

—Quién es el miserable, gritó adelantando hácia el que tenia el látigo en la mano, que se atreve á ejecutar un castigo que yo no hé impuesto.

— Es órden mia contestó Georgina tomando la mano que le tendia Kelly. He impuesto este castigo á Bolivar porque ha asesinado á Olyo, al niño á quien yo habia criado y tanto queria: no creo por consiguiente que os opongais á esta justa pena. No, no os atrevereis á oponeros, añadió con acento terrible, al que su viva emocion comunicaba algo de solemne; no os atrevereis, á menos que querais presentaros como á su cómplice!

—Llevad á ese hombre, dijo friamente el capitan sin contestar á Georgina; llevadlo digo, despues examinaré el asunto.

—Está ya suficientemente examinado, contestó Georgina con altivez. Yo soy quien le acusa, y Dios me es testigo de que es cierta

mi acusacion, porque el miserable ha cometido un infame asesinato! Os atrevereis ahora á protegerle dejándolo en libertad?

— Llevad á ese hombre, repitió Kelly con voz amenazadora, y vos Georgina retiraos, no es este vuestro puesto. Ira de Dios! se ha empeñado hoy todo el mundo en desobedecerme?

Á esta órden terminante y repetida retiróse Georgina pálida como un cadáver. Volvióse Tusky insolentemente hácia el capitan, diciendo:

— Este bruto ha atropellado un blanco á puñetazos y mordiscos; merece por lo tanto la muerte. Buena es la subordinacion, pero no debe llevarse hasta el último extremo. Todos somos ciudadanos americanos, y la mayoría ha impuesto á Bolivar este castigo. Así pues, capitan, yo no dejo al negro.

Con la prontitud del rayo tiró Kelly de su machete cuya hoja brillaba á la luz del crepúsculo, hundiéndose en el pecho del imprudente bandido. Durante algunos segundos permaneció Tusky en pié fija la mirada, y extendiendo luego los brazos cayó exánime. Los otros bandidos dejaron oir un grito de indignacion disponiéndose á arrojarse sobre Kelly.

— Insensatos! gritó él en tono impasible. Quereis pues acelerar vuestra perdicion! La traicion nos rodea por todas partes, nuestro refugio es ya conocido: innumerables espias nos atisban por todas direcciones; nuestra vida, el rico botin adquirido á fuerza de tantos peligros y fatigas, puede sernos de un momento á otro arrebatado. Entregaos pues á toda clase de excesos! Secundad la furia de una mujer celosa, y rebeláos contra el único que puede salvaros! Imbéciles! Corred á ocupar vuestros puestos, pues nunca como ahora ha sido necesaria la vigilancia. Acaba de atracar un buque á nuestra isla; el que iba en él embarcado, está tal vez escondido á pocos pasos de distancia, quizás nos está acechando! Importa pues que no salga de aquí. Vamos, retiraos y aguardad mis órdenes en la casa de los célibes. Estoy con vosotros al momento. Pero antes, desatad á Bolivar y llevad ese cadáver á la orilla. La muerte de este miserable Tusky ha sido mas dulce de lo que merecia; se habia comprometido en Helena á vendernos á todos. Solo la esperanza de obtener mas crecida recompensa ha podido retardar la ejecucion de sus proyectos. Llevaos esa mala vívora! En cuanto á vos, Bolivar, aguardadme aquí; vuelvo al instante.

Obedecieron todos en silencio, entrando Kelly en la habitacion para reunirse con Georgina. Recibiólo la hermosa criolla con todas las señales de disgusto, que ningun cuidado tuvo en disimular.

— Dónde está la jóven enferma que os empeñasteis en conservar á vuestro lado? preguntó Kelly despues de haber recorrido por todo el aposento su investigadora mirada.

— Dónde está Olyo? exclamó Georgina cuya cólera parecia aumentar con el recuerdo de la fuga de María. Dónde está Olyo? No ha sido por órden vuestra que este infame negro lo ha asesinado? dónde está el pobre niño á quien yo habia criado, el único ser que sentia por mí un amor fiel y sincero, y cuyo crímen ha sido seguramente el serme demasiado adicto? Á vos debo este pesar Kelly, y temo una traicion de vos, á quien he amado mas que á todo lo del mundo.

— Calmaos Georgina, contestó Kelly tranquilamente, dejando su sombrero sobre la mesa. Cómo he de saber yo dónde está Olyo? Por qué le habeis dejado salir de la isla? No os he aconsejado mil veces que lo vigilaseis? Tal vez vuelva hoy ó mañana. Quién os ha dicho si, travieso como es, se ha aprovechado de su libertad para ir á Helena? Quién os ha dicho si con vuestra indiscrecion habeis puesto nuestra existencia á merced de la inexperiencia de un niño? Contestadme! dónde está la jóven, quiero verla.

— Olyo! Olyo! Decis que volverá? asi lo espero, pero será tan solo su frio cadáver. Pedro lo ha encontrado en la bahía donde lo arrojó el negro. Pobre niño! morir así en la profundidad del rio! Tus indiscreciones no serán ya de hoy mas temibles!

La desesperacion de Georgina, por tanto tiempo comprimida, estalló en aquel momento, viéndose muy luego inundado su hermoso semblante por un mar de lágrimas.

Kelly, confuso, la contemplaba en silencio.

— Quién era pues para vos Olyo? preguntó por fin á la desconsolada jóven. Un mulato para quien no podiais sentir otro interés que el que se merece un leal servidor. Ah! Georgina, nunca os he querido preguntar sobre el nacimiento de ese jóven; hoy, sin embargo, desearia oir de vuestra boca alguna noticia sobre el particular.

— Circulaba por sus venas la noble sangre de los jefes de la raza de los Seminoles, contestó Georgina. El nombre del padre de

Olyo era el grito de guerra de una nacion, y es inmortal en la historia de su pueblo.

— Podria saberse el nombre de su madre? preguntó irónicamente Kelly.

Y sin aguardar contestacion encaminóse al cuarto donde habia estado María hasta el dia anterior, volviendo á preguntar con aire tranquilo:

— Dónde está la loca? En su cuarto?

— Sí, está durmiendo, no la desperteis, pues necesita descansar.

— Quiero verla, repuso el capitan acercándose á la cortina que separaba el cuarto de la sala principal.

Miró Kelly fijamente á Georgina como para adivinar su pensamiento, pero ella resistió esta mirada sin manifestar la menor turbacion. Apartó Kelly la cortina sin proferir una palabra. La cama estaba frente de la puerta, y sobre ella se veia tendida á la enferma vuelta de espalda y cubierta con una fina sábana. Descubríase distintamente su brazo derecho, viéndose tambien una parte del cuello y sus cabellos esparcidos en desórden. La regularidad de su respiracion daba á entender que dormia profundamente.

De pronto pareció Kelly sumamente sorprendido, y si bien queria practicar un exámen mas detenido, contúvose despues de haber mirado al rededor de la cama, saliendo de la habitacion sin añadir otra palabra. Fuera ya de ella, pasó el capitan junto á Bolivar que continuaba sentado al pié del árbol donde habia sido tan cruelmente azotado, dirigiéndose á la casa de los célibes. No habia ni un momento que perder; el peligro era inminente. Comunicó pues á sus subordinados las órdenes mas terminantes, que se apresuraron estos á cumplir sin la menor dilacion. Diseminároñse algunos bandidos por la espesura, mientras otros se dirigieron á la ribera para examinar dónde habia sido amarrada la barca que condujo al espía de quien les habia hablado Kelly. Otros se ocupaban al mismo tiempo en los preparativos necesarios para abandonar la isla; y sin embargo ninguna prueba tenian de que fuese conocido su refugio. La opinion general era apoderarse á toda costa de los dos imprudentes que se habian encargado de tan peligrosas averiguaciones. Si lo conseguian, ninguna necesidad tenian de abandonar precipitadamente la isla, pues harto les constaba que

en todos los Estados-Unidos no encontrarian una guarida semejante. Pero de todos modos, acordóse mantenerse en ella hasta que todo el botin fuese trasladado á Tejas ó á Méjico. Entonces sin ningun inconveniente podian ceder el puesto á sus enemigos, quienes encontrarian el nido abandonado, pues los pájaros habrian echado á volar.

Kelly regresó inmediatamente á Helena, con la promesa de volver sin tardanza si la fuga era indispensable. En fin, decian los bandidos, si el peligro es inevitable, no es fácil empresa para los que nos ataquen, pues antes tendremos que enterarles de nuestros medios de defensa, de cuantos somos y lo que valemos.

Como se vé, hacian tan poco caso los piratas del peligro que les amenazaba, que se hallaban aun muy confiados en sus medios de resistencia. La larga impunidad en que habian quedado sus crímenes hacia á aquellos hombres temerarios, y hasta algunos de ellos manifestaban desear verse atacados, para examinar de cerca la cara que pondrian sus enemigos al encontrar tan vigorosa resistencia.

Muy diversa era la opinion del capitan Kelly: conocia perfectamente el peligro, y no se hacia ilusiones sobre la importancia de los medios que tenia á su disposicion para conjurarlo. Lo único que le inquietaba era no tener noticia alguna del barco de Edgeworth. Aquella presa que contaba segura debia estar ya en poder de los piratas, no sabiendo explicarse el retardo, mas que por la densidad de la niebla. Tal vez, se decia á sí mismo, no habrá querido el viejo arriesgar su cargamento, ó quizás el mismo Bill, para asegurar mas el golpe, habrá diferido el viaje. Ciertos señales le hicieron creer que iba á desaparecer la niebla; soplaba una ligera brisa de la parte de tierra, lo cual era un buen presagio, y en tal caso llegaria el buque al amanecer.

Antes de dejar la isla fué Kelly á encontrar el negro tocándole ligeramente el hombro. A este contacto tembló el africano, pues Kelly, sin pensarlo, habia puesto la mano sobre una de las heridas hechas con el látigo. Al reconocer á su jefe, levantóse Bolivar sin pronunciar una palabra.

—Bolivar, díjole el capitan en voz baja, examinando el abatido semblante de su fiel negro, te han maltratado porque me eres adicto, no es verdad?

Por toda contestacion rechinó el negro los dientes, echando una furiosa mirada á las ventanas de la habitacion de Georgina.

—Todo lo sé, añadió Kelly para tranquilizarle; tal vez sea una ventaja lo que ha sucedido, pues de todos modos ha de redundar en beneficio tuyo. Sin embargo, añadió despues de haber reflexionado un momento, tú no puedes continuar aqui; Georgina tiene noticia de lo que ha ocurrido, y atendido su carácter vengativo hay que temerlo todo. Es preciso que los dos vivamos alerta. Anda, arregla lo que quieras llevar contigo, y me seguirás á Helena.

Al oir estas palabras, Bolivar, extraordinariamente sorprendido, miró en silencio al capitan, en cuya partida veia algo de siniestro.

—Hemos de volver? preguntó el negro á Kelly al separarse de él.

— Tú seguramente nó; yo tal vez vuelva mañana. Pero démonos prisa. Tenemos muy poco tiempo y la travesía es larga.

—Me será imposible remar; mis brazos se hallan en un estado deplorable á consecuencia de los latigazos.

—No importa; irás al timon. Muchas veces has remado tú por mí; bien podré hacerlo yo hoy por los dos. Desde este momento, Bolivar, serás el único que me seguirá por todas partes. Quieres entrar á mi servicio? Continuarás manifestándome una fidelidad á toda prueba? Querrás obedecerme cualesquiera que sean mis órdenes?

—Habeis vengado mi injuria, contestó el negro; la sangre de aquel malvado, derramada por vuestra mano, ha salpicado mi cuerpo, y cada gota ha sido un bálsamo consolador para mis dolorosas heridas. Creeis que podré jamás olvidarlo?

Clavó Kelly su penetrante mirada en Bolivar, diciéndole despues de un breve silencio:

—Te creo. Estoy completamente tranquilo. Aguárdame en el bote que se halla amarrado en el sitio de costumbre.

Al querer alejarse Kelly detúvole el negro por el brazo diciéndole:

— Massa, ahí teneis dos cartas que traia el mulato en el bolsillo.

— Bueno, contestó Kelly tomándolas, hiciste muy bien en guardarlas.

Y salió luego del patio con la direccion al noroeste.

Corrió Bolivar á su cabaña, y despues de haber reunido todos sus objetos salió con el mismo silencio que habia entrado, dirigiéndose al sendero que conducia al sitio donde tenia que aguardar á su capitan.

XXVIII.

Aventuras de O'Toole.

Al separarse O'Toole de Smart y Barnwell en la orilla del rio, habíase dirigido á la casa del juez, no para comunicarle su proyecto, sino tan solo para pedirle una brújula, puesto que conocia ya que la niebla se iria haciendo mas densa. No era Patrick hombre de molestar demasiado á las autoridades para llevar á cabo lo que una vez se habia propuesto. El Squire no estaba en su casa, y los criados ignoraban si tardaria en volver; por lo que decidióse O'Toole á partir desde luego sin brújula.

Ya en el bote, desplegó la vela dirigiéndose á la cabaña de Bradshaw, á la cual esperaba llegar antes de una hora. Su buque era sumamente ligero, y no tenia por lo mismo nada que temer de los escollos; bogando pues con todas sus fuerzas encontróse muy pronto en la pequeña ensenada frente de la cual estaba la choza de Bradshaw. Por las noticias que este le dió, mas detalladas aun de las que habia ya comunicado á Barnwell, acabóse de convencer O'Toole de que sus presunciones eran fundadas, y de que se hallaba en buen camino para descubrir la guarida de los malhechores á quienes profesaba un odio mortal.

En vano intentó Bradshaw disuadir al animoso irlandés, haciéndole presente los riesgos á que se exponia yendo solo y con un tiempo tan poco favorable para conseguir un buen resultado en sus pesquisas. Firme en su propósito O'Toole, contestó que si la isla era en efecto el refugio de los bandidos, léjos de perjudicarle favorecia la niebla la realizacion de sus planes, pues los piratas estarian mas confiados descuidando su acostumbrada vigilancia.

Despidióse el irlandés de Bradshaw, quien le obligó á llevarse

una gran manta de lana para el caso de que tuviese que permanecer en el rio mas tiempo del que pensaba.

Entró de nuevo en el bote O'Toole, asegurando al leñador que muy pronto oiria hablar de él, y que se vengaria completamente de los malos tratos que le habian hecho sufrir aquellos malvados.

No se separó Bradshaw de la ribera hasta que hubo desaparecido de su vista, perdiéndose entre la niebla el bote del atrevido expedicionario.

Volvió á tomar los remos O'Toole, quien fiado en la bondad de su causa no se inquietaba por los serios inconvenientes con que debia necesariamente tropezar. Todas sus armas consistian en un cuchillo ordinario, mas á propósito para servirse de él en la mesa que para su defensa.

Adelantaba la tarde, y por mas que la oscuridad que le rodeaba pudiese hasta cierto punto favorecer las miras del irlandés, por ser mas difícil que le descubriesen, era en cambio un grande obstáculo para distinguir la isla de los piratas. Bien es verdad que no podia desconocer que se hallaba á sus inmediaciones, sabiendo, como sabia muy bien, que el número 61 estaba situado á ocho millas de la isla de Round-Willow. Mientras pudo ir siguiendo la costa todo fué á las mil maravillas, mas de repente describe el rio una curva muy pronunciada hácia el Oeste, y nuestro aventurero tuvo que separarse de la ribera.

Jamás habia navegado O'Toole por el Mississipi con tan espesa niebla; de otra suerte no se habria atrevido á emprender el viaje sin brújula. Habíase embarcado con la conviccion de que la corriente y las ramas que sobrenadan por el rio bastaban á señalarle su verdadero rumbo. Constábale además que la isla número 61 tenia mucha extension, de cuya circunstancia inferia la facilidad de descubrirla. Una sola cosa faltaba á este plan tan bien concebido: un instrumento cualquiera que le señalase la rapidez y direccion de la corriente.

Una hora despues de haberse separado de Bradshaw, conoció O'Toole que se habia completamente extraviado. En medio de aquella espantosa oscuridad empezó á desconfiar, temiendo no descubrir sitio á propósito para amarrar el buque.

Cesó de bogar enjugándose el sudor que caia de su frente. Vol-

vió á tomar los remos, persuadiéndose muy luego de que todos sus esfuerzos serian inútiles, y que el mejor partido que podia tomar era dirigirse otra vez á la ribera del Arkansas para aguardar á que desapareciera la niebla.

Tan difícil era empero distinguir la ribera del Arkansas como la del Mississipi. La completa oscuridad que rodeaba al pobre O'Toole le hizo creer que se hallaba en medio del rio, pues reinaba á su alrededor un silencio sepulcral sin ninguno de las señales ó indicios que anuncian la proximidad de la tierra.

Rendido finalmente por la fatiga dejó los remos, tendiéndose sobre cubierta sin tomarse el menor cuidado por lo que podia suceder. A la verdad, tenia por necesidad que embestir en alguna parte, cuyo peligro esperaba le avisaria el ruido de las olas estrellándose en la costa.

Al cabo de un rato parecióle oir una rana. Aplicó el oido y no le quedó duda de que se hallaba muy próximo á la ribera. Antes de que pudiese distinguir de que lado venia aquel ruido, chocó su barca contra el tronco de una encina arrancada, pudiendo á duras penas evitar que zozobrase.

Habia por fin llegado á tierra, ó á lo menos junto á un árbol, lo cual era suficiente para no temer verse por mas tiempo arrastrado por la corriente. Ignoraba no obstante si se hallaba en una de las islas del Arkansas ó del Mississpí; lo único que sabia de positivo era que le separaba de Helena una distancia de cincuenta ó sesenta millas.

Para conocer su verdadera situacion pensó dar voces por si podian llegar á oidos de alguna persona: contuvóse sin embargo, considerando que si la isla que acababa de descubrir era la que servia de guarida á los bandidos, llamando su atencion se vendia á sí propio, entregándose á sus irreconciliables enemigos.

Tranquilizado por la esperanza de que la brisa matutinal despejaria la niebla, resolvió amarrar el buque y descansar hasta el amanecer.

No era, con todo, de muy fácil ejecucion este proyecto, pues un confuso monton de ramas y zarzales obstruia completamente el paso, y solo despues de muchos trabajos pudo penetrar O'Toole á través de tanta maleza hasta un sitio á propósito para amarrar el bote. Creyéndose entonces seguro, tendióse sobre la manta

que le habia entregado Bradshaw, quedando profundamente dormido.

Al poco tiempo vino á despertarle el ruido de una animada conversacion que se oia no léjos de él.

Guardóse muy bien de señalar su presencia á las personas que oia hablar, pues atendida la peligrosa empresa de que se habia encargado, creia reconocer en cada hombre un pirata, un ladron ó un asesino. Echóse fuera del bote con toda la precaucion posible, yéndose á colocar entre las ramas lo mas cerca que pudo de los los interlocutores.

Las voces oíanse todas en un mismo punto, y creyendo O'Toole que habría por aquellas inmediaciones una granja, afanábase en descubrir el camino que debia conducir á ella. A costa de mil tropiezos y rasguños habia adelantado algunos pasos, cuando cesaron de repente las voces, volviendo á quedar todo en el mas profundo silencio. Pat queria seguir adelante, mas de improviso hallóse junto á dos sombras que se distinguian confusamente á través de la niebla. Apenas tuvo tiempo para ocultarse trás un matorral á fin de no ser descubierto.

—No hay que darle vueltas, Jones; es imposible salir de la isla sin haber prestado el debido juramento, decia uno de los interlocutores; sobre este punto tenemos las órdenes mas severas.

—Pues si no pido yo otra cosa, contestó el otro con cólera; estoy pronto á prestar el juramento; qué mas quereis? Es una mala partida detenerme aquí contra mi voluntad, haciéndome perder una buena ocasion en el Estado del Mississipí.

—Oh! es que el juramento ha de prestarse con toda solemnidad en presencia de la cuadrilla; tomad pues paciencia hasta mañana por la tarde en que ha de tener lugar la reunion general.

—Bueno; y en la reparticion del botin, de que ha hablado el capitan, qué parte me será señalada? Yo estoy tan comprometido como todos vosotros, pertenezco á la cuadrilla, y si por desgracia nos prendiesen me ahorcarian como á los demás, á pesar de ser inocente.

—Inocente vos?

—Sin duda; á lo menos por lo que toca á vuestros negocios. Vamos, Ben, dadme una barca; prestaré en vuestra mano el juramento, y esto debe bastaros.

—Ya me guardaré yo bien. No quiero arriesgar mi cabeza para daros gusto, contestó Ben volviéndose hácia el sitio donde se hallaba tendido O'Toole. Desde el instante que habeis prometido jurar sois ya... Hola! qué es esto, exclamó tropezando con O'Toole.

—Qué hay? preguntó Jones alarmado.

O'Toole no se atrevia á respirar, el terror habia paralizado todos sus miembros, pues la conversacion que acababa de oir le probó que se hallaba precisamente donde habia querido ir. Comprometida era su situacion; si intentaba huir, aquellos hombres que tenian sobre él la ventaja de conocer el terreno le alcanzarian al instante; la resistencia era imposible, pues se hallaba sin armas, y suponia que sus enemigos estarian provistos de pistolas y puñales. Fingió hallarse dormido, con lo cual, creyendo los bandidos que nada habia oido, le dejarian salir otra vez de la isla sin causarle mal alguno.

Cruzáronse rápidamente estas reflexiones en el ánimo del pobre Pat, pero algunas palabras pronunciadas por Ben le enteraron muy pronto del peligro que le amenazaba. Cogiendo este el brazo de Pat, exclamó:

—Estos pícaros perezosos se han contentado con dejarse aquí á Tusky, y ahora nos obligarán á arrastrarle hasta el sitio donde debe dársele sepultura. Pero podriamos enterrarlo aquí: lo mismo da cien pasos mas ó menos.

Y sin mas discusion empezó el bandido á abrir con un pico un hoyo en la tierra.

—Mientras trabajais, voy á ver si hay algun barco amarrado en cualquier punto de la isla, dijo Jones á su camarada; esta, como sabeis, es la órden que ha dado Kelly.

—Ah! ya! queriais ir á encontrar el barco para meteros en él y escaparos de la isla, contestó Ben con sorna. Por quién me tomais á mi? Tan fácilmente os figurais pegármela? Os han enviado conmigo para abrir este hoyo y luego para buscar el barco del irlandés, y coger al bribon si es posible. Así pues, manos á la obra y no penseis en separaros de mi lado.

Temblaba O'Toole como un azogado: á dos pasos de él se estaba abriendo una hoya para enterrarle vivo. No le quedaba duda de que habia sido víctima de una infame traicion. Cómo si no habria podido llegar la noticia tan pronto á tan larga distancia de Helena?

Habia preparado el viaje con la mayor celeridad, enterando únicamente á dos personas que él creia amigas del objeto del mismo, y aun esto al momento de su partida. Poco tiempo le quedaba no obstante para reflexionar, pues la hoya iba haciéndose profunda, y dentro de algunos instantes se veria sepultado en ella.

Solo una pronta decision podia salvarle. Si levantándose de repente echaba á huir, los dos bandidos que creian tener á su lado un cadáver, podrian quedar tan sorprendidos que le diesen tiempo para llegar á su buque. Por lo que le permitia ver la oscuridad, uno de ellos era bajo y delgado, de manera que en caso de lucha bastaria una sola cuchillada para ponerlo fuera de combate. Desenvainó Pat el cuchillo con todas las precauciones imaginables, repasó en su memoria el camino que habia seguido para llegar hasta aquel sitio, y afirmóse mas y mas en la idea de que no debia temer una persecucion pronta y porfiada. Si podia salir otra vez al rio, la niebla le aseguraba su salvacion.

Uno de los sepultureros se encontraba entre Pat y el tronco del árbol que era preciso atravesar; y antes de empezar el ataque convenia aguardar qne el camino estuviese despejado. Ben acababa de dejar el pico, tomando el azadon. Volvió el bandido á su puesto, pareciendo entonces al irlandés llegado el momento de obrar. De repente oyóse una voz en la direccion de su buque.

—Ben! gritaba.

—Qué hay? contestó el pirata, quién me llama?

—He encontrado el barco. Suspended el abrir la hoya y venid hácia aquí: sin duda habrá que enterrar algun otro al lado de Tusky.

Helósele la sangre en las venas al pobre O'Toole al oir semejante noticia: ya no le era posible huir; habia sido encontrado su barco, estaba dentro de la isla y no habia medio de salir de ella. Un solo vislumbre de esperanza le quedaba si los bandidos siguiendo el consejo de su camarada le dejaban solo.

—Dónde está el barco? preguntó Ben al que habia anunciado su hallazgo.

—Aquí en la punta misma de la isla junto á la añeja encina.

—Bueno, haced pues lo que Kelly tiene mandado. El irlandés se habrá escondido por estas inmediaciones: buscadlo bien y despachadlo, pero sin ruido!

—Qué hemos de hacer cuando Bill dé la señal? preguntó el otro bandido.

—Esta no es cuenta vuestra; por de pronto recorred la isla de un extremo al otro si es menester, es preciso encontrar al irlandés.

Ben continuó su trabajo y bien pronto debia tener la hoya la profundidad necesaria, pues se veia á su lado un gran monton de tierra. Latia con extraordinaria violencia el corazon de O' Toole: una de las voces que acababa de oir era la del miserable á quien habia descargado tan gran puñetazo en Helena; si caia en sus manos no habia por lo tanto que esperar compasion. Ocurrióle entonces ir arrastrándose como una culebra hasta encontrar algun escondrijo donde esperar el momento favorable para echarse al rio y salvarse á nado protegido por la oscuridad de la niebla. Los muchos troncos que sobrenadaban en el rio, podrian auxiliarle en su nueva determinacion, y de todos modos valia siempre mas morir ahogado que enterrado vivo.

Pat puso por obra su proyecto, aprovechándose de la distraccion de los bandidos ocupados asiduamente en su trabajo llegando hasta un espeso zarzal. Al momento en que se preparaba á deslizarse por entre la maleza, tropezó su mano con una rama seca que se rompió con ruido.

Estremecióse O'Toole; volviendo á quedar inmóvil, mientras Ben saltando fuera de la hoya miraba á su alrededor con inquietud.

—Habeis oido, Jones? preguntó á su camarada; lo mismo que si hubiese andado alguien por entre las ramas.

—Ah! Bah! Os habreis engañado, contestó Jones saliendo tambien de la hoya. Bastante hay. Me desagrada esta ocupacion, y si creeis que he venido á la isla para ser sepulturero, estais equivocados. Vamos, echemos ahí dentro este cadáver, y asunto concluido.

—Os digo que he oido ruido. Hola! dónde está Tusky? Ah! aquí está, le creia mas cerca. Venid, Jones, pesa como un diablo, cogedlo por los piés; no tengais miedo de tocarlo, no será el primero que hayais ayudado á enterrar.

—Oh! está una caliente, repuso Jones muy alarmado; no habrá aun muerto.

—Friolera! el que llega á probar el machete de Kelly ya podeis darlo por bien muerto, y además es muy natural que esté aun caliente pues apenas hace una hora que estaba vivo.

Cogieron los dos bandidos el supuesto cadáver, dejándolo al lado de la hoya. Jones, que le sostenia la cabeza, tropezó con el monton de tierra, y sacudiendo la carga fué á parar O' Toole á lo mas profundo del hoyo.

Habia llegado el momento decisivo, era preciso obrar ó resignarse á morir.

Pensar en escaparse era una locura; resistirse al punto á que habian llegado las cosas, era igualmente imposible: no habia pues mas que dejarse enterrar vivo. Las palabras de Jones inspiraron sin embargo una idea á O'Toole.

—Si se persuaden de que me queda aun algun resto de vida, dijo para sí, es regular que no me entierren, y por otra parte la oscuridad impide el reconocerme. A lo menos ganaba tiempo y esto era ya mucho en tan apurado trance.

A la segunda paletada de tierra que le vino encima dejó oir un débil gemido.

—Qué tal? exclamó Jones, qué os habia dicho? No, pues si se descuida un poco íbamos á enterrarle vivo.

—Bah! no habria sido un gran mal, contestó Ben, qué hacemos ahora?

En aquel mismo instante oyóse á lo léjos un tiro por la parte del rio. Púsose á escuchar el bandido, y luego un agudo silbido, señal muy conocida por todos los de la cuadrilla, desvaneció completamente sus dudas.

—Aquí está Bill, exclamó el pirata tirando al aire su sombrero. Hurra! por la buena presa que nos lleva! Vamos allá!.... Ah! diablo! me olvidaba de Tusky. Jones, ayudadle á salir de la hoya y ved lo que puede hacerse. Vuelvo al instante.

—Pero, exclamó Jones sumamente disgustado, es imposible....

—Haced lo que os digo y no repliqueis, añadió Ben con voz amenazadora. Dentro de dos ó tres minutos estaré aquí otra vez.

Y sin aguardar contestacion tiró de revés el azadon echando á correr por entre la maleza hácia el sitio donde se hallaba amarrado el barco de O'Toole.

Decidido este á aprovechar la buena ocasion que se le presentaba, dijo en tono lastimero:

—Socorro! me ahogo!

Precipitóse Jones en la hoya cogiendo al irlandés por los brazos.

—Esforzaos cuanto podais por vuestra parte; podriais levantar la pierna? Asi, bravo! ahora yo os ayudaré á levantaros: bueno!.... qué haceis?

Razon tenia el pirata para dirigirle esta pregunta, pues el hombre á quien creia mortalmente herido púsose en pié con la mayor facilidad, y antes que Jones tuviese tiempo de manifestar su extrañeza, descargóle entre los dos ojos tan terrible puñetazo, que despues de haber visto danzar todas las estrellas del cielo, cayó sin sentido.

Aprovechóse O'Toole de la libertad que acababa de recobrar, y saltando por encima de cuantos obstáculos se le ponian delante, llegó á la orilla del rio al momento mismo en que Ben acababa de llegar á la hoya.

—Jones, gritó este al ver al fugitivo, Jones, dónde vais tan corriendo? y luego hablando consigo mismo añadió: si creerá este badulaque que he de echar á correr tras él por entre las ramas? Todas sus diligencias serán inútiles, pues los barcos están vigilados y él no sabe nadar.

—Tocó entonces con el pié el cuerpo inmóvil que se veia en el suelo diciendo:

—Vamos, bien muerto está; fuera pues ceremonias y acabemos. En verdad Tusky debes estar muy agradecido al capitan, pues te ha ahorrado la horca.

Y sin mas ceremonias como habia dicho echó el cadáver en la hoya cubriéndolo con la tierra, enterrando así vivo á su compañero, que no se hallaba mas que desmayado.

XXIX.

El Black-Hawk.

La *Tortuga* proseguia su camino: Bob-Roy se habia encargado del timon y los demás marineros vigilaban al piloto fuertemente sujetado, á fin de que no pudiese hacer señal alguna á sus cómplices. Una hora entera se pasó en la mas cruel incertidumbre. El barco enemigo habia desaparecido, alejándose tambien el de Ed-

geworth del sitio donde habian corrido tan gran peligro. Nadie sabia donde se encontraban, ni si habian escapado de un precipicio para caer en otro mayor.

El anciano habia cargado silenciosamente las dos escopetas sin separar la vista del asesino de su hijo que permanecia tendido en la cubierta, inmóvil y sin hacer el menor esfuerzo. Bob-Roy habia notado que el timon maniobraba con gran dificultad, no pudiendo dudar que algun cuerpo extraño impedia sus naturales movimientos. Llegado el dia con tanta impaciencia aguardado, oyó distintamente un gemido, que le dió á entender que iba remolcando un hombre que se habia cogido al timon.

Era preciso averiguar pues si era un amigo ó un enemigo. Si lo primero, pensaba Bob-Roy, á qué tantos misterios? Si lo segundo, cómo no habia tratado de descubrir á los piratas la presencia del buque, haciéndoles alguna señal?

Absorto en sus meditaciones Edgeworth, no quiso Bob distraerle para comunicarle su descubrimiento, resolviendo obrar por sí solo.

—Hohé! dijo dirigiendo la voz hácia el agua inclinándose cuanto le fué posible sobre la orla. Mas sin duda el pasajero queria viajar de incógnito, porque no contestó.

—Hohé! volvió á repetir en voz mas alta Bob, dando al mismo tiempo un fuerte sacudida á la barra á manera de aviso para el interpelado.

Estas palabras, que fueron las primeras que se pronunciaron á bordo, despues de haber escapado de los piratas, llamaron la atencion general, acercándose al oirlas Edgeworth con la escopeta en la mano.

—Hum! murmuró Bob, al ver que se despreciaba su amistosa advertencia: no peca de charlatan! Hasta ahora ha estado en seco; tendremos que ensayar el medio de remojarle un poco. Y acompañando con la accion sus palabras, levantó el timon, dejándolo caer luego enteramente para sumergir al que á él se habia asido, y levantándolo otra vez gritó de nuevo: Hohé! hohé!

Tampoco tuvo mejor resultado esta nueva tentativa, pues continuó guardando silencio el invisible viajero.

Repitió Bob la misma operacion dejando el timon sumergido mayor tiempo que la vez primera.

—Lo que es por esta vez, querido, volvió á gritar, si no me con-

testais habré de ensayar medios mas eficaces. A ver, traedme un remo....

—Oh! tomadme á bordo, dijo al mismo instante una voz apenas perceptible.

Conociendo Edgeworth que nada habia que temer por aquella parte, dejó tranquilamente la escopeta.

—Tomadme á bordo! repitió Bob; es cosa que luego está dicha, pero que no deja de tener sus dificultades. No tenemos lancha; os empeñais á subir cogiéndoos á un remo?

—No, me seria imposible, contestó atestiguando con la debilidad de su voz la estenuacion de sus fuerzas.

Hallábase, en efecto, el desconocido en la imposibilidad de continuar siguiendo al buque como lo habia hecho hasta entonces; cuanto menos para subir del modo que se le proponia.

— Si le echáramos una cuerda? observó Edgeworth.

— Poco le serviria, contestó Bob, pues la voz es de un moribundo; vamos, no queda otro medio de salvarle que ir yo mismo á buscarlo.

— Y si fuese uno de esos malditos piratas?

— No es probable, dijo Bob desnudándose; de todos modos ningun mal podrá hacernos y sentiria que muriese ahogado. Procurad aguantar firme; pasaré la cuerda al rededor de su cuerpo, y cuando avise podreis irlo subiendo poco á poco.

Deslizóse en efecto Bob á lo largo de un remo, y pasando la cuerda por la cintura del desconocido, dió la señal convenida.

Dos minutos despues se hallaba tendido sobre cubierta el que habia ido Bob á salvar.

Antes de dirigirle pregunta alguna, envolvieron sus helados miembros con una gran manta, á fin de restituirle á la vida.

—Whisky! murmuró luego que estuvo algo reanimado, y como los marineros se hallaban tambien convencidos de la excelencia de semejante remedio, apresuráronse á presentarle un gran vaso lleno del precioso licor. Tranquilo ya en vista de la buena acogida que se le dispensaba, hizo á Edgeworth una detallada relacion de sus aventuras.

Nuestros lectores habrán sin duda adivinado quien era este individuo: era, en efecto, el irlandes O'Toole, que despues de haberse tan bizarramente defendido del bandido Jones se echó al

rio, nadando hasta dónde se lo permitieron sus fuerzas, para sustraerse á la persecucion de sus enemigos. Dejóse Pat llevar por la corriente con la esperanza de encontrar alguno de los innumerables troncos que sobrenadan constantemente por la superficie del agua para descansar sus agotadas fuerzas. Con esta confianza mantúvose largo rato en medio del rio, hasta que presentóse á su vista el barco de Edgeworth, á cuyo timon se asió con toda la fuerza de la desesperacion. Oyó entonces un gran ruido á bordo, producido por la lucha de los tripulantes con Bill y Blackfoot, y no pudiendo enterarse de la causa, habia pensado soltar el timon para ir en busca de algun tronco, cuando el próximo ruido de los remos de los que le perseguian le obligó á conservar su violenta posicion. Solo las amenazas de Bob, que habia empezado ya á poner en ejecucion, haciéndole tomar un baño contra su voluntad, pudieron decidir á O'Toole á entrar en el buque, entregándose á discrecion á personas que no conocia, cuyas intenciones habia completamente equivocado.

Escucharon todos los marineros con extraordinaria curiosidad la relacion de O'Toole, estremeciéndose Edgeworth al recordar el peligro del que tan milagrosamente se habia salvado. Cuál será, preguntaba el buen anciano, la infernal organizacion de esa cuadrilla, pues ha podido tener anticipada noticia de su viaje desde la Indiania, y haberle puesto á bordo en calidad de piloto á uno de sus cómplices? Qué debia pues hacer? Convendria dar parte inmediatamente á la autoridad para tomar con urgencia las medidas necesarias á fin de conseguir la destruccion de esta terrible madriguera? Pero, era tan fácil empresa atacar una isla que debia suponerse perfectamente fortificada? Y si para ello era indispensable hacer algunos preparativos, no era esto avisar á los malhechores para que pudiesen con tiempo dejar burlados todos los esfuerzos que en su daño se preparasen?

Así discurrió el honrado campesino mientras iba adelantando por el Mississipi. De repente descubrió el vigía una luz á la derecha, que mejor observada por los demás marineros, distinguieron que brillaba á bordo de un steamer amarrado á la costa.

— Ánimo, muchachos! gritó Edgeworth, segun veo nos hallamos muy próximos á la orilla; bogad, pues, con direccion al steamer.

Obedeciendo esta órden llevaron con mucha velocidad los marineros el buque muy cerca de la orilla, y pasando un cable alrededor del primer árbol que se presentó á su vista, halláronse fuertemente amarrados á doscientos pasos del steamer.

O'Toole perfectamente restablecido de sus pasadas fatigas saltó á tierra acompañado del anciano Edgeworth, pasando ambos á bordo del steamer para enterar al capitan de cuanto acababan de descubrir.

El vapor era el Black-Hawk, que salido de Puerto-Jonesboro se dirigia á San Luis. Traia embarcado un batallon que regresaba de las fronteras indianas é iba de guarnicion á Missouri. La niebla habia obligado al capitan á detenerse durante la noche, obrando asi muy prudentemente, pues atendidas las malas cualidades del buque, un choque imprevisto podia acarrearle muy sérios peligros.

Llamábase el capitan Colburn, quien habia servido en el ejército y mandaba últimamente los insurgentes de Tejas.

Al oir la relacion de O'Toole, determinó desembarcar para ir á examinar por sí mismo el refugio de los piratas: en el caso de que saliesen fallidas sus esperanzas por no tener todas las noticias y detalles indispensables, contribuiria siempre este paso á reprimir los desmanes que se le referian; y si por el contrario, se descubria algo que de una manera positiva señalase la guarida de los bandidos, adoptaria con toda prontitud las medidas mas enérgicas para apoderarse de ellos.

Hizo presente O'Toole la imposibilidad de precisar por su parte la situacion de la isla que servia de refugio á los piratas; pues á causa de la niebla no le habia sido posible orientarse. Pero Edgeworth aseguró que el sitio donde habia tenido el encuentro con los bandidos era frente la isla número 61, la cual en su concepto, apesar de creerse inhabitada, habia de ser indudablemente el refugio de los malhechores.

Envió desde luego el capitan Colburn una partida que pasando al buque de Edgeworth se apoderase del piloto Bill lo trasladara á bordo del Black-Hawk. Cumplióse sin tardanza laórden, y compareciendo á su presencia el bandido, despreció con igual descaro cuantas promesas y amenazas se le hicieron encerrándose en el mas profundo silencio. Fue examinando detenidamente á los que le ro-

deaban, como buscando entre ellos algun amigo ó protector; no descubriendo empero mas que miradas de enemistad ó de desprecio, cerró los ojos negándose á proferir una sola palabra.

Nada podia hacerse antes de que desapareciera la niebla, además de que era poco menos que imposible descubrir la isla navegando contra la corriente.

Habria deseado Edgeworth volver al buque y proseguir su camino, pues le interesaba deshacerse cuanto antes del cargamento, como tambien conducir á su destino á mistress Everett. Opúsose no obstante el capitan, manifestando que sin su presencia le faltaria el motivo ó pretexto que necesitaba para atacar á los bandidos. Los marineros de la *Tortuga* hicieron tambien presente al anciano que de ningun modo querian renunciar á tomar parte en la expedicion que se preparaba.

Tuvo que ceder pues Edgeworth, sobre todo desde que el capitan Colburn, para acallar sus razones declaró que en nombre del gobierno compraba el cargamento de whisky para la guarnicion de Missouri. En un instante fue trasbordado al steamer todo cuanto contenia el barco chato de Edgeworth.

Mistress Everett manifestó por su parte, que despues de lo que acababa de suceder, preferia regresar á Helena con el Black-Hawk para aguardar allí el paso de algun steamer que la condujese á Victoria.

Aguardábase, pues, únicamente que desapareciera la niebla, para ponerse en marcha. Pronto una suave brisa que se dejó sentir á la salida del sol vino á llenar los deseos de todos. El capitan Colburn nada habia descuidado para tenerlo todo dispuesto cuando necesario fuese. Pasó revista á los soldados, examinó sus armas, proveyóles de abundantes municiones, distribuyó entre ellos hachas y machetes á fin de abrirse paso por entre la espesura de que habia hablado O'Toole, y al proponer que saliesen al frente los que voluntariamente quisiesen ir al asalto, todo el batallon, como un solo hombre, dió dos ó tres pasos á vanguardia.

El primer ataque debia dirigirse contra el punto donde, segun habia oido el irlandés, se hallaban surtas las embarcaciones de los piratas. Apoderándose de ellas se les cortaba la retirada, y dando al mismo tiempo el asalto por el centro de la isla, podia á poca costa obtenerse una completa victoria.

XXX.

Dos lobos contra una loba.

No habrá olvidado el lector que Tom Barnwell fué preso en la cárcel del condado y que volvió el Squire á su casa acompañado de Sanders.

La cárcel estaba situada en la misma calle que la casa de mistress Bradfort á la acera opuesta. Para separarse de la muchedumbre que se habia reunido cuando la detencion de Tom, doblaron el Squire y Sanders la primera calle que encontraron á la izquierda.

Tom fué encerrado en un reducido cuarto que daba á la calle, quedando allí abandonado á sus reflexiones, que no eran por cierto nada agradables.

El infortunado jóven, poseido de la mayor impaciencia, trataba en vano de darse cuenta de lo que le acababa de suceder. La conducta del juez se le presentaba bastante incomprensible, y no dudaba por otra parte que Hawes era un solemne bribon. Se le habia preso quizás para impedir el descubrimiento de alguna maldad? Preocupábale en extremo este pensamiento, al cual no se atrevia á dar completo asenso. Habia sin embargo sido arrestado por un verdadero constable y á presencia del juez, por la acusacion de un hombre que le era de todo punto desconocido. Todo seria indudablemente el resultado de una equivocacion que no podia tardar en desvanecerse. Estaria empero preso mucho tiempo? si así sucedia imposible seria que Edgeworth le aguardase, y qué seria de la pobre María mientras él estuviese privado de su libertad?

Paseábase precipitadamente Tom para calmar las tristes sensaciones que experimentaba. Detúvose por fin delante de la reja dirigiendo maquinalmente su vista á la calle. Por entre la oscuridad descubrió en una de las casas vecinas una luz que alternativamente se ocultaba y volvia á aparecer.

La multitud se habia dispersado luego que se hubo cerrado tras Tom Barnwell la puerta de la cárcel; un solo hombre se veia en

la calle, quien se detuvo frente la puerta á que poco antes habia llamado Hawes, la cual tenia muy presente Tom.

Seria el mismo Hawes que separándose de su esposa enferma volvia á aquella casa donde no habia sido antes admitido?

Anochecia ya y Tom no pudo distinguir las facciones del desconocido, si bien observó que llamaba de la misma manera. Vióse al poco rato una luz á través de los cristales de la ventana, abrióse la puerta, volviendo todo á quedar en silencio. Fueron poco á poco cerrándose todas las casas, viéndose únicamente luz en la de mistress Bradfort.

Fijo Tom Barnwell en su puesto, contemplaba la silenciosa majestad de la noche, errantes sus ojos en el espacio y vagando su memoria entre antiguos recuerdos, mas de una lágrima inundaba su rostro, El pobre jóven ningun cuidado se tomaba para enjugarlas, ni aun tal vez advertia que las derramase. Veíase solo en el mundo; á quién podia inspirar compasion? Quién lloraria su muerte? El infeliz, oculto el rostro entre las manos, abandonóse á las mas tétricas reflexiones.

Sobresaltóse de repente, creyendo haber oido un grito á la otra parte de la calle. Levantó la cabeza para buscar la vacilante luz que brillaba en la casa misteriosa: habia desaparecido.

Rendido por la fatiga, echóse finalmente sobre el tablado para olvidar momentáneamente sus cuitas, gracias á la ficticia insensibilidad del sueño.

La escena que entretanto tenia lugar en la sencilla y modesta habitacion de mistress Bradfort era sobradamente animada.

No se habia equivocado Tom Barnwell al sospechar si seria M. Hawes quien llamaba á la puerta de la casa de en frente. Sanders tuvo que llamar repetidas veces antes de que se le franqueara la entrada.

El bandido era demasiado astuto para hacerle creer la dueña de la casa que no habia en ella persona alguna, á pesar de no contestar y haber retirado la luz. Sanders conocia muy bien con quién se las habia, y por lo tanto supuso desde el primer momento que mistress Bradford se hallaba en acecho detrás de la puerta. Por lo que, al ver que á pesar de sus repetidos aldabazos no conseguia su intento, inclinóse, diciendo en voz baja por la cerradura:

—Mi buena mistress Bradfort, no deja de ofenderme el conocer

que mi compañía no os es agradable; estoy sin embargo decidido á entrar, y si no me abrís luego, seguiré llamando hasta que salgan los vecinos, y se enteren del objeto de mi visita.

Al acabar su arenga púsose otra vez Sanders á llamar con todas sus fuerzas.

Oyóse en seguida en el interior el ruido de un cerrojo, sin embargo de que continuaba cerrada la puerta. Disponíase á repetir la operacion cuando oyó á mistress Bradfort murmurar algunas palabras dando vuelta á la llave.

Sanders cortó sin ceremonia el monólogo de la vieja, apoyándose con todo el peso de su cuerpo contra la puerta, que cedió al instante.

Sin hacer caso de las exclamaciones de mistress Bradfort, volvió á correr el cerrojo, dió vuelta á la llave, y la casa quedó cerrada de nuevo como lo estaba dos minutos antes.

—Puedo saber...? exclamó la dueña en tono de cólera.

—La paz! la paz! mi buena amiga! contestó Sanders riendo. Tranquilizaos, hermosa Luisa, vuestra inocencia no corre ningun peligro, vuestros ojos encantadores tampoco se hallan en el menor riesgo; procurad tan solo tener cerrados estos sonrosados labios.

No temais, hermosa mia,
que es sincera mi pasion;
jamás en mi corazon
faltó la galantería.

—Así el verdugo os apriete el gaznate! gritó furiosa mistress Bradfort; por qué venis á derribar la puerta de una viuda indefensa? Estais loco, ó habeis jurado mi perdicion y la vuestra?

—Nada de esto, noble Ariadna, contestó Sanders queriendo darla un abrazo que ella rechazó con indignacion. No quiero perder á nadie, únicamente tengo que comunicaros un asunto muy importante y el tiempo urge. Oh la mas graciosa de las petimetras de Helena, os proponeis tenerme toda la noche junto á la puerta de la calle? vengo mojado, helado y hambriento, y una persona tan sensible y amable como vos no puede dejar de conmoverse á la vista de tantos males. Por de pronto pido el refrigerio; despues hablaremos. Vamos, mistress Bradfort, mi nombre es Sanders y ya en otro tiempo he tenido el gusto de...

—Dios mio! la lengua de este hombre funciona como el molino de vapor de White-River. Qué quereis de mí, caballero? Por qué venis á estas horas á alborotar la casa de una pobre viuda escandalizando la vecindad? Creeis que mi casa es el refugio de todos los vagamundos que pasan por Helena? He de dar yo asilo á cualquier bandido que huye para evitar el justo castigo de sus crímenes? Aunque á la verdad bien merecido lo tengo; mi querido difunto me habia dicho mas de mil veces: Luisa... Pero qué estais haciendo? Por qué quereis abrir esa puerta?

—Toma! para entrar, contestó Sanders riendo. Quiero entrar en vuestro salon para escuchar mejor las sentencias morales de vuestro querido difunto. Además tengo necesidad de tomar un ponche caliente, y despues podré cenar. Así pues tened la bondad...

—Os digo que está cerrada esa puerta, repitió mistress Bradfort fuera de sí; pero qué quereis; á qué habeis venido?

—En primer lugar, querida Luisa, quiero una buena cena, y luego tengo que conversar con vos, contestó Sanders con una calma imperturbable.

—Es imposible; mi casa no es ninguna posada, venid mañana por la mañana si teneis algo que decirme.

—Mistress Bradfort!

—Dejaos de tonterías. No quiero escuchar vuestras lindezas, y á fe mia si no os vais en seguida llamo á los vecinos.

—Vamos, vamos, mistress Bradfort, dijo Sanders con dulzura, querida mistress Bradfort, os atreveriais á despedir así de vuestra casa á un desgraciado? Querriais echarle fuera con esta humedad exponiéndole á pillar un reuma?

—Idos en seguida, caballero, ó sino decididamente voy á llamar, contestó mistress Bradfort tomando el cerrojo.

Viendo Sanders que nada adelantaria con halagos, díjola en voz baja y con acento amenazador:

—Deteneos, señora, ya que es imposible esperar nada de vuestro buen corazon, el temor os hará sin duda mas dócil.

—El temor caballero! dijo ella con altivez.

—Quereis que pronuncie un nombre que, solo articulándolo en voz baja, puede entregar vuestra cabeza al verdugo? Quereis que os hable de cierto clavo, que podria muy bien convertirse en uno de los de vuestro ataud? Quereis...? Pero no! solo os pido algun

alimento; despues hablaremos de lo demás. Soy amigo y bien sabeis lo que esta palabra significa: puedo quedarme?

Mistress Bradfort miraba al bandido con consternacion, pues en sus ojos y en su sonrisa se leian estas palabras: sé mucho mas que por ahora me callo; cuidado pues! Su conciencia la acusaba, latia violentamente su corazon, contestando por fin con voz temblorosa:

—Hé aqui unas palabras que no comprendo, caballero; mas ya que tanto os empeñais, subid; la noche es fria y además hay arriba alguno con quién deseo no estar sola. Aquí está la escalera; tenia razon mi querido difunto cuando decia: Luisa, á veces una sola palabra...

—Podré preguntaros señora quién es el que está arriba? porque ya comprendeis...

Miró mistress Bradfort á su alrededor y murmuró en voz baja:

—Es Enrique Cotton; ahora no extrañeis que antes de admitir un nuevo huésped, quisiese asegurarme de su discrecion.

—Diablo! dijo Sanders pensativo, es singular que Enrique Cotton haya venido aquí precisamente esta mañana. Pero qué importa? Quizás deba alegrarme de encontrarle.

Subió en seguida la escalera siguiendo á la dueña, que abriendo una pequeña puerta introdujo á su nuevo huésped.

El aposento donde fué introducido Sanders era muy reducido y de triste aspecto; un espeso cortinaje que colgaba frente las ventanas que daban á la calle impedia la entrada á la luz y el ser vistos desde la parte exterior. Las paredes, cuyas grietas habian sido toscamente rellenadas, no presentaban color alguno, estaban simplemente blanqueadas con cal. El pavimento era proporcionado á la decoracion del cuarto y el mueblaje muy cómodo, aunque bastante sencillo. Pero lo que hacia mas agradable este aposento era el fuego que en él se veia arder, junto al cual hervia un gran puchero de barro.

Enrique Cotton parecia hallarse perfectamente hospedado; reclinado sobre las almohadas de un largo sofá, sitio habitual de la dueña de la casa, veíasele absorto contemplando un vaso medio lleno que tenia delante, hasta el punto de que no se apercibió de la entrada del recien venido. Habríasele tomado por el dueño de la casa y no por un criminal que tenia puesta á precio su

cabeza. Sabia que mistres Bradfort no le pondria en relacion con un traidor, y como al mismo tiempo temia, con razon sobrada, pasar una enojosa velada á solas con la locuaz viuda, no le disgustó ver la llegada de otra persona.

Mistress Bradfort habia despedido su criada antes de la llegada de Cotton, previniéndola que no volviese hasta el dia siguiente.

Acercóse Sanders á la mesa frente la cual se hallaba sentado su cofrade.

—Cómo va, amigo mio? le dijo riendo. Parece que el ejercicio os ha probado.

Sorprendido Cotton con tales palabras, no reconoció de pronto á su antiguo camarada, pero finalmente tendióle la mano exclamando con alegría :

—Es Sanders! qué agradable sorpresa! Cuánto me alegro de encontraros! cuánto tiempo hace no nos habiamos visto!

—Oh! no tanto como decís, contestó Sanders tomándole la mano, á menos que diez ó doce horas no os parezcan un largo término.

—Diez ó doce horas? repuso Cotton estupefacto. Qué quereis decir?

Explicó entonces Sanders á su amigo que él era por la mañana otro de sus perseguidores, y que con su presencia habia probablemente salvado la vida á Cook cuando cayó del caballo.

—Si yo lo hubiese sabido, exclamó Cotton descargando un terrible puñetazo en la mesa, ya habria hecho arrepentir á ese maldito de su encarnizada persecucion. Mas quizás es preferible lo que ha sucedido ; habria esto acabado de alarmar todo el condado y bastantes son ya mis enemigos.

Siguieron conversando los dos bandidos acerca de la fuga de Cotton y las escenas que habian tenido lugar en Fourche-la-Fave, mientras mistress Bradfort les preparaba la cena, que aceptaron sin cumplimientos. Cotton habia comido algo con el mulato por la mañana, y sin embargo, comió como si nada hubiese probado desde una semana, ayudándole Sanders, que estaba aun en ayunas, con una aficion que hizo temblar á la viuda por la suerte de su despensa. Durante la cena no profirieron palabra alguna siguiendo la costumbre americana, y hasta que les presentó la dueña un jarro lleno de ponche no reanudaron su interrumpida conversacion.

Hizola recaer Cotton sobre un punto que hasta entonces habian ambos evitado, preguntando á su compañero acerca de las circunstancias y habitantes de la isla.

—Veo, le dijo, que no me queda otro recurso; se me asedia como si no quisiesen dejarme otro refugio. Vamos, Sanders, soy de los vuestros, acompañadme mañana, ó si quereis esta misma noche. Pero no; quiero descansar hoy y mañana. Me siento muy fatigado y no quisiera llegar á la isla medio enfermo. Vamos, decidme, cuáles son las condiciones para ser admitido y qué es necesario hacer. No soy quisquilloso, pero antes de comprometerse debe saber un hombre lo que se exige de él. Callais? Temeriais acaso que os haga traicion?

Movió Sanders la cabeza sin contestar, pareciendo meditar algunos instantes. Convenia enterarle del peligro que les amenazaba diciéndole que su seguridad pendia de un hilo? No; además de que estaba presente mistress Bradfort, y si llegaba á husmear tales noticias de seguro no podria arrancarle ningun subsidio.

—Corriente, dijo en fin despues de un largo silencio. Deseais ser de los nuestros? Ya conoceis las leyes de nuestro refugio?

—Rowson me ha dicho algo: me ha hablado de una seña particular por medio del cual os reconoceis todos los asociados.

—En efecto: sabeis cuál es la fórmula de nuestro juramento?

—Me la presumo; nada teneis que temer de mí, porque si en todo el universo hay un hombre á quien convenga guardar el secreto, seguramente soy yo.

En aquel momento salió mistress Bradfort despues de haber retirado de la mesa los platos, y arrimándose Sanders al oido de Cotton le dijo en voz baja:

—Dejemos acostar á la vieja; tengo que comunicaros cosas muy importantes, pero no quiero que ella nos oiga.

—De veras? tienen relacion con la isla?

—Chist, héla aquí; hablemos de otra cosa.

Y Sanders se puso á contar á su compañero que sus asociados habian hecho prender á un hombre inocente por temor de que les perjudicase.

—Qué tal, preguntó mistress Bradfort acercándose á la mesa, os habeis entendido, Cotton va con vos? Es lo mejor que podeis hacer, y en vuestro lugar partiria desde luego. Luisa, me decia mi

querido difunto, decidios siempre prontamente, y aunque seais una mujer, nunca temais. Oh! M. Bradfort era un hombre excelente y...

—Tuvo un fin desgraciado, dijo Sanders interrumpiéndola y mirando al soslayo á Cotton.

—Un fin desgraciado, caballero! exclamó la dueña; un fin desgraciado! Oh! ya os comprendo; pero deberiais avergonzaros de haceros eco de atroces calumnias. Conozco muy bien la intencion.

—No prosigais, querida mistress, repuso vivamente Sanders cogiéndola una mano que ella retiró. No vayais á juzgar mis intenciones interpretando equivocadamente mis palabras. Vos misma nos habeis dicho que vuestro querido difunto (Q. E. P. D.) os repetia muy á menudo: Luisa, no juzgueis mal á los demás; el mundo es mejor de lo que parece.

—Esta es la verdad, M. Sanders, mas de mil veces me lo habia dicho, contestó mistress Bradfort, y yo he seguido siempre sus consejos. Bradfort, le contestaba yo, ya sé que teneis razon y que todos necesitamos indulgencia. Yo conozco mis propias faltas, pero á pesar de ellas respeto mucho á mis semejantes, y antes me cortaria la lengua que dirigir una palabra ofensiva á ninguna persona.

—Ya veis, pues, añadió irónicamente Cotton, que hay personas mucho mejores de lo que parecen. Pero Sanders me ha interrumpido precisamente cuando iba á deciros que hace tres semanas que no he podido chupar un buen cigarro, y que tengo vivísimos deseos de hacerlo hoy. Tendriais la bondad de procurarme uno, mi buena amiga?

—Fumar aquí! Llenar de humo de tabaco el mas hermoso cuarto de mi casa para hacerme toser hasta reventar? No, no! este olor penetra por todas partes, ni con media arroba de incienso podria disiparlo.

—Vamos! vamos! no fumaremos mas que un cigarro cada uno, dijo Sanders; no tengais tan duro el corazon, mistress Bradfort; sabeis que tengo á vuestra disposicion una cajita de flores y cintas procedente de París.

—Ah! cuán galantes y ceremoniosos son los hombres cuando quieren obtener alguna cosa de una pobre mujer! flores y rubíes de París! y qué hará una vieja de esas zarandajas? Vamos, miraré.... Será preciso complaceros....

—De qué vieja estais hablando? exclamó Sanders fingiendo grande extrañeza. Soy incapaz de contradecir á una señora, pero si es de vos de quien hablais, estoy seguro de que bajo muchos puntos de vista podeis sostener con ventaja la comparacion con la mas jóven del país.

—Adulador! repuso la dueña queriendo dar un golpecito en la mejilla de Sanders, será preciso que vaya á buscar los cigarros.

Al momento en que hubo cerrado la puerta dijo Sanders á su compañero:

—No penseis en refugiaros á la isla; el mulato que os acompañaba ha sido preso; lo ha descubierto todo, de manera que tenemos que escapar sin dilacion.

—Cómo! la isla ha sido descubierta? Nuestro último refugio vá á ser destruido? Qué pensais hacer pues?

—Ante todo arrancar á mistress Bradfort todo el dinero que sea posible; ignora el peligro en que nos hallamos y tal vez no tenga gran dificultad.

—Pero tiene ella dinero?

—Oh! es claro que dirá que no, pero á mí no me la pega. Es demasiado ladina por haber durante tanto tiempo cuidado de vender nuestros géneros para que deje de tener oculta una fuerte suma.

—Y pensais que dará voluntariamente su dinero?

—Chist! no hableis tan alto; lo mismo me da: es mi única esperanza de salvacion. Es indispensable huir! Esto es lo mas importante, porque al momento que se extienda la noticia de que el refugio ha sido descubierto y dispersada la cuadrilla, desgraciado del que se encuentre sin dinero. Cada habitante será un espía, y todo el que inspire la mas ligera sospecha se verá entregado á la justicia.

—Cuando partís?

—Inmediatamente, aun cuando tengo la seguridad de que no seremos molestados hasta mañana por la tarde. Es el dia de la reunion general, en que ha de tener lugar la distribucion de nuestro botin. A todo evento quiero hallarme preparado para la fuga, y la caja de nuestra digna amiga me ayudará.

—Pero, repuso Cotton indeciso fijos los ojos en el suelo, si por casualidad tuviésemos que buscar un asilo mas seguro para esta noche, lo encontrariamos en Helena?

Miró Sanders con curiosidad á su camarada, contestándole con acento sardónico:

—El mas seguro está ahí enfrente; por de pronto ya tengo en él á uno de mis antiguos amigos.

—Vaya una ocurrencia! No conoceis...? Chist, creo que vuelve la vieja... Y continuando en vos mas baja aun, no teneis, le dijo, dónde pueda hallarse uno en toda seguridad hasta mañana á pesar de cuantas pesquisas se practiquen?

—Sí, salid de la ciudad y preguntad por la taberna del *Oso gris*, murmuró Sanders. Ah! creo que la vieja nos está escuchando.

Callaron por un momento los dos bandidos, no tardando en presentarse mistress Bradfort con los cigarros. Cotton encendió maquinalmente uno, abismado en sus reflexiones, mientras Sanders ofrecia á la dueña un vaso de ponche.

Dió esta las gracias echando unas cuantas gotas en un vaso, yendo despues á sentarse en el rincon mas apartado del cuarto, desde el cual parecia no prestar la menor atencion á sus huéspedes. Al cabo de media hora quedó profundamente dormida.

Así se lo figuraron á lo menos los dos comensales, pero en realidad se hallaba mas despierta que nunca. Escuchando detrás de la puerta habia oido cuchichear sin entender una sola palabra, y como conocia que era inútil dirigir pregunta alguna á sus huespédes, resolvió valerse de la astucia para sorprender sus secretos.

La posicion en que se la veia y los sonoros ronquidos que imitaba admirablemente, engañaron á aquellos dos hombres, y Cotton que estaba impaciente por saber todas las noticias relativas á la futura suerte de la cuadrilla, provocó de nuevo la conversacion que se habian visto obligados á interrumpir.

Refirióle Sanders todo lo que habia ocurrido durante su permanencia con los Lively, sin confiarle empero los motivos que le habian conducido á la granja. Aconsejólo que se dirigiese á Kelly pidiéndole proteccion, con la seguridad de que no le seria negada.

—Pero dónde encontraré al capitan? Si mientras ando buscándolo me pescan, de seguro que me cuelgan en el primer árbol que se presente. Si no hubiese contado con el refugio de la isla, no me habria atrevido á levantar contra mí el condado entero. Y segun veo no hay que contar con dicho refugio. No sé cómo escapar á

mis enemigos: si nos dirigiésemos en seguida al *Osso gris*? Las calles están desiertas, nadie nos verá.

—Bien, pero antes he de tener una corta conversacion con mistress Bradfort.

—Creeis que se hallará dispuesta á entregaros buenamente su dinero?

—Sí, pues poseo una palabra cabalística que en caso necesario la decidirá á hacerlo.

—Será sin duda la misma que la ha obligado á admitirme en su casa. Pero si esto no bastase será preciso recurrir á otros medios; ella tiene dinero y nosotros...

No pudo Cotton concluir la frase, porque habiendo mirado casualmente hácia el lado donde se hallaba mistress Bradfort, vió clavado sobre él los dos ojos de esta perfectamente abiertos.

—Ah! está despierta, exclamó tocando á Sanders con la rodilla.

—En verdad, caballero, contestó la viuda, que á pesar de que el terror le cortaba la respiracion aparentó la mayor tranquilidad, que con vuestros largos cuentos habeis logrado hacerme dormir. Pero la luz se apaga; qué hora es?

—Miráronse los dos bandidos con aire de desconfianza.

—Serán las diez, contestó Sanders; me parece que el sereno ha cantado esta hora.

—Voy á buscar un poco de aceite, contestó mistress Bradfort, levantándose y dirigiéndose á la puerta. Despues os enseñaré vuestro cuarto; es preciso que marcheis antes de que amenezca y tendreis necesidad de descansar un poco.

Iba ya á abrir la puerta cuando una señal de inteligencia que sorprendió entre sus huéspedes acabó de descubrírselo todo, palpitando su corazon al conocer que se hallaba en gran peligro su existencia. Un paso mas y estaba salvada, pues pasada la puerta habria corrido el cerrojo por la parte exterior, á fin de privar la salida á los bandidos mientras ella iba en busca de auxilio. Tenia ya levantado el pié sin que Sanders, que se habia propuesto no emplear la violencia, se decidiese á detenerla.

Pero Cotton, adivinando los proyectos de la viuda cuyas consecuencias era fácil calcular, levantóse precipitadamente, cogiéndola por el brazo en el momento mismo en que iba á cerrar la puerta.

—Socorro ! gritó con toda su fuerza mistress Bradfort resonando su voz por toda la casa, socorro !

Tales fueron sus últimas palabras; de un terrible puñetazo que le asestó Cotton en la cabeza, cayó al suelo sin vida.

Despues de un corto silencio, levantóse Sanders y acercándose al cuerpo de la viuda:

—Cotton, murmuró en voz baja, qué habeis hecho? Está realmente muerta?

—No sé, contestó el asesino volviendo de espalda el cadáver. Apresuraos á buscar lo que necesitais. Dónde tiene oculto el dinero? Vamos, parece que os han clavado en este sitio. Ya está hecho; procuremos á lo menos que nos aproveche.

—Cómo quereis que sepa dónde tiene escondido el dinero? probablemente en su cuarto.

—Vamos allá pues; será sin duda el de ahí en frente; la puerta estaba abierta cuando yo he llegado.

Tomó Cotton la luz, y seguido de Sanders dirigiéronse al cuarto de la viuda que estaba cerrado. Volvió el asesino al lado de la víctima, diciéndola:

—Querida mistress Bradfort, hacedme el obsequio de entregarme vuestras llaves.

Y diciendo estas palabras tomó el manojo de llaves que tenia la viuda en uno de sus bolsillos. Penetraron en seguida en el cuarto de la viuda que registraron escrupulosamente, deshaciendo la cama y revolviéndolo todo, sin encontrar mas que algunas alhajas de que se apoderaron.

—Nos hemos lucido ! exclamó Sanders; ved lo que es precipitarse ! Si no fueseis tan aficionado á jugar con los puños y me hubieseis dejado hacer...

—Se nos habria escapado, dando voces de ladrones. No habeis visto que ha adivinado lo que queriamos y trataba de burlarnos?

—Bueno, y qué hacemos ahora?

—A lo menos no nos descubrirá. Tenemos que darnos prisa; pero antes hemos de encontrar el escondrijo de esta maldita vieja. A la verdad no me gusta ya este sitio; preferiria hallarme á la otra parte del Mississipí.

En aquel mismo instante oyóse en la puerta de la calle un fuerte

aldabazo, que dejó aterrorizados á los dos bandidos. Cogiéndose Sanders al brazo de su camarada le dijo con espanto:

—Estamos perdidos! Tal vez podriamos huir por la puerta trasera.

—No sé el camino, murmuró Cotton; si saltamos al acaso y llega á descubrirnos algun perro, nos cogen sin remedio.

—O de la casa! gritó desde fuera una voz ruda llamando fuertemente á la puerta con un chuzo. Hohé, mistress Bradfort, qué teneis? habeis llamado?

Cotton se hallaba inmóvil por el terror. Sanders, que á la presencia del peligro habia recobrado su calma ordinaria, tomó uno de los gorros de la viuda, y poniéndoselo á la cabeza se acercó á la ventana.

—Qué vais á hacer? le dijo Cotton.

Sin contestarle apartó Sanders las cortinas, entreabrió la ventana de modo que desde la calle solo se le viese la cabeza, é imitando la voz de mistress Bradfort, preguntó en tono colérico.

—Qué es este ruido, no dejareis esta noche descansar á una pobre viuda?

—Dispensad, contestó desde la calle la misma voz; me habia parecido oir un grito, y como veia luz á través de las cortinas.....

—Un grito? luz? Dónde teniais pues hoy las orejas y los ojos? Dejadme en paz.

El ruido de la ventana cerrándose con estrépito impidió al sereno oir la conclusion de la frase.

—Bueno! bueno! dijo el sereno riendo; segun veo no está muy cabal mi cabeza, gracias al whisky cuya racion ha sido esta noche algo mayor que de costumbre. Mi querido difunto me ha dicho á lo menos un millon de veces: Luisa, ya sé que no os gustan los licores fuertes, y tenia razon, pues no convienen al bello sexo, pero algunas veces una gota de ron vale mas que la mejor medicina.....

El *watchman*, continuando su paseo nocturno, imitaba la conversacion de la digna dueña. Al llegar al extremo de la calle dió la señal de costumbre, la cual fue repetida en todos los ángulos de la ciudad, para acreditar que los vigilantes nocturnos se hallaban en sus respectivos puestos prontos á auxiliarse mútuamente en caso de necesidad.

Perdiéronse á lo léjos los pasos del *watchman* continuando aun

inmóviles los dos malhechores. Sanders quitándose el gorro de la viuda fué el primero en romper el silencio diciendo:

—Estamos salvados; este importuno no volverá ya á molestarnos, de manera que tenemos toda la noche para encargarnos de nuestra herencia.

—No valdria mas ponernos en salvo inmediatamente ya que tenemos tiempo? He de confesaros que maldito el gusto que me dá permanecer aquí.

—Vuestro valor se ha evaporado al momento que habeis oido llamar á la puerta, contestó riendo Sanders cuya resolucion aumentaba al ver la cobardía de su compañero. Vamos, es preciso ver si vuestra obra de sangre nos da resultados de oro. Estoy firmemente persuadido de que en esta casa hay dinero; lo esencial es saber dónde encontrarlo.

Y hablando así volvió á tomar la luz, y auxiliado de Cotton empezó un nuevo reconocimiento sin olvidar el punto mas recóndito de la casa. Todo fué sin embargo inútil: en ninguna parte encontraron la menor señal de dinero.

La llegada del crepúsculo vino por fin á advertir á los bandidos la necesidad de terminar sus infructuosas pesquisas y atender á su seguridad. Si fuesen sorprendidos en la casa, ni el mismo Dayton seria bastante á salvarles.

Colocaron sobre la cama el cadáver de la infortunada viuda, y despues de haber examinado la calle en todas direcciones, bajaron precipitadamente la escalera y se encontraron muy luego al aire libre.

Salieron inmediatamente de la ciudad, encaminándose á la taberna del *Osso gris* con la esperanza de encontrar en ella al capitan y obtener por su medio ayuda y proteccion.

XXXI.

El Squire bajo la forma de Jano.

Apuntaba el dia: la oscuridad de la noche desaparecia poco á poco ante un vapor indeciso, que parecido á una parduzca nube cubria el rio y todos los alrededores. Pronto despejóse la niebla, arrinconáronse las nubes, y en la ribera los árboles se destacaban á derecha é izquierda en el azul del horizonte.

En la tarde anterior habia inútilmente intentado el sol abrirse paso á través de aquella húmeda nube; pero en la mañana un fuerte viento del Norte le servia de auxiliar.

Hallábase inclinada Adela en una ventana del cuarto de mistress Dayton mirando con aire pensativo la estrella de la mañana, reflejándose en su rostro los primeros rayos del astro del dia.

—Ved, Lucy, dijo volviéndose hácia su amiga, el sol parece disipar las tinieblas, y diríase que se siente feliz al resplandecer en libertad; yo experimento una sensacion semejante cuando salgo de la ciudad y penetro en el campo donde todo es grandeza y magnificencia, donde la naturaleza parece trasportar el alma.

Mistress Dayton, acercándose á Adela, levantó sus hermosos ojos al cielo que se veia despejado. Asomaron á sus ojos las lágrimas, volviéndose ella para ocultarlas.

—Lucy, le dijo Adela tomándola la mano y hablando en voz baja, qué teneis? Desde ayer os veo muy triste. La salud de María....

—Oh! no puedo deciros lo que me apesadumbra desde ayer, contestó mistress Dayton con un suspiro; desde que hemos vuelto de la granja de los Lively, está tan oprimido mi corazon que ahora mismo lloraria sin saber por qué.

—Es la desgracia de esta pobre jóven lo que os ha tan vivamente afectado?

—No, no esto solo, repuso mistress Dayton. Todo va haciéndoseme cada dia mas insoportable en Helena. Dayton no para un momento en casa. Oh! cuán cambiado está desde algun tiempo!

—En efecto! antes era divertido y amable hasta el exceso; os

acordais cuántas veces os habeis reido de mí cuando sus juegos me hacian miedo? Ahora es sério como un ministro metodista, habla poco, fuma mucho, y parece estremecerse en su asiento cuando ve pasar á alguno por la calle.

—Se propone abandonar á Helena. ¡Ojalá fuese hoy mismo! He tomado horror á esta ciudad, y cada dia me parecen mas groseros sus habitantes.

—Oh! no son los habitantes, contestó Adela; generalmente son muy tranquilos. Los marineros que llegan y salen á cada momento son los que promueven toda clase de desórdenes. No me disgustaria á mí tampoco dejar á Helena. Ha vuelto Dayton esta noche? Creo haber oido abrir la puerta.

—Sí; ha vuelto hará como unas dos horas, y está mortalmente fatigado. Estas continuas correrías sobre todo durante la noche, á través de la niebla y respirando las pútridas exhalaciones de este terreno pantanoso, irán minando poco á poco su salud. Iré á llamarle luego, pues quiere estar levantado á las ocho.

—Quién es ese negro que he visto abajo esta mañana? preguntó Adela; tiene un aire muy feroz, y sus miradas me han atemorizado.

—Me ha dicho Dayton, que lo habia comprado muy barato á una caravana que atravesaba el país. Habia caido enfermo en el camino, y Dayton quiere enviarlo pasado mañana á un cortijo del Mississipi. Pero cómo se encuentra María?

—Mejor á lo que parece. He entrado hace poco en su cuarto y la he encontrado dormida con mucho sosiego. Nancy me avisará cuando despierte. Entretanto iré á ver á mistress Smart, para darla noticias de mi amiga.

—Mejor hariais en acostaros un rato; esto os conviene, pues habeis perdido la noche.

—Oh! no me siento fatigada; las perderia todas de muy buena gana si podia salvar á mi querida María. Dónde estará M. Hawes? Mistress Lively ha dicho á César que ayer al medio dia habia salido de la granja. Es imposible que haya marchado sin pasar por aquí.

—Tal vez habrá tenido noticia de la novedad de su esposa, y no sabiendo dónde se encuentra, se habrá apresurado á regresar á su casa. Pero vedle ahí! Ahí viene corriendo; pobre jóven.

—No es M. Hawes, dijo Adela despues de mirar á la calle; es M. Cook, cuyos vestidos llevaba él ayer. A qué vendrá?

Al mismo instante detuvo el jinete su caballo frente la puerta, apeándose sin tomarse el trabajo de atarlo en ninguna parte.

Oyóse en seguida en la escalera la voz de Cook preguntando por el Squire Dayton.

Salió á recibirle mistress Dayton invitándole á entrar, lo cual hizo Cook excusándose de presentarse vestido de aquel modo delante de señoras.

—Es preciso que hable al Squire; os suplico que le llameis sin demora, pues se trata de un asunto de la mayor importancia.

—Voy á llamarle en seguida, contestó mistres Dayton. Está durmiendo, pues se siente rendido por una fatiga excesiva.

—Siento en el alma tener que molestarle; pero mi comision interesa á la existencia y fortuna de millares de hombres, y temo que no haya bastante energía y resolucion para conjurar el peligro. M. Hawes habrá sin duda enterado al Squire del descubrimiento que hemos hecho?

—M. Hawes! exclamaron á una voz las dos señoras. M. Hawes no ha venido aquí, y nosotras le estamos aguardando por momentos.

—Cómo! No está aquí! es muy singular. Ayer al medio dia salió de la granja, no solo para venir á Helena, sino muy especialmente para ver al Squire Dayton y enterarle de todo.

—Sin embargo, no ha venido.

Bajó Cook los ojos poniéndose á reflexionar. Irguió al cabo de un rato la cabeza diciendo:

—Con que M. Hawes no ha venido? Por Dios, mistress Dayton, llamad al Squire, he de hablarle al momento; casi temo....

—Qué temeis? Ha sucedido alguna desgracia? Tiene algo qué ver en esto mi marido?

—Oh! no, no tengo aun el gusto de conocerle.

—Voy á llamarle. Aguardad aquí un instante con Adela; vuelvo en seguida.

Luego que hubo salido mistress Dayton, empezó Cook á pasearse á lo largo del cuarto con extraordinaria agitacion, sin parar atencion en la jóven.

—Os parece extraordinaria la conducta de M. Hawes, no es verdad? preguntó Adela despues de un corto silencio.

Volvióse Cook y deteniéndose para mirar á la jóven:

—Si, miss, si! contestó moviendo la cabeza; la conducta de este hombre es misteriosa, y me ha inspirado sospechas desde el primer instante que le ví. Pero yo referiré todos los detalles al Squire, y confío que entre los dos alcanzaremos un buen resultado.

—Y qué tal va el herido? Han sido provechosos los cuidados de M. Hawes?

—Los cuidados de M. Hawes? si M. Hawes no es médico, ni cosa que lo valga.

—Pues nos dijo que tenia conocimientos en medicina, y que por este motivo no nos acompañaba.

—Ho! ho! con que M. Hawes se interesaba tanto en su curacion? pues sabed que él lo habria muerto si no se lo hubiésemos estorbado. Pero ahí viene sin duda el juez.

Luego que mistress Dayton hubo avisado á su marido que Cook deseaba hablarle, levantóse vistiéndose apresuradamente. Al entrar en el cuarto dirigióse al jóven campesino, á quién tendió la mano diciendo:

—Sed bien venido en Helena y en mi casa. Muy urgentes serán sin duda los asuntos de que teneis que hablarme, cuando tan de mañana me haceis el obsequio de venir á visitarme.

Al hablar así, parecia el Squire preocupado; estaba pálido, sus cabellos desordenados cubrian su frente blanca como el mármol, sus ojos estaban abatidos y sin brillo, parecia tener calentura.

—Squire Dayton! contestó Cook mirando al juez con aire preocupado como si se encontrase en presencia de una persona á quien hubiese visto antes y conservase un vago recuerdo. Squire Dayton! no sé.... pero.... yo os he visto en alguna otra parte... Ah! ya sé, M. Wharton de Fourche-la-Fave! No asististeis, hará como unos quince dias, al tribunal de los Reguladores de Fourche-la-Fave?

—Yo? no por cierto! contestó el Squire sonriendo y mirando al jóven con la mas completa indiferencia. Un tribunal de Reguladores es incompatible con mis funciones de juez; pero cómo os ha ocurrido esta idea?

—Es que os pareceis de la manera mas perfecta á un hombre que en Fourche-la-Fave pasa por ser un tal M. Wharton de Little-Rock, contestó Cook mirando aun fijamente al juez. En mi vida he visto semejanza mas sorprendente entre dos hombres.

—Wharton! Wharton! repitió el juez pareciendo evocar su recuerdo; este nombre ha sido pronunciado poco há delante de mí: Wharton! qué he oido yo de ese tal Wharton? Ah! un abogado... Sí, sí; esto es... ya me acuerdo; por muchos he sido frecuentemente tomado; el tipo de mi fisonomía ha de ser por necesidad muy comun.

—Oh! no digo yo esto; repuso Cook sin apartar la vista del Squire. Estoy casi seguro que sois ese Wharton; su semblante hizo en mí demasiada impresion para que haya podido olvidarlo.

—M. Cook, repuso el juez riendo, tengo el honor de presentaros á mi esposa mistress Dayton; sin duda la creereis cuando os asegure que yo no soy M. Wharton, sino Georges Dayton, juez de Helena y de todo el condado.

Saludó Cook á la señora con grande embarazo, contestándole ella con una sonrisa.

—Es pues una semejanza perfecta y sorprendente hasta lo increible! añadió Cook sin estar del todo convencido; una semejanza extraña..... es que nada falta, estatura, voz, maneras, modo de andar, y hasta esa pequeña cicatriz en la frente.

—A qué debo el honor de vuestra visita?

—Querriais oir algunas palabras á solas? dijo Cook; es un asunto de la mayor importancia, que interesa no solo á la seguridad de Helena, sino á la de todo el condado, y hasta á la de todo el Estado del Mississipí.

Dayton iba á salir del cuarto con el campesino, cuando se presentó Nancy á la puerta.

—Adela y yo nos vamos, dijo entonces mistress Dayton; María está despierta. M. Cook, espero que vendreis á comer con nosotros?

—En verdad, señora, nada puedo prometer aun; dependerá del sesgo que tomen las cosas.

—Bueno! haced lo que gusteis, pero si os quedais en Helena no olvideis que comemos á la una.

Y sin aguardar contestacion, salió del aposento precedida de su amiga Adela.

XXXII.

Sumario.

—Squire Dayton, dijo Cook luego que se hubo cerrado la puerta, M. Hawes salió ayer al mediodia de nuestra granja con el único objeto, ó mejor, con el especial encargo de enteraros de un asunto importante. Pero acabo de saber que no se ha presentado en Helena. Mistress Dayton me ha asegurado...

—Os equivocais, contestó tranquilamente el Squire. Vino inmediatamente á la ciudad, y si el asunto de que me habló es el mismo que os trae hoy á mi casa, ya no me admiro de vuestra agitacion.

—Decis que vino á la ciudad? Pues si mistress Dayton me ha dicho...

—Yo le encontré al momento de su llegada, y como el asunto me pareció grave, le envié inmediatamente á Sinkvilla. Díjome que estabais reuniendo todos los hombres del condado á fin de poder, luego de su regreso, dar el golpe decisivo. Es así?

—Sí, y creo que mi suegro y mi cuñado están ya en marcha con fuerzas considerables.

—Bueno; pero conviene no emprender cosa alguna hasta que hayamos recibido noticias de Sinkvilla. M. Hawes me encargó muy oportunamente la mayor reserva, á fin de que los bandidos no se pusiesen en guardia, y por lo mismo convendria que vuestros parientes no se dejasen ver en Helena hasta que esté todo dispuesto para emprender la marcha.

—M. Hawes tenia quizás razon entonces, pero hoy las cosas han cambiado de aspecto. Sin embargo, me parece muy prudente no entrar en la ciudad, pues no hay duda de que los bandidos tienen muchos espias en Helena. James y yo hemos venido solos dejando á nuestros amigos acampados á una legua de aquí, en la llanura de Scalp. Sabeis dicho lugar, Squire? Es allí donde fueron asesinados tiempo atrás dos hombres. Conviene disimular hasta que estén reunidas fuerzas suficientes: pues es necesario tambien hacer ciertos preparativos en la ciudad.

—Cómo ! aquí en Helena ! dijo Dayton.

—Sin duda; Hawes os diria tambien que Cotton se escapó.

Hizo el juez una señal afirmativa.

—De pronto creimos que procuraria ocultarse en los bosques aguardando la ocasion de atravesar el rio; pero léjos de esto se halla oculto en la ciudad. Mi suegro y Dorsey le han seguido la pista; James y yo partimos ayer tarde á fin de continuar nuestras pesquisas hoy á primera hora. Queríamos descansar una ó dos horas antes de entrar en la ciudad, pero mejor pensado hemos resuelto venir directamente á la posada de la Union. Al amanecer hemos llegado por el otro extremo de la ciudad, y al pasar por la taberna del *Oso, gris* viendo James muchas luces en el interior y oyendo grande algazara, le han dado ganas de tomar una taza de café. He sido de su mismo parecer, llamando por consiguiente á la puerta. Si hubiese caido un rayo en la sala no podia ser mas pronto el efecto. Ha cesado instantáneamente el ruido, apagándose al mismo instante todas las luces.

—Y os han contestado ? preguntó el Squire con interés?

—Vaya ! Al oir el empuje que dimos á la puerta, salió á la ventana un viejo preguntándonos lo que queríamos. Ha contestado James que deseaba tomar café, á lo que ha replicado el viejo que no lo habia, dándonos los buenos dias y dándonos con la puerta en las narices.

—Pero qué veis en todo eso de sospechoso ? preguntó el juez.

—No es cosa; sin embargo falta lo mejor. Montamos otra vez á caballo, continuando nuestro camino hácia Helena. Al llegar junto al antiguo gomero, oimos tiros en la ribera de enfrente, á los que contestaron desde la taberna del *Oso gris*. Naturalmente hubo de llamar todo esto nuestra atencion, detuvímonos pues, y al cabo de media hora oimos ruido de remos dirigiéndose hácia aquel sitio, descubriendo muy luego una barquilla que venia en línea recta hácia nosotros.

—La barquilla ha atracado en la taberna del *Oso gris* ?

—Sí, es decir, al dique construido delante de la casa.

Al oir esto, el Squire, con los ojos cerrados, parecia meditar sériamente: volviéndose en fin hácia el campesino, le dijo:

—Cuántos cohetes habeis contado ? De qué color eran ?

—De qué color eran ? repitió confuso el campesino, quien á pe-

sar de haber visto muchas veces cohetes no sabia que los hubiese de diferentes colores. Cuántos hemos contado? Sabriais acaso lo que significa esta señal?

—Yo? cómo he de saberlo? pero si no habeis visto mas que un cohete, y era de los que acostumbran dispararse, podria ser un entretenimiento como acontece muy á menudo á bordo de los barcos de trasporte. Muchas son las veces que los marinos del Mississipí se valen de estas señales para indicar á los marineros que se hallan en tierra, el sitio donde se halla anclado su buque.

—Sí, sí, todo esto sé, y se nos ha ocurrido al momento de ver los cohetes. Pero cómo se explica la repentina aparicion de las luces dentro de la casa? Porque no han querido abrirnos, sin embargo de que no han tenido reparo en hacerlo con otros que han llegado despues.

—Qué sé yo; quizás os habeis equivocado.

—Tal vez, contestó Cook animándose gradualmente, habremos podido equivocarnos; sin embargo, no es tiempo ya de tomar las cosas con tanta escrupulosidad. Nos consta que existe en una isla del Missisipí una cuadrilla de foragidos, y es mas que probable que cuentan con cómplices en Helena. La taberna del *Oso gris* tiene desde mucho tiempo una reputacion pésima, y en sus cercanías se han cometido en poco tiempo espantosos crímenes. El propietario Howet, que salió de Helena el miércoles por la tarde, ha sido encontrado asesinado en el bosque muy cerca de nuestra casa; otro ha sido herido y despojado de cuanto llevaba no léjos de la puerta de Strong; Cotton se ha refugiado tambien en Helena; ya veis cuán necesario es adoptar muy sérias medidas para limpiar la ciudad antes de emprender la proyectada expedicion.

—Dónde está James Lively? preguntó el juez fijos los ojos en el suelo. No decís que ha venido con vos á Helena?

En aquel instante abrióse la puerta, dejando ver Adela su gracioso semblante, y diciendo:

—Me permitireis tomar mi sombrero que he dejado aquí olvidado? Quiero ir á casa de mistress Smart. Ah! perdonad; he interrumpido vuestra conversacion, pero me voy en seguida.

Estaba el juez abismado en sus reflexiones y Cook le contestó:

—Podeis entrar, miss. Decia, pues, caballero, que James Lively... prosiguió Cook volviéndose hácia el juez.

Al oir este nombre, Adela, que teniendo el sombrero en la mano se disponia á salir, tembló de piés á cabeza, y no queriendo llamar la atencion ni salir tan pronto del cuarto, acercóse al costurero aparentando buscar algo que no encontraba dentro del cajon.

—James Lively, prosiguió Cook, ha encontrado todo esto sobre manera misterioso, y se ha propuesto por consiguiente aclarar este misterio. Me ha encargado en su virtud venir á informaros de todo lo que pasa, mientras él, dejando su caballo en el bosque, se ha escondido á la vista de la taberna. Me ha dicho tambien que si queriamos ir á encontrarle, ó deseábamos que él viniese á reunirse con nosotros, le encontrariamos en el bosquecillo de pinos cerca de la casa.

Mientras Cook acababa esta frase, Adela estaba poniéndose el sombrero.

—Adios, señores, dijo luego saliendo del cuarto.

—A mi entender, prosiguió Cook sin contestar á Adela á quien seguramente no habia oido, es preciso sitiar el refugio de los bandidos, cercándolo por todas partes, á fin de que ninguno escape con vida, y destruir de un solo golpe esta infame cuadrilla.

—Es menester que advirtais, querido Cook, repuso el Squire con afectada gravedad, que yo no puedo por una simple sospecha violar el domicilio de un ciudadano de los Estados-Unidos. Si tuviésemos alguna prueba, ya seria otra cosa.

—Ah! ahora salimos con la prueba! exclamó Cook con desdeñoso acento; si tuviésemos alguna prueba no tendriamos necesidad de tantas ceremonias. Precisamente porque no la tenemos recurrimos al auxilio de la ley para procurárnosla.

—Pero, repuso el juez encogiéndose de hombros, os figurais sin duda que estais aun en Fourche-la-Fave, y que basta dar la voz de alarma para que se subleve desde luego todo el país, para aplicar sin miramiento la ley de Lynch? Todo me induce á creer que perteneceis á la asociacion de los *Reguladores*.

—Lo habeis adivinado, contestó el jóven con firmeza.

—Bueno, pero permitidme deciros que vuestro plan es irrealizable. Nos hallamos en una ciudad civilizada, y por muchos que sean mis deseos de entregar estos malhechores á la justicia, he de oponerme con todas mis fuerzas á cualquiera acto ilegal.

—Entonces, caballero, repuso secamente el campesino, no debemos contar con vuestro auxilio?

—Al contrario; estoy dispuesto á auxiliaros con mano fuerte dentro del círculo de la ley, lo mismo que á oponerme con igual energía á toda medida irregular; además de que, añadió riendo, no dudo que dais á todo esto mayor importancia de la que realmente tiene. Tiempo hace que tengo mis sospechas acerca de los habitantes de la taberna del *Oso gris*; pero por los diferentes informes que me he procurado, he llegado á convencerme de que es únicamente una casa de juego, y todo queda remediado retirándole la patente por infraccion à los bandos vigentes sobre el particular. Es lo único que puedo hacer: presentadme pruebas y vereis si sé desplegar la mas extremada severidad.

—Bastante experiencia tenemos de lo que hacen los magistrados, repuso Cook con cólera. Qué han hecho en Wicksburgo? Nada absolutamente. Los habitantes se han visto obligados á tomarse la justicia por su mano, y si no se hubiesen decidido á colgar á los bandidos del primer árbol que se les presentaba, aun estarian hoy todos en libertad. Veo que estamos perdiendo un tiempo precioso. Así pues, para no andarme con rodeos, os requiero formalmente, Squire Dayton, en virtud de los poderes que me han sido confiados y en nombre de todos los habitantes de la comarca, para que inmediatamente y sin efugio de ningun género me presteis el auxilio necesario para rodear y registrar escrupulosamente esta madriguera llamada el *Oso gris*, para resolver despues lo mas conveniente.

—Tened cuenta con lo que vais á hacer, contestó el juez solemnemente; proponeis nada menos que obrar contra las prescripciones legales, cual podrian hacerlo estos mismos bandidos que deseais exterminar. Proponeis...

Detúvose de repente para escuchar. Volvióse Cook hácia el mismo lado de la ventana sin proferir una palabra. Oíase en la calle una confusa gritería. Parecia el sordo rugido de la mar, precursor de una gran tempestad; era un murmullo de voces amenazadoras, acompañado de agudos gritos y expresiones de cólera, que anunciaban un tumulto á cada instante mas imponente. Desde la ventana, á que se acercaron Cook y el Squire, descubrieron una inmensa multitud, que precedida de un constable, llamaba al juez á grandes voces.

—Bravo! exclamó alegremente Cook, vamos á ver si los ciuda-

danos de Helena son de diferente naturaleza que los habitantes de Fourche-la-Fave ; y abalánzandose todo lo posible fuera de la ventana, gritó dirigiéndose al populacho : qué hay amigos mios? qué sucede ? de qué se trata ?

Un sordo murmullo llevó á los oidos de Cook y Dayton las palabras de Bradfort, robo, asesinato.

Volvióse Cook hácia el juez que se habia retirado de la ventana pálido como un cadáver.

— Qué teneis caballero ? Estais blanco como la nieve, os sentís indispuesto ?

— Yo ? no : contestó vivamente Dayton. Es la impresion que me ha hecho esta noticia; no sé si he comprendido mal....

— Lo que yo he comprendido en medio de ese tumulto, contestó Cook tomando su sombrero , es que ha sido asesinado un tal Bradfort, á quien no conozco.

Y sin mas palabras tomó la escalera, dirigiéndose precipitadamente á la calle, dejando pasar al constable á quien César acababa de abrir la puerta.

Poniéndose luego al frente de la muchedumbre entre la que distinguió no pocos de los suyos, les dijo :

— Á lo que parece venís á pedir justicia ? Tiempo perdido. Habeis podido descubrir á los asesinos ?

— Todavía no, Cook, contestó un hombron , que saliendo de la multitud se llegó á tomarle la mano. Los amigos se han empeñado en reclamar la intervencion del juez, y á esto hemos venido aquí. Pero mi opinion es que sin necesidad de jueces ni constables nos hagamos nosotros mismos justicia.

— Qué infamia ! gritaba otro de los circunstantes, asesinar á una pobre viuda sin defensa. Y á fe que era una buena señora.

— En cuanto á su bondad, contestó otro, no sé lo qué deciros. Lo cierto es que tenia relaciones con gentes de muy mala traza : pero lo que conviene es descubrir á todo trance á los asesinos.

— Eh ! Al instante el juez ! gritó otro ; no baja aun ? cada minuto de retardo dificulta mas el descubrimiento de los malvados.

— Gentleman, gritó Dayton presentándose á la puerta acompañado del constable , gentleman, acaba de dárseme parte de que se ha cometido un horroroso asesinato, y es preciso por lo tanto adoptar desde luego las medidas necesarias.

—Oh! si no es mas que esto, bien podeis ahorraros el trabajo, contestó con la mayor libertad el amigo de Cook; el constable ha hecho ya cuanto en el primer momento debia hacerse. Además por nuestra parte hemos tambien tomado nuestras disposiciones, á fin de que no pueda salir ninguno de los barcos que se hallan aqui surtos. Lo único que falta es reconocer la casa de mistress Bradfort para ver si se encuentra en ella algun indicio que nos ponga en camino de descubrir á los autores de tan atroz delito.

Sin dar contestacion alguna extendió el juez su mirada á lo largo de la calle. Su semblante presentaba una palidez cadavérica, y sus ojos veíanse amortiguados como si se hallase á punto de desmayarse. Separadamente de la multitud no se veia persona alguna. Parecia que toda la poblacion se habia dado cita á los alrededores del lugar donde se habia perpetrado el asesinato. De repente, advertido por el ruido de los remos, descubrió Dayton en el rio uno de estos enormes barcos chatos que se emplean en América en los rios que no son navegables. Deslizábase ligera dicha embarcacion al incesante impulso de cuatro vigorosos remeros. Una sonrisa de triunfo apareció en los labios del Squire al distinguir flotando en en la proa una bandera encarnada y verde.

— Habeis reunido el jurado? preguntó al constable.

— Sí, todo el mundo está en su puesto.

— Vamos pues, repuso el Squire.

Y dirigióse al domicilio de la viuda, seguido de la multitud.

Cook precedia á todos los circunstantes, y su amigo, el de alta talla, iba á reunírsele, cuando le detuvo un jóven tirándole del vestido.

El desconocido vestia al estilo de los campesinos del Oeste, conociéndose fácilmente que el traje no habia sido hecho para su medida. Cubria sus espaldas una ancha blusa azul cuyas mangas excedian de mucho á la longitud de sus brazos; un viejo sombrero negro le caia hasta las orejas. El virginio no pudo al verle contener la risa.

—Caballero, le dijo el desconocido, este individuo que va ahí delante con sombrero blanco es realmente el juez de Helena?

—Sí, amigo mio, por qué me lo preguntais?

—Cómo se llama?

—Dayton; y mas generalmente se le llama el Squire Dayton. El que va á su lado es el constable.

—Reside en la ciudad?

—Quién, el constable?

—No, el juez.

—Sin duda; dónde quereis pues que viva? pero dispensad, que voy á reunirme con los compañeros. Se os ofrece algo mas?

—Decidme, le conoceis? Es.... sabeis si....

—No, yo no le conozco, contestó el virginio; pero si deseais mas noticias sobre el Squire, dirigíos á su esposa que está en la ventana, y podreis quedar satisfecho.

Alejóse el virginio, volviéndose despues de algunos pasos para ver lo que hacia el jóven cuyo rostro se ocultaba bajo las anchas alas de su sombrero. Dirigíase este hácia la ventana desde la cual miraba mistress Dayton lo que pasaba en la calle.

—Hohé, Mills! gritó Cook al virginio, daos prisa, vamos á ser los últimos en llegar.

—Ya voy, contestó este. Vaya un muchacho mas singular! será preciso que le vea mas tarde.

Y hablando así fué á juntarse con Cook.

El jóven habia quedado solo frente la casa de Dayton, fijos los ojos en la señora que estaba á la ventana. Parecia luchar con una violenta impulsion; adelantó algunos pasos deteniéndose luego como disponiéndose á alejarse. Resolvióse finalmente, aunque con repugnancia, á entrar en la casa, volviendo á cerrar la puerta de la calle.

La habitacion de mistress Bradfort, donde reinaba por lo comun el mas completo órden, hallábase en aquel momento en la mayor confusion. La puerta, habitualmente cerrada, veíase entonces abierta de par en par, y una infinidad de curiosos entraban y salian continuamente. Sin embargo, solo podia penetrarse en un cuarto; el constable habia cerrado y sellado los demás, de manera que contentábanse los curiosos con mirar por la cerradura.

En el que habia sido encontrado el cadáver, el jurado reunido contemplaba en silencio el rostro lívido y crispado de la difunta, en cuya cabeza se veia un gran tumor, rota la piel que lo cubria. La herida era indicada por algunas gotas de sangre cuajada. Cuando el juez se acercó al jurado tenia en la mano un manojo de pa-

peles, una gran bolsa llena de dinero y algunas llaves, encontrado todo en los bolsillos de la víctima.

El constable leyó una relacion circunstanciada sobre el modo como habia sido descubierto el asesinato. Encabezábala la declaracion de los vigilantes nocturnos, segun la cual habian oido un grito á cierta hora de la noche, pero que sus sospechas se habian desvanecido al ver á la misma viuda que desde la ventana les contestó cuando fueron á llamar á su puerta. Habian olvidado ya este incidente cuando al amanecer vieron dos hombres bajar precipitadamente por dicha calle con direccion al rio. Acordándose entonces del grito oido algunas horas antes, habian seguido á dichos hombres hasta que á causa de la densidad de la niebla les perdieron de vista.

Poco despues de salido el sol la criada de mistress Bradfort habia vuelto á la casa, y con grande extrañeza habia encontrado, no solo entreabierta la puerta de la calle, sí que tambien todos los cuartos en el mayor desórden. Habia penetrado hasta el cuarto de mistress Bradfort, y pidiendo auxilio al ver su cadáver, habian acudido los vecinos, y quedó desde luego fuera de duda el robo y el asesinato.

El jurado en vista de todos estos detalles pronunció un veredicto de asesinato, de que resultaban culpables una ó mas personas desconocidas.

Pasóse entonces á examinar el cuarto para ver si se encontraba en él algo que arrojase alguna luz acerca de los autores del delito. Ciertos objetos esparcidos sobre la mesa junto á una lámpara y á un jarro de ponche vacío parecieron indicios importantes. Encontróse tambien una carterita de marroquí, un cuchillo de caza comun, casi nuevo con mango de madera, y dos puntas de cigarro: esto último pareció muy extraordinario por saberse que mistress Bradfort no fumaba. Quedaba probado pues que habian estado dos hombres en la casa, con consentimiento, segun la declaracion del watchman, de mistress Bradfort. Debíase pues descubrir quiénes eran estos dos hombres.

Cook, á quien desagradaba la manera de proceder de los agentes de justicia, habíase salido á la calle con el virginio.

Un comerciante aleman, que traficaba con toda clase de objetos y se hallaba entre la multitud, al ver el cuchillo tomólo, y se puso á examinarlo con la mayor detencion.

Todas las miradas se concentraron en él, que de pronto exclamó en alta voz:

—Ya sé á quién pertenece este cuchillo.

—Hablad pues, Bamberger, contestó el constable poniéndole la mano en el hombro, hablad; aunque esta mujer no ha sido asesinada con un cuchillo, se lo habrá dejado aquí olvidado el asesino.

—Este cuchillo, añadió el judío aleman dirigiéndose al juez, pertenece á un jóven campesino llamado James Lively; se lo vendí el jueves último, y por mas señas me lo pagó con un dollar de plata muy nuevo.

—James Lively! murmuró el constable. Oh! no es él quien ha muerto á esa mujer por mas que haya sido encontrado aquí su cuchillo!

—James Lively! replicó vivamente el juez. Mirad que es bien extraño! Dónde está M. Cook? segun me ha dicho ha llegado antes de dia á Helena en compañía de James Lively, y los vigilantes nocturnos han visto poco despues dos hombres que se dirigian hácia el rio.

—Sí, Squire, contestaron los agentes de la autoridad; pero nosotros no podemos afirmar que fuesen estos los asesinos.

—Caballeros, dijo solemnemente Dayton, el asunto que nos ocupa merece quizás mayor circunspeccion de lo que parece. Cook llegó á Helena poco despues de los escandalosos desmanes de los Reguladores en Fourche-la-Fave.

—Efectivamente; esto dice muy poco en favor de Cook, contestó el constable; pero por lo que hace á James Lively es justamente reputado por un jóven leal y honrado.

—Sin embargo, ha sido encontrado aquí su cuchillo, repuso el juez con calma.

—Es preciso interrogarlo, gritó uno de los presentes, hay indicios vehementes de su culpabilidad. Y aun yo puedo añadiros que anteayer fué asesinado un hombre á las inmediaciones de la granja de Lively. Así pues, por mas que sea amigo del constable...

—Poco á poco, caballero, dijo interrumpiéndole el funcionario, en nadie reconozco derecho para decir que trato de favorecer á mis amigos: estoy pronto á arrestar en el acto á James Lively, de este modo aparecerá despues mas completa su inocencia.

—Quién se atreve á acusar á James Lively ó á mí? gritó Cook

presentándose en la puerta, advertido por uno de sus amigos de lo que sucedia. Aqui está Cook, Lively no tardará en llegar: quién osa acusar de asesinato al hijo de mi madre?

—Silencio, caballero! contestó severamente el juez: una acusacion no se desvanece con groserías. Encima de la mesa, cerca de la víctima, ha sido encontrado este cuchillo.

Abrióse paso Cook por entre la multitud, y apenas puso los ojos en el cuchillo, dando un fuerte puñetazo sobre la mesa exclamó:

—Todavía ese mónstruo! tambien él aparece complicado en este nuevo crímen! bien que no se burlará mucho tiempo de nosotros; pronto caerá en nuestras manos, y entonces..

—Pero bien, caballero! dijo el juez con impaciencia.

—Este cuchillo, prosiguió Cook, no puede haber sido dejado aquí sino por el bandido Cotton. Anteayer noche robó en nuestra casa dos bolsas de municiones y en una de los cuales estaba el cuchillo; no hay que perder un momento si queremos apoderarnos del malvado. Vamos, amigos, libremos al país de ese gran criminal.

A una seña del juez impidió el constable la salida de Cook, á quien sin hacer caso de su indignacion, preguntó Dayton:

—Cuándo habeis llegado á Helena?

—Yo? Por qué me lo preguntais?

—Para que me contesteis.

—Bueno: esta mañana.

—A qué hora?

—Yo no tengo reloj, pero era antes de dia; estais satisfecho?

—Dónde está el jóven que ha venido en vuestra compañía á quien pertenece este cuchillo?

—Squire Dayton, ya os he dicho en vuestra casa...

—Contestad á lo que os pregunto, caballero: dónde está en este momento James Lively?

—Squire, contestó Cook fijando en el juez sus chispeantes ojos, parece que quereis divertiros conmigo. Qué significan todas estas preguntas?

—Una pregunta merece una respuesta, observó uno de los circunstantes con voz áspera, al mismo tiempo que entraba en el cuarto un hombre de elevada estatura, seguido de otros cuatro ó cinco, forasteros todos.

Miraron con cierta sorpresa todos los presentes á los que aca-

baban de entrar, mientras una sonrisa de satisfaccion animaba la fisonomía del juez, quien tendió á uno de ellos la mano, diciendo:

—Oh! M Porrel de Sinkvilla, no podiais llegar mas á tiempo para auxiliarnos con vuestros consejos en un asunto que me temo va á tomar muy sérias proporciones.

—Buenos dias, Squire; acaban de decirme que se habia cometido un asesinato en Helena.

—Acabaré de explicaros lo que me preguntabais dentro de un rato, dijo Cook dirigiéndose hácia la puerta; lo que es ahora no podemos perder el tiempo con tan pueriles formalidades, á menos que se quiera facilitar la fuga á los culpables. Vamos, amigos, seguidme.

—Vamos todos, añadió el virginio mirando á su alrededor. Lo mas urgente es apoderarnos de todas las avenidas del *Oso gris*.

—Alto, caballero! dijo el constable poniendo la mano sobre el hombro de Cook; en nombre de la ley daos preso.

—Idos al diablo con la ley! contestó el campesino que de ningun modo parecia dispuesto á ceder. Atrás! Á mí, ciudadanos de Virginia y Helena, al arma! protesto contra semejante tiranía.

—Auxilio á la ley! gritaron los recien llegados; y á pesar de que el robusto campesino, escapando de las manos del constable, habia llegado á la puerta, fué rendido por el número y á pesar de su desesperada resistencia atado con cuerdas que se habian dispuesto.

—A esto dais el nombre de ley? gritaba Cook luchando con todas sus fuerzas. Manda la ley prender á los hombres honrados para dar tiempo á los malhechores de ponerse en salvo? Tened cuenta con lo que haceis, maese Dayton ó Wharton, ó cómo quiera que os llameis, me la habeis de pagar. Cobardes, permitireis que así se me atropelle?

—Soltadle! soltadle! gritó Mills arrojándose con sus amigos sobre los que sujetaban á Cook.

—Auxilio á la ley! gritaban los otros.

Hubo entonces una lucha de corta duracion, decidiéndose la victoria en favor de los que sostenian al juez. El preso no pudo ser rescatado, y el juez, que contemplaba aquella escena de desórden con la mayor impasibilidad, dió la órden de que llevasen á Cook á la cárcel.

—Amigos, gritó Cook al entrar en ella, hacedme un favor.

—Silencio, caballero! dijo el constable, ni una palabra mas, sino...

—Qué quereis? preguntó el virginio.

—Poned al preso incomunicado, constable, gritó el fingido mister Porrel.

—Avisad á James Lively! exclamó Cook con furor mientras era arrastrado al interior de la cárcel.

—Quedad tranquilo; pero dónde le encontraremos? preguntaron los amigos de Cook.

Antes de que pudiese contestar el campesino se habia cerrado la puerta de la cárcel tras él.

—Pardiez! dijo el virginio viendo que todos sus esfuerzos eran inútiles para avisar á James Lively, lo mejor será dirigirme á su casa. Dónde diablos podré encontrar un caballo? Hola, Bob, gritó á uno de sus conocidos que pasaba por la otra acera de la calle, dónde podria encontrar un caballo?

—En casa de M. Smart, contestó lacónicamente Bob sin detenerse.

—En casa de M. Smart, murmuró el virginio siguiendo con la vista á su amigo que se alejaba á todo correr. Voy, pues, á casa de M. Smart á ver lo que me dice; poco me gusta montar á caballo, pues la única vez que lo he intentado caí cuan largo era antes de poder sostenerme en la silla.

Hablando así consigo mismo, encaminóse Mills á la posada de la Union en busca del caballo que necesitaba.

XXXIII.

Indecision.

Dispersada la multitud quedaron Dayton, Porrel y algunos otros afiliados á la cuadrilla en el espacio que mediaba entre la casa de la viuda Bradfort y la cárcel de la ciudad. Muy bien conocia Dayton que iba á decidirse su suerte y la de sus cómplices, por lo que mil extravagantes proyectos se cruzaban en su imaginacion.

Si resolvia resistir se exponia á alguna traicion de funestísimas consecuencias. Despues de echar una ojeada sobre las fuerzas de que podia disponer, hallábase indeciso entre tomar desde luego la ofensiva, destruyendo á sus enemigos antes de que pudiesen ser auxiliados, ó abandonar el campo para poner en seguridad los tesoros que tenia reunidos. De todos modos era indispensable una pronta decision, pues á cada instante aumentaban los peligros y las dificultades.

Porrel, su asociado, que acababa de llegar de Sinkvilla, adivinando los pensamientos de Dayton, acercósele y tocándole ligeramente el brazo, le dijo en voz baja:

—Vamos! vamos! amigo, es necesario resolverse pronto; los momentos son contados.

—Lo sabeis tambien? preguntó Dayton con sorpresa.

—Todo lo sé; Sanders, que os está aguardando con impaciencia en la taberna del *Osso gris*, me ha enterado de todo.

—Dónde está Simson? Le habeis visto?

—Creo que no podemos fiarnos bastante de él.

Pareció Dayton extrañado de las palabras de su camarada.

—Sí, prosiguió Porrel sin reparar en la extrañeza del juez; sospecho que no se ha portado con bastante lealtad. Ello es que apenas fué enterrado el anciano Benwick, se apoderó de una suma considerable contra lo que habíamos convenido, tomando en seguida las de villadiego: quiso empero su mala estrella que los que salieron á perseguirle lograran cogerlo fusilándolo en el acto.

—De veras! y el testamento? preguntó Dayton apretando los dientes.

—Oh! corren á este propósito tantos y tan diversos rumores, que á mi entender lo mejor seria abandonar este asunto.

—No parece sino que se ha desencadenado el infierno contra nosotros! exclamo el juez dando una fuerte patada; todo contribuye á contrariar el golpe decisivo.

—No os abrumeis, pues si no conservais vuestra serenidad, estamos perdidos sin remedio; en vos está cifrada nuestra última esperanza.

—Mucho pedís! yo tenia formado mi proyecto, no solo para asegurar nuestra libertad, sí que tambien para procurarnos el placer de la venganza. Lo mas urgente es ahora ocuparnos de nuestros

camaradas, que se hallan sitiados en la taberna del *Oso gris*. No ignoro quien es el loco desalmado que ha aumentado nuestro peligro cometiendo este asesinato; pero de todos modos hemos de salvar á nuestros camaradas contra quienes se dirige llevado de un justo furor toda la ciudad de Helena. Id corriendo allá, y enviadme todos los hombres desconocidos en la ciudad; preparad á Sanders, Thorsley, y cuantos se hallen reunidos para lo que pueda ocurrir.

—Convendria que antes me enteraseis de vuestro plan, de lo contrario me expongo á obrar de una manera inconveniente, dijo Porrel en tono de desconfianza.

—No hay dificultad; nos apoderaremos del vapor que se halla anclado en la playa, y de este modo no podrán los habitantes de Helena impedirnos la salida cuando sea necesario; conozco perfectamente la maniobra de un steamer, y el *Van-Buren* es demasiado veloz para que no podamos reirnos de los que intenten darnos caza.

—Aprobado; manos á la obra, no desperdiciemos tan buena ocasion.

—La ocasion es excelente, no hay duda, pero nos seria imposible detenernos en la isla. Alarmado como se halla todo el país, aprovecharian nuestros enemigos el paso del primer steamer, que como sabeis es tan frecuente por Helena, para lanzarse á nuestra persecucion, obligándonos á abandonar las considerables sumas que hemos á tanta costa adquirido. Es menester pues pensarlo mejor y obrar con mas cautela.

—De qué modo?

—Oh! es muy sencillo: los Reguladores se hallan ya enterados del sitio donde tenemos establecido nuestro refugio; el secreto que hasta ahora nos habia protegido circula ahora de boca en boca, acompañado de detalles maravillosos y fantásticos, parecidos á los que acompañan siempre los cuentos de hadas. No queda por consiguiente mas que un medio para desviar el golpe que nos amenaza y burlarnos de nuestros enemigos. Gracias á los repetidos atentados de Cotton se ha levantado todo el país, y dentro de muy pocas horas llegarán á Helena fuerzas respetables prontas á emprender el ataque de la isla. Si nos negamos á prestarles el auxilio necesario, excitamos sus sospechas y disminuimos nuestra fuerza; vale mas por lo tanto unirnos á nuestros enemigos, y aparentar que estamos dispuestos á secundarlos. Hace un cuarto de hora que he enviado un ex-

preso á la isla, enterándoles de este plan. Nos dirigiremos contra el número 61 á bordo del *United-States*, que ha de llegar dentro una ó dos horas, dirigiéndose desde Memphis á Napoleon. Como en las presentes circunstancias se trata del interés general, no podrá negarse el capitan á poner el buque á mi disposicion, pues si tal hiciese le obligaria á ello en mi calidad de juez, y si esta no bastase, lo que no es probable, se apoderarian del buque á viva fuerza los Reguladores.

Porrel inclinó la cabeza sonriendo en señal de asentimiento.

—Una vez dueño del vapor, prosiguió Dayton, haremos rumbo á la isla, y al llegar á ella, formaré mi plan de ataque dividiendo en dos mitades la fuerza. Atacaremos nosotros por la parte posterior donde estarán escondidos nuestros camaradas, mientras por la otra parte adelantarán inconsideradamente los Reguladores produciéndose en sus filas un desórden confusion inevitables. Desordenados y confusos, no conociendo el terreno y no distinguiendo á sus amigos de sus enemigos, fácil nos será conseguir que ni uno solo salga de la isla. Embarcaremos entonces nuestra gente y nuestros tesoros en el buque de que nos habremos apoderado, y forzando la máquina recorreremos el Mississipí, internándonos en el golfo de Méjico por el canal de la Achafalaya antes de que anochezca, ó á lo menos antes de que se piense aquí en perseguirnos aguardando el regreso del steamer victorioso.

—Soberbio plan y no hay duda de que los Reguladores caerán en el garlito. Pero por qué reteneis presos á Cook y á aquel jóven marinero? Su detencion puede exasperar los ánimos.

—Son dos hombres peligrosos por su carácter violento y arrebatado. Volved á la taberna del *Oso gris* á fin de que los nuestros no estén desprevenidos. Convendria arreglar la expedicion antes de la llegada de los otros Reguladores, pues así tendríamos menos que hacer; pero ante todo conviene asegurar á James Lively, pues él solo bastaria para levantar contra nosotros todo el condado. Apoderaos de él; se halla oculto en el bosque frente la taberna, desde donde vigila todo lo que en ella se hace. Prendedle sin causarle daño alguno; pero si se resistiese, traedle muerto ó vivo. El cuchillo que ha sido encontrado en el sitio del crímen le pertenece.

—Bueno, bueno, contestó Porrel restregándose las manos, estoy enterado. Celebro que las cosas hayan llegado á tal punto que

no parezcan ya comedia; me aburria esta vida de sustos y alarmas continuas. Lo que es hoy vamos á cortar por lo sano. Mi parte quedará bien desempeñada; procurad sobre todo que nadie falte á la llegada del steamer.

Separóse Porrel, y juntándose con algunos amigos que le aguardaban á poca distancia, echaron todos á andar con paso precipitado.

El Squire, abismado en profundas meditaciones, tomó el camino de su casa, á la cual llegó en el mismo momento que salia el jóven de quien hemos antes hablado.

—Quién es ese jóven que acaba de salir? preguntó á Nancy; de dónde viene? qué queria?

—No sé, contestó la criada entregándole una carta que acababa de recibir. Ha venido hace poco, ha subido á ver á la señora, y parecia desmayarse al bajar las escaleras llorando á lágrima viva. Me ha dado lástima y le he enviado el negro que ha venido con vos esta mañana; pero el jóven no ha querido hablarle, antes bien ha ocultado el rostro entre sus manos como si temiese ser reconocido. Al separarse Bolivar se ha levantado precipitadamente, y calándose el sombrero hasta las orejas ha echado á correr.

—Están arriba las señoras? preguntó el Squire sin ocuparse ya mas del jóven desconocido.

—Miss Adela ha ido á casa Smart, pero la señora está; quereis que...

—No, no, contestó Dayton subiendo lentamente la escalera. Si preguntan por mí, hacedles aguardar ahí bajo; no dejeis subir á nadie.

El juez de Helena, el feroz capitan de los piratas del Mississipi, entró en el cuarto de su compañera, tan buena, tan pura é inocente que ignoraba los espantosos crímenes de que era él culpable, y que se habria siempre resistido á creer atendido el amor sincero que profesaba á quien tan villanamente habia hecho traicion á su desinteresado afecto.

Nadie habia en este cuarto: Lucy se habia trasladado á la cabecera del lecho de María.

Echó Dayton una mirada melancólica á este elegante aposento, asilo de una mujer que habria podido hacerle el mas feliz de los mortales, pues se hallaban en ella reunidas todas las circunstancias capaces de satisfacer el corazon y la vanidad de un hombre

honrado. Pero la vida de Dayton era un tejido de crímenes; todas sus acciones obedecian al mas frio cálculo, sacrificaba sin remordimiento los mas sagrados objetos á sus pasiones egoistas. Cuantos hombres con corazon de hierro atraviesan la vida hollando con su planta sacrílega cuanto contraría sus caprichos aun los mas frívolos! Pero nadie como el Squire habia llevado tan léjos el desprecio de sus semejantes y la fria indiferencia por todo lo que se oponia á sus deseos.

Dayton habia echado sus cuentas con el mundo: sin ningun apego á la vida, parecia desafiar á cada momento la muerte. Ninguna mella hacia en su ánimo la justicia humana, y la ley divina se hallaba despresligiada á sus ojos. Marchaba pues en su criminal carrera sin temor ni debilidad, sirviéndose de los hombres como meros instrumentos.

Solo en aquel virginal santuario de su fiel compañera no pudo Dayton dejar de admirar el asilo de felicidad doméstica que se ofrecia á su vista. Cada objeto en particular hablaba á su corazon, y por la primera vez de su vida comparaba lo que era con lo que habria podido ser: el lugar donde se encontraba era el templo del amor puro y desinteresado; en él habia constantemente latido un corazon que le era enteramente adicto, no podia dejar de reconocer que su esposa le habria seguido con la sonrisa en los labios por entre la tribulacion y la miseria, porque no vivia mas que de su vida y su felicidad era la suya propia, mientras él....

Permaneció inmóvil y aterrado por las nuevas ideas que á su mente se presentaban, apretadas convulsivamente las manos una contra otra: empezó todo á girar al rededor de sus ojos. Olvidó por un momento sus crímenes, recordando con indecible satisfaccion el dia en que por la vez primera habló á su bondadosa consorte, trayendo á la memoria las protestas de fidelidad y constancia que sonrojándose habia oido de sus labios tan escandolosamente perjuros. Podria ahora decidirse á abandonar á la que habia unido tan estrechamente á la suya su suerte, y cuya única felicidad consistia en vivir á su lado? Iba á cortar con mano impía los sagrados lazos que le unian á su fiel esposa? El recuerdo de todo lo que habia hecho por él, recuerdo que hasta entonces habia procurado apartar de su memoria, le anonada y confunde, sintiendo quizás por la vez primera la voz del remordimiento.

—Lucy! Lucy! gritó fuera de sí ocultando con sus temblorosas manos su rostro lívido y desencajado.

Oyóse en la escalera un paso ligero: era ella. Por un poderoso esfuerzo de voluntad, calmóse Dayton al instante recobrando sus facciones su habitual severidad, si bien continuaron abatidos sus ojos y pálidas sus mejillas.

—Ah! Georges! exclamó la buena señora agradablemente sorprendida de encontrar á su marido á quien creia fuera de casa, cuánto me alegro de que hayais vuelto tan pronto! No podeis figuraros cuánto sufre mi corazon cuando os veo salir.

—Mi querida Lucy, contestó Dayton, no debeis atormentaros tan sin motivo; bastantes disgustos se sufren en este mundo para que vaya uno á aumentárselos.

—Quisiera tener otro carácter, contestó Lucy tristemente. Pero mirad cuán pálido y desencajado estais! No he pues de inquietarme?

Con estas palabras acercó suavemente á su marido al espejo; pero este se volvió en seguida porque los rostros de los dos esposos uno al lado del otro presentaban un singular contraste.

Oyóse entonces en la calle el relincho de un caballo. Volvieron maquinalmente la vista ambos esposos á la ventana y quedaron estupefactos.

—Adela! exclamaron los dos á un tiempo.

No les faltaba en efecto razon para quedar admirados. Adela, montada en un caballo negro, con la cabeza descubierta, teniendo en la mano derecha el sombrero y guiando con la izquierda su caballo, pasó á todo escape por delante de la casa, perdiéndose muy luego de vista.

—Habráse visto jóven mas extravagante! dijo mistress Dayton mientras el Squire corria hácia la puerta como para detener á Adela. No tenemos animal mas indómito que ese caballo negro, prosiguió mistress Dayton, y precisamente es el que ha elegido para pasearse! El primer dia va á tener alguna desgracia!

De pié el juez en el dintel de la puerta, seguia la direccion que habia tomado Adela, diciéndose con ansiedad: qué irá á hacer por este lado?

—Dayton, exclamó de repente su esposa, qué teneis? Es espantosa vuestra palidez.

—Yo? dijo él volviéndose y esforzándose en sonreir. Qué quereis que tenga, querida? No hay duda que los asuntos de esta buena ciudad me tienen trastornada la cabeza, y empiezo ya á cansarme de esta vida agitada.

—Ah! Georges, contestó Lucy en voz baja tomándole la mano, cuántas veces durante estas largas noches que habeis pasado fuera de casa he deseado ardientemente que renunciaseis á este género de vida! No sois apreciado, respetado, el primero en fin de la ciudad? Comprendo que un hombre tenga ambicion; pero vuestra salud se perjudica, vuestras fuerzas se debilitan; vuestros deberes y trabajos os privan del sueño y del descanso. Oh! si quisieseis solamente renunciar á tan continuo movimiento! Si el amor de vuestra esposa pudiese bastar á vuestra felicidad! añadió ocultando el rostro en el seno de su marido que la tuvo algunos instantes estrechamente abrazada.

A este suave contacto, apoderóse de Dayton una sensacion extraordinaria. Perdió su fisonomía la expresion de indiferencia que era su signo mas característico, y sus ojos la tristeza que en ellos se veia pintada; miró tiernamente á su esposa temblándole el brazo al pasarlo al rededor de su elegante cintura; risueñas imágenes presentáronse en tropel á su espíritu. Allá en lontananza veia como en sueños una hermosa isla bañada por las trasparentes aguas del Océano; en las márgenes que protegian con su sombra la palmera y el geranio, respirábase una embalsamada brisa; la inmensidad de los mares le separaban del teatro de sus crímenes, borrando las espumosas olas todos los recuerdos de su pasado; cada dia al levantarse el sol ofrecia á su vista nuevos horizontes. Todavía era tiempo, el golpe decisivo estaba aun suspendido; la fatalidad no le habia aun herido con su brazo de hierro. Continuando abrazándola, tocaron sus labios aquella frente tan pura, y una lágrima brillante como un diamante se veia rodar por ella. Aquella lágrima era el primer paso al arrepentimiento, aquella lágrima podia aun abrirle el cielo!

—Lucy! dijo con un acento de extraordinaria ternura.

Oyóse al mismo tiempo la campana del *Van-Buren:* el vapor iba á salir dentro de un cuarto de hora. Dentro de dos dias, pensaba Dayton, podré estar en Luisvilla, y si desde allí bajo un nombre supuesto me dirijo á cualquier puerto del Este será imposible que si-

gan mis huellas. De este modo dejo detrás de mí la vergüenza y la muerte, y dentro un mes me veo libre en el Océano.

—Lucy, dijo en voz apenas inteligible, sofocado por la emocion, Lucy, soy indigno de vos; soy un culpable á quien vos, ángel puro, habeis de elevar al nivel de vuestra perfeccion. Marchemos. Si no salgo de aquí estoy perdido para siempre! Todavía es tiempo, aun puedo salvarme. Oís esa campana? El vapor á cuyo bordo está va á salir hácia el Norte; ahora puedo marchar, dentro de una hora será ya tarde. Quereis salvarme, Lucy? Salvarme del espantoso fin que me amenaza?

—Cómo! quereis marchar con tanta precipitacion, Georges? dijo su esposa con estupor. Quereis abandonarlo todo? sin despedirnos de nuestros amigos?

—Sí, todo debeis abandonarlo si me amais y quereis salvarme! mi suerte está pendiente de vuestros labios; de vuestra resolucion depende mi vida ó mi muerte. Os extrañais, Lucy, de que una palabra vuestra pueda hacerme dichoso ó desgraciado; sin embargo esta es la verdad.

—Y Adela?

—Quedará aquí; suya será nuestra casa y todo cuanto nos pertenece. Mi fortuna basta y sobra para llenar todas nuestras necesidades.

—Es preciso pues marchar al instante, Georges? Cómo quereis que me halle pronta en un minuto? Es imposible: necesitaria á lo menos ocho dias para hacer los preparativos.

—Quereis seguirme, Lucy? repitió Dayton con voz temblorosa y suplicante; aun estais á tiempo de conservar mi vida y mi amor. Sí, Lucy, mi vida, mi felicidad, la vuestra, todo depende de vos. Quereis partir ó he de continuar viviendo como un malvado?

—Georges! exclamo mistress Dayton aterrorizada. Qué significa est o? Ah! si me amais, decídmelo todo.

— Es necesario que yo parta, repuso el juez en voz baja volviendo la cabeza. El peligro mas inminente me amenaza. Vos sola, Lucy, podeis salvarme. Quereis seguirme?

— Os seguiré hasta la muerte, Georges! iré gustosa donde querais conducirme! dijo la pobre señora echándose en sus brazos. La esclavitud, la miseria, todo lo prefiero á verme separada de vos.

Retuvo Dayton estrechamente abrazada á su esposa durante algunos instantes; levantando luego lentamente la cabeza dijo:

—Gracias, ángel mio, gracias! apresuraos á reunir lo que os sea mas indispensable. Voy á enviar á Bolivar al capitan del *Van-Buren* para que me aguarde un momento mientras César y Nancy trasportan vuestros efectos; dentro de una hora estaremos embarcados, dentro de una hora marcharemos hácia la libertad á empezar una nueva vida.

Abrió Dayton su papelera, y cogiendo muchas cartas y pliegos que tenia en ella encerrados los echó al fuego.

—Ved, dijo, como rompo con mi pasado. Guardad cuidadosamente esta cartera, pues en ella hay lo que legítimamente me pertenece. Ahora es preciso que os deje cinco minutos para ocuparme de algunos asuntos importantes. Durante mi ausencia preparadlo todo; vuelvo al momento á reunirme con vos para no separarme nunca jamás.

Abrazó Dayton á su esposa saliendo precipitadamente del cuarto, mientras Lucy, no sabiendo si soñaba ó estaba despierta, iba reuniendo los efectos mas indispensables para tan largo viaje. Cuando hubo concluido, sentóse arrasados los ojos en lágrimas, para escribir algunas palabras de despedida á su amiga.

Aguardó en seguida con el corazon lleno de angustia el regreso de su marido, pensando que iba á dejar para siempre á Helena y á todas las personas con quienes se habia relacionado durante su larga permanencia en aquella ciudad.

Al mismo tiempo el negro Bolivar salia de la casa del Squire con una maleta muy bien cerrada, dirigiéndose con precipitacion al steamer, cuya campana de aviso se hacia oir por segunda vez.

XXXIV.

A caballo! á caballo!

Reinaba la mas profunda calma en la plaza que se veia frente la posada de la Union. Un silencio sepulcral se observaba en la ciudad de Helena. Algunos caballos atados á los anillos de hierro,

fatigados del viaje y de aguardar tanto tiempo, miraban tranquilamente, agachadas las orejas y erguido el cuello, como las golondrinas bajaban á cazar los insectos á su alrededor.

En aquel momento salia el negro Scipion de la caballeriza de la posada llevando de la brida el caballo negro de M. Smart, pareciendo tras él en la puerta el posadero y nuestro amigo el virginio.

—Vamos pronto, Scipion, trae la silla; parece que tienes plomo en las piernas. Ah! buenos dias, miss Adela! Hoy podeis llevaros si quereis á mistress Rosalía, pues no creo que el trabajo se lo impida, gracias á mistress Bradfort que se me ha llevado todos los parroquianos.

—Oh! cómo podeis hablar en broma de un acontecimiento tan terrible! exclamó mistress Smart que venia siguiendo á Adela. A la verdad no era dicha mujer santo de mi devocion; pero qué fin mas desastroso!

—No creais que M. Smart tenga mal corazon aunque asi hable, contestó Adela. Pero quién habia de decirle cuando dias atrás le disteis aquella broma para hacerla volver à su casa, que habia de morir de una manera tan desgraciada? Los asesinos la sorprenderian probablemente en medio del sueño.

—No, miss Dunmore, contestó el virginio. Yo he estado en el lugar de la catástrofe, y segun he podido ver, los que la han asesinado se hallaban tranquilamente hospedados en la casa. Vamos, Smart, démonos prisa sino voy á llegar demasiado tarde. Cuál es el camino mas corto para llegar á la granja de los Lively?

—Si tanta prisa llevais podeis llegar en dos horas, contestó el yanke; tomad el camino que encontrareis hácia el Noreste.

—Qué vais á hacer á la granja de los Lively? preguntó Adela recordando la conversacion del Squire y Cook. No creo que encontreis en ella alma viviente.

—Diablo! esto sí que seria un mal, contestó Mills, aun prescindiendo de que yo haria un viaje inútil. Es preciso que yo encuentre á James Lively, el caso es urgente, un peligro le amenaza.

—Un peligro? preguntaron á la vez Adela y Smart. Explicaos.

—Cook está preso.

—Cook preso! exclamó el yanke sacando las manos de la faltriquera; William Cook en la cárcel?

—Esto, ni mas ni menos: y ahora se trata de prender á James por haberse encontrado su cuchillo en la casa de la víctima.

—Es imposible! exclamó Adela. El Squire Dayton sabe muy bien que no han llegado á la ciudad hasta esta mañana, y no ignora tampoco el objeto de su viaje.

—Es extraño, porque precisamente el Squire ha sido quien mayor empeño ha puesto en que se prenda á James. Si supiese dónde encontrar á este pobre jóven.

—Yo os lo diré, contestó vivamente Adela; lo encontrareis á la orilladel rio, á la entrada de la ciudad, á cosa de una milla de aquí, escondido en un bosquecillo frente la taberna del *Oso gris*.

—Está muy léjos? Ah! temo llegar tarde, repuso el virginio, pues los que han de prenderle han debido...

—Decidme, querida miss, qué hace Lively escondido en el bosquecillo? preguntó Smart.

Adela, sin escuchar al posadero, miraba con inquietud al virginio que no sabia como colocarse sobre el caballo.

—Segun veo, poco acostumbrado estais á montar, díjole finalmente Adela cuya angustia era extraordinaria.

—A decir verdad, mas me gustaria ir en un barco, contestó Mills. Bueno, hé aquí un estribo que es corto, y no puedo encontrar el otro.

El caballo, como extrañando la tardanza de su jinete, volvió la cabeza á uno y otro lado.

—Bravo! dijo por fin Mills sentado ya sobre la silla.

Pero buscando con el pié derecho lanzó el estribo al pecho del animal, que dió un gran salto.

—Hohé, gritó Mills con tono de ansiedad saltando por encima de las orejas del caballo.

—Bueno! exclamó Smart, vaya un modo de apearos.

—Scipion! Scipion! traed la silla de mistress Smart, gritó Adela temblando de impaciencia.

—Mi silla? preguntó la posadera sorprendida al ver á Scipion que efectivamente la presentaba. Si yo no quiero montar.

—Pero permitireis que monte yo! contestó Adela tomando la brida. Vamos, M. Smart, colocad esta silla, yo os lo suplico.

—Pero querida miss...

—M. Smart! repuso la jóven con acento tan persuasivo que el buen yanke no se atrevió á replicar.

En un momento fué cambiada la silla, saltando sobre ella Adela antes que mistress Smart hubiese vuelto de su admiracion. Mientras iba penosamente levantándose el desgraciado jinete, desapareció la intrépida amazona envuelta en una nube de polvo.

Luego que James Lively quedó solo, habia cambiado su plan, deslizándose á la manera de los indianos muy cerca de la casa. Eran demasiadas las precauciones que tomaban los bandidos para que á pesar de esto pudiese observar nada de lo que pasaba en el interior de la taberna. Oia solamente un confuso murmullo de voces, el ruido de puertas que se abrian y cerraban, y al cabo de un rato la marcha de un barco en el rio. Adelantó entonces hasta el borde del agua escondiéndose entre las ramas de un ciprés, desde el cual podia observar sin ser descubierto.

Dos minutos despues atracó el barco, saliendo de él ocho hombres, vestidos de marineros los unos y en traje de gentleman los otros.

—Hola, Thorsby, gritó un hombre de elevada estatura y aspecto feroz dirigiéndose al tabernero que salia á recibirle, habeis visto á Kelly? De qué lado sopla el viento? Nada sabemos de Waterford.

—Ni yo, pero pronto recibireis instrucciones. La ciudad está muy alarmada. Está aquí Porrel?

—No, pero ha de llegar muy pronto; Kelly va reuniendo á todos los nuestros. Algun peligro nos amenaza. Qué tal va en la isla?

—Muy bien, contestó Thorsby; entremos en la casa y hablaremos. Aguardais aun á otros?

—Sí, Waterford vendrá con todos los que pueda reunir, á fin de que nadie falte á la reunion general que ha de tener lugar esta tarde en el número 61.

Entraron hablando así Thorsby y su camarada en la taberna, cerrando otra vez la puerta. James Lively se mantuvo escondido hasta que estuvo seguro de que no habia ya persona alguna por aquellas cercanías. Colocóse entonces otra vez cerca de la casa; pero aunque conocia que la conversacion era en el interior bastante animada, le era imposible distinguir ni una sola palabra. Se habia persuadido de que el tabernero estaba en connivencia con los

habitantes de la isla, y por lo mismo aguardaba con ansia el regreso de su cuñado para prepararse á dar un golpe decisivo.

A la misma orilla del camino habia un zarzal, en el que se ocultó James, y apenas habia podido agacharse oyó pasos de hombres en el mismo camino. Creyó de pronto que los recien venidos iban á pasar de largo; mas léjos de esto paráronse delante de la casa llamando de una manera particular dando cuatro golpecitos en la puerta.

A una pregunta que les fué hecha desde el interior, contestó uno de ellos:

—Soy yo, Sanders; abrid.

Lively conocia esta voz; era la de Hawes. Qué vendria á hacer á semejante hora en aquel sitio? Cuáles serian sus relaciones con los que allí se hallaban reunidos? Qué significaba aquella señal?

La oscuridad no permitió á James conocer al que iba en compañia de Sanders, desapareciendo inmediatamente ambos en el interior de la taberna.

Lively no sabia qué partido tomar; deberia ir en busca de Cook que habia entrado en Helena para pedir al juez que cercase desde luego aquella casa sospechosa? Parecióle mejor aguadarle donde se encontraba, y atravesando el camino para buscar un escondrijo mas cómodo, internóse en el bosque de pinos donde permaneció en acecho durante muchas horas.

Acababan de dar las diez, y los importantes sucesos que hemos antes referido habian tenido ya lugar en Helena. Lively cansado de esperar resolvió ir al encuentro de Cook para contarle todo lo que habia visto y resolver de comun acuerdo lo que convendria hacer. Al disponerse á salir de su escondrijo vió cuatro hombres que venian de la parte de la ciudad examinando atentamente el terreno á medida que iban adelantando, parándose junto al caballo de James.

—Diablo! dijo el campesino al ver que se apoderaban del animal. Qué querrá esa gente?

Conferenciaban entre sí los cuatro individuos señalando el lugar donde se hallaba escondido James; mas mientras iban estos adelantando hácia el, distinguió su ejercitado oido la rápida carrera de otro caballo marchando hácia la misma direccion. Volviéronse repentinamente los desconocidos ocultándose entre la maleza. Descubrió entonces á la extremidad del camino un caballo negro cubierto de es-

puma adelantando con la velocidad del rayo, y sobre él... Lively no podia dar crédito á sus ojos... sobre él... con el rostro encendido y flotando en el aire los cabellos... vió á Adela Dunmore que agitaba sin cesar el látigo para precipitar mas y mas la marcha de su caballo. Mucho habria deseado James hablarla y saber de su boca la causa de tanta precipitacion; pero detenido por un movimiento secreto, mantúvose quieto en su escondrijo creyendo que la jóven seguiria adelante.

Pero de repente detiene esta su caballo, y con grande extrañeza de James pronunció su nombre en alta voz con un acento que revelaba la mayor inquietud.

—M. Lively, M. James Lively, dónde estais?

Para complacer á esta voz, habríase precipitado James á un abismo. Presentóse pues desde luego, y dejando su escopeta tomó con una mano la brida, mientras con la otra ayudaba á Adela á apearse.

—Partid, caballero, partid; tomad mi caballo y huid! exclamó con voz sofocada por la emocion, volviendo con espanto la vista á los cuatro hombres que se iban acercando.

—Miss Adela! exclamó James, vos aquí?

—Huid si teneis en algo mi tranquilidad. Huid...M. Cook está preso. Hay en Helena un barullo inexplicable, y estos hombres vienen á prenderos.

—A prenderme! y por qué?

—Tomad mi caballo, daos prisa ó sino será tarde.

James no sabia si dormia ó estaba dispierto; comprendia no obstante que tenian lugar cosas extraordinarias. Sabia que no era culpable de crímen alguno, pero la prision de Cook le atemorizaba. Agolpáronse á su mente horribles sospechas, y al ver á los desconocidos acercársele con intenciones evidentemente hostiles, conoció que el peligro era en efecto inminente.

Los hombres se hallaban ya á cincuenta pasos.

—Pero mi querida Adela, es imposible dejaros sola.

— Oh! no temais por mí: huid por Dios!

—Un momento, contestó el jóven campesino riendo pues acababa de ver que sus perseguidores iban sin armas. Antes es menester que me digais...

—Si os interesa mi sosiego, repuso Adela con desesperacion y en tono de súplica, James; si me amais, poneos en salvo.

Si con estas palabras se hubiese propuesto Adela animar al jóven para lanzarse contra sus enemigos, habria él desafiado mil veces la muerte; volviendo pues á coger su escopeta saltó sobre el caballo tomando la brida.

—Deteneos! gritóle entónces Porrel; venimos como amigos, nada teneis que temer de nosotros.

—A nadie temo, contestó James, y si solamente...

—No les creais, gritó Adela pálida como la muerte, huid, apresuraos á reuniros con vuestros amigos.

—El Squire Dayton me envia, dijo Porrel adelantándose y cogiendo la brida.

Creyendo Adela perdido á Lively, sintióse desfallecer, viéndose precisada para no caer á apoyarse en un árbol.

—Voy á encontrar al juez, contestó James haciendo saltar la brida de la mano del que la retenia. Atrás, caballero, gritóle con voz firme; amigo ó enemigo dejadme el paso libre sino quereis...

Y sin concluir metiendo espuelas al caballo, partió como una saeta desapareciendo en medio del bosque.

—Miss Dunmore, dijo Porrel á la jóven, no sé qué extraño empeño habeis tenido en hacer partir á Lively: no corria el menor riesgo.

—No mintais, caballero! vuestra intencion era prenderle; no se halla bajo una acusacion de homicidio?

—Realmente: pero no creo que la fuga sea el mejor modo de probar su inocencia, repuso el de Sinkvilla por cuyos labios cruzaba una sonrisa sardónica.

Adela no contestó á este sarcasmo.

—Sea lo que fuere, prosiguió, el Squire me ha asegurado que tenia noticia de los verdaderos asesinos, y me habia enviado aquí para participárselo á ese jóven tranquilizándole por los indicios que parecen comprometerle.

—M. Porrel, contestó Adela sonrojándose, no ignoro la órden que teniais con respecto á James Lively.

—Pues si no quereis creerme preguntádselo al mismo Squire. Cook, segun me han dicho, está ya en libertad por haberse desvanecido todas las sospechas. Tomad, Juan, poned sobre ese caballo esta silla de señora; miss Adela querrá sin duda entrar sola en la ciudad que en nuestra compañía.

El hombre á quien se dirigió Porrel obedeció prontamente presentando el caballo á Adela, que de pronto habia pensado rehusarlo; pero cambiando luego de parecer, puso el pié en el tronco de un árbol para montar, partiendo en seguida á todo escape hácia Helena.

Porrel estuvo contemplando con aire amenazador á la jóven que se alejaba, encaminándose luego al desembarcadero de la taberna, donde habia enviado antes á sus hombres con la órden de que preparasen el barco del Refugio.

XXXV.

El capitan y su teniente.

M. y mistress Dayton se habian altamente sorprendido al ver á Adela pasar á todo escape por delante de su casa, pero los que se hallaban en el *Oso gris* no extrañaron menos la escena que pasaba ante sus ojos. Grande era su inquietud, pues atendida la distancia no podian conocer si aquel encuentro en medio del camino era puramente casual ó si podia bajo algun concepto interesarles. Su misma conciencia les acusaba exagerando las cosas mas insignificantes, y Sanders, mas que otro alguno, experimentó al reconocer á Adela una terrible ansiedad. Púsose pues á observar desde una ventanita del segundo piso de la taberna, pronto á emprender la fuga en caso necesario.

Qué podia llevar á miss Dunmore á tan larga distancia de la ciudad, sola y con tanta precipitacion? Quién seria el individuo que se habia escapado á través de los bosques?

Pensó satisfacer su curiosidad al ver que uno de los que figuraban en aquella escena se encaminaba á la taberna, si bien no pudo distinguir sus facciones ocultas bajo las anchas alas de un sombrero de paja. No tenia duda sin embargo que seria uno de sus cómplices, pues Thorsby se habria guardado muy bien de abrirle la puerta sin asegurarse antes de que era uno de los iniciados.

Púsose pues de un salto el jóven bandido á la entrada de la taberna para adquirir alguna noticia.

Porrel venia comisionado por su jefe á enterar á los bandidos de lo que habia sucedido en Helena, del peligro que corrian, y de las medidas tomadas para conjurarlo, explicándoles al mismo tiempo el plan que Kelly habia formado para asegurar la fuga despues de tomar una sangrienta venganza.

—Pero! exclamó Sanders con cólera, por qué no viene el mismo jefe á enterarnos de todo esto? El sabe lo que me ha prometido y que me es imposible presentarme de este modo en la ciudad. Si el plan fracasa, como puede muy bien suceder, para nosotros no hay esperanza de salvacion, mientras que él manteniéndose prudentemente en la barrera sacará ileso su pellejo.

—No tengais cuidado, contestó Porrel; no creais que se os abandone cuando llegue la ocasion de marchar. Embarcaos en el buque del Refugio y dirigíos en seguida al desembarcadero de Helena. Si nuestro proyecto va adelante y marchamos nosotros con los Reguladores que han tomado las armas, haceos á la vela: si no llegais á tiempo para tomar parte en el combate, estareis siempre allí antes de que se embarquen los equipajes. Si por el contrario fracasa nuestro plan será preciso batirnos en Helena, aunque á deciros verdad procuraré evitarlo todo lo posible. En este caso será la señal cuatro tiros seguidos: esto os dará á entender que todo ha sido descubierto, y que el único medio de salvacion es apelar á la fuerza.

—De todos modos es indispensable que esto acabe, murmuró Sanders, yo no puedo permanecer así por mas tiempo; si Cook no hubiese sido preso, me habria hecho una mala partida. Pero decidme, qué estabais hablando con aquel jóven que ha echado despues á correr hácia el bosque?

—No lo habeis conocido? Era James Lively que se hallaba oculto ahí cerca espiando lo que pasaba aquí.

—Entonces estamos perdidos! exclamó Sanders aterrorizado; he aquí los resultados de vuestra indecision. Nosotros que nos hemos comprometido por el provecho de todos tendremos un fin trágico; ya me parece sentir el cáñamo al rededor de mi garganta, mientras vosotros os quedareis tan frescos como si tal cosa. Oh! por qué he de encontrarme así á la disposicion de este maldito Kelly!

—Vamos, dejaos de jeremiadas, contestó Porrel para calmar á Sanders; el buque está pronto: vamos, amigos, al avio, pues si Ja-

mes Lively vuelve con la misma prontitud que ha marchado, no tardarán en llegar los Reguladores, y mientras nosotros perdemos el tiempo en Helena sorprenderán nuestro nido. Thorsby, lo habeis enviado todo á la isla?

—Ayer tarde no fué posible á causa de la niebla, pero todo se ha remitido esta mañana.

—Vamos á embarcarnos sin tomar precaucion alguna? Si hay alguno de nuestros enemigos que nos observe, nos descubrirá fácilmente.

—Cubrios con vuestras mantas y creerán que sois indianos. Vamos, pronto, me parece oir ruido de caballos.

Entraron todos en el barco, mientras Porrel y los que con él habian venido regresaban á la ciudad.

Luego que Jonathan Smart tuvo noticia por la relacion de Mills de la prision de Cook, salió con el virginio con ánimo de responder al juez Dayton de la completa inocencia del campesino. En ninguna parte encontraron al Squire, y el constable les manifestó que sin una órden del juez no podia soltarle, ni aun bajo caucion.

Comprendió Smart que esta razon era fundada, pero el virginio dejándose llevar de su indignacion juró que su mayor gusto seria cortar la cabeza á todos los funcionarios públicos de Helena, añadiendo una série de invectivas y blasfemias que nos es imposible reproducir.

Dirigiéronse los dos poco á poco hácia la cárcel. Habia frente la casa de la difunta mistress Bradfort algunos marineros conversando tranquila y amigablemente. La puerta de la cárcel estaba perfectamente cerrada, y á menos de que se abriese por la parte interior era imposible la entrada.

Oyóse de repente una voz que salia de una reja del piso superior de la cárcel:

—Hohé, amigos! gritó.

Creyó de pronto Smart que era la voz de Cook, pero parando mas su atencion vió no sin extrañeza que era su amigo de la víspera, el jóven marino de la Indianía, á quien creia desde mucho tiempo bogando por el Mississipí.

—Eh! pardiez! amigo mio, qué haceis ahí detrás de esas rejas? Pareceis enjaulado como un loro. Qué diablos le ha dado hoy al

juez, pues por lo comun no se toma tanta prisa para prender á la gente.

—Un miserable, á quien nadie conoce, ha presentado una acusacion contra mi: por lo visto no se cuida aquí de tomar la defensa de las personas honradas. Será permitido en un pais libre meter á un ciudadano en un calabozo para dejarlo allí olvidado?

—Pero por qué os han puesto bajo llave? preguntó Smart.

—Señores, dijo, acercándose á Smart y Mills, un hombre á quien nadie habia visto hasta entonces en Helena; está prohibido hablar con los presos; uno de mis amigos ha acusado á ese jóven, y el constable ha dado la órden de que estuviese incomunicado.

—Smart, escarmentad á ese insolente, gritó Tom desde la ventana, y os quedaré doblemente agradecido.

—Amigo mio, dijo tranquilamente el yanke al que se le habia acercado, á mi entender hariais mejor en cuidaros de vuestros asuntos; pues he de deciros que no me hallo de humor....

—Precisamente este es uno de mis asuntos ,contestó el desconocido con altivez; me han colocado aquí para impedir toda comunicacion con los presos.

—No estoy de humor para dejarme imponer la ley por un forastero, prosiguió Smart, quien siguiendo su costumbre terminó la frase interrumpida, mientras el virginio, furiosamente colérico, se preparaba á sostener con la fuerza de sus puños la bondad de las razones de Smart.

—Vamos, vamos, gentleman, calmaos, díjole otro desconocido; no tendrias reparo en promover un escándalo cerca el sitio donde reposa un cadáver? Paz á los muertos, gentleman!

—Bah! contestó desdeñosamente el virginio, no tengo intencion de mezclarme en nada de lo que se refiera á esa vieja. No ha hecho mas que encontrar lo que tenia bien merecido.

— Muera el infame impostor! gritó una voz que salia de entre la turba.

Volvióse instantáneamente el virginio, sin que lograse descubrir el que habia proferido semejante amenaza.

— Oh! si estuviese yo aquí bajo! gritó Tom desde la ventana, mientras Smart, indignado al ver la actitud repugnante de aquel numeroso grupo, les apostrofó cerrando el puño. Bribonazos! pues este es el nombre que mereceis toda esa horda de miserables va-

gamundos á quien nadie conoce. Sois americanos; si, ó no? Se me figura que sereis otros tantos de esos pícaros bastardos de la Nueva Inglaterra.

— Bravo, Smart! gritó la multitud, satisfecha de haber exasperado á un hombre de una impasibilidad á toda pueba. Venga una mesa y una silla, subid, Smart, y echadnos un sermon! silencio! Smart va á hablar!

— Miserables! gritó Smart en el colmo de su desesperacion; infames bandidos, raza degenerada! vuestros padres derramaron la sangre para conquistar la independencia de nuestro país; pero vosotros, hijos desnaturalizados, deshonrais á la patria y la memoria de nuestros antecesores. Pero que; si vosotros no teneis patria, sois una manada de réprobos, y el país no gozará de tranquilidad hasta que se vea libre de tan inmunda plaga.

— Bravo, Smart, bravo! gritaba el populacho mientras el virginio, cerrados los puños, miraba á derecha é izquierda pronto á arrojarse contra el primero que se atreviese á hostilizar á su compañero.

Tras esta escena, era inevitable ya llegar á vias de hecho: nadie podia calcular á qué extremo habrian llegado las cosas, cuando presentándose el constable, mandó despejar, imponiendo á todos silencio. Smart, léjos de hallarse pronto á obedecer, parecia resuelto á atacar á los que le rodeaban; mas poniéndose sobre sí, y echando una mirada de desprecio á la multitud, metió, segun su costumbre, las manos á la faltriquera, y desapareció á lo largo de la calle silbando su cancion favorita. Como era generalmente conocida su extraordinaria fuerza y su valor casi temerario, franqueósele el paeo que nadie se atrevió á disputarle.

Luego que se hubo separado Smart, esforzóse el constable en tranquilizar los ánimos, anunciando al mismo tiempo al virginio que uno de los principales comerciantes de Helena se habia ofrecido como fiador de Cook y Tom.

Entusiasmado Mills con esta noticia, afirmó que dicho comerciante seria la única persona razonable que habia en Helena.

Al entrar de nuevo Porrel en la ciudad encontró al juez, á quien habia aguardado con impaciencia en el desembarcadero.

— Todo va bien! exclamó Porrel señalándole con la mano derecha el buque del Refugio, que, impelido por un ligero viento del

Este, se deslizaba por el rio, desplegadas todas las velas. Van en él embarcados los mas escogidos; por lo tanto podemos poner en seguida manos á la obra.

— Sí, contestó el juez con aire sombrío; pero si algunos de nuestros camaradas se hallan en seguridad, otros hay que están en grave peligro: no podemos por lo tanto marchar aun.

— Qué lástima! exclamó Porrel desconcertado; el jóven Lively avisado por vuestra parienta ha logrado escapar. Dentro de una hora estarán sobre nosotros todos los Reguladores: es imposible aguardar mas.

— Acabo de recibir una carta de Memphis, avisándome que tres de los nuestros se hallan en un terrible apuro, del cual solo puede sacarlos mi presencia.

— Y qué! sacrificariais acaso toda la cuadrilla para salvar á tres hombres? preguntó Porrel con viveza.

— No, pero es preciso hacer lo que se pueda para salvarlos.

— Y qué se puede hacer?

—Veamos, Porrel, estais enterado de mis proyectos; el éxito depende de vos; puedo contar con vuestro apoyo? Quereis conducir á nuestros amigos á una fácil victoria y asegurar despues su libertad? Quereis trasladar á bordo del steamer todo el oro que os entregará Georgina al momento que le presenteis esta sortija? Yo os fiaré este considerable depósito, hasta el dia en que podamos reunirnos otra vez todos en Tejas. Si yo faltase, lo distribuireis por partes iguales entre nuestros camaradas.

— Cómo! habriais llegado á imaginaros que partiremos sin vos?

— Unicamente yo puedo salvar lo que estoy encargado de proteger, contestó Dayton de una manera evasiva. Hasta ahora no se ha descubierto quien soy; el vapor va á salir dentro de algunos minutos; esta noche llegaré á Memphis, y mañana por la mañana todos los asociados pueden hallarse en camino para Tejas.

—Pero esto no basta: queda un gran número de los nuestros en diferentes puntos, y no seria justo que los abandonásemos. Tienen tanto derecho á nuestra proteccion como los de Memphis.

—Habeis visto esta mañana el alto poste que he mandado clavar en la orilla?

—Sí, pero qué significa?

—Es una señal para todos los buques que bajan por el rio, avisándoles que es peligroso detenerse en Helena.

—Bueno, es una acertada precaucion, contestó Porrel mirando á su jefe con desconfianza. Oid, Squire, le dijo finalmente, cuando nuestra gente pregunte por vos, bastará que les repita lo que acabais de decirme? Será preciso darles á conocer vuestras intenciones; ó la historia que acabais de contarme ha sido inventada únicamente para mí?

Miró por un instante el Squire al pirata con aire indeciso, y tendiéndole por fin la mano, le dijo:

—No, Porrel, voy á deciros la verdad. Deseo separarme de esos hombres, pues me he propuesto cambiar de vida. Secundad mi proyecto, y sed mi sucesor.

—Llevais pues con vos á vuestra esposa?

Hizo el Squire una señal afirmativa.

—Y Georgina? añadió el bandido.

—No me he olvidado de ella; leed esta carta, contestó el Squire con voz entrecortada.

Tomó Porrel la carta y la leyó rápidamente.

—Bah! esto prueba que tenia celos, dijo riendo, al mismo tiempo que volvia la carta para leer el sobre; pero reparad que hay aquí una mancha de sangre.

—Era la sangre del que la guardaba, contestó Dayton con acento siniestro, era del mulato Olyo. Sea lo que fuere, no volveré á ver á Georgina, sin embargo nada le ha de faltar por esto; entregadle de mi parte este pliego cerrado.

—Estais pues enteramente decidido?

—Enteramente, Porrel; cuando hayais cumplido mis instrucciones, y repartido entre nuestros camaradas todo el botin, tomad para vos mi parte: yo os la cedo. Estais satisfecho?

—Toda vuestra parte? Olvidais las inmensas riquezas que hemos en poco tiempo acumulado?

—Nada olvido, murmuró el juez volviendo la cabeza; todo os pertenece. Si nuestros compañeros preguntan por mí, decidles que he ido á Memphis para salvar algunos de sus amigos. Adios, Porrel, voy á buscar á mi esposa; mi mejor despedida es manifestaros el deseo de que llegueis prontamente á Tejas, poniendo de por medio el golfo de Méjico entre vos y la justicia de los Estados-Unidos.

Durante la conversacion que acabamos de referir, Adela habia vuelto á todo escape á la posada de la Union, para restituir á mistress Smart la silla que le habia prestado. Encontró desierta la posada, y Scipion, única persona que habia en ella, manifestó á la jóven que mistress Smart habia ido á casa del Squire Dayton, y que su amo acababa de salir en compañía del virginiense.

—Hace mucho que ha salido M. Smart? preguntó Adela.

—No, miss, hace muy poco; ah! Dios mio, habeis cambiado el caballo? Nancy ha venido á buscaros, diciendo que miss María está muy enferma.

—María? exclamó Adela, voy corriendo.... Oh! Scipion, sabeis si el Squire está en casa? Es preciso que le hable al instante.

—Está en la orilla del rio, á dos pasos del desembarcadero. Seguid la calle y no podeis dejar de encontrarle, á menos que se haya ido.

—Hacedme el obsequio, Scipion, de ir á preguntarle... pero no, iré yo misma. Quereis acompañarme? Hay tantos marineros en la ciudad, que no me atrevo á ir sola.

—Oh! esto me huele muy mal, dijo Scipion moviendo la cabeza; lo que es por hoy se prepara muy séria en Helena; no he visto cosa igual.

—Quereis acompañarme, Scipion?

—Con mucho gusto, señorita.

Y calándose hasta los ojos su sombrero de paja, hizo una profunda reverencia á la jóven para significarla que se hallaba dispuesto á acompañarla donde gustase ir.

XXXVI.

Batalla.

Adela precedia de algunos pasos al negro, llegando á la calle Trout en el momento que el juez se despedia de Porrel y se dirigia á su casa. Dayton habria querido evitar el encuentro de la jóven, mas esto no era posible, porque, habiéndole visto, corrió á reunirse con él. De repente, sin embargo, se detuvo, dirigiendo su mi-

rada hácia la orilla. Hizo otro tanto Scipion, manifestando su sorpresa con innumerables gestos. Siguiendo el Squire la direccion de las miradas de Adela, vió un caballo que caia rendido por la fatiga, despues de haber tirado á su jinete. De todos lados corrian diferentes personas á darle auxilio, pero aunque de pronto quedó aturdido por el golpe, levantóse penosamente paseando su mirada por los que le rodeaban. Encontraria probablemente algunos conocidos, pues se le vió alargar la mano á mas de uno de los circunstantes, señalándole luego uno de ellos el sitio donde se hallaba detenido Dayton.

Estremecióse el Squire á la vista de aquel hombre y del caballo, por lo que prosiguió de nuevo su camino apretando el paso. Fué no obstante á su alcance el recien venido, llegando muy pronto á él, y llamándole con insistencia.

Detúvose Dayton, y volviéndose, vió en su presencia á Pedro, pálido, cubierto de sangre, con el vestido destrozado, la cabeza desnuda y los cabellos en desórden. A pesar de la seña particular debida á la profunda cicatriz que le cruzaba el rostro, apenas llegó el Squire á conocerle.

—Capitan Kelly! exclamó el desgraciado exhalando un profundo gemido; han tomado la isla, poneos en salvo!

—Estais loco, murmuró el juez, ó es la embriaguez la que os hace hablar asi?

—Ojalá fueran debidas mis palabras á cualquera de estas dos causas; pero demasiado cierto es, por desgracia, y voy á deciros como ha sucedido. Esta mañana ha atracado un steamer, y despues de una viva resistencia, hemos sido vencidos, y se han apoderado de la isla. El steamer seguia su camino hácia Helena, y para advertiros he atravesado la laguna con el mejor caballo de nuestras cuadras. Los enemigos se hallan sin duda á muy poca distancia.

—Entonces todo se ha perdido! exclamó Dayton fijando sus ojos encendidos en este mensajero de malas nuevas.

—Todo, contestó Pedro.

—Y Georgina?

—Ha salido de la isla antes de amanecer.

Los que desde léjos contemplaban á estos dos hombres, estaban seguramente muy distantes de sospechar la importancia de su conversacion.

—Justo cielo! Dayton, qué teneis? Estais pálido como un difunto, exclamó de repente Adela dirigiéndose hácia el Squire. La ciudad entera está sublevada. Me han dicho que Cook y Tom Barnwell están presos. El constable no sabe que hacer. Una infinidad de forasteros, armados hasta los dientes, vá tomando las calles y...

—Retiraos, Adela, contestó el juez, haciendo un supremo esfuerzo para aparecer tranquilo. No es aquí vuestro puesto; Scipion os acompañará á casa... Ah! Dios mio! qué significa ese confuso rumor?

Temblaba la tierra al ruido de las innumerables pisadas de los caballos. Un sin número de hombres montados llegaron por tres diferentes calles con la rapidez del rayo, deteniéndose frente la cárcel. Eran los Reguladores, vestidos todos en traje de cazador, con sus machetes y escopetas, dejando oir terribles alaridos, como el de los indianos en sus escaramuzas. James, montado en el caballo de Adela, era el jefe de estas fuerzas, é iba dando sus órdenes, que eran ejecutadas con indecible puntualidad.

Arrimóse Adela al Squire, que, lleno de estupor, parecia clavado en su puesto. A su espalda se hallaba el vapor, que podia aun salvarle. Volvióse á oir la campana, avisando por última vez la salida del buque.

En este instante, abriéndose paso Bolivar por entre la multitud, vino á decir en voz baja á su amo que el capitan del vapor le habia encargado avisarle que no podia demorar por mas tiempo, é iba á ponerse en marcha.

—Ah! hé aquí el Squire Dayton! gritó James Lively conociendo al juez. Squire, dijo al jefe de los piratas, saltando de su caballo y saludando á Adela, cosas bien extrañas han sucedido esta mañana en Helena. Nosotros habíamos reunido á nuestros amigos para sostener á la autoridad en caso necesario; Cook se habia adelantado, y segun me han dicho ha sido preso.

—M. Lively, contestó Dayton, cuyo corazon latia con violencia, porque el steamer iba á dejar la playa de Helena, y ganando algunos minutos, podia aun salvarse; me he visto precisado á prender á vuestro cuñado, pero ahora todo ha concluido. No hay motivo ya para que continúe preso, y voy yo mismo á soltarle.

—No os molesteis, caballero, repuso sonriendo el jóven. Mi

padre ha derribado la puerta de la cárcel para ponerle en libertad. Ahí teneis á los dos que vienen por ese lado.

Adelantábanse en efecto muchos jinetes, entre los cuales se veia á Cook y Tom Barnwell.

—Acompañad á mistress Dayton al vapor, dijo el Squire al oido de Bolivar. Mi vida y mi libertad dependen de la prontitud con que cumplirás esta órden.

—Squire, nos hemos apoderado de la taberna del *Oso gris*, añadió James; pero la jaula estaba vacia; los pájaros habian volado, probablemente porque....

Interrumpió al jóven un grito de horror que lanzó en aquel instante Bolivar. Cuando se disponia á obedecer la órden del juez, pusósele delante, interceptándole el paso, una interesante figura, vestida de hombre, con la cabeza descubierta, impasible como una estátua de mármol. Con sus negros cabellos que caian en desórden sobre sus hombros, contraidos los labios y chispeantes los ojos, esta mujer, pues no era otra cosa, nada tenia de humano. Al verla adelantarse lentamente:

—Georgina! exclamó el jefe de los bandidos, cuyo semblante se puso lívido.

—Dayton! dijo Adela, cuya confusion era extraordinaria, qué teneis? Qué significa todo esto?

—Ah! ah! dijo Georgina, en cuyos labios vagaba una sonrisa de desprecio, irguiéndose cuan alta era por creer que Adela era la esposa del juez. Ricardo Kelly, el que tiene valor para asesinar á los niños, tiembla delante de una mujer porque tiene otra á su lado?

—Está loca! exclamó Dayton; queriendo tomarla el brazo.

—Atrás! gritó desesperada Georgina. Decís que soy loca? Sí, lo soy y quiero serlo! es vuestra obra! acercaos, Reguladores y habitantes de Helena; este hombre que es el juez del país, y á quien llamais Squire, este hombre que, engañándoos miserablemente, ha vivido años enteros entre vosotros, semejante á una víbora que se oculta en el seno...

—Georgina! gritó Dayton con voz atronadora y las señales de la mayor desesperacion.

—Este hombre es Kelly, el capitan de bandidos, el jefe de los piratas de la isla número 61... y yo.... y yo... y yo, soy su esposa.

La emocion, el dolor, la cólera y el sentimiento de venganza habian sostenido las fuerzas de aquella mujer; pero desahogado ya su pecho, iba á caer desmayada, si James no la hubiese sostenido en sus brazos.

Dayton quedó inmovil como una estátua. Durante la impresion mágica de la mirada de Georgina, parecia no poder hacer movimiento alguno; pero al desmayarse, Adela lanzó un grito de espanto. Alzóse por todas partes un clamoreo general al oir las graves revelaciones de la interesante jóven.

—Muera ese bandido! apoderaos de él! cuidado que no escape! tal era el grito general.

Adela alejóse involuntariamente de Dayton. James estaba á su lado, pero nada podia hacer por ella ocupado como estaba en sostener á Georgina desmayada. Los campesinos, los marineros y los Reguladores, todos se aprestaban por su parte al combate, y conociendo Kelly todo lo comprometido de su posicion, y que era inútil ya el disimulo, tomando á cada mano una pistola de dos tiros:

—A mí, piratas! gritó, reunios al rededor de vuestro jefe! Libertad y venganza.

El primero que se acercó á Kelly cayó atravesado de un balazo, retirándose los otros al ver que iban saliendo enemigos por todas partes. Empezó un nutrido tiroteo, brillaban los machetes, y era tanta la confusion que en el primer momento, como habian previsto los piratas, no se distinguian los amigos de los enemigos.

Dada la señal, habíanse presentado caras desconocidas y repugnantes, corriendo por todas las calles, y saltando de los buques hombres armados de hachas, machetes, pistolas y escopetas. Desembarcaron tambien Cotton y Sanders seguidos de sus camaradas.

Al ver lo que pasaba el capitan del *Van-Buren*, temeroso por la seguridad del buque al que se habian lanzado ya algunos piratas, dió la órden de retirar el puente y cortar los cables; pero aun cuando los marineros se apresuraron á obedecer, era ya demasiado tarde.

—Al vapor! embarcarse, gritó el jefe con voz de trueno. Al vapor, piratas!

Al momento viéronse rechazados los marineros que iban á levantar el puente é invadido el buque desde cuya cubierta dirigian los piratas un fuego muy sostenido contra los Reguladores.

Entretanto habia vuelto en sí Georgina, y apenas vióse James desembarazado de ella, corrió hácia Adela para apartarla de aquel sitio, en que tanto peligraba su vida. Felizmente encontró al volver la calle á César y Nancy que se apresuraban á llevar el equipaje al *Van-Buren*, á quienes entregó á la pobre jóven, que despues de las terribles emociones que acababa de experimentar, podia apenas dar un paso.

Voló entonces James al lugar de la refriega, y poniéndose al frente de Cook, Smart, Tom, Mills y de todos los Reguladores, cerraron resueltamente sobre el enemigo.

Los piratas, apuradas ya las municiones, se defendian con puñales y con la culata de sus carabinas. La mayor parte de los Reguladores estaban heridos, y Kelly, con un largo machete en una mano y un puñal en la otra, heria á derecha é izquierda á cuantos se ponian á su alcance.

Sanders, desde la cubierta del vapor, disparó un tiro á la multitud, gritando:

—Hurra por la libertad!

A su vista, lanzóse como un rayo un hombre sobre el puente del *Van-Buren*.

—A bordo! gritaba Kelly, á bordo todos! cortad los cables!

—Adelante, mis vengadores! gritó una voz de mujer; y Georgina, blandiendo un hacha que acababa de arrancar de las crispadas manos de un cadáver, se precipitó en lo mas encarnizado de la pelea.

James, con la idea de cortar la retirada á los bandidos que no se habian aun embarcado, y de apoderarse, si era posible, del capitan vivo, dirigióse tambien al puente. Cook, Mills y Smart se batian asimismo en el sitio de mayor peligro, esto es, en el que Kelly protegia la retirada de sus camaradas, mandándoles embarcarse prontamente.

El virginio habia elegido al capitan como objeto particular de sus ataques.

—Ha sonado la hora de la venganza! gritó finalmente descargando sobre Kelly un golpe tan terrible, que habria bastado para aturdir á un toro. Pero Bolivar, deteniendo el brazo de Mills, dió con su lanuda cabeza tan violenta acometida contra el pecho de su enemigo que cayó este de espaldas sin sentido.

Lanzóse Kelly sobre el puente, cortó los cables, arrojó al agua de un puñetazo á Jonathan Smart, y al mismo tiempo pusiéronse en movimiento las ruedas del vapor. Se habia salvado!

—Estais en mi poder! dijo de repente á su oido una voz que le estremeció; en mi poder, y puedo vengarme!

Era Georgina, que, con los ojos encendidos y olvidándolo todo en medio de su cólera, arrojóse sobre el Squire con un grito de triunfo. Kelly, cuya rabia no tenia límites, volvióse con desesperacion, hundiendo su puñal hasta el puño en el pecho de la jóven. Cayó esta mortalmente herida, rodeando con sus brazos las rodillas de su seductor. Mientras intentaba deshacerse de ella, escogió Cook el momento favorable, derribó al negro de un tiro, y cogiendo al jefe de los piratas con la mano izquierda, atravesóle el pecho con su machete. En aquel momento hirióle una bala en la espalda recibiendo un culatazo en la cabeza; pero no por esto soltó su presa. No pudiendo resistir el puente, cayeron los dos al agua; pero fuertemente asido Cook á los vestidos de su víctima, fué sacado del agua seguido del cadáver del jefe de los piratas.

Mientras iba alejándose el steamer, oyóse un terrible grito. Volviéronse todas las miradas hácia el sitio de donde habia salido. El anciano Lively, cubierto de sangre por dos largas heridas, acababa de sacar á su hijo del agua, y no pudiendo contener su sorpresa:

—Hawes! gritó, si es Hawes!

Al mismo instante dos hombres estrechamente abrazados cayeron desde el buque al fondo del rio, apresurándose en seguida algunas barquillas á socorrerles.

El *Van-Buren* se hallaba apenas á doscientos metros del desembarcadero, cuando llegó el *Black-Hawk*; veíase su cubierta llena de soldados y los marineros con los cables preparados para amarrar. Pero el capitan Colburn, que desde léjos habia oido el tiroteo y contemplado la lucha con un telescopio, gritó á los Reguladores con su bocina:

—Qué hay de nuevo?

Algunos tiros disparados desde el buque que se alejaba, los gritos que salian de la ribera, la vista de los cadáveres extendidos acá y acullá, todo bastó para darle á comprender lo que pasaba.

—A todo vapor! démosle caza! gritó.

Ligero, como el pájaro cuyo nombre llevaba, el *Black-Hawk*

(halcon negro) lanzóse en persecucion de los fugitivos. Dióse á las máquinas toda la fuerza de vapor, disponiéndose los soldados y marineros para el abordaje. El *Black-Hawk* era un buque viejo, al paso que el *Van-Buren* era muy nuevo, y uno de los mas renombrados por su velocidad. La celeridad de su marcha era espantosa; los piratas querian, no solo escapar al enemigo del momento, sino ponerse al abrigo de toda otra persecucion. Dentro de muy poco iban á ganar la punta, trás la cual habrian desaparecido á todas las miradas. El sol era brillante y despejado el horizonte; pero de repente voló el buque; una nube de humo cubria aquella espantosa catástrofe, dejando despues ver cadáveres mutilados y restos humanos flotando en todas direcciones. La mitad del vapor habia desaparecido, luchando desesperadamente los que habian sobrevivido, cuando el *Black-Hawk* pasó por el sitio donde acababan de reventar las calderas del *Van-Buren*.

En Helena la explosion fué recibida con gritos de alegria, que formaban un espantoso contraste con los ayes y gemidos de los bandidos que estaban agonizando. El enemigo acababa de ser completamente destruido; los soldados del *Black-Hawk* se habian apoderado de la isla, y los piratas que no habian perecido defendiéndola, se hallaban prisioneros á bordo.

Toda la playa se hallaba llena de mujeres que buscaban á sus parientes muertos ó heridos, trasladándose á los últimos á las casas mas inmediatas para prodigarles los debidos auxilios.

Dos hombres se veian aun luchando en el agua; formóse circulo á su alrededor, queriendo alguno interponerse para separarlos. Tom Barnwell, uno de ellos, tenia á su adversario fuertemente sujetado, aunque este se resistia con los dientes y las uñas.

— Dejadnos, gritó finalmente Tom á sus amigos; nosotros nos batimos lealmente, cuerpo á cuerpo. Este bribon me pertenece de derecho; juré que le obligaria á seguirme, y he de cumplir mi juramento, aun cuando desuelle y descarne todo mi cuerpo.

— Hola! Tom, dejad que lo coja por la pierna; de este modo andará mas fácilmente, gritó una voz muy conocida de Barnwell.

— No, no, Bradshaw, contestó el jóven marino; ya remataré al animal cuando no pueda andar; pero ahora que nadie lo toque.

Poseido de una terrible agitacion, fué arrastrando Tom á su victima hasta la casa del juez, repitiendo con los dientes apretados:

— María! María! ya os lo traigo.

La puerta de la casa estaba entreabierta, pero nadie se veia en ella. Adela, á pesar de sus angustias y su fatiga, habia encontrado á Lucy de tal modo aterrorizada por el combate, que la habia conducido á un aposento retirado, desde el cual le era imposible oir ni ver nada de lo que pasaba.

En el cuarto de la enferma, junto á la cama donde se hallaba tendida la jóven, pálida y sin movimiento, se hallaban mistress Smart y Nancy. La primera, juntando las manos, derramaba abundantes lágrimas, mientras arrodillada la segunda murmuraba fervientes oraciones por la que no era ya mas que un frio cadáver.

— Helo aquí, María! helo aquí! gritó entonces una voz junto al cuarto mortuorio. De rodillas! mónstruo, de rodillas ante esta imágen! Y Tom, á pesar de la resistencia de su prisionero, arrastró al malvado hasta la cama de su víctima.

Mistress Smart y Nancy dieron un grito de terror. Detúvose Tom sorprendido, y al ver á las dos mujeres aterrorizadas, asomó la cabeza por entre las cortinas, á través de las cuales un rayo de luz iluminaba el semblante de la que tanto habia amado, cubierto ahora con las sombras de la muerte.

Á su vista quedó Tom como herido del rayo, perdió su mano la fuerza necesaria para retener á Sanders, quien, aprovechando esta ocasion, salió del cuarto lanzándose á la calle. Desde entonces no pudo volverle á encontrar Tom.

Como si temiese despertar á la que dormia un sueño eterno, el pobre marino acercóse timidamente á la cama, y juntando las manos contemplaba en silencio á la que tan tierna pasion le habia inspirado. Largo tiempo permaneció en esta situacion sin proferir una palabra, ni exhalar el mas leve suspiro. Las dos mujeres no se atrevian ni aun á respirar; tanta era la impresion que hacia en su ánimo la muda desesperacion de aquel desventurado!

Acercándose por fin á la difunta, una sola palabra murmuró: « María! » exclamó con voz sollozante, cayendo de rodillas oculto el róstro con sus manos.

XXXVII.

Conclusion.

Luego que las tempestades del equinoccio, devastando los campos arrastran hácia el Sur los calores del verano, cuando, vistiendo los árboles su magnífico traje de Otoño, avisan á las aves de paso la hora de alejarse; empieza en la América del Norte la agradable estacion conocida con el nombre de *verano de los indianos:* un cielo sereno y despejado sonrie entonces, por algunos meses, á la tierra fértil.

En esta época es cuando en los bosques del Oeste se entretienen los osos, á la sombra de los árboles, encaramándose en ellos para tomar los mas sazonados frutos, ó apoderarse de alguna colmena. Esta es la ocasion en que con mayor ardor persigue el tigre las manadas de ciervos, y las aves silvestres celebran en tropel la abundancia que les ofrecen los innumerables fabucos y bellotas esparcidos por el suelo. Esta es la época en que la ardilla, trepando de rama en rama, va eligiendo las mas hermosas nueces, y las bandadas de jilgueros y ruiseñores oscurecen el sol al dirigirse á los cálidos climas del Sur.

En uno de estos hermosos y brillantes dias de octubre atravesaban dos jinetes el camino que, desde la pequeña ciudad de Cherokea, á las márgenes del Apalachicola, conduce á una grande y elegante plantacion. Detuviéronse un instante á la puerta del jardin, desde la cual descubrian los puntiagudos techos de las cabañas de negros construidas junto á una espesa arboleda, entreteniéndose algun tiempo en contemplar aquel delicioso parque. La casa tenia un solo piso, y llegábase á ella por entre dos filas de morales de la China, muy altos, en cuyas espesas ramas veíanse revolotear alegres pajarillos que se alimentaban de sus flores y de sus frutos La escalera que conducia desde la galería al jardin se hallaba cubierta de mirto silvestre, entre el que crecian algunos naranjos cargados de sus dorados frutos.

—Es preciso confesar, Bill, dijo uno de los viajeros, que Jemmy ha elegido un sitio muy ameno para construir su habitacion.

—Sin contar, querido, que ha empleado todos los medios de persuasion, para lograr que vos y mi suegra vinieseis á vivir con él; pero todo ha sido inútil.

—No, no, Cook; soy demasiado testarudo para querer abandonar mi antigua residencia, contestó riendo el anciano. Hemos andado esta mañana siete millas, y no hemos descubierto la huella de un ciervo; no, no, Bill; el Arkansas nos conviene mas á vos y á mí; á menos que nos pongamos en la cabeza ir los dos á California. A decir verdad, yo ya soy demasiado viejo para eso. Pero por dónde pasamos ahora? está abierta la puerta?

Hablando así, acercóse el anciano Lively á la barrera, y empuando la puerta con el pié, giró esta sobre sus goznes.

—Hohé de la casa! gritó el buen hombre con voz muy fuerte.

Presentóse al instante á los viajeros un mulato.

—Está tu amo en casa, Dan? preguntó Cook.

—No, massa, contestó este mirando á los recien llegados como si hubiesen caido de la luna; pero al reconocerles, dando un gran salto, exclamó: Oh, Dios mio! massa Lively y massa Cook! cuán contenta va á estar la señora! Y cogiendo las manos de los dos, empezó á besárselas, sin cuidarse de los caballos que relinchaban de impaciencia.

—Bueno, Dan, basta, dijo Cook, alargándole la brida de su caballo; qué tal va por aquí?

—Muy bien, massa, contestó el mulato, repitiendo sus reverencias. Todo el mundo va bien, y Dan igualmente. Mi pierna está perfectamente curada. Oh! que venga ahora el doctor de los muertos con sus deseos de cortar la pierna á un mulato!

—Y tu amo está ya restablecido? preguntó el anciano.

—No del todo; pero se encuentra bastante mejor. Vamos, Nancy, acompañad á los señores; cuánto se va á alegrar la señora.

Continuó Dan hablando consigo mismo, mientras los dos viajeros seguian á la doncella.

—Por vida de Júpiter! exclamó de repente el anciano Lively deteniéndose; Dan! eh, Dan! el caballo!

—Qué teneis pues? preguntó Cook: el mulato conduce los caballos á la cuadra, y despues nos subirá las maletas.

—Sí , pero...

—Sed mil veces bien venidos ! exclamó una voz alegre , que no era otra que la de Adela, esposa entonces de James Lively , saliendo al encuentro de sus parientes; querido padre , estimado cuñado , habeis por fin cumplido vuestra promesa !

Arrojóse la cariñosa Adela al cuello del anciano , tendiendo la mano al jóven. Contento podia quedar el suegro con el tierno beso que le dió su tierna nuera ; estaba sin embargo preocupado, volviendo á gritar á Dan que le trajese su caballo.

—Entrad, dijo Adela ; James vá á llegar al instante , y Nancy irá á buscaros lo que pedís.

El anciano Lively se sostenia con un pié , ocultando cuidadosamente el otro.

Bajó Adela los ojos por casualidad , y soltó una gran carcajada.

—Ah ! ya comprendo , no teneis zapatos.

—Sí los tengo , están atados á mi maleta , contestó el pobre hombre sonriendo.

—Ha perdido sus medias de lana por el camino , añadió Cook riendo. Al salir de Cherokea , se las ha metido en el sombrero para tenerlas á mano , y sin duda se le habrán caido por el camino.

Dan habia ido á avisar la llegada de sus protectores , y James Lively , llevando el brazo en cabestrillo , compareció muy pronto corriendo por la parte del jardin. En el salon encontraron los viajeros á mistress Dayton , que les recibió con la mas fina amabilidad. Vestia de luto y en sus facciones se veia pintado un dolor profundo, que desapareció por un instante á la llegada de sus amigos, cuya vista le causó la mayor satisfaccion.

Cook y Lively contaron detalladamente todo lo que habia ocurrido desde su última vista , hablando de la madre , de los niños , del perro *Lindo*, de las vacas y de todo lo demás de la casa : pero cada vez que querian referirse á los acontecimientos de Helena , Adela cambiaba prontamente de conversacion , lo cual hizo comprender á Cook que no queria se hablase del particular.

Al cabo de un rato , levantóse mistress Dayton , y despues de decir á Adela algunas palabras al oido , salieron las dos del salon.

—Ahora dad libre curso á vuestra lengua , dijo Cook al anciano que estaba confuso. En mi vida he visto hombre semejante !

—A fe, Cook, me comprometo á llevar toda mi vida medias y zapatos, si entiendo lo que quereis decir.

—Querido padre, repuso James, no hableis de Helena delante de mistress Dayton, pues podriais darla un disgusto de muerte.

—Pero no sabe...?

—Nada! y si llegase á sospecharlo, no podria sobrevivir á su pena.

—Cómo! pregunto Cook, ignora que Dayton era el jefe de los piratas de la isla, y un malvado que no tenia igual en el mundo?

—Lo ignora, y no lo sabrá jamás. Os acordareis de que cuando ocurrió la muerte de su marido, que ella atribuye á los piratas, fué enviada á la granja, y tuvo una larga enfermedad que la postró durante algunas semanas.

—Sí, repuso Cook, así como que estabais tan malos uno y otro que el doctor dijo era necesario que salieseis del Arkansas; pero creia que despues habria sabido la verdad.

—No, porque seria causarla la muerte. Adela tiene gran cuidado en que nadie hable de semejante sucesos, y no recibimos periódico alguno; de manera que, á pesar de haber tomado parte en aquella refriega, aun hoy ignoro los resultados. Bien que, por largo tiempo, conservaré un buen recuerdo de aquella lucha, añadió señalando su brazo. Lo conservo no obstante; cuando si hubiese creido al doctor Munro, me lo habria cortado desde luego.

—El doctor de los muertos ha desempeñado un gran papel en este asunto, añadió Cook. El cadáver de Dayton, que él se encargó de enbalsamar, llegó en buen estado?

—Sí, contestó James, lo depositamos en un panteon en medio del jardin, y mistress Dayton va todas las mañanas á visitar los restos mortales de su marido. Actualmente está allí; y con esto, parece encontrar algun alivio su corazon.

—Nosotros sabemos bien que Dayton pereció en la refriega con las armas en la mano; pero sus cómplices...

—Es pues cierto lo que me han contado? preguntó James.

—Sí, Jemmy, fué un dia horrible. Desde entonces no he podido beber una gota de agua del Mississipí; paréceme teñida en sangre humana: imaginaos que sesenta y cuatro malhechores.....

—En nombre del cielo! exclamó Cook, no hableis de este modo;

paz á los muertos; ellos han espiado ya sus crímenes. Oh! yo comprendo una batalla á campo raso, un acto de bizarría como el de Tom Barnwell, mi compañero de cárcel, que viendo á su enemigo sobre el puente del *Van-Buren*, se lanza en medio de los piratas, le coge y arrastra....

— Oh! interrumpió el anciano Lively, el bandido llegó á escaparle, pues se le vió solo por la ciudad corriendo hácia el bosque.

— Sí, pero no le valió, repuso Cook; pues yo mismo vi á Bradshaw conduciéndole hácia el rio, en donde fué ahogado como los demás piratas.

—Qué ha sido de Tom Barnwell? preguntó James; era un buen muchacho.

—No sé, contestó el anciano. Edgeworth, el campesino de la Indianía, á quien fué debido que el *Black-Hawk* se apoderase de la isla, permaneció algunos dias en Helena, embarcándose despues en un steamer. Tom, que habia venido con él, no le acompañó; saliendo mas tarde para Nueva-Orleans, con la intencion, segun me dijeron, de emigrar á Tejas. Pero decidme, Jemmy, parece que Dan se porta muy bien: ha renunciado enteramente á sus antiguas costumbres?

—Oh! la leccion fué séria y saludable; es un excelente servidor. Adela escribió á Atkins, para decirle que su negro estaba en nuestra compañía, y que deseábamos conservarlo. Remití la carta á Smart, y no dudo le habrá dado curso.

—Smart! exclamó el buen hombre, qué ha sido de él? Hace quince dias que salió de Helena, despues de haber vendido todo cuanto poseia en dicha ciudad. Mistress Smart dijo que habia partido para Nueva-Orleans en compañía de O'Toole, para comprar una propiedad en la Georgia. Es esto cierto?

—Tan cierto, contestó; James sonriendo, que yo mismo le he comprado en Cherokea la posada de Bunker-Hill, y le estoy aguardando de un momento á otro para firmar el contrato.

—Ah de casa! dijo al mismo tiempo una voz muy conocida.

—Smart! exclamaron todos á la vez saliendo á recibirle. Oh! buenos dias, Smart! qué tal va?

—Perfectamente, contestó el yanke apeándose de su viejo caballo negro y tomando las manos de su amigo.

—Veamos, Smart, le dijo James despues de los primeros saludos, habeis visto vuestra nueva adquisicion? qué os ha parecido?

—Muy bien, contestó Smart. Dentro de tres ó cuatro semanas estaré en ella instalado con toda mi familia. Allí ha quedado O'Toole, que vendrá á reunírseme esta tarde. Dónde está vuestra hermosa mitad? prosiguió; dónde habeis escondido á mistress Lively? Tengo muchas ganas de verla.

—Va á venir al instante, Smart, contestó James. Pero qué diantre teneis en vuestros bolsillos? están tan llenos que van á reventar.

—Ah! diablo! no sé lo qué es, contestó el yanke, sacando de uno de ellos un grueso paquete. Lo he encontrado en el camino; sin duda lo habrá perdido algun viajero.

—Esto es lo que se llama tener fortuna! exclamó Cook riendo á mas no poder, al ver que Smart sacaba un par de medias de lana. Querido padre, han sido encontradas vuestras medias!

—No es gran cosa, supuesto que se habian perdido, mi querido Bill. Un dia perdí una larga trenza de mujer, y nadie me la ha devuelto. Pero cosas como estas, fácilmente se encuentran.

Y hablando así, metió el anciano las medias en el bolsillo, al mismo instante que, abriéndose la puerta, entraron las dos señoras.

—Oh! M. Smart! exclamó Adela tendiendo la mano á su antiguo amigo. Cuanto me alegro de veros en nuestra hermosa Georgia. Sereis pronto nuestro vecino, como lo erais en Helena!

—Sí, pero aquí mistress Bradfort........

—Vuestra esposa vendrá á reunírseos pronto? dijo Adela apresurándose á interrumpir á Smart para evitar los recuerdos de lo pasado.

Pero Jonathan, fiel á su antigua costumbre, quiso concluir la frase interrumpida.—Mistress Bradfort no vendrá aquí á aburrirnos con sus cuentos, y á tomar su taza de té. Ya veis, mistress Lively, que tenia yo algun presentimiento. Aquella mujer, que tomaba siempre en boca el nombre de su querido difunto, pertenecia tambien........

—Ah! M. Smart! si pudieseis persuadir á padre que viniese á establecerse aquí con toda la familia, seria para nosotros una gran satisfaccion vivir todos reunidos.

—Pertenecia tambien á la cuadrilla de los piratas, prosiguió Jonathan sin inquietarse por aquella interrupcion. En su casa se

encontraron muchas cartas que arrojaron una gran luz sobre aquellos sucesos; pero lo que ha probado mejor que todo hasta qué punto llegaba la astucia y la actividad de aquellos malvados, es el descubrimiento que se ha hecho, en su misma casa, de un gran número de efectos que habian pertenecido á Holke; de manera que no tiene duda que, en lugar de haberse ahogado, como se creia, fué asesinado. Ultimamente ha sido preso tambien el miserable que representó el papel de hijo de Holke. Se ha sabido además que mistress Bradfort se llamaba antes mistress Dawling, y que habia asesinado á su primer marido, auxiliada del segundo, por medio de un clavo que le hundieron en la sien mientras dormia. Bradfort habia sido ahorcado por los Reguladores del Missouri, y su esposa, despues de mil dificultades, se habia refugiado en el Arkansas.

—Oh! querido M. Smart, dijo Adela, no nos hableis de este triste suceso, contadnos algo mas agradable.

—Se convino por unanimidad en el país entregar á mistress Everett, en clase de indemnizacion, toda la fortuna de Holke. Por lo demás, la ciudad de Helena se halla hoy perfectamente tranquila. Pero, viniendo á vuestro asunto, querida mistress, soy de opinion que Lively y Cook harian muy bien en dejar el Arkansas para trasladarse aquí, á empezar una nueva vida, en medio de la naturaleza mas risueña y hermosa de todo el mundo: y qué! sentiriais dejar vuestra granja para trasladaros aquí? Es sin embargo un país magnífico; y de este modo, toda la familia estaria reunida.

—A fe mia, contestó Cook vacilando, no sé qué contestar; no me disgustaria establecerme aquí, ni á mi esposa tampoco.

—Queridos hijos, repuso el anciano meneando la cabeza; á todos os amo entrañablemente, y mi anciana esposa no os quiere menos. Ciertamente seria muy feliz viviendo entre vosotros; pero permitidme os diga que aquí no sabria qué hacerme. No se vé bosque alguno; solo plantaciones y negros. Los animales mas fieros que teneis son las liebres, y las aves mas grandes, los tiernos pajaritos. Es imposible dar un paso fuera de la calle, sin tener que subir una docena de escalones. Jemmy se ha habituado á esto, pero yo no podria; y ahora que nos vemos libres de los piratas del Mississipí....

—Ahí teneis á Dan que os trae vuestros zapatos, dijo Adela, señalando al mulato que no podia contener la risa y hacia ridículas contorsiones.

—Hijos mios, contestó el anciano, dirigiendo á su nuera una mirada de terror y desolacion de las mas cómicas, os prometo ponerme mañana mis zapatos y mis medias, y no quitármelos durante mi permanencia entre vosotros; pero hoy.... hoy.... seamos todos felices!

FIN.

ÍNDICE.

qüel/

FIN DEL ÍNDICE.



